



UN
REGALO
DE
JACINTH

ALLIE
MCCORMACK

UN REGALO DE JACINTH
LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS
LIBRO DOS

ALLIE MCCORMACK

Un Regalo de Jacinth
Copyright (c) 2019 por Allie McCormack
Todos los derechos reservados

Un Regalo de Jacinth / Allie McCormack

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, excepto en el caso de citas para artículos, reseñas o almacenes en cualquier sistema de recuperación, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la autora.

Visite el sitio web de Allie en
www.alliemccormack.com
Portada diseñada por Dar Albert en Wicked Smart Designs
<https://www.wickedsmartdesigns.com/>
Traducción de DeepL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Rubaiyat](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Libros de Allie McCormack](#)

[Sobre la autora](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi maravilloso Equipo de Lectores Beta, que ha leído mi manuscrito y me ha enviado montones de comentarios. No podría haberlo hecho sin ellos.

Cassandra Wengewicz

Dianna Evans

Lindsey Philipson

Michelle Zeppieri

También a una amiga muy querida, Kathleen Crape, por leer mis manuscritos y animarme a escribir, ¡y por querer leer siempre más!

*Si te faltan tus bienes mortales
Y de tu escasa provisión sólo te quedan dos panes
Vende uno, y con el paro,
Compra jacintos para alimentar el alma.*

Rubaiyat de Omar Khayyam (1048-1123)

PRÓLOGO



DESDE EL MOMENTO en que la hormigueante anticipación la despertó de un lánguido sueño esta mañana, Jacinth había sabido que hoy era el día. En las horas transcurridas desde entonces, había visto a los clientes entrar y salir de la tienda de antigüedades. Viejos y jóvenes, ricos y no tanto. Ninguno había sido el elegido. Eran casi las cinco, y pronto el larguirucho y poco avisado dependiente que Julian había contratado se iría a cenar. Luego tendría que esperar otra hora antes de que Julian llegara y volviera a abrir la tienda por la noche.

Aun así, fue incapaz de relajar su vigilia, abrazándose las rodillas mientras observaba la puerta de la tienda de antigüedades a través de las brillantes paredes plateadas de su tetera. Los djinn podían utilizar cualquier cosa como recipiente, no sólo la lámpara de aceite del cuento de Las mil y una noches. La suya era una tetera de la plata más pura, alta y esbelta. La había fabricado para ella un platero de Qaf, su patria Djinn, ochocientos años atrás, cuando se convirtió en Portadora de Deseos. Por fuera parecía una tetera encantadora y elegante, con flores decorativas grabadas en su superficie de plata, pero por dentro... ¡ah, por dentro era como un hogar!

Apoyó la barbilla en las manos y suspiró, aburrida de las horas de espera. Con pesar, admitió que la paciencia nunca había sido una de sus virtudes. La curiosidad la consumía, ansiosa por conocer a la nueva propietaria de su tetera. Incluso después de tantos siglos como Portadora de Deseos, concediendo deseos a los mortales, nunca perdía la sensación de excitación, el suspense sin aliento de aquel primer encuentro con un nuevo *Sahib*, el Amo de la botella, al que concedería tres deseos. Se preguntaba quién sería el *Sahib* esta vez. ¿Una mujer, llena de esperanzas y sueños? ¿Un hombre, oscuro y melancólico por la injusticia, como su pobre Julián?

Últimamente se sentía extrañamente inquieta. Casi... bueno, no sola, precisamente. Tal vez fuera porque le resultaba extraño no poder ir a ver a Julian siempre que quería. Julian, un mago del siglo XIV cuyo hechizo había salido espectacularmente mal, había estado atado a un recipiente de Djinn, concediendo deseos durante seiscientos años. El Consejo de Djinn había designado a Jacinto para que actuara como su mentor, enseñándole sus métodos y ayudándole a superar los siglos difíciles. Entonces, hacía unos meses, había conocido a Alessandra, que había conseguido liberarle del hechizo. Acababan de casarse, y no estaba bien que ella siguiera apareciendo todo el tiempo cuando estaban construyendo su nueva vida juntos. Pero incluso antes, había empezado a sentirse a la deriva, sin un propósito. Así que había recuperado su vasija de Djinn de Qaf y la había puesto en Whimsies, la tienda de antigüedades de Julian escondida en una calle lateral de Manhattan, para que la encontrara la persona adecuada.

Se puso en pie de un salto, la energía inquieta le impedía seguir sentada. Quería que su *Sahib*, el que le compraría la tetera y la llamaría, viniera ya. Recorrió la nave de un lado a otro. Sonaron campanadas en la tienda cuando alguien entró, y ella se precipitó hacia la pared, con la plata fría y sedosa bajo sus dedos. La decepción la invadió incluso antes de ver el rostro de la anciana. No era ella. Reanudó su paseo.

Casi al filo de las cinco, la puerta se abrió y él entró. No había nada en él que indicara que iba a ser su próximo *Sahib*, pero ella lo sabía... siempre lo sabía. Lo estudió con impaciencia mientras miraba la tienda. Medía algo más de metro ochenta y tenía el pelo espeso, entre castaño y rubio, como un caramelo mojado por el sol. Era un poco largo y algo desgredado, necesitaba un corte. Tenía la cara bronceada, como si le diera mucho el sol, la nariz y la barbilla fuertes y los labios bien formados. No, no era moreno y melancólico como su pobre Julian. Pero debía de haber algo, alguna razón para que fuera su *Sahib*.

Al acercarse, vio que sus ojos eran de un azul frío, casi aguamarina, bajo unas cejas bien formadas. Una camisa de algodón liso se extendía sobre sus anchos hombros, con las mangas remangadas para mostrar sus fuertes antebrazos. Iba bien metida en unos vaqueros desteñidos que le ceñían las caderas y los muslos. Jacinth apostaría su pila de brazaletes de oro a que tenía un culo estupendo. También era tremendamente guapo. No es que le interesara en ese sentido, pero no había nada malo en apreciarlo.

Sus vaqueros estaban polvorientos, al igual que las botas negras de trabajo que llevaba, y ella pensó que podría dedicarse a la construcción. No parecía del tipo que se interesa por las antigüedades. Claro que rara vez lo hacían.

"Por aquí", susurró ella, como si pudiera instarle a acercarse, aunque sabía que él no podía oírla.

El hombre se acercó y se detuvo ante la mesa baja en la que estaba la tetera. Un poco desconcertado, alargó la mano para cogerla. Aunque no leía la mente, Jacinth podía sentir el flujo de sus emociones, canalizadas a través de su tacto en la plata pura de su recipiente de Djinn. Confusión, por supuesto. Se preguntaba por qué estaba mirando aquella elegante tetera y por qué estaba aquí, en aquella tienda de antigüedades. Ah, ahí estaba. Los bordes afilados de la ira, reprimida durante mucho tiempo, pero no por ello menos aguda. La sensación de desolación, de desesperación. Pena y nostalgia. Por eso estaba aquí. La necesitaba.

Satisfecha, Jacinth pudo relajarse ahora, reclinándose en su tumbona mientras se preparaba para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, y esperar a que él la llamara.

CAPÍTULO I



ESTABA FUERA DE SÍ.

Al entrar en su casa, Douglas miró de reojo al asiento del copiloto. Un rayo de luz procedente del porche brillaba a través de la ventanilla directamente sobre la elegante y esbelta tetera. Brillaba en plata, destacando sobre la tapicería oscura del coche. Era alta, con un asa curvada y un pico largo y elegante, y en su superficie lisa había delicados diseños grabados. Debía de tener al menos cien años, pensó Douglas. Quizá más. Tenía ese aspecto, de una época más antigua y elegante.

Lo cual no explicaba cómo había llegado a malgastar cincuenta pavos en una vieja tetera, aunque hubiera conseguido lo que probablemente era la ganga del siglo. No le interesaban las teteras, ni tampoco las antigüedades. No es que tuviera nada en contra de ellas, pero no era un tipo de antigüedades. Para matar el tiempo después de una cita en la ciudad, había entrado en la tienda por capricho, sin otro motivo que prolongar el momento de volver a su casa vacía un viernes por la noche. Sin embargo, en cuanto vio la tetera, sentada con esplendor solitario sobre una mesa de caoba tan polvorienta como cualquier desván, se sintió atraído por ella.

La plata grabada era fría al tacto y satinada, como el agua corriente. Douglas pensó que era una lástima que estuviera guardada, abandonada en la mohosa tienda. Pertenecía a otro lugar; a un museo para que la gente disfrutara mirándola, o como preciada posesión de algún coleccionista. No tenía marcas ni el sello del platero. Sabía algo de esas cosas por haber pasado la infancia con sus padres buscando antigüedades, pero nunca le habían interesado. O la tetera era muy, muy antigua, o no era de plata. Apostó por lo primero.

Aún no podía creer que un objeto tan antiguo y obviamente valioso sólo costara cincuenta dólares. Cuando interrogó al larguirucho dependiente, el chico se había aburrido claramente, impaciente por cerrar la tienda para cenar, y le dijo que volviera más tarde, por la noche, cuando estuviera el dueño. Personalmente, Douglas pensaba que el dueño necesitaba revisar seriamente sus políticas de contratación. Sin embargo, se había encontrado extrañamente reacio a soltar la tetera para dejarla de nuevo sobre la polvorienta mesa. Así que había pagado los cincuenta dólares y aquí estaba, con una tetera con la que no tenía ni idea de qué hacer y cuestionándose su propia cordura. Quizá había luna llena.

Cargado con su nueva adquisición, Douglas salió del coche y entró en la casa silenciosa y oscura. Había tenido un largo día en la clínica, más largo aún por el viaje que había tenido que hacer a Manhattan. Pero era mejor que estar sentado solo en su silenciosa casa. Ya era bastante malo salir del trabajo el viernes a mediodía, y que el fin de semana se le hiciera

insoportablemente largo y solitario.

Al encender las luces del comedor, tuvo cuidado de no mirar hacia el tenue pasillo con las puertas cerradas. En lugar de eso, centró su atención en su nuevo hallazgo. Levantó con cuidado la tetera de plata y la acercó a la luz. Una extraña sensación de chisporroteo recorrió las yemas de sus dedos, casi como electricidad. No era desagradable, pero se desvaneció cuando intentó analizar la sensación. Quizá debería comer.

Sintiéndose cansado, Douglas fue a la cocina a rebuscar en el congelador. Escogió un buen solomillo y lo metió en el microondas para descongelarlo, luego echó un vistazo al teléfono. Debería llamar al investigador, para ver si había alguna pista nueva. No es que esperara que las hubiera... había sido un callejón sin salida tras otro durante dos años inconmensurables.

El microondas sonó y Douglas sacó el filete y lo puso bajo la parrilla. Le iría bien una ensalada, si la lechuga no se hubiera marchitado. Miró en el cajón de las verduras crujientes y sacó la bola flácida que hacía una semana había sido un cogollo de lechuga. Demonios. La tiró a la basura. Agarró una patata, la restregó y luego le hizo agujeros con un tenedor, lista para meterla en el microondas y hornearla. Mientras esperaba a que se cocinara el filete, llevó la tetera de plata al salón, poniéndola en la mesita donde podía mirarla mientras comía. Comer aquí, en el sofá, con la comida sobre la mesa de centro, no era un recordatorio evidente de lo que había perdido como sentado en el comedor familiar de la otra habitación.

Douglas se hundió en los cojines del sofá con un suspiro. Le sentaba bien relajarse, estirar las piernas ante sí. Ojalá el silencio no fuera tan profundo. Hacía mucho tiempo, las voces de los niños habían llenado la casa, sus risas resonaban por las habitaciones. Se sacudió aquellos pensamientos y abrió los ojos, concentrándose en la tetera de plata. El mero hecho de mirarla parecía tranquilizarle, había algo en sus elegantes líneas. Seguía sin comprender por qué aquella tetera le interesaba tanto. Desde luego, *era* extraordinaria. Nunca había visto nada igual.

Cogió la tetera y la manipuló con cuidado, disfrutando del tacto suave y satinado de la plata contra sus dedos. La habían mantenido muy bien pulida, tenía que reconocerlo a quienquiera que fuera el dueño de la tienda de antigüedades. El diseño grabado en la plata era vagamente oriental, aunque no pudo distinguir ningún motivo en particular que reconociera. Ni flores de cerezo, ni geishas, ni el monte Fuji, por ejemplo. Ociosamente, trazó las líneas con la punta de un dedo.

"Se te quema el filete".

Douglas se incorporó bruscamente, mirando fijamente a la aparición que parecía surgir ante él de la nada.

"¿Qué?" Se pasó una mano por la cara, sin estar seguro de estar viendo lo que creía ver. Había una joven menuda, bastante escasamente vestida con una especie de traje de Las mil y una noches, de pie en medio del suelo de su salón. "¿Quién eres?"

"Tu filete", repitió pacientemente la aparición. "Se quema".

Douglas se levantó del sofá cuando el olor a carne chamuscada salió de la cocina. "¡Diablos!"

Corrió a la cocina, cogió una agarradera y sacó la sartén para asar, pero calculó mal y agarró la parte superior de la sartén con el pulgar desnudo.

"¡Ay!" Arrojó la sartén sobre la encimera, sacudiéndose la mano. "¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!"

"Oh, déjame ver". La mujer lo había seguido hasta la cocina y le tendió la mano. Él se la arrebató, volviéndose para sostener el pulgar bajo el agua del grifo.

"¿Quién demonios eres?", espetó por encima del hombro. "¿Y qué haces en mi casa? ¿Cómo has entrado?"

"Soy Jacinto. Soy una Djinn", dijo alegremente, como si eso lo explicara todo. Su voz era

cadenciosa y encantadoramente acentuada, aunque él no podía atribuirle a ninguna región en particular. Sólo podía mirarla fijamente, pero ella parecía más preocupada por asomarse al lavabo para comprobar cómo tenía el pulgar herido.

Douglas se olvidó enseguida del pulgar cuando sus palabras calaron con retraso. "¿Un... qué?"

"Un Djinn... ya sabes, un genio".

Estaba loca, eso es lo que era. Cerró el grifo y contó hasta diez en voz baja mientras se secaba la mano con una toalla. No lo necesitaba. Ya tenía bastantes problemas sin un caso espacial en la cocina. Hablando de eso, ¿cómo había entrado?

Le puso una mano delicada en la muñeca, suave como la seda. Unos ojos marrones, del color del chocolate negro, le miraron con seriedad.

"De la tetera", dijo, inclinando la cabeza para indicar el salón. Llevaba el pelo negro, largo y reluciente, recogido en una coleta en lo alto de la cabeza, de la que se desprendía, rizándose salvajemente, hasta rozarle las caderas.

"Un genio de la tetera". Douglas se apoyó en el mostrador, sintiéndose un poco débil. Ahora lo había oído todo. Era seguro suponer que alguien la estaba buscando... un alguien oficial. Sólo esperaba que no fuera peligrosa.

"Mire, señorita..." ¿Cómo dirigirse a un genio... delirante? "He tenido un día muy largo, y no ha mejorado desde que se me quemó la cena. Quizá podrías... volver a tu tetera y volver mañana".

Aquellos grandes ojos marrones hicieron un descubrimiento. "No me crees".

Parecía terriblemente dolida y, a su pesar, se sintió como un completo villano por no haberla creído. Consiguió evitar disculparse... a duras penas... y luego se dio cuenta de que no era necesario con las siguientes palabras de ella.

"No pasa nada". Jacinto asintió comprensivo. "A muchos les cuesta creerlo al principio. Yo te lo demostraré, porque fue culpa mía".

Un movimiento de sus dedos y todo el dolor desapareció de su pulgar. Lo miró asombrado y vio que la raya roja y brillante también había desaparecido. Un olor tentador llenó el aire y, al girarse, vio que el filete seguía en la sartén... no estaba chamuscado, sino hecho como a él le gustaba, dorado y jugoso. Lo miró fijamente, luego volvió a mirar su pulgar y luego a la mujer que lo observaba con ojos muy abiertos y expectantes.

"El filete quemado no fue culpa mía, por supuesto", dijo, pareciendo sentir que era necesaria una excusa. "Pero me siento mal porque hice que te quemaras, así que también lo arreglé".

"¿Cómo lo has hecho?", preguntó. ¿Hipnotismo? ¿Le había puesto en trance? Había oído que el dolor se podía quitar con hipnosis... pero el filete...

Lanzó un suspiro exagerado. "Veo que vas a ser un caso difícil".

"Señora, usted es el caso". Respiró hondo, luchando contra el impulso de dejar explotar la frustración contenida de los dos últimos años. La ira luchaba contra sus desafortunadas tendencias protectoras. Aunque ésta era su casa y ella una intrusa, era condenadamente mona. No quería herir sus sentimientos. Lo cual era tan estúpido que no podía creer que se preocupara por sus sentimientos. Por lo que él sabía, podría ser una asesina con un hacha o algo así.

"Lo siento, pero ahora no tengo tiempo para esto. ¿Podrías irte, por favor?"

"No puedo". Se las arregló para sonar de algún modo compungida.

"Claro que puedes". Douglas señaló más allá de su hombro. "Por ese pasillo y por la puerta principal".

Sacudió la cabeza y la coleta se agitó con fuerza.

"No puedo marcharme hasta que te haya concedido tres deseos".

Tres deseos. De acuerdo. Douglas la agarró del brazo y la condujo con firmeza hasta la puerta principal. Abriéndola de un tirón, la empujó a través de la abertura.

"Adiós".

Cerró la puerta y echó el cerrojo, luego apoyó la frente en el cristal y cerró los ojos durante un breve instante. Un genio. Tres deseos. Sí, claro. Y los cerdos vuelan.

Enderezándose, se volvió. Y saltó hacia atrás con un grito, estrellándose contra la puerta que tenía detrás. Delante de él estaba la mujer a la que acababa de empujar fuera.

"¿Cómo...?" Su voz sonaba entrecortada, y pensó que podría haber perdido cinco años de su vida. Con el corazón todavía latiéndole incómodo, pasó por delante de ella hasta la cocina, donde comprobó la puerta, aunque ella tendría que ser sobrehumana para haber corrido alrededor de la casa y atravesado la verja cerrada del patio trasero en los pocos segundos que habían transcurrido desde que cerró la puerta. Pero la puerta de la cocina seguía cerrada. Fue al comedor y comprobó la puerta del patio. Estaba cerrada. Avanzó por el pasillo hasta su dormitorio y vio que la puerta corredera de cristal también estaba cerrada.

Se volvió para fulminar con la mirada a la... fuera lo que fuese... que le había seguido silenciosamente por la casa.

"¿Cómo has vuelto a entrar?"

"Soy un Djinn". Su voz divertida sugería que le seguía la corriente. "Has traído mi tetera a casa y la has frotado. Debo concederte tres deseos".

Douglas rechinó los dientes. "Los genios no existen".

"Pero estoy aquí", señaló, sonando eminentemente razonable.

"Eso no significa que seas... un genio".

Sus ojos marrones brillaban. Maldita sea, ¡estaba disfrutando! Douglas pensó con rapidez.

"Si eres un genio, demuéstalo".

Su rostro se iluminó como si le hubiera hecho un regalo. Lo cogió de la mano (ya sin dolor) y lo condujo, sin oponer resistencia, al salón. Su plato estaba sobre la mesita, con el filete humeando suavemente junto a una patata asada con una generosa cucharada de nata agria y cebollino. Junto al plato había un cuenco lleno de ensalada crujiente.

Hizo un juramento.

"Vale, ya está. Me largo de aquí". Douglas se volvió hacia la puerta. Había estado trabajando demasiado, eso era evidente. Encontraría un hospital agradable y acogedor y haría que lo ingresaran. Agarró a la mujer por la muñeca y la arrastró tras él mientras rebuscaba con la otra en el bolsillo en busca de las llaves. La soltó cuando estuvieron fuera y, cerrando la puerta principal, se dirigió a su coche.

"¿Adónde vas?" Ella iba un paso por detrás de él.

"Al hospital. Estoy convencido, ¿vale? No has perdido la cabeza. Yo he perdido la mía".

Puso la mano sobre la de él, deteniéndole cuando hubiera abierto la puerta del coche.

"No has perdido la cabeza. Y no estoy aliado con nadie para gastarte bromas".

¿Cómo sabía ella que eso era lo que él estaba pensando? Le miró con expresión seria.

"Lo demostraré".

El coche que tenía delante brilló y, al momento siguiente, Douglas se encontró de nuevo en su salón, con el genio a su lado.

Se hundió en el sofá, pues no estaba seguro de que sus piernas pudieran sostenerle. Sabía que había estado fuera, junto a su coche. Lo *sabía*. Miró al... ¿genio? ...que le observaba con una extraña expresión de ansiedad. Como si realmente le importara si creía en ella o no.

"Entonces, vale. Creo que estoy convencido".

Con una brillante sonrisa iluminándole el rostro, se sentó en uno de los sillones frente a él y señaló la mesita.

"Cómete ahora la cena. Creo que estás cansada además de hambrienta, o no serías tan difícil".

No había comido en todo el día y el aroma del filete le daba más hambre cada minuto que pasaba. Suspiró, rindiéndose, cogió el tenedor y el cuchillo y cortó el filete.

"¿Por qué yo?"

"Por la tetera", explicó, su ligero acento imprimiendo un matiz ascendente a ciertas sílabas. "Como la historia de la lámpara de Aladino. La encontraste y la frotaste, y aquí estoy yo, para concederte tres deseos".

Douglas se lo pensó mientras comía. El filete estaba perfectamente hecho, lo bastante tierno como para cortarlo con un cuchillo de mantequilla. La patata también estaba perfecta, y la ensalada fresca y crujiente.

Inclinó la cabeza, estudiándole. "¿No tienes más preguntas?"

"Sí. ¿Dónde estabas cuando te necesité?" murmuró Douglas con la boca llena de patatas.

El genio... Jacinto... se enderezó, con cara de interés.

"¿Qué ha sido eso?"

Tragó saliva. "Nada".

Ella lo estudió con los ojos entrecerrados durante un momento, y luego, al parecer, decidió dejarlo pasar. Se levantó y él la observó deambular por el salón mientras comía. Se preguntó qué le parecería la habitación. Estaba espartanamente amueblada, con el sofá y la mesa de centro, y dos butacas. Lilian y él habían comprado cuadros para las paredes, y las estanterías y chucherías con las que ella se deleitaba, pero se las había llevado cuando se mudó. Tras el divorcio, él había colgado fotos de los niños encima de la chimenea, pero después de que ella se las llevara, al final le dolió demasiado tener ese doloroso recuerdo y las quitó. Mirando ahora, viendo la habitación como lo haría un extraño, Douglas pensó que parecía desnuda y fea. Se encogió de hombros, sin importarle realmente. Pasaba el menor tiempo posible en casa.

Volvió su atención hacia la supuesta genio. Era extraordinariamente guapa de una forma picante, con una piel dorada y cremosa, un rostro ovalado con una pequeña nariz recta y unos luminosos ojos marrones. Su figura era fenomenal, con curvas en todos los lugares adecuados que se veían muy bien en el escueto traje tipo "Las mil y una noches". Era parecido al que llevaban las bailarinas de la danza del vientre, con un top de terciopelo y un fajín grueso a juego sobre las caderas, y una especie de tela transparente que cubría sus delgados brazos y piernas. Pero era mucho más rico que lo poco que había visto de las bailarinas del vientre. La tela verde intenso realzaba bien su colorido, al igual que la pila de pesados brazaletes de oro que llevaba en las esbeltas muñecas y una delicada tobillera con cascabeles diminutos que sonaban cuando se movía.

Al terminar su cena, Douglas empujó el plato hacia atrás. Era una comida muy buena... la mejor que había comido en mucho tiempo. No era muy hábil en la cocina. Junto con todo lo demás, no había tenido ni una patata en casa, ni tampoco crema agria. Y recordaba perfectamente haber tirado la cabeza de lechuga empapada y marchita poco antes. Vale, quizá era un genio. Pero...

"De acuerdo", admitió. "Creo que eres un genio. Pero no estoy preparado para esto. Han sido un par de años duros, y ahora mismo no necesito nada más con lo que lidiar".

Los ojos castaños le observaban fijamente, no sin simpatía.

"¿Se te ha ocurrido -sugirió con su voz cálida y cadenciosa- que quizá yo pueda ayudarte? ¿Que podría mejorar las cosas para ti?"

Como si eso fuera a ocurrir. Haría falta algo más que un auténtico genio para enderezar su vida. Más que el conejo de Pascua, el hada de los dientes e incluso Papá Noel con todos sus elfos juntos. Hasta ahora ni siquiera Dios había respondido a sus plegarias, aunque Douglas nunca perdió la fe. Sin embargo, después de tanto tiempo, la fe se le había quedado un poco corta.

"No quiero que te lo tomes como algo personal", le dijo. "Pero realmente necesito que vuelvas a desaparecer en tu tetera ahora".

"De acuerdo". Jacinto sonrió complacido y desapareció.

"Aleluya", murmuró Douglas en voz baja, pues esperaba otra discusión de aquella mujer tan decidida. Genio. Lo que sea.

Recogió la tetera y se la metió bajo el brazo, dirigiéndose a la puerta principal. Esto se iba por donde había venido.



PARA SORPRESA DE DOUGLAS, la tienda de antigüedades seguía abierta, aunque eran casi las ocho. Sin embargo, detrás del mostrador había otro hombre. Parecía tener más o menos la edad de Douglas, era moreno de aspecto italianizante y tenía una mirada melancólica. Al ver el objeto plateado bajo el brazo de Douglas, enarcó una ceja negra.

"Buenas tardes", la voz del hombre tenía un acento muy tenue, italiano quizá. "Bienvenida a Whimsies. ¿Puedo ayudarle?"

Douglas se adelantó y dejó la tetera sobre la encimera. "La compré aquí esta tarde. Hubo algunas cosas que tu empleado olvidó mencionar".

"Ya veo". Unos ojos azules en un rostro profundamente bronceado lo estudiaron y luego se desviaron hacia la tetera. Una comisura de la boca del hombre se crispó. "Siento que no te guste. Generalmente no recibimos devoluciones de este artículo en concreto".

"No me importa el dinero", casi gruñó Douglas. "¡Sólo quiero que esa maldita cosa desaparezca de mi vida!".

No esperó la respuesta del hombre, sino que giró sobre sus talones y salió de la tienda.

Caminando hacia su coche, aparcado en paralelo a dos manzanas de distancia, Douglas encontró que sus pensamientos volvían con cierto pesar a la encantadora joven. Había sido tan joven, tal vez veinteañera. Ninguna pena ensombrecía sus ojos caoba, ningún dolor había dejado huella en su alegre mirada. En cambio, Douglas sentía cada segundo de sus treinta y un años.

Le vino a la cabeza el comienzo de un viejo poema. "Si tuviéramos mundo suficiente y tiempo...". Vale, el resto del poema no encajaba, algo sobre una amante tímida, pero el primer verso resonaba una y otra vez. Sacudió la cabeza para despejar el estribillo de su mente mientras llegaba a su coche. Unos minutos más tarde estaba en camino, de vuelta a su hogar tranquilo, seguro y muy solitario. No estaba seguro de si el suspiro que se le escapó era de alivio o de arrepentimiento.

Unas manzanas más adelante, al reducir la velocidad para girar a la derecha en un cruce muy iluminado, las luces de la calle reflejaron un objeto plateado y reluciente en el lado del copiloto. ¡La tetera!

"¡Maldita sea!"

Douglas pisó el freno y oyó cómo chirriaba en señal de protesta. Hizo un giro rápido hacia una gasolinera, dio media vuelta y salió quemando rueda de la calzada, dirigiéndose de nuevo al

centro de la ciudad.

Esta vez había una mujer guapa con el pelo largo y rubio como la miel detrás del mostrador con el hombre moreno. Miró a su alrededor con curiosidad cuando Douglas irrumpió en la tienda. Douglas no se molestó en dirigirse a ninguno de los dos. Dejó la tetera sobre el mostrador con firmeza y la señaló con el dedo.

"¡Quédate!"

Giró sobre sus talones, salió por la puerta y cruzó la acera para mirar en el asiento del copiloto. Efectivamente, allí estaba la tetera. La cogió y regresó a la tienda. La pareja lo miraba sin decir palabra. Douglas levantó la tetera.

"¿Ves esto?"

Asintieron al unísono, y la mujer abrió mucho los ojos mientras miraba la tetera.

"Bien. Yo no. Absolutamente no. No. quiero. Ver esto en mi coche cuando me vaya de aquí. ¿Está claro?"

El hombre se aclaró la garganta y lanzó una mirada de advertencia a la mujer, que parecía estar luchando contra una risa reprimida.

"Perfectamente claro", respondió solemnemente.

"Bien".

Douglas le entregó la tetera y salió de la tienda. De vuelta a su coche, lo examinó detenidamente. No había ninguna tetera en el asiento delantero. Desconfiado, se asomó al asiento trasero. No había nada. Abrió el maletero y rebuscó entre los diversos suministros de emergencia que guardaba allí. No había tetera.

Con una sensación de alivio, subió al coche y se dirigió a casa. Se olvidaría de todo lo que había pasado aquel día. Hizo el resto del trayecto hasta su casa con un estado de ánimo razonablemente normal, aplastando a la fuerza los pensamientos sobre la atractiva mujer que había invadido su vida sólo un par de horas antes. ¿No estaría bien, pensó cansado al entrar en su casa, que su problema se resolviera tan fácilmente como pedir un deseo? Soltó una pequeña carcajada mientras apagaba el motor y se pasaba las manos por la cara.

"Sí, claro. Pide un deseo y bingo, todo arreglado". Salió del coche. "Y ahora hablas solo. Por fin has dado la vuelta a la tortilla. Así se hace, tío".

Abrió la puerta principal y se dirigió al salón, con la intención de recoger los platos sucios de la cena, y se detuvo en seco.

Jacynth estaba sentada en el sofá, con el labio inferior atrapado entre los dientes blancos, mirándole con una mezcla de diversión y culpabilidad en el rostro picado. La tetera descansaba sobre la mesita ante ella.

Douglas levantó las manos en señal de rendición.

"Bien. ¿Quieres mi casa? Quédatela".

De todos modos, ahora odiaba aquel lugar. Encontraría un motel donde quedarse. Se dirigió hacia la puerta.

"¡No! ¡No te vayas!" Apareciendo a su lado, le agarró de la manga, tirando de él hacia atrás. "Espera. Espera. Tiene que haber algo que quieras... algo que desees más que nada en el mundo entero".

Aquello le pilló desprevenido, como un golpe en las tripas. *Más que cualquier otra cosa en el mundo entero...*

"Mis hijos", susurró. "Sólo quiero a mis hijos".

CAPÍTULO 2



"MMMM". La expresión de la joven... genio... era pensativa, su boca formaba un mohín de incertidumbre, llamando su atención. De color rosa oscuro, sus labios estaban generosamente curvados. Incluso tentadores. Douglas sacudió ligeramente la cabeza, apartando el pensamiento, y se concentró en sus palabras.

"Quizá deberías explicarte un poco más", dijo. "Ven, siéntate y háblame de ellos".

¿Por qué hacía esto? se preguntó Douglas mientras la seguía hasta el sofá. Uno de ellos... y ya no estaba seguro de cuál era... necesitaba ayuda. Y mucho.

"Ahora". Se acomodó en el sofá, metiendo las piernas debajo mientras lo miraba expectante. "Háblame de tus hijos".

¡Dios! La nostalgia por ellos era tan fuerte, un dolor constante que nunca le abandonaba. Al mirarla a la cara, sólo vio simpatía y un interés intencionado. Después de tanto tiempo, alguien a quien realmente parecía importarle. Claro, la policía, los trabajadores sociales, incluso sus investigadores estaban en ello. Todos eran profesionales. Pero su trabajo consistía en ocuparse de ese tipo de cosas; no era una implicación personal. Douglas incluso podía entenderlo, ya que Molly y Benny no se consideraban en grave peligro. ¿Qué era un poco de negligencia, pensó, luchando contra la amargura, frente a actos incalificables cometidos contra tantos niños secuestrados por asesinos, y cosas peores?

Ya casi nunca hablaba de sus hijos con nadie, prefería no compartir su dolor, pero los ojos marrones que le observaban con tanta compasión le invitaban... casi le obligaban... a confiar en ella. Douglas buscó en el bolsillo trasero la cartera con las fotos que llevaba siempre consigo. La abrió, contemplando los jóvenes rostros durante un momento antes de pasársela a ella.

"Molly", consiguió ahogar el nombre de su hija. "Y Benny. Molly tiene ahora unos cuatro años. Y Benny tiene seis... debería empezar primero este año".

"¿Debería?", preguntó ella, con voz suave.

"Sí. Hace dos años que no los veo. Molly... Supongo que ella ya ni se acordaría de mí. Mi ex mujer era alcohólica. Nos divorciamos, y cuando descubrí que descuidaba a los niños, demandé la custodia y gané. Tenía que estar en desintoxicación, el juez lo ordenó. No me importaba compartir la custodia si se ponía sobria, pero no se ocupaba de los niños cuando bebía. Pero un día, mientras yo estaba en el trabajo, se presentó en casa de la niñera y se los llevó. Desde entonces no los he vuelto a ver".

La rabia y el dolor le invadieron de nuevo.

"Sólo quería lo mejor para los niños", se quejó. "No intentaba quitárselos ni impedir que los

viera. No quería hacerles daño, eso es todo".

Recogió la cartera del lugar donde la mujer la había colocado sobre la mesita, sintiendo la familiar pesadez en el pecho mientras miraba las jóvenes caras que se reían de él desde las fundas de plástico. "Los echo tanto de menos. No ha pasado un solo día en que no haya deseado que volvieran".

Bastante cerca, decidió Jacinto. Hablaba más consigo mismo que con ella, pero serviría para un deseo de buena fe. Sería útil, sin embargo, que tuviera investigadores sobre el caso, informes, fotos y folletos.

"¿Has intentado encontrarlos?". Preguntó suavemente, esperando obtener más información.

¿"Intentado"? Llevo dos años con un investigador privado en el caso. Cada vez que creemos que nos acercamos, vuelven a desaparecer. No sé si están bien, si son felices. No sé si se acuerdan de mí, si me echan de menos. ¿Y si piensan que no los quería, que le dije que se los llevara? Supongo que..."

"¿Así que han salido informes oficiales? ¿Anuncios de niños desaparecidos y todo eso?". Su voz era tranquila, tranquilizadora, animándole a continuar.

"Sí". Se interrumpió, dejando caer la cabeza sobre las manos. "Supongo que sé que están vivos. Tengo que creer que siguen vivos. Si estuvieran muertos... pero no lo están".

Douglas se estabilizó, respiró hondo y levantó la cabeza. "No deja de moverse. Mi ex mujer, Lilian. Seguimos recibiendo informes sobre ellos, pero cuando llegan las autoridades, ya se han ido. Parece que siempre vamos un paso por detrás".

Los profundos ojos castaños que lo observaban tan de cerca eran comprensivos, y ella asintió con la cabeza en señal de comprensión.

"De acuerdo", le dijo ella.

Douglas levantó la cabeza de entre las manos. "¿Qué?", preguntó sin comprender. "Vale, ¿qué?"

Las delicadas cejas negras se alzaron y sus ojos castaños brillaron ante él con evidente placer.

"Como de acuerdo, puedo recuperar a tus hijos por ti".

Douglas se levantó rápidamente, casi derribando la mesita mientras le recorría la ira. Se había enamorado de su suave simpatía, se había desahogado con ella y ahora ella se burlaba de él.

"Señora, está usted mal de la cabeza. Mira, lárgate de aquí. Ahora mismo".

No se movió, y sus ojos brillaron más. "Contesta al teléfono".

"¿Qué?"

"Tu teléfono está sonando".

Maldiciendo, Douglas se dio la vuelta y cruzó a grandes zancadas hasta la cocina, donde había dejado el móvil cuando empezó a buscar comida. Quería a aquel lunático fuera de su casa. Se desharía de quienquiera que fuera y luego llamaría a la policía. Costara lo que costara, quería que se fuera, ya.

"¿Diga?"

"¡Los tenemos!" El grito de excitación casi le rompe el tímpano. Douglas se estremeció y se apartó el teléfono de la oreja.

"¿A quién tienes? ¿Quién es?"

"Es Arnie. Contrólate, tío, ¿quién creías que era?"

"¿Arnie?" Su investigador. Una increíble esperanza le inundó. Imposible, imposible. "¿Qué tienes?"

"Tus hijos, tío. Vamos, Doug, espabila. Los hemos encontrado".

¿Sus hijos? Douglas se desplomó contra el mostrador, con las rodillas hechas gelatina.

"¿Mis hijos?", susurró.

"Molly y Benny", confirmó Arnie. "Están a salvo. Sabes que teníamos sus fotos en esas páginas web de niños desaparecidos, y la mujer que los cuidaba por la noche los reconoció. Me llamaron enseguida. La policía está de camino a su casa con una trabajadora social para ponerlos bajo custodia protectora antes de que vuelva Lilian, pero tienes que salir cuanto antes."

"¿Dónde?" preguntó Douglas con voz ronca. "¿Dónde están?"

"En California, amigo. En Los Ángeles. Comprueba tu fax, te enviaré los datos en unos minutos, los están enviando por fax desde California y te los enviaré. Puedes coger un vuelo nocturno y estar allí a primera hora de la mañana. Llévate todo lo que tengas, los papeles del divorcio y de la custodia. Hay mucha documentación que demuestra que Lilian se llevó a los niños ilegalmente, así que no hay duda. Y tienes una factura cojonuda de tu servidor para demostrar que has estado buscándolos durante los dos últimos años".

Douglas cerró los ojos. ¡Gracias a Dios! Los habían encontrado, estaban a salvo. Benny y Molly... volvería a estar con ellos mañana. Los vería, los abrazaría. Los llevaría a casa.

"Asegúrate de enviarme la información de tu vuelo. La trabajadora social se reunirá contigo en el aeropuerto de Los Ángeles".

Douglas extendió el teléfono para mirarlo con el ceño fruncido, perplejo. ¿En serio?

"¿Nos vemos en el aeropuerto?", repitió.

Su mirada se posó en Jacinth, que se limitó a dedicarle aquella sonrisa traviesa, encogiendo un poco sus delgados hombros.

"Allí estaré. Gracias, Arnie".

Colgó el teléfono y se volvió lentamente. Jacinth seguía sentada en su rincón del sofá, mirándole expectante, con una sonrisa traviesa temblándole en la comisura de los labios. Douglas le devolvió la mirada.

"¿Cómo demonios lo has conseguido?"

Su risa era como un tintineo de campanas. "Sólo un poquito de dinamismo... ¿es ésa la palabra adecuada? ...para que las cosas vayan sobre ruedas".

En el dormitorio que hacía las veces de despacho en la parte trasera de la casa, oyó sonar la línea de fax y luego el silencio cuando la máquina descolgó. California. Tenía que reservar un avión. Miró a Jacinth con su mejor mirada intimidatoria y le señaló con el dedo.

"Quiero hablar contigo. No te vayas a ninguna parte".

Su exuberante boca se curvó en una dulce sonrisa y sus ojos oscuros brillaron. Parecía estar disfrutando.

"Por supuesto que no". Apareció una pequeña taza demitasse sobre la mesita, y el tentador aroma del rico café turco llenó el aire. Ella se inclinó hacia delante para cogerla y sorbió con delicadeza. Unos ojos risueños le miraron por encima del borde de la taza. "Ve a hacer lo que tengas que hacer".

¿Cómo lo había *hecho*? Douglas giró sobre sus talones y se dirigió a la parte trasera de la casa para encender el ordenador. ¡Un *genio*! El infierno.

Un cuarto de hora más tarde tenía un billete electrónico de ida y vuelta a Los Ángeles y dos billetes para niños de vuelta a Nueva York. Colgó el teléfono y se levantó inseguro. Tenía que hacer las maletas, aunque disponía de tiempo de sobra, el vuelo no salía hasta las 3 de la madrugada. Había hecho las reservas de vuelta para el mismo día, a última hora de la tarde, pero en realidad no tenía ni idea de cuánto tardaría en hacerse con Benny y Molly. Suponía que habría muchos trámites burocráticos, y era posible, incluso probable, que tuviera que comparecer ante un juez el lunes siguiente. Podía cambiar los billetes de avión, sin problemas, pero no estaba

seguro de cuánto debía empaquetar. Y... ¡Dios! ¡Las habitaciones de los niños!

"Caramba", murmuró, dirigiéndose al pasillo. "¿Cómo demonios voy a hacer todo esto y llegar al aeropuerto a las tres de la mañana?".

Abrió la puerta de la habitación de Molly y encendió la luz. Al principio había mantenido las habitaciones abiertas, esperando que los niños llegaran a casa cualquier día, pero este último año la esperanza se había convertido más bien en un sueño, y le había dolido demasiado ver sus cosas. Finalmente había cerrado las puertas y se había quedado fuera. Ahora miraba a su alrededor y suspiraba, sabiendo que la habitación de Benny no estaría mucho mejor. Las habitaciones estaban básicamente limpias, pero las sábanas llevaban meses en las camas y había polvo por todas partes. Además, llevaban tanto tiempo encerradas en el sofocante calor de pleno verano que estaban mohosas y demasiado calientes.

"Parece más un museo que un dormitorio". Jacinth se inclinó sobre su hombro para mirar a través de la puerta, arrugando su bonita naricilla.

Douglas no pudo oponerse a su apreciación.

"Un museo desatendido", admitió con un suspiro. "Aunque era tan difícil entrar aquí... que empecé a dejar pasar las cosas".

"¡Oh, qué muñeca más bonita!" Jacinth se deslizó junto a él en la habitación, cogiendo la muñeca de porcelana que yacía contra la almohada de Molly en real esplendor. Yards de encaje crema se derramaban sobre sus brazos mientras acunaba a la muñeca entre los suyos, acariciando sus rizos dorados.

El dolor atravesó el pecho de Douglas.

"Sí", consiguió decir. "Isabel. Era su favorito, aunque Molly era muy pequeña. Lilian me dijo que era demasiado elegante para un niño pequeño. Pero a Molly le encantó en cuanto lo vio".

"Llévatela", le dijo Jacinto, sonando decidido. "Es tan joven que estará confusa. Tener algo familiar y querido que pueda recordar de antes, la ayudaría".

Ella se puso delante de él, tendiéndole la muñeca. Él la cogió, notando que sus dedos temblaban ligeramente. Molly... ¿de verdad iba a volver a verla? ¿Traerla a casa, después de tanto tiempo?

"¿Esto es realmente real?", le preguntó bruscamente, necesitando saberlo. "¿O es un sueño que estoy teniendo... una alucinación?".

"Ve a mirar tu fax", sugirió, aparentemente no ofendida. ¿Cómo podía ser tan... tan despreocupada? Douglas se sentía como si se hubiera metido en la madriguera de Alicia y aún no hubiera tocado fondo.

Se quedó mirando a la genio, viéndola realmente por primera vez. Se sobresaltó al darse cuenta de lo menuda que era, su cabeza apenas le llegaba al hombro cuando estaba a su lado. Al principio le había parecido más alta. Aunque tenía un rostro casi clásico, ovalado y de suave piel dorada, su expresión la hacía parecer más bien un duendecillo, junto con el constante brillo travieso de sus ojos castaño oscuro. Unas cejas negras se arqueaban delicadamente sobre aquellos ojos, y tenía una boca ancha y perfilada, de labios suaves y extrañamente vulnerables. A pesar de su pequeña estatura, sus pechos curvados se hinchaban suavemente sobre una cintura esbelta y unas caderas redondeadas. Sus pequeños pies estaban desnudos, salvo por la tobillera que llevaba. Parecía tan delicada como la muñeca de porcelana que tenía en sus brazos.

"No creo en los genios. Ni en los deseos, ni en la magia". Tenía que hacérselo entender de algún modo. "No creo en ti".

Su sonrisa era reconfortante y le dio unas palmaditas en el brazo.

"No pasa nada. Lo harás. No te preocupes por eso ahora. Debemos poner en orden estas

habitaciones. No querrás que los niños vuelvan a esto".

En eso tenía razón, pensó Douglas, observando la habitación de Molly con una mueca.

"Yo quitaré el polvo", le dijo Jacinth. "Tú cambia las camas y pasa la aspiradora. Abriremos las ventanas para que entre algo de aire, y las cerraremos antes de que te vayas por la mañana. Abre las rejillas del aire acondicionado y estarán bien cuando vuelvas".

Asintiendo, Douglas se dio la vuelta y se alejó un paso, hacia el armario del pasillo donde guardaba la aspiradora, y luego se detuvo para mirar hacia atrás.

"¿De verdad vas a hacer polvo?"

Los ojos castaños parpadearon inquisitivos.

"Quiero decir que no vas a... ya sabes...". Douglas se puso el dedo en la punta de la nariz, retorciéndolo como Samantha en Embrujada.

Jacinto soltó una carcajada, un trino alegre.

"¡No, claro que no!" Ella le miró encantada. "¿A ti también te gustan esos programas antiguos? Son muy divertidos".

"Sí, lo son", convino Douglas, yendo a buscar la aspiradora. "Sólo que nunca pensé que me encontraría en medio de una".

Entró en la habitación de Benny, abrió de par en par las cortinas y corrió la ventana, dejando entrar el aire del atardecer. Esta habitación era más grande que la de Molly, y no estaba tan cargada. Tendría que deshacerse de la ropa de la pequeña cómoda, pensó mientras pasaba la aspiradora por el suelo. Ya no le cabrían a Benny. Aunque podría hacerlo cuando tuviera a los niños en casa. Apagando la máquina, movió el caballito de balancín para poder pasar la aspiradora por debajo. Con la repentina ausencia del sonido del motor, pudo oír ruidos extraños procedentes del fondo del pasillo.

¿Y ahora qué? se preguntó, dirigiéndose a la habitación de Molly.

Habían descolgado las cortinas de encaje de la ventana y empujado la mosquitera. Jacinth estaba de pie sobre una silla asomada a la ventana, golpeando las cortinas contra el lateral de la casa. A su pesar, Douglas no pudo evitar admirar la tentadora curva de su redondeado trasero, la tersa piel dorada de su espalda expuesta por encima de los pantalones escotados. Siempre había pensado que los hombres que golpeaban el trasero de las mujeres eran neandertales e increíblemente odiosos; por eso, el repentino impulso que sintió de hacerlo fue una desagradable sorpresa.

Se metió ambas manos en los bolsillos, eliminando la tentación. Con un esfuerzo se recordó a sí mismo que tenía que preparar las habitaciones de los niños, y a sí mismo también para el viaje a California. Además, aún no había averiguado qué pasaba con aquella mujer que no sólo afirmaba ser un genio, sino que había presentado pruebas bastante irrefutables. Aún le costaba entenderlo.

Con un suspiro mental, Douglas volvió a la habitación en la que estaba trabajando.

La aspiradora terminada y la cama gemela recién hecha con sábanas lisas... de algún modo tenía la sensación de que a Benny ya no le gustarían sus queridas sábanas de dinosaurio morado... Douglas llevó la aspiradora por el pasillo hasta la habitación de Molly. Se detuvo en la puerta, observando la habitación con sorprendida aprobación.

Además de limpiar el polvo de las estanterías, la encimera de la cómoda, las cortinas y los libros, Jacinth había recogido todas las muñecas más bonitas de la caja de juguetes de Molly y las había colocado cuidadosamente por la habitación. Algunas estaban dispuestas sobre la cama, y otras sentadas alrededor de una pequeña agrupación de sillas en la mesa de tamaño infantil. La lámpara que había estado sobre la cómoda alta estaba ahora sobre la mesilla de noche, lista para

que Molly la encendiera y apagara. Un enorme conejo de peluche... regalo del conejo de Pascua aquella última Pascua... estaba encima de la caja de juguetes, con un libro de ilustraciones abierto en el regazo. Jacinth había sacado unas gafas del baúl de los disfraces rosas y blancos de Molly y las había colocado sobre la nariz del conejo, dándole un aspecto más bien regio e intelectual. Una plumífera estola rosa del mismo baúl envolvía a una muñeca bailarina que estaba sobre la cómoda.

No había nada especial, nada que no hubiera estado ya en la habitación... pero Jacinto había convertido el sencillo dormitorio en el sueño de una niña.

Douglas levantó la cabeza, olfateando experimentalmente. Había un ligero olor a rosas. Miró a Jacinth con desconfianza. Ella respondió a su mirada con una sonrisa culpable, levantando el pulgar y el índice para mostrarle un pequeño espacio.

"Sólo un poquito de magia. Para refrescar la habitación".

A Molly le encantaban las rosas. Solía llamarla su pequeña niña de las flores.

Douglas experimentó un momento de puro pánico. ¿Qué iba a decirles a sus hijos? ¿Qué iba a hacer con ellos? No tenía ni idea de lo que Lilian podría haberles dicho. ¿Querrían volver a casa con él, aunque se acordaran de él? Ya no sabía qué les gustaba, cuáles eran sus comidas favoritas, qué les gustaba ver en la televisión. Molly era poco más que un bebé cuando la había visto por última vez, mientras que Benny no era más que un niño pequeño, ¡y ahora estaba a punto de empezar el colegio!

"Ven conmigo". Las palabras salieron de su boca antes de que hubiera tenido tiempo de pensarlo, pero, una vez dichas, le parecieron correctas. "Ayúdame con Benny y Molly. No me conocen y no sé qué les habrá contado Lilian, qué pensarán. I... te necesito".

Los ojos marrones de Jacinth se abrieron de par en par y sus labios formaron una "O" de sorpresa. Al cabo de un momento, su expresión se volvió pensativa.

"¿Cómo me explicarías?"

Douglas pensó en ello, las posibilidades se agolpaban en su mente.

"La niñera. Diré que eres la niñera que he contratado para que cuide de los niños y de la casa mientras yo trabajo".

Jacinto asintió. "Sí, eso funcionará. Llevaré algunas referencias, por si preguntan los del trabajo social".

¿Referencias? Douglas la miró fijamente.

"Douglas". Habló despacio, como si se dirigiera a un niño algo obtuso. "Tengo recursos, otras personas que he conocido a lo largo de los años y otros Djinn. Sí, puedo conseguir referencias. Haré algunas llamadas y haré que me las envíen por fax".

Djinn... ¿genio? "¿Quieres decir que... hay *más como tú*?"

Ella se rió. "Por supuesto. Ahora dame tu número de fax, o tu correo electrónico si lo prefieres, para que pueda conseguir esas referencias".

Le dijo, y luego dudó.

"¿Tú...?" Intentó pensar en una forma de decirlo con tacto, pero fracasó. Al diablo. "¿Tienes algo más que puedas ponerte?"

Jacinth miró el exótico traje que llevaba y soltó una risita.

"Ah, esto. Lo siento, lo había olvidado".

Bajó la mano y, antes de que él pudiera pestañear, se presentó ante él vestida con unos pantalones azul marino y una blusa sedosa de color azul pálido bien metida en la cintura. Llevaba el pelo negro azulado recogido en una pinza en la parte posterior de la cabeza, que dejaba que unas suaves ondas enmarcaran su rostro. Llevaba unas sandalias negras bajas, de las

que asomaban unas uñas pulidas. A pesar de su baja estatura, parecía competente y amable... perfecta para tratar con niños pequeños.

"Entonces... ¿pedirte que vengas conmigo cuenta como un deseo?". preguntó Douglas, sintiéndose incómodo. No sabía cómo funcionaba todo aquello, ni qué esperar. Era, como mínimo, inquietante.

Jacinto sacudió la cabeza, apareciéndole un hoyuelo en la comisura de los labios.

"Los deseos son sólo si hay magia de por medio. No tengo que acceder a ninguna petición, compréndelo. Sólo los deseos. Pero me gusta ayudar, por eso soy Portadora de Deseos. Además, me gustan los niños. Tenemos muchos en mi aldea de Qaf. Llámalo favor si quieres". Ladeó la cabeza, mirándole con curiosidad. "Sé que no quieres esperar hasta mañana para ir a California. ¿Por qué no has deseado que te envíe allí de inmediato?"

"No porque no haya pensado en ello", dijo Douglas con pesar. "Pero necesito que todo esté en regla. Necesito estar en ese manifiesto de pasajeros, por si alguien lo comprueba".

Ella esperó, con la mirada fija, hasta que él se encogió de hombros, algo incómodo. "Y una parte de mí sigue sin creérselo".

Asintió con la cabeza y le puso suavemente una mano en el brazo. "No pasa nada. A todo el mundo le cuesta un poco hacerse a la idea". Le dirigió una de aquellas sonrisas brillantes como velas. Nunca había conocido a nadie tan... tolerante. Parecía que todo le parecía bien.

"¿Cuántos años tienes?", preguntó, repentinamente curioso.

El brillo travieso volvió en un instante, y ella sacudió la cabeza.

"No quieres saberlo. Créeme. Al menos, no mientras aún te cueste creer que soy real".

Bueno, eso era justo.

"Si mañana te vas a California, ¿no hay nadie a quien tengas que avisar?". preguntó ella. "¿Tu trabajo?"

"Bien. Tengo que llamar a la clínica". No podía creer que lo hubiera olvidado. Un rápido vistazo a su reloj le mostró que eran casi las diez. Llamaría a Troy a casa. "Soy veterinario. Somos tres, mis compañeros podrán cubrirme mañana y el sábado si es necesario. Los domingos abrimos medio día, pero nos turnamos".

La cara de Jacinto se iluminó de interés. "¿Un veterinario! ¿Qué maravilla! ¿Eres especialista o qué?"

"Me ocupo de caballos, sobre todo. Del ganado. Hay muchas granjas en esta zona, y grandes propiedades donde la gente tiene caballos. Equitación, adiestramiento, concursos hípicas. Mis compañeros atienden a perros, gatos y pájaros, y otros tipos de animales domésticos".

La genio se frotó la nariz pequeña y recta, pareciendo pensativa. "¿Supondrá un problema despegar así, tan de repente?"

Douglas se rió entre dientes. "No. Si pensaran por un minuto que dudaría en echarles encima a mis pacientes para llegar hasta Ben y Molly, Troy estaría pateándome el culo mientras Suzanne cogía el teléfono y hacía ella misma las reservas de avión."

Echó un vistazo a la habitación, pasándose las manos por el pelo. Había planeado regalarle un poni a Benny por Navidad el año que Lilian se había llevado a los niños, y también le había pedido a Suzanne que estuviera pendiente de un posible cachorro. Entonces los niños se habían ido, y él se había quedado solo. ¿Cómo sería? ¿Seguirían siendo una familia, o tardaría meses... quizá incluso años... en volver a conectar con sus hijos? Sabía que Benny habría cambiado en muchas pequeñas cosas, como si había superado o no los grandes dinosaurios morados. Y Molly era tan pequeña cuando la había visto por última vez. Tenía que enfrentarse al hecho de que probablemente ella no le recordaría en absoluto.

"Cambiemos de habitación", sugirió. "Tengo que pasar la aspiradora aquí y cambiar la cama".

Jacinth asintió y desapareció por el pasillo, aunque su aroma floral perduró, mezclándose agradablemente con la fragancia de rosas de la pequeña habitación.

Al menos a Molly no se le habría quedado pequeña la ropa de cama, pensó, estirando el elástico inferior de una bonita sábana salpicada de capullos de rosa para deslizarla sobre el borde del colchón. Parecía casi irreal, que realmente volverían aquí con él... si no mañana, al menos pronto. Mañana vería realmente sus caritas, las abrazaría a él. Quizá estaba soñando. O alucinando.

Salió del dormitorio de Molly y se escabulló por el pasillo hasta su despacho. Allí estaba el fax de Arnie, como había esperado. La dirección y el número de teléfono de la comisaría, del policía que había ido a recoger a los niños. El nombre y el número de teléfono de la asistente social. También había llegado un correo electrónico de Arnie, diciendo que había conseguido la reserva de avión de Douglas y había llamado con esa información a Los Ángeles. La trabajadora social le estaría esperando en el aeropuerto. Por supuesto, Arnie tenía copias de todos los documentos legales, pero aun así, debía de haber hablado bastante en las dos últimas horas para haber convencido a las autoridades de que entregaran a los niños directamente a Douglas. *Si es que* estaban convencidas, pero era un buen comienzo. Estaba agradecido por ello. No es que no pasara por el aro que le exigieran para recuperar a sus hijos, pero saber que ya se habían ocupado de todo era un gran alivio. No podía saber qué más hacía falta hasta que llegara allí.

Una parte de él le susurraba que no podía ser tan fácil, que iba a tener ante sí inmensos obstáculos en California, pero apartó la voz de alarma. No le importaba. Ver a sus hijos... tenerlos de vuelta... eso era todo lo que quería. Haría lo que fuera necesario, porque nada era tan importante como sus hijos.

Volvió a sonar el fax mientras estudiaba el correo electrónico de Arnie, y lo cogió con curiosidad. Era la referencia de Jacinth, como había prometido. Lo miró con curiosidad. De "East Wind Nanny Service", aparecía Jacinth Khayyam, de 24 años, licenciada en educación infantil. Sus referencias eran impecables, la duración de su empleo anterior a través de la agencia era de dos años, y su rendimiento laboral en su puesto anterior completamente satisfactorio.

Douglas se sentó ante su ordenador para comprar otro billete de avión... *"para un genio"*, se burló de él su mente... y luego volvió por el pasillo, con el papel en la mano. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Benny, donde Jacinth estaba estirada en el suelo, ocupada en colocar meticulosamente una vía de tren de juguete alrededor de una pata de la cama.

"¿Existe realmente un Servicio de Niñeras de Viento del Este?", preguntó con cierta curiosidad.

Miró a su alrededor, con una pregunta en los ojos. Al ver el papel que él sostenía, asintió.

"Por supuesto. Tenemos algunos Djinn que trabajan exclusivamente con niños, ya sabes. Pensé que una agencia sería algo útil para esos Djinn, así que comprobé si teníamos contactos con alguna, y así fue, y ahí está la referencia."

Parecía desmesuradamente satisfecha de sí misma por haber pensado en comprobar si existía una agencia de niñeras afiliada a los genios, y Douglas soltó una risita. Los ojos marrones brillaron en respuesta.

"Es la primera vez que te veo sonreír", me confió. "Tienes que dejar de estar tan serio".

¿En serio? Su vida había sido tan sombría como el desierto de Gobi desde que llegó a casa aquella fatídica tarde y descubrió que Molly y Benny se habían ido.

"Sólo déjame recuperar a mis hijos", le prometió. "Eso contribuirá en gran medida a arreglar

casi todo".



MÁS TARDE, aquella misma noche, Jacinth se tumbó en los cojines del salón, cubiertos de seda, dentro de su botella. Douglas se había ido a su habitación para dormir un par de horas antes de que tuvieran que salir hacia el aeropuerto. Estaba tenso como una garrapata y ella sospechaba que no dormiría mucho, si es que dormía algo, pero al menos estaba descansando.

Estiró una mano hacia la pared y apoyó la palma en la brillante superficie plateada. "¿Madre?"

Hubo una ondulación, y los rasgos serenos de Zahra aparecieron en la plata brillante. "¿Sí, hija?"

Jacinth levantó las rodillas, abrazándolas con los brazos, mientras sonreía a su madre encantada. "¡Tengo un *Sahib*!"

"¿Ya?" Las delicadas cejas de su madre se alzaron sorprendidas, y sus ojos, verdes y brillantes como esmeraldas, se agudizaron con interés. "Eso ha sido muy rápido, sólo hacía una semana que habías entrado en tu recipiente. Cuéntamelo".

Brevemente, Jacinth relató los sucesos de Douglas intentando llevarse la tetera a la tienda de antigüedades, y ambos se echaron a reír.

"¡Nunca había oído hablar de nadie que intentara devolver su nave!". Zahra negó con la cabeza. "¿Así que se marcha pronto?"

"Nosotros", corrigió Jacinth. "Me ha pedido que le acompañe para ayudarle con los niños. Como niñera", añadió con un brillo travieso.

"¿De verdad? No sabía que supieras nada de niños".

"Pues no, no lo sé", admitió Jacinth. "Pero tengo el portátil conectado a Internet y voy a investigar un poco. He pensado empezar con algunos vídeos de YouTube sobre paternidad. Además, es sólo por poco tiempo, hasta que encuentre a alguien adecuado para cuidar a los niños".

Cogió un cojín y lo arrastró hacia ella, abrazándolo con fuerza. "Me he divertido mucho arreglando la habitación de Molly. Me siento... no sé. Emocionada e interesada. También tengo ganas de volar en avión. Nunca lo he hecho".

Zahra hizo una mueca de dolor. "No puedo imaginar cómo puede viajar alguien así, metido como sardinas en una lata de metal".

Jacinth respondió con un guiño a su madre. "No será tan malo. Douglas nos reservó asientos en clase preferente... Lo he comprobado".

"Me alegro mucho. Estaba preocupada por ti".

Jacinth se quedó mirando el reflejo de su madre en la superficie plateada, parpadeando completamente sorprendida. "¿Por qué? ¡Estoy bien!"

"No lo eres, querida", corrigió suavemente su madre. "Te has aislado de todo el mundo".

"¡No lo he hecho!" Negó acaloradamente, dejando caer la almohada y sentándose erguida sobre los cojines bajos. "He estado... bueno, he estado ocupada".

"¿Ocupada con qué?"

Había estado ocupada intentando encontrar algo... cualquier cosa... que le interesara lo suficiente como para seguir despertándose cada día. Pero no podía decírselo a su madre, por supuesto.

"He estado ayudando a Julian", dijo ella a la defensiva. "Lo estaba pasando mal".

La expresión de su madre se suavizó un poco. "Sí, lo sé. Pero de eso hace ya algunas semanas, y se ha instalado con esa joven, Alessandra". Zahra la estudió, haciendo que Jacinth se retorciera incómoda. "¿Estás segura de que te parece bien? Me lo había preguntado a menudo, durante estos últimos siglos...".

Jacinto la miró fijamente durante un largo minuto, y luego se rió de repente.

"¡Oh! Oh, no, nunca hubo nada de eso entre nosotros". Sonrió con cariño, sintiendo una repentina oleada de afecto por el mago del que había sido mentora durante tanto tiempo. "Pobre Julian, era tan infeliz. Nunca quiso ser uno de nosotros, ni habría sido feliz casado con una. Quería recuperar su vida humana. Y para mí... Julian era el hermano pequeño que nunca tuve, alguien a quien vigilar y cuidar, y que le levantara cuando tropezaba y se caía. Alessandra también se ha convertido en una muy buena amiga. La razón por la que me distancié de ellos desde que se casaron fue para darles intimidad. Necesitaban empezar su vida juntos sin que yo apareciera cada dos por tres".

Volvió a acomodarse contra los cojines, metiendo los pies debajo de ella. Volvió a sentir el brillo de la excitación.

"Me hace mucha ilusión", confió a la imagen de su madre. "Douglas me enseñó fotos de los niños. La niña, Molly, es la cosa más adorable que jamás hayas visto, con rizos dorados y grandes ojos azules. Ben, ése es el niño, es igual que su padre, con el pelo oscuro. Sus ojos también son azules, pero diferentes, más como aguamarina. Los niños eran mucho más pequeños cuando se hicieron las fotos, por supuesto. Ahora tienen cuatro y seis años".

Las delicadas cejas de Zahra se fruncieron mientras reflexionaba. "Esta situación debe de ser terriblemente dura para los niños".

"Sí", asintió Jacinth. "Creo que eso es lo que tiene a Douglas en un estado de pánico tan repentino y por lo que me pidió que le acompañara. No tiene ni idea de qué esperar, ni de los niños ni de los trámites legales necesarios. He hecho lo que he podido para allanar el camino del proceso legal, al menos".

"Probablemente sea bueno que nos acompañes", comentó Zahra. "Puedes estar allí para ocuparte de cualquier problema que surja".

Jacinth volvió a abrazarse las rodillas, asintiendo. "Eso es lo que estaba pensando. Es una situación difícil, y ninguno de ellos necesita más estrés en este momento. Douglas planea que todos volvamos de vuelta en cuanto se aclare la parte legal". Hizo un pequeño mohín de arrepentimiento. "Me hubiera gustado quedarme e ir a Disneylandia. Nunca he ido. Sería muy divertido, sobre todo con niños con los que disfrutar".

Zahra negó con la cabeza. "Sería mucho mejor que los niños volvieran enseguida a su casa y establecieran algún tipo de rutina. Más adelante quizá podrías convencer a tu *Sahib* para que los llevara de viaje a ese lugar de Florida".

Iluminada, Jacinth asintió. "¡El mundo de Disney! Sí, es una buena idea. Me gusta".

Un débil sonido se coló desde el exterior de la tetera. Inclinando la cabeza, Jacinth escuchó atentamente. "Es el despertador de Douglas, creo. Nos vamos al aeropuerto. Tengo que irme, madre".

"Muy bien. Mantente en contacto, querida, y hazme saber cómo van las cosas".

Las paredes plateadas brillaron y el rostro de su madre se desvaneció. Jacinth se levantó, respiró hondo y sintió un pequeño escalofrío de placer. ¡Esto iba a ser muy divertido!

CAPÍTULO 3



DOUGLAS SE DETUVO bruscamente al salir del estrecho pasillo de llegadas y entrar en las brillantes luces y los altos techos del vestíbulo de la terminal del aeropuerto internacional de Los Ángeles. A un lado de la sala de espera había una mujer mayor, que obviamente le estaba esperando. Aferrados a sus manos, uno a cada lado, había dos niños pequeños con los ojos muy abiertos y aspecto asustado. *Sus hijos.*

"No te precipites". le aconsejó la voz grave de Jacinto desde detrás de él. Asintió brevemente mientras avanzaba, sin apenas poder apartar los ojos de sus hijos para mirar dónde ponía los pies.

"¡Papá!"

Benny, con el pelo rubio alborotado y desgreñado por encima de unos ojos azules brillantes, se aferró a la mano de la mujer, en clara lucha entre la impaciencia y la duda.

"¡Ben!"

Con un nudo en la garganta, Douglas se arrodilló, extendiendo los brazos. El chico se lanzó hacia delante, y Douglas lo atrapó, abrazándolo con fuerza, cerrando los ojos con fuerza contra las lágrimas que amenazaban.

"Benny", susurró. "Te he echado mucho de menos. Gracias a Dios que has vuelto sano y salvo".

Se puso en pie, aún sujetando a Benny, que se aferraba a él como una lapa. Molly no le reconoció. Se había preparado para ello, pero aun así, fue duro. Se echó hacia atrás, espiándolo desde detrás de las piernas de la trabajadora social.

"Sin duda debe de ser el señor McCandliss". La mujer le tendió la mano. "Soy Susan Perrin".

"Sí, soy yo. Hola." Le cogió la mano, estrechándosela, pero sus ojos eran sólo para su hija. Un toque en el hombro le hizo recordar a Jacinto, y se volvió. Le puso la muñeca que llevaba en el brazo libre con una sonrisa.

"No sé si te acuerdas de Isabel".

Le ofreció la muñeca a la tímida niña. Molly era preciosa como un cuadro, muy parecida a una muñeca de porcelana, con sus finos rizos rubios y sus ojos azules como los de Benny, pero más delicados. Había reconocimiento en aquellos grandes ojos mientras miraba la muñeca, pero su incertidumbre respecto a él era evidente.

Benny se retorció para bajar. Douglas lo puso en pie, y el chico fue hacia su hermana, cogiéndola de la mano. Tan serio como un juez, Benny cogió la muñeca de Douglas y la apretó contra los brazos de Molly.

"Soy papá, Molly. ¿No te acuerdas de papá? y de Dolly".

Douglas trató de tranquilizarlo. "No pasa nada, Benny. Era muy pequeña cuando... cuando te fuiste. Probablemente no se acuerde".

"Dale un poco de tiempo", les dijo la asistente social. "Seguro que recordará cuando vuelva a estar en un entorno familiar. ¿El Sr. Belmont dijo que seguís viviendo en la misma casa?"

Asintió con la cabeza y siguió su mirada interrogante. Jacinth estaba un poco detrás de él, esperando pacientemente. Le hizo un gesto para que se acercara.

"Soy Jacinth Khayyam". Tropezó con el apellido que figuraba en la referencia. Debería haberle preguntado cómo se pronunciaba. "Es una niñera licenciada, del Servicio de Niñeras de Viento del Este".

"Ah, sí". La mujer mayor parecía aliviada. "Me alegro mucho de que hayas pensado en contratar a alguien. No creo que nadie se diera cuenta cuando hablaron anoche con el señor Belmont, tu investigador, pero... bueno, parece que Molly no habla."

Douglas se limitó a mirarla, sintiendo un asombro inexpresivo. "¿Molly? Balbucea como un arroyuelo".

Sintió un tirón en la mano. Benny le miraba, con una expresión extrañamente ansiosa para un niño de seis años.

"Molly no habló durante mucho tiempo", confirmó el chico. "Intenté cuidar de ella, papá, como tú habrías querido".

Douglas volvió a arrodillarse y estrechó a Benny entre sus brazos.

"Estoy seguro de que lo hiciste, hijo. Estoy seguro de que lo hiciste. Y ahora que estamos todos juntos de nuevo, quizá Molly tenga ganas de hablar con nosotros pronto, ¿vale?"

Lanzó una mirada de impotencia a Jacinth. ¿Molly no hablaba? ¿Qué demonios había pasado con sus hijos?

"Tenemos que ir a algún sitio donde podamos hablar", le dijo la asistente social. Douglas asintió con fervor.

"¿Podemos ir a McDonalds?" intervino Benny, con su vocecita emocionada. "¿Uno de los que tienen parque infantil?"

"¿Y si voy contigo y con Molly al patio", preguntó Jacinth a Benny, "mientras tu padre y la señora Perrin hablan? ¿Te parece bien?"

Benny le dirigió una mirada dubitativa y cogió la mano de su padre, agarrándola con fuerza. Douglas le alborotó el pelo y miró a la asistente social, que asintió con la cabeza.

"No pasa nada, Benny. Estaré en la mesa con la señora Perrin. No estaré fuera de tu vista ni un minuto". *Ni tú fuera de la mía*, pensó con sombría determinación.

Aquello parecía ser todo el consuelo que Benny necesitaba. Agarró la mano de Jacinth con la que tenía libre y le sonrió.

"¡Vale, claro!"

Molly se acercó al genio y le tendió la mano regordeta y con hoyuelos para que Jacinth la cogiera, mientras con la otra sujetaba su muñeca. Era así de sencillo, pensó Douglas con pesar, y se había ganado a las dos niñas. De hecho, se había ganado a Molly tan a fondo que la niña se negó a separarse de ella, aferrándose obstinadamente cuando llegaron al coche de la trabajadora social.

"¿Por qué no dejas que Benny vaya con Douglas?". sugirió finalmente Jacinth a la señora Perrin, "Molly y yo iremos con vosotros, yo puedo sentarme a su lado en el asiento trasero".

Douglas no culpaba a la mujer mayor por no querer dejarle salir del aparcamiento con los dos niños. Después de todo, su trabajo consistía en vigilarlos. Contuvo la respiración mientras ella reflexionaba, pero la dejó escapar aliviado cuando ella asintió con la cabeza.

"¡Sí!" Benny saltó en el aire, gritando de emoción. Rebotó arriba y abajo, sin dejar de agarrarse a Douglas. "¡Voy a montar con papá!"

El labio inferior de Molly tembló; era evidente que no estaba segura de querer separarse de su hermano. Douglas vio cómo Jacinth se inclinaba para susurrar algo al oído de la niña, y el mohín que acababa de formarse desapareció, para ser sustituido por una amplia sonrisa. Molly levantó los brazos hacia Jacinth, que la levantó sin esfuerzo aparente y la sujetó con correas en el asiento elevador del coche de la señora Perrin.

"¿Podrías reunirte conmigo en el aparcamiento de coches de alquiler?" preguntó Douglas a la Sra. Perrin. "No conozco la zona, puedo seguirte hasta el McDonald's".

Cuando ella asintió, Douglas se dirigió hacia la zona donde esperaba su coche de alquiler, con Benny saltando a su lado.

Dejó que Benny charlara libremente, sin hacerle ninguna de las cientos de preguntas que tenía en mente. ¿Dónde habían estado? ¿Lilian había cuidado bien de ellos? Estaban vestidos con ropa limpia y bien fregados; ¿era cosa de Lilian o lo habían hecho las personas de acogida con las que habían pasado la noche? ¿Qué les había contado Lilian sobre él? ¿Sabían que les había robado? ¿Creían que no los había querido?

"Es genial que tengamos una niñera, papá", decía Benny. "Nunca conocí a nadie que tuviera una niñera de verdad. ¿Vivirá con nosotros?"

"Um..." Douglas ni siquiera había pensado en eso. Optó por la poca verdad que tenía para seguir adelante. "No lo sé, Benny. Todo esto ha ocurrido tan de repente que no he tenido tiempo de hablar largo y tendido con ella. Ya lo resolveremos, cuando estemos en casa".

"DESGRACIADAMENTE, NO SABEMOS MUCHO", dijo la señora Perrin a Douglas una vez estuvieron sentados a solas. Los niños habían desayunado, y Jacinth había retirado de la mesa las bandejas con la pila de envoltorios y servilletas antes de conducirlos a la zona de juegos cerrada, dejando a Douglas y a la Sra. Perrin hablando. Y a Douglas firmando una verdadera resma de papeleo oficial.

"Tu ex mujer no volvió anoche a casa de la canguro. Es posible que llegara antes de lo previsto, viera allí a la policía y huyera. Pero Benny no conoce su dirección y Molly, por supuesto, no habla. Pero los niños gozan de buena salud, como puedes ver".

"¿Hay algún problema para que me los lleve a casa? ¿Qué tengo que hacer?" preguntó Douglas. "No sabía si habría que pasar por algún trámite burocrático, o si tendría que presentarme ante un juez. Nada de eso. Haré lo que haga falta, el tiempo que haga falta. ¿Qué estoy mirando?"

La señora Perrin, bendita sea, negó con la cabeza. "El papeleo que tu investigador envió por fax anoche era bastante completo, y esta mañana también hemos recibido un juego extra de tu abogado. No hay duda de que tienes la custodia por orden judicial y de que la señora McCandliss actuó ilegalmente al secuestrar a Benny y Molly, y de que los has estado buscando activamente desde entonces."

Ella pareció dudar, y Douglas sintió que sus músculos se tensaban. *Aquí viene*, pensó.

"Estamos muy preocupados por Molly. Ése es el principal motivo por el que quería hablar contigo en privado". Lanzó una mirada divertida sobre el atestado restaurante de comida rápida. "Tal cual. Tu niñera parece muy joven, aunque el Servicio de Niñeras de Viento del Este tiene una excelente reputación. No tenemos ni idea de por qué Molly no habla. Ninguno de los dos niños muestra indicios de trauma o maltrato, y si Benny sabe por qué su hermana no habla, no lo

dice. Está claro que se ha establecido en el papel de padre y que la protege. Me sentiría mucho más tranquila si me asegurara que, si no vuelve a hablar dentro de muy poco, buscará ayuda psicológica para ella."

Douglas hizo una mueca. "Ya está en mi agenda, créeme. Sabía que habría un período de adaptación, incluso sin esto. Ojalá supiera qué les dijo Lilian. En cualquier caso, Benny no parece tener problemas para aceptarme".

"Sí, fue un alivio", admitió la mujer. "No sabíamos qué esperar. Ya estaban dormidos cuando los recogimos anoche, en ningún caso para interrogarlos. Esta mañana, con lo de levantar a los niños y traerlos a tu encuentro, no ha habido tiempo".

"Sea lo que sea, nos ocuparemos de ello".

Douglas miró a su alrededor y vio a Benny mientras el niño se metía en un tubo de plástico de gran tamaño. Molly no estaba jugando, y tenía la mano de Jacinth firmemente agarrada. Sin embargo, no parecía infeliz, con su muñeca sujeta con fuerza, atesorada. Su carita brillaba de placer mientras escuchaba lo que Jacinth le decía.

"Desde luego, Molly le ha cogido cariño a tu niñera", comentó la señora Perrin, levantándose de la mesita, con el maletín en la mano. "Eso no puede ser malo. Bueno, ya me voy, señor McCandliss. Ponte en contacto con nosotros si consigues alguna información que pueda ayudarnos a encontrar a tu ex mujer, y dinos si podemos ayudarte de algún modo."

Douglas se levantó también, tendiéndole la mano. "Lo haré. Gracias, señora Perrin. Muchas gracias".

"De nada".

Con una sonrisa y una última mirada de aprobación a los niños, se marchó. Douglas la vio alejarse, sintiendo que el corazón le latía con fuerza. ¿Era eso? No podía creer que fuera tan fácil. ¿No tenía que pasar por más cosas antes de que los niños fueran realmente suyos y pudiera llevárselos a casa? Los trámites legales, la burocracia... quizá un intenso escrutinio de su capacidad para cuidar de los niños. Una comparecencia ante el tribunal.

"¿Esto lo haces tú?", preguntó a Jacinth, uniéndose a ella y a Molly en la zona de juegos.

No fingió no saber de qué hablaba.

"No necesitabas más molestias", le dijo. Sonrió a Molly, apretando tranquilizadamente la mano de la niña. "Tampoco ellas. Necesitaban a su padre tanto como tú a ellas. Tú mismo facilitaste las cosas, Douglas, al haber buscado activamente. Una cuestión de preparación y oportunidad".

"¡Eh, papá!" Ambos levantaron la vista, para ver a Benny saludándoles desde lo alto de un tobogán. "¡Mírame!"

Con un empujón, se puso en marcha, deslizándose hacia abajo y alrededor del tubo de plástico, para aterrizar triunfante a sus pies. Trepar, Benny saltó al lado de Douglas.

"Guay, ¿eh?"

"Por supuesto", aseguró Douglas al chico, y luego miró su reloj.

"Ya son las once. No salimos hasta las ocho de la tarde. ¿Qué hacemos hasta entonces?"

Los ojos de Benny se encendieron como fuegos artificiales.

"¿Podemos ir a Disneylandia? Nunca hemos estado. ¿Por favor?"

Cuando Douglas sacudió la cabeza, observó que los niños no eran los únicos que parecían decepcionados. Los ojos castaños de Jacinth le miraron con reproche, como si le hubiera agudado la fiesta.

"No tenemos tiempo suficiente", explicó. "Disneylandia está al menos a una hora en coche de aquí. ¿Y el zoo?"

Las caras a su alrededor se iluminaron.

"¡Genial!" dijo Benny. Al parecer, ésa era su palabra favorita.

Douglas se puso en cuclillas sobre los talones ante su hija, de modo que quedó a la altura de sus ojos. Ella se había echado hacia atrás todo el tiempo que él había estado hablando, observándole tímidamente desde detrás de los pantalones oscuros de Jacinth.

"¿Y tú, Molly? ¿Te gustaría ir al zoo? A ver los animales... leones, tigres y elefantes".

"También tienen una exposición de koalas", le dijo Jacinth a la niña. Douglas no sabía cómo podía saberlo, pero no le cabía duda de que encontrarían koalas en el zoo. "Bonitos osos koala, Molly. Y un zoo de mascotas, donde puedes dar de comer a cabritas y ovejas, e incluso a caballitos diminutos".

Había fascinación en la límpida mirada azul alzada hacia Jacinto, y la niña inclinó la cabeza en un asentimiento infinitesimal.

"Pues al zoo", dijo Douglas con decisión, sintiendo una gran satisfacción. "¡Vamos todos!"



AÚN LE COSTABA CREERLO. Al ver a Molly, a la que habían convencido a duras penas de que dejara a su querida Isabel en el coche, acariciando a una cabra enana no mucho más grande que ella, mientras Benny se extasiaba con un cerdo panzudo, Douglas tuvo que seguir sacudiéndose la sensación de que iba a despertarse en cualquier momento y encontrarse de nuevo en casa, solo en su gran casa, con sus hijos aún desaparecidos.

"Gracias", dijo a Jacinto, que estaba a su lado. "No tengo palabras para agradecértelo".

Sus ojos oscuros brillaron de placer y miró a los niños.

"Me alegro de haber podido ayudar. Y venir al zoo fue una buena idea".

Le sonrió. "Aunque hubieras preferido ir a Disneylandia, como los niños".

Su trino de risa era contagioso. Douglas vio que la gente que estaba cerca de ellos los miraba, sonriendo. Lo había notado en el avión esta mañana y en la abarrotada terminal del aeropuerto. Ella animaba a todo el mundo, pensó. Con quienquiera que entrara en contacto, se iba un poco más ligero de corazón.

Miró a Molly, con asombro en su carita mientras acariciaba a una cabra cariñosa que le empujaba la nariz.

"¿Podrías...?"

Su pregunta impulsiva fue silenciada por el roce de los dedos de ella contra sus labios. Eran cálidos y extrañamente vibrantes.

"No". Los ojos de Jacinto se encontraron con los suyos, atentos. "Es decir... sí, podría usar la magia. Pero no lo desees. Al menos, no todavía. A veces el camino más fácil no es necesariamente el mejor. Creo sinceramente que empezará a hablar de nuevo cuando esté en casa, en un entorno familiar. Cuando se sienta segura. Si tienes que desearlo, la haré hablar... pero creo que harías mejor en esperar".

El suspiro salió de lo más profundo de su alma.

"Vale. No lo había pensado... pero probablemente tengas razón".

"Yo habría dejado que tu proceso legal sobre la custodia siguiera su curso", le dijo Jacinto, con el rostro serio. "A menudo la vía natural es la mejor. Sin embargo, que Molly no hablara cambió la situación. En cuanto nos lo dijo, no iba a permitir que las cosas se eternizaran. Y - añadió con su brillo travieso- estaba totalmente dentro del alcance de tu deseo, que era recuperar a tus hijos."

La miró con renovada curiosidad. "No he tenido tiempo ni de pensar en eso. ¿Son realmente tres deseos, como en el cuento? ¿Y hay un límite de tiempo para esos deseos?"

"No", respondió alegremente. "Eso es... sí, tres deseos, y no, no hay límite de tiempo. Tómate todo el tiempo que necesites, Douglas. Un deseo menos, quedan dos".

Le sonrió. "¿No tienes que llamarme 'Amo'?"

Jacinth le dirigió una mirada acerada. "No en esta vida, colega".

Los dos se rieron.

"Creo que empiezo a creérmelo", dijo con pesar, pasándose los dedos por el pelo. "Sé que es imposible... pero aquí estamos, y ahí están mis hijos. Es difícil *no* creerlo. Incluso cuando Arnie llamó y dijo que los habían encontrado, no podía creer que fuera tan fácil".

CAPÍTULO 4



DESPUÉS DE TODO, no iba a ser *tan* fácil, pensó mientras miraba la cara asustada y aprensiva de Benny unas horas más tarde.

"Benny". Se puso en cuclillas a la altura del chico, sosteniéndole la mirada de forma tranquilizadora. "Es muy seguro. Los aviones no suelen estrellarse ni estrellarse contra los edificios, te lo prometo. Eso fueron accidentes".

"Mamá dijo que sí", le dijo Benny, con miedo en la voz. "Siempre veía accidentes aéreos en las noticias. Los veía una y otra vez".

¿Era así como Lilian había planeado evitar que se llevara a los niños si los encontraba? Douglas tuvo que preguntárselo. Ciertamente, siempre le había gustado lo morboso y lo sensacionalista, pero implantar deliberadamente el miedo a volar en un niño pequeño cuando se había llevado a los niños a lo ancho del continente lejos de él, era ir demasiado lejos. Molly también parecía asustada, incluso abandonó a Jacinto para aferrarse a la mano de su hermano. Las lágrimas brotaban de aquellos ojos azules sin fondo, y su labio inferior temblaba siniestramente. Si iba a meter a esos dos en el avión, iba a tener que ser por la fuerza bruta.

Intercambiando una mirada con Jacinth, vio su opinión reflejada en su rostro. Tenían dos opciones. Podían buscar otro modo de viajar a Nueva York, o cargar con dos niños gritones y aterrorizados en el avión. Douglas nunca se había considerado falto de valor, pero sus nervios temblaron ante la imagen gráfica que aquello conjuraba.

"Vale, vale, que no cunda el pánico", les dijo. "Dadme un par de minutos y se me ocurrirá algo".

Se alejó unos metros del coche donde estaban todos, aún en el aparcamiento del zoo. Jacinto le siguió, y él bajó la voz para consultarle.

"¿Qué se supone que tengo que hacer? Maldita sea, ¡estamos a cinco mil kilómetros de casa! ¿Lo ha hecho Lilian a propósito?"

Jacinto se mordisqueó el labio inferior, sintiendo que se le fruncían las cejas mientras reflexionaba.

"Probablemente", convino ella. "Creo que vas a tener que alquilar el coche hasta Nueva York, Douglas".

Su mueca era pesadosa. "Se me ocurrió esa angustiosa posibilidad. Al menos sería mejor que coger el autobús o el tren, que son nuestras únicas opciones. Pero cuatro días en un coche con dos niños pequeños es una pesadilla. Son tan pequeños y hace tanto tiempo que no estamos juntos que somos unos completos desconocidos el uno para el otro. Definitivamente, no es así

como elegiría volver a conocernos".

Jacinto le guiñó un ojo. "Tienes una niñera", le recordó. "Y una vez en casa, tienes que ir a tu trabajo. Esto puede ser lo mejor para ti y para los niños. Cuando lleguemos a Nueva York ya habrás establecido una relación con ellos.

El entusiasmo se encendió en ella y sintió una ráfaga de excitación. "Será divertido, Douglas. Podemos jugar a juegos en el coche, puedo leerles cuentos y compraremos algunos de esos CD infantiles para cantar. Podemos comer en paradas de camiones y restaurantes de carretera por el camino, y luego parar en moteles por la tarde. Los niños pueden echarse la siesta, luego podemos ir a cenar y tal vez bañarnos en la piscina del motel por la noche. Podemos comprar postales y una cámara y hacer muchas fotos".

Observó esperanzada a Douglas mientras reflexionaba. Conducir a través de América no era algo que se le hubiera ocurrido hacer nunca, ni siquiera que quisiera hacer, pero ahora la embargaba un gran anhelo. Tal vez fuera por la presencia de Douglas y los niños, por tener a alguien con quien compartir esta nueva gran aventura.

"No parece tan mala idea, si lo pones así", admitió Douglas. "Quizá esto pueda funcionar después de todo".

La esperanza brotó en su pecho cuando se le ocurrió otro pensamiento. "Si no vamos a volar de aquí esta noche, ¿podríamos quedarnos un día más e ir mañana a Disneylandia?".

Douglas se echó a reír. "Vale, sí, iremos a Disneylandia".

Al oírle, Benny soltó un grito de excitación, y los ojos de Molly brillaron como estrellas. Douglas levantó una mano para pedir silencio.

"Pero no nos quedaremos hasta tarde", les advirtió. "No voy a luchar contra este tipo de tráfico un lunes por la mañana. Saldremos de Disneylandia antes de que anochezca, así que estaremos bien lejos de la ciudad antes de encontrar un motel para pasar la noche. No discutáis cuando os diga que es hora de irnos. ¿De acuerdo?"

Observó divertido que Jacinth se unía a Benny para asegurarle que estaba bien, mientras Molly asentía enérgicamente con la cabeza, con el flequillo rubio rizado cayéndole en los ojos. Era tan adorable que le entraron ganas de estrecharla entre sus brazos y abrazarla con fuerza. Se le oprimió el pecho y le escocían un poco los ojos al mirar a sus hijos. Los quería tanto a los dos.

"Te lo debo", le dijo a Jacinto, con la voz ronca por la emoción que no podía reprimir. "Te debo mucho. No hay nada en el mundo que signifique tanto como mis hijos".

Después de meter a los niños en el coche con el cinturón de seguridad, y a Molly en el asiento elevador que había pedido a la agencia de alquiler de coches, el cerebro de Douglas empezó a despejarse y a planificar. Había tenido tan poco tiempo para pensar en todo aquello que se sentía empujado inexorablemente hacia delante, sin posibilidad de recuperar el aliento ni de comprender lo que le estaba ocurriendo. De un modo u otro, había estado corriendo desde el momento en que anoche una voz de mujer le había anunciado que se le estaba quemando el filete. Había llegado el momento, decidió, de recuperar un poco el control de la situación.

Al entrar en el coche, miró a su alrededor antes de girar la llave en el contacto, levantando una mano para llamar la atención.

"Lo primero es lo primero", anunció. "Tenemos que conseguiros ropa".

Se oyó un gemido en el asiento trasero, y Benny puso los ojos en blanco expresivamente.

"Ropa", gimoteó, alargando la vocal de forma lastimera. Su hija parecía igualmente impasible, mirando a Douglas con fijeza.

"Creo que es una buena idea", le dijo Jacinth a Benny, intentando claramente ser conciliadora. "No puedes llevar esa misma ropa durante días enteros".

El ceño de Benny se nubló en algo parecido a un mohín.

"Me gusta esta ropa", insistió.

"Sí, y son muy bonitos". Jacinth consiguió infundir más admiración en su voz de la que Douglas habría sido capaz, y él la miró agradecido por su táctica. "¿Los tienes desde hace mucho?"

"Esa señora nos los trajo esta mañana", les dijo Benny con orgullo. "Dijo que las que llevábamos puestas eran poco... poco... algo".

Probablemente incalificable, pensó Douglas sombríamente, si Lilian hubiera seguido gastando cada dólar disponible en su licor y descuidando el bienestar de los niños como había hecho antes de que él obtuviera la custodia.

Un silencio poco entusiasta emanó del asiento trasero del coche durante el corto trayecto hasta un centro comercial cercano que Douglas había visto al salir de la autopista de camino al zoo. Sin embargo, una vez dentro del centro comercial, Benny agarró con fuerza la mano de Douglas, mirando a su alrededor con asombro.

"¿Ropa *nueva*?", preguntó el chico, como si fuera algo maravilloso. "¿Nos vas a *comprar* ropa *nueva*?"

Ante el asentimiento de Douglas, Benny soltó un grito de éxtasis. "Molly, ¿has oído eso? Papá nos va a *comprar* ropa *nueva*".

Molly se limitó a mirar, con los ojos aún más grandes mientras observaba a su alrededor la miríada de tiendas, la gente bulliciosa. Douglas notó que se aferraba con más fuerza a Isabel, que parecía más que asustada. Estaba bastante claro, pensó Douglas, conteniendo una furia creciente, que nunca... o al menos, rara vez... habían visto el interior de un centro comercial. Y mucho menos les habían comprado nada allí. A su lado, se dio cuenta de que Jacinth parpadeaba para disipar la débil humedad de las comisuras de sus ojos.

Una hora más tarde, saliendo del centro comercial bajo el peso de docenas de bolsas y diversos artículos variados... no todos de ropa... estaban casi llegando al aparcamiento cuando Benny se detuvo de repente.

"¡Papá! No hemos comprado ropa para la señorita Jas".

Benny había luchado tanto con el nombre de Jacinth, que ella le había dicho antes que le llamara Jas.

"Oh, no", respondió Jacinto solemnemente. "No necesito nada. Tengo ropa de sobra en la maleta del coche".

Cogido por sorpresa, Douglas respondió instintivamente. "¿Ah, sí?"

Benny le dirigió una mirada interrogativa, pero los ojos de Jacinth centellearon en respuesta.

"Ahora sí", le dijo a Douglas *sotto voce* unos minutos después. "Aunque menos mal que no había echado un vistazo en el maletero antes de mencionarlo".

"Algo muy bueno". La respuesta de Douglas fue sincera.

Al llegar a Anaheim, Douglas eligió uno de los grandes hoteles al azar y les reservó una pequeña suite con salón y cocina americana, y un dormitorio con dos camas de matrimonio.

"Las chicas en una cama, los chicos en la otra", dijo a su pequeña familia, señalando las camas con un gesto de la mano. "Molly elige primero".

Benny entrecerró los ojos con desconfianza.

"¿Siempre elige ella?"

"Claro que no", intervino Jacinto. "Nos turnaremos. Mañana tú eliges".

"De acuerdo". Aparentemente satisfecho, perdió interés en el procedimiento y se dirigió a la cocina para mirar dentro del pequeño frigorífico que había allí.

Molly, que había empezado a decaer, se arrastró hasta la cama más cercana y se acurrucó, metiéndose el pulgar en la boca. Estaba cansada, pensó Douglas con repentina culpabilidad. Era tan pequeña y llevaban todo el día de un lado para otro. Estaba tan absorto disfrutando de estar con ellos que no se le había ocurrido pensar que ella necesitaría una siesta, o que había sido un día muy largo para una niña de cuatro años. Incluso se había olvidado de su querida muñeca, dejando a Isabel en el sofá del salón. Se volvió al sentir un ligero toque en el hombro.

"Haré que la bañen y la cambien", le dijo Jacinto, curvando sus encantadores labios en una sonrisa. "Sería mejor que mandaras a buscar comida, o tú y Benny podríais pedir algo para llevar en el restaurante que vimos en la esquina. Comeremos aquí y ella podrá irse directamente a dormir".

"Gracias". Lanzó una mirada preocupada a Molly, viendo de repente lo diminuta que era. "No pensé... No me había dado cuenta..."

"No se ha hecho ningún daño. Sólo está un poco cansada. Se lo ha pasado muy bien. No te castigues, Douglas. Pero ve a buscar comida para que coma antes de que la acueste".

Con un firme empujón, Jacinth le dio la vuelta y le impulsó hacia el salón. La puerta del dormitorio se cerró firmemente tras él.

"Bueno, Benny, ¿qué será?" preguntó Douglas. "¿Pedimos pizza a domicilio o vamos a ver qué tienen en el restaurante?".

"Pizza no", suplicó Benny, arrugando la nariz con desagrado. "Odio la pizza".

La ferviente pasión de su voz, la súplica de los ojos azules de Benny, tan parecidos a los de su hermana, le hablaron a Douglas, más que las palabras, de demasiadas noches de pizza a domicilio. Demasiadas noches en las que Lilian, distraída por las súplicas de sus hambrientos hijos, había telefoneado impaciente para que le trajeran la pizza. La friolera de trescientos dólares adeudados a una pizzería local en un mes había alertado finalmente a Douglas de la negligencia de su mujer hacia los niños. Para entonces ya estaban divorciados, pero al principio no había luchado contra ella por la custodia, pues creía que los niños estaban mejor con su madre. El contable de la empresa de pizzas, que buscaba el pago de una impresionante pila de cheques sin fondos, se había puesto en contacto con Douglas. Sólo había hecho falta una breve investigación para descubrir la verdadera situación. Douglas había pagado los cheques y los enormes honorarios, pues no quería que la madre de sus hijos fuera a la cárcel por falsificar cheques, pero inmediatamente había solicitado la custodia.

"El restaurante será", anunció Douglas, pellizcando la nariz del chico. La risa encantada de Benny le llenó de satisfacción. Había echado de menos las voces de los niños, sus risas, estos dos últimos años.

EL BAÑO PARECIÓ reanimar un poco a Molly, y Jacinth la vistió con el bonito pelele rosa con corderitos blancos que habían comprado en el centro comercial, y le peinó los sedosos rizos dorados.

"¡Ya está!" Pronunció, sentándose sobre los talones. "Todo listo para cenar en cuanto vuelvan tu padre y Benny".

Su corazón parecía desbordarse cuando la niña extendió los brazos para que la cogieran en brazos. Se levantó y se sentó en la cama, estrechando a Molly entre sus brazos, acariciando el rizado y húmedo mechón de pelo mientras la niña se acurrucaba contra ella. Era agradable sentarse aquí con Molly, meciéndose un poco y canturreando una vieja nana persa. Cuando llegaran a casa, pensaría en comprar una mecedora.

No pasó mucho tiempo antes de que Douglas y Benny regresaran con un enorme saco de hamburguesas y patatas fritas. No era una alimentación especialmente buena, y era probable que Disneylandia no fuera mucho mejor. Mañana por la tarde hablaría con Douglas, y podrían planearlo con antelación y asegurarse de que los niños comieran bien.

"Es una noche de verano, al otro lado de la calle de Disneylandia", le dijo Douglas en voz baja mientras cortaba una de las hamburguesas en cuartos para Molly. "Todos los restaurantes están llenos hasta la bandera, y todo lo que no fueran hamburguesas iba a tardar un rato".

"Al menos éstas son hamburguesas de verdad, gruesas y jugosas". Dio un gran bocado a la suya, tarareando con aprobación. "Y las patatas fritas están crujientes por fuera y blandas por dentro".

Cuando Benny se deslizó de la silla tras devorar su hamburguesa, anunciando su intención de ver la televisión, Molly se le unió al instante. Preocupado, Douglas se levantó con la intención de acostarla, pero Jacinth le negó con la cabeza.

"No le hará daño quedarse despierta un poco más. Será mejor que no se duerma tan pronto después de comer. Se dormirá muy pronto delante de la televisión, y luego podremos arroparla en la cama".

Media hora más tarde llevaban al dormitorio no sólo a Molly, sino también a Benny. Ambos niños estaban tan agotados que ninguno de los dos se movió cuando los acostaron.

"¿Cómo sabes tanto de niños?". preguntó Douglas cuando volvieron al salón.

"No preguntes", advirtió riendo. "Y no... Nunca he tenido hijos. Algún día los tendré. Cuando esté preparada".

"Ah, y por cierto... Buena atrapada en el aparcamiento", dijo Douglas, frotándose la nuca. "Casi la cago".

"Yo también". Hizo una mueca, sintiendo pesar al recordarlo. "Olvidé que también necesitaría más ropa".

Le lanzó una mirada maliciosa. "¿A menos que quisieras que llevara este mismo tipo de ropa? ¿Como corresponde a la niñera?"

Douglas miró el traje pantalón que aún llevaba, sintiendo aversión. Aunque sin duda tenía un aspecto profesional, no le favorecía en absoluto.

"Me gustaba más lo que llevabas cuando te vi por primera vez", comentó, sin poder resistirse a burlarse de ella. "Era tan... eh... hollywoodiense".

Jacinth rió en voz alta, con los ojos brillantes de placer. En un abrir y cerrar de ojos, se había puesto unos vaqueros desteñidos y una camiseta holgada de color fucsia brillante, acomodándose cómodamente contra los cojines del sofá. De la nada apareció en su mano un cepillo para el pelo, que hizo parpadear a Douglas, y empezó a cepillar su pesada melena de ébano con largos y firmes pases del cepillo.

"¿No es horrible?", asintió. "Los otros Djinn siempre se burlan de mí. Pero creo que el disfraz facilita que la gente me acepte cuando aparezco por primera vez, porque tengo el aspecto que esperarían de un genio. Con lo mal que lo pasasteis anoche creyendo en mí, ¿qué habría pasado si hubiera aparecido vestida así?".

Indicó la camiseta y los vaqueros algo raídos con un movimiento de la mano. Decidió que había algo de razón en lo que decía. Pero...

"Pero cuando vas vestida así, ¿no les da ideas a algunos tíos? Quiero decir, ¿y si tienes que obedecer un deseo de... bueno...?". Douglas se detuvo a tientas, sin saber cómo formular la pregunta con tacto. Jacinth, sin embargo, pareció comprender lo que pensaba.

"El tipo de hombres que pediría un deseo así no encontraría mi botella. Los Portadores de

Deseos elegimos el tipo de deseos que concedemos, pero de una forma indirecta. Básicamente, la magia del recipiente atrae al tipo de persona que pediría los deseos que el Djinn que hay en su interior elegiría conceder. ¿Entiendes?"

Douglas lo meditó un momento. "¿Así que te dedicas a ayudar a los padres solteros a tener a sus hijos? ¿También ayudas a las madres solteras?"

La cabeza oscura se inclinó, y tuvo la impresión de que Jacinto le estaba estudiando atentamente.

"En realidad, no. Fuiste una sorpresa para mí. Hay Djinn especializados en estas cuestiones, que trabajan exclusivamente con niños. Es muy extraño que no recogieras el recipiente de uno de ellos".

"¿En qué te especializas?"

"Gente necesitada", dijo sencillamente. "Gente buena que está desesperada, que sólo necesita una mano amiga pero no la encuentra. Gente que tiene la capacidad de ser feliz, si se eliminaran las barreras. Yo elimino las barreras".

La mirada de Douglas se dirigió a la puerta del dormitorio donde dormían sus hijos, pequeños montículos bajo las sábanas.

"Puedo ser feliz... con mis hijos. Es todo lo que quería".

Su atención volvió a centrarse en la vibrante joven que tenía delante y la estudió con curiosidad.

"¿Y tú, Jacinto? ¿Qué es lo que quieres?"

Reflexionó sobre ello, guardó el pincel, metió debajo los pies descalzos con las uñas pintadas y se acurrucó en los cojines del sofá como un gato. Parecía ser su postura favorita.

"Me gusta ayudar. Me gusta hacer que la gente se sienta bien. Saber que he marcado una diferencia en sus vidas. Me gusta ser Djinn".

"Entonces, ¿qué es lo correcto, Djinn o genio?" preguntó, curioso. "Parece que los utilizas indistintamente".

"De acuerdo". Le sonrió, colocándose un largo mechón de pelo detrás de una oreja. "Etimología Djinn 101. Cualquiera de las dos es correcta, genio es la versión anglicista de la palabra árabe Djinni, un único Djinn. Pero la palabra Djinn es tanto el plural como el término colectivo; es decir, más de un Djinni es Djinn, pero también utilizarías Djinn para hablar de la raza de los Djinn, del mismo modo que utilizarías la palabra hombre cuando hablas de la humanidad".

Le brillaron los ojos. "También hay una palabra para designar a una hembra, Djinniri. Pero para simplificarlo entre los angloparlantes usamos Djinn".

Levantando las manos en señal de rendición, Douglas se echó a reír. "Djinn. Entendido".

Miró hacia el dormitorio en penumbra. "Benny no ha dicho ni una palabra sobre su madre".

"No le preguntes. Te contará las cosas cuando esté preparado".

Con un suspiro, Douglas asintió. "Es tan duro, no saber..."

Jacinto se inclinó hacia delante, sus delgados dedos apretaron la mano de él.

"No abusaron de ellos, Douglas". Sus ojos eran firmes y serios. "No puedo leer sus mentes... algunos Djinn pueden, pero ése no es uno de mis talentos. Pero lo sabría. Lo que más les ha faltado ha sido amor. Simplemente ámalos. Hazles saber que les quieres y que te importan. Eso es lo que más necesitan de ti".

CAPÍTULO 5



HACÍA AÑOS QUE Douglas no iba a Disneylandia. Había pasado sus primeras vacaciones de verano en la universidad con su compañero de habitación y mejor amigo, Troy, recorriendo el país en una vieja furgoneta Chevy destartalada. Aquel vehículo habría enorgullecido a sus padres, recordó con una sonrisa cariñosa. Habían hecho todas las cosas turísticas habituales... el Arco de San Luis, Graceland en Memphis, el Desierto Pintado y el Gran Cañón, el Álamo en Texas... y habían ido a Disneylandia. Fue un verano maravilloso, las últimas vacaciones de verdad que había tenido. El siguiente semestre en la universidad había conocido a Lilian, y se casaron el verano en que se licenció.

"¡Papá! ¡Eh, papá!" La voz de Benny lo sacó de su ensueño. "¿Me das un globo de Mickey Mouse?"

Los dos niños le miraban con ojos tan suplicantes que era difícil resistirse. La experiencia del pasado acudió en su ayuda y endureció su corazón.

"Ahora no", explicó, arrodillándose para mirarles a los ojos. "Vamos a montar en atracciones, y los globos estorbarán, quizá incluso se revienten o se pierdan".

"Podríamos cogerlos a la salida, cuando nos vayamos", sugirió Jacinth. Le dirigió una mirada de agradecimiento mientras sus hijos asentían con entusiasmo, Benny animándose y Molly rebotando de emoción, con la alegría en su carita.

"Mientras tanto", continuó Jacinth, lanzando a Douglas una mirada que ya había aprendido que significaba maldad, "vamos a ponernos todos orejas de ratón".

Douglas cedió de buen grado, riéndose de Benny cuando el chico se adelantó bailando hacia el enorme edificio que albergaba una miríada de juguetes de Disney, ropa, joyas y quién sabía qué más.

"¿Todos?", murmuró en voz baja, para los oídos de Jacinto. Su cálida risa le hizo estremecerse hasta los dedos de los pies, al igual que la chispeante sonrisa que le dirigió.

"Todos nosotros".

"Será un día frío en...", miró a Molly, aferrada a su mano mientras miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, "en un lugar caluroso antes de ponerme orejas de ratón".

Jacinth se limitó a sonreír. "Ya veremos".

La miró de reojo, mientras se le ocurrían nuevas posibilidades respecto a la magia de los Djinn. ¿Podría ella hacer magia que él *no* deseaba? Tendría que acordarse de preguntarle. Mientras tanto, la única forma de que llevara orejas de ratón era que ella se las hubiera puesto por arte de magia.

Hablando de orejas de ratón... se dio cuenta con un sobresalto de que había perdido de vista a Benny. Con el corazón palpitante y los oídos zumbándole, miró a su alrededor salvajemente, abriéndose paso entre la multitud de gente que le rodeaba en busca del pequeño cabeza de remolque. Una mano tiró de su codo y miró a su alrededor. Jacinth le negó con la cabeza.

"No pasa nada. No tienes que asustarte, Douglas. A los niños no les puede pasar nada mientras yo esté aquí. Sin embargo, hablaremos con ellos de esto".

Sus labios se curvaron en una cálida sonrisa y deslizó la mano por el brazo de él hasta agarrarle los dedos, apretando con seguridad. Ella ladeó la cabeza hacia su derecha, y él miró en esa dirección. A pocos metros de donde se encontraban, una anciana se apartó de la caja registradora y, con un suspiro de alivio, Douglas vio a su hijo en el mostrador, observando un expositor de relojes.

"No pensaba... Sé lo importante que es -se pasó un brazo por la frente húmeda. Su corazón aún latía con los restos del pánico. "¿Cómo he podido olvidarme de no establecer esa ley con ellos? No hay nada más importante, y lo olvidé".

Señaló a través de la puerta. "Llévearlos a ese café de la plaza. Tú busca una mesa y acomódalos, mientras yo nos traigo limonada para todos. Luego hablaremos seriamente de seguridad".

"Eso es un plan".

La charla resultó bastante más fácil de lo que había esperado... y mucho más inquietante. Apenas se había lanzado a un discurso cuidadosamente -aunque rápidamente- planeado, Benny le interrumpió.

"Ah, ya sé. Para que no nos coja un ped... ped... algo".

Douglas se quedó boquiabierto mirando a su hijo. A su lado, oyó el grito horrorizado de Jacinth.

"A mamá le gusta ver todas esas series policíacas", continuó Benny, aparentemente inconsciente de la consternación que habían causado sus palabras casuales. "Siempre cuidé muy bien de Molly para asegurarme de que esos malos no la atraparan. Siempre hago que me coja de la mano cuando salimos. Excepto ahora -añadió-, porque te lleva de la mano a ti o a la señorita Jases".

Haciendo acopio de ingenio, Douglas asintió con la cabeza. "Eso está bien, Benny. Pero tú también tienes que quedarte con nosotros. No hace falta que nos lleves de la mano todo el tiempo, pero sí que permanezcas a mi lado. No hace falta nada de tiempo para que alguien... secuestre a un niño".

"Siete segundos", afirmó Benny con conocimiento de causa, dejando de nuevo sin habla a Douglas. "Pero gritaría si alguien lo intentara. Gritaría muy fuerte".

"Si tuvieras una oportunidad", dijo Jacinth con suavidad. "A veces no te dan esa oportunidad, ¿sabes?".

Benny se quedó pensativo. "Ah".

"Si tú no puedes vernos, nosotros no podemos verte a ti", le dijo Douglas. "Sobre todo en un lugar tan concurrido como éste. Cuando estabas mirando los relojes, no podíamos verte. La gente se había interpuesto entre nosotros".

"Piensa si hubieras salido con Molly, hubieras mirado a tu alrededor y ella se hubiera ido. No podrías verla por ninguna parte. ¿Cómo te sentirías?" preguntó Jacinth con suavidad.

Benny palideció visiblemente y sus ojos se abrieron de par en par, alarmados. "¡Asustado! Estaría medio loco si la encontrara".

Jacinto asintió. "Y así es como se sintió tu padre durante ese instante en que no pudo verte,

hace unos minutos".

"Vaya". La mirada de disculpa de Benny se encontró con la de Douglas. "Lo siento, papá. No volveré a hacerlo. Tendré mucho cuidado, lo prometo".

"¿Y tú, dulce niña?", Jacinth tocó la nariz de Molly, haciendo que la pequeña soltara una risita. "¿Prometes quedarte junto a tu padre, Benny y yo, y no perderte de vista?"

Molly asintió, con sus rizos dorados rebotando. El tema cambió a qué sección del parque visitarían a continuación, pero al otro lado de la mesa, los ojos de Douglas se encontraron con los de Jacinth. No hacían falta palabras, pensó Douglas, para saber que pensaban lo mismo. ¿Qué demonios había estado haciendo Lilian, exponiendo a los niños a semejantes espectáculos? Sí, los niños debían saber que debían estar a salvo y permanecer con un adulto responsable en todo momento, pero ¡por el amor de Dios...!

"¿Papá? ¡Eh, papá!" Benny tiró de su camisa, llamando su atención. "¿Podemos ir primero a Fantasilandia? Queremos subir a la atracción de Peter Pan y al carrusel. ¿Podemos?"

Douglas se rió y alargó la mano para despeinar a su hijo. La alegría de poder hacerlo le invadió. ¿Cuánto hacía que no se sentía tan feliz?

"Claro que podemos".



PARECÍAN MADRE E hija con sus vaqueros y camisetas idénticas de Mickey Mouse, Jacinth y Molly daban vueltas sobre un caballo de carrusel adornado con cintas, Molly firmemente alojada en el regazo de Jacinth. Sus cabellos rubios y oscuros, ambos recogidos en coletas, se mezclaban sobre las brillantes camisetas rojas. Molly se reía, al igual que Benny en el poni que brincaba a su lado. Douglas estaba fuera de la barandilla haciendo fotos. No se cansaba de hacerles fotos. Era más de mediodía y ya había tenido que ir a la tienda de cámaras a comprar otra tarjeta de memoria para la cámara digital que había comprado en el centro comercial el día anterior.

Tras ajustarse las orejas del ratón, que siempre parecían deslizarse hacia un lado u otro, encendió la pantalla LCD y volvió a la que había tomado de Jacinth. Estaba sentada sola en el caballito del carrusel, esperando a que él le entregara a Molly. Con el pelo atado con hilo rojo en dos largas coletas de ébano y los pies pequeños metidos en zapatillas de tenis, apenas parecía mayor que los niños. Pero en sus caderas había una curva redondeada que distaba mucho de ser infantil, y la fina camisa de algodón se ceñía amorosamente a sus pechos altos y llenos.

Incluso preocupado por sus hijos, a Douglas le costaba apartar los ojos de la seductora figura de Jacinth. No eran sólo las curvas sensuales, la sensualidad adormecida de sus ojos oscuros y sus labios carnosos lo que atraía sus ojos hacia ella una y otra vez. Tenía una alegría de vivir innata, experimentaba todo al máximo y se deleitaba en ello. En cuanto a la magia, él aún no estaba seguro. Tenía que aceptar que ella era lo que decía. Eso ya era indiscutible. El problema era que parecía tan viva, tan vital, que olvidaba que no iba a estar aquí siempre. Que sólo estaría aquí hasta que le concediera dos deseos más. Olvidaba que, en realidad, no era una mujer humana.

"¡Papá! ¡Papá!"

Sacudido por sus pensamientos, Douglas se dio cuenta de que el carrusel se había detenido y Benny corría hacia él. Jacinth no iba muy lejos, con Molly apoyada en la cadera. Le pareció totalmente natural estrecharla entre sus brazos, con niña y todo, y dejar caer un ligero beso sobre aquella boca exuberante y tentadora.

Sintió la respuesta instintiva de ella, los suaves labios amoldándose a los suyos, su leve

figura apretándose contra él mientras se inclinaba hacia su abrazo durante un largo instante.

"¡Oh!" Con un grito ahogado se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos y sobresaltada. Parecía casi asustada, como si no estuviera segura de si debía huir.

"Lo siento", le dijo. "No debería haberlo hecho. Es que... parecía tan natural. Tú y yo, y los niños".

"Como de la familia". Asintió, acomodando a Molly más cómodamente sobre su cadera, con expresión seria. "Pero no debes olvidarlo. No puede haber nada entre nosotros".

"¡Señorita Jas! Señorita Jas!" Sin prestar atención a su conversación, Benny tiró de su mano.

"¿Qué pasa, cariño?" Jacinto alborotó cariñosamente el despeinado cabello del niño.

"¿Cómo es que llevas zapatos diferentes?", quiso saber.

Instintivamente, Douglas bajó la mirada. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había cambiado, aunque se había fijado en las sandalias que llevaba esta mañana cuando salieron del motel. Se había fijado sobre todo en cómo mostraban sus dedos pequeños y bien formados, con las uñas pintadas de rosa. Ahora llevaba unas impolutas zapatillas blancas.

Jacynth sonrió a Benny.

"Los llevaba en el bolso por si se me cansaban los pies". Ni siquiera pestañeó mientras mentía sin vacilar. "Me los cambié mientras estábamos en la atracción de Peter Pan".

Douglas miró su bolso. No era muy grande, pero tampoco lo eran las zapatillas. Sin embargo, Benny aceptó su explicación sin rechistar.

"Buen partido el tuyo", le susurró Douglas mientras seguían al chico entre la multitud.

"Es muy rápido", admitió Jacynth. "No creí que se diera cuenta. Esperé hasta que estuvimos en la parte más oscura del paseo".

"Siempre fue tan listo como una tachuela", dijo Douglas, sintiendo una oleada de orgullo por su hijo cuando sus ojos se posaron en el rostro ansioso y los ojos brillantes de Benny mientras el chico les esperaba a la entrada de la siguiente cabalgata.

"Tendré que tener más cuidado. Tengo tendencia a no pensar antes de actuar", confió Jacynth, bastante innecesariamente. Douglas ya se había dado cuenta y tuvo que reprimir una sonrisa.

Mientras hacían cola, Jacynth le dijo que nunca había estado en Disneylandia.

"Es una de esas cosas que siempre quise hacer, pero que nunca llegué a hacer", confesó, arrugando su pequeña nariz.

Se preguntó por qué no había ido directamente al parque de atracciones si quería verlo. ¿Se preguntaba si había algún tipo de norma que prohibiera ese tipo de cosas? Tenía tantas preguntas que quería hacerle, pero no podía con los niños. Incluso en la suite del hotel, no podía estar seguro de que uno o los dos niños no estuvieran despiertos, escuchando. Los cántaros pequeños tienen orejas grandes, recordaba que decía su madre.

Jacynth charlaba alegremente con Benny y con otras personas mientras esperaban en la cola, y se burlaba de Molly para hacer reír a la niña. Parecía haber olvidado el abrazo, pero Douglas no podía dejar de pensar en él. Recordaba claramente lo natural que se había sentido entre sus brazos, su suave calor contra él, la sensación de sus labios contra los suyos, su vibrante respuesta.

Era una auténtica genio con carné. ¿Podrían complicarse más las cosas?

CAPÍTULO 6



CUATRO DÍAS DESPUÉS, cuando el todoterreno dobló la esquina de la calle de Douglas a altas horas de la noche, Jacinth estaba lista para un largo baño y un sueño mucho más prolongado. Preferiblemente en su propia tumbona, con su manta de seda y sus almohadas de plumón, las velas parpadeantes proyectando sombras sobre las paredes y el incienso que salía del brasero de latón que colgaba del techo.

Douglas giró la cabeza mientras ella suspiraba. "¿Cansada?"

"Un poco", admitió. "Me alegro de estar por fin en casa".

¿A casa? ¿De dónde había salido ese pensamiento? Ésta era la casa de Douglas, no la suya. Sin embargo, la puerta de la habitación de sus pensamientos daba al pasillo de la casa de Douglas.

Douglas frunció el ceño. "No se nos ocurrió prepararte una habitación. ¿Puedes dormir en el sofá esta noche? Mañana haré que traigan un juego de dormitorio para la habitación de invitados".

Se echó a reír. "Douglas, ¿te has olvidado? Tengo que ir a un sitio. Vamos a acostar a los niños".

La risa baja de Douglas se unió a la suya cuando entró en la entrada y apagó el motor.

"Sí, supongo que lo había olvidado", admitió. "Pero tengo una habitación libre, y hay que tener en cuenta a los niños. ¿Cómo les explicamos si uno de ellos viene a buscarte por la noche y no estás?".

Vaciló, con mirada interrogante. "Eso es... ¿si vas a quedarte un rato más? No sé, no hemos hablado de...".

Jacinth se acercó para acariciarle la mano y abrió la puerta. "Primero llevemos a los niños a la cama. Luego hablaremos".

Molly apenas se movió cuando Jacinth la levantó del asiento del coche y la llevó a la casa. Douglas sostuvo a Ben, que se tambaleaba somnoliento, frotándose los ojos.

"¿Todavía tengo mi propia habitación?" preguntó el niño mientras Douglas abría la puerta principal.

Jacinth vio cómo se le desencajaba la mandíbula a Douglas al recordar lo que su ex mujer les había hecho pasar estos dos últimos años.

"Sí", le dijo al chico. "Es igual, y el de Molly también".

"Guay". Ben bostezó poderosamente.

No tardaron mucho en meterse en la cama. Molly no llegó a despertarse, ni siquiera cuando

Jacynth la desvistió y le puso el pijama, y Douglas informó de que Benny se había dormido antes de que se apagaran las luces.

"Tío, qué bien se está en casa". Douglas se desplomó en el sofá con un suspiro de alivio, y luego se levantó. "¡Caramba, tengo que llamar a mamá!".

Sacó el móvil del soporte que llevaba en el cinturón y marcó; al cabo de un rato, colgó.

"No hay nadie en casa. O se han ido a la cama y han apagado el timbre, o han salido a bailar a alguna parte".

"¿Salir a bailar? Qué bonito". Jacynth se imaginaba a los padres de Douglas dando vueltas por la pista de baile en un vals, o bailando a lo loco por la pista. Aunque era poco probable que sus padres tuvieran más de cincuenta años, así que era mucho más probable que estuvieran bailando al ritmo de Elton John. A ella también le gustaba Elton John.

Jacynth metió los pies en la silla acolchada en la que se había acurrucado y preparó un humeante café turco para los dos. Douglas dio un respingo cuando apareció una taza en la mesita, y maldijo en voz baja.

"Caramba, podrías avisar a un tío", refunfuñó, pero lo cogió agradecido. Bebió un sorbo, cerrando los ojos en éxtasis. "Mmmm. Esto está bueno. Sin embargo, puede que no vuelva a dormir. Creo que siento que se me enroscan los dedos de los pies".

Se rió, disfrutando de su propio sabor del rico brebaje. "Es la receta de mi madre. Nadie hace el café como los viejos beduinos del desierto".

Douglas la miró con interés. "¿Una beduina? ¿Es eso lo que era?"

"Mmhmm". Jacynth dio un sorbo a su café, sintiendo el calor que se extendía por sus venas. "Hace mil años, el Imperio Persa era el centro del conocimiento, pero fuera de las ciudades, la gente eran agricultores sedentarios o nómadas del desierto.

"¿Y...?", preguntó él, preguntándose a dónde quería llegar.

"Nació de un Djinn que había servido en una de las tribus nómadas durante siglos, y creció con ellos".

Ella le miraba expectante, y Douglas se esforzaba por encajar las piezas del puzzle. "Oh, espera un momento... No me estarás diciendo...".

Jacynth asintió con la cabeza, sus ojos tenían ese brillo travieso que le advertía de que estaba a punto de decir algo escandaloso.

"Mi madre tiene mil años. Sólo tenía cien cuando yo nací".

"Tú..." La miró fijamente, sin palabras.

"Tengo novecientos años". Le dirigió un guiño, levantando una mano con el pulgar y el índice ligeramente separados. "Y un poco más".

Douglas cerró los ojos brevemente. "No quería saberlo".

Se inclinó hacia delante, clavándole la mirada más severa que pudo reunir.

"Te pregunto, ¿parezco un tipo de cuento de hadas? ¿Lámparas mágicas y genios y todas esas cosas? Ese tipo de cosas simplemente no ocurren... y si ocurren, no les ocurren a tipos como yo. Soy un hombre trabajador. Soy veterinario, por el amor de Dios. No hay nada más ordinario que eso".

"Pero a ti sí te pasó", señaló con la mayor sencillez.

Douglas la miró durante un largo minuto, digiriendo aquello.

"Sí, supongo que sí. Entonces... ¿ahora qué?"

"No me importa quedarme un tiempo, para ayudar a Molly y Ben a instalarse y darte la oportunidad de encontrar a la persona adecuada para cuidarlos. Me quedaré en la habitación extra para que les parezca normal a los niños y a cualquiera de tus amigos y familiares que venga".

Aparecieron sus hoyuelos. "Y aún tienes dos deseos más, por supuesto".

"Um, este asunto del deseo", empezó Douglas, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "¿Tengo que tener cuidado con lo que digo o la próxima persona con la que me enfade acabará con una zanahoria pegada a la oreja o algo así?"

Su risa era clara y alegre. Podría haberla escuchado reír eternamente.

"No", consiguió jadear por fin. "No, Douglas, sé distinguir una ilusión de un deseo verdadero. Un deseo verdadero tiene que salir de tu corazón".

"¿Hay algún tipo de límite de tiempo para esto?"

Jacinto negó con la cabeza. "No. Pero si conoces tus deseos, Douglas, hazlos, sin miedo a que te deje en la estacada. Me quedará y te ayudaré con los niños hasta que no me necesites, independientemente de los deseos".

"Pues eso. No sé qué desear". Douglas volvió a sentarse contra los cojines del sofá, con el café terminado. "He pensado mucho en ello estos últimos días mientras conducíamos por el país. Quiero decir, ¿quién no pensaría en ello? Pero no es tan fácil. La gente siempre bromea, ¿qué te regalarían si pudieras tener lo que quisieras? Siempre he dicho que desearía un Lamborghini. Pero ahora que podría tener uno... cuando sólo tengo dos deseos para cualquier cosa que quiera en todo el mundo... en el gran esquema de las cosas, un Lamborghini de alguna manera no parece tan importante. Y no sé lo que quiero".

"Y además -continuó-, si utilizo mis dos deseos y consigo todo lo que quiero, y más tarde viene Lilian y vuelve a secuestrar a los niños, ¿de qué demonios me serviría un Lamborghini cuando podría haberme ahorrado esos deseos y, en cambio, tenerte a ti para que me los encontraras de nuevo? Pero tampoco puedo pedirte que esperes durante la próxima década y media hasta que Molly cumpla dieciocho años".

El picante rostro de Jacinth se iluminó con diversión, sus ojos le guiñaron un ojo. "No es tanto tiempo. Estuve atrapada durante todo un siglo en la casa de una triste familia de españoles, muy fría y austera, y sin ninguna alegría. Entonces, un día, una criada estaba sacando brillo a mi tetera y la acarició de la forma adecuada. Era muy guapa y amaba al hijo mayor de la casa. Le concedí su deseo de casarse con aquel joven. Tuvieron unos hijos preciosos, y todo el mundo fue mucho más feliz después de aquello, ya no era lúgubre, y por fin pude seguir adelante."

Douglas no estaba seguro de si estaba fascinado u horrorizado. Quizá un poco de cada.

"¿Viviste todo ese tiempo con ellos y no sabían que eras... un genio?"

"Oh, no". Jacinth sacudió la cabeza con el ceño fruncido. "No sabían nada de mí, excepto, claro está, la criada del final. Me quedé en mi tetera. Eran muy malos tiempos entonces, cuando todo lo que estaba ocurriendo con Inglaterra y España, e Isabel injuriando a Felipe, y la Inquisición y todo eso. Posiblemente fue mejor que nadie lo supiera; cualquiera a quien yo hubiera ayudado entonces podría haber sido quemado en la hoguera por brujo si algún deseo que yo hubiera concedido le hubiera hecho sospechoso."

Hablaba del siglo XV, se dio cuenta Douglas algo tarde. ¡Colón acababa de descubrir América! ¡Increíble!

"¿Así que poseer la tetera no es suficiente?"

"Forma parte de la magia", explicó Jacinto. "El recipiente está encantado para atraer sólo a quienes deseo servir. En mi caso, no me gustan los que están hambrientos de poder o dinero, o los que son poco amables. Me gusta la gente positiva, y la gente buena que está necesitada. A los malos, cuando ven mi tetera no les interesa. No la comprarán ni se la llevarán a casa, ni intentarán utilizarla. Para mí sólo atrae al tipo adecuado de deseoso, ¿lo ves?"

"¿Y qué pasa si la persona adecuada se siente atraída por tu tetera, pero se la regala, como

regalo de boda o algo así, al tipo de persona equivocado?".

"Así es como acabé con esa familia española". Hizo un gesto de desagrado. "Habían adquirido mi tetera como regalo y la habían transmitido de generación en generación como una reliquia que les parecía horriblemente fea, pero muy valiosa, así que, por supuesto, se la quedaron. ¡Pensé que nunca saldría de allí! Pero al final todo salió bien".

"La familia siguió siendo muy feliz", añadió con una sonrisa élfica. "Los controlaba, a sus descendientes, ya sabes, de vez en cuando a lo largo de los siglos, sólo para ver cómo funcionaba. Toda mi magia funciona bien".

"¿Y cómo he acabado con tu tetera?". quiso saber Douglas. "Ni siquiera creía en la magia".

"Sí, pero tú eras justo el tipo de persona que la magia de mi tetera atraería", señaló Jacinto. "Quizá no creías, pero eso no es tan importante. Eras una buena persona que estaba desesperadamente necesitada y sin opciones. Necesitabas algo más".

"Necesitaba un milagro", admitió Douglas. "Pero no creía que fuera a conseguirlo".

"¡Exacto! Y ¡voilà! Aquí estamos". Le sonrió y dio un sorbo a su café, aparentemente satisfecha.

El agotamiento le invadía poco a poco y se levantó, estirando la espalda.

"Tenemos que prepararte para la noche".

"Enséñame la habitación y me sentiré como en casa", le aseguró ella, levantándose con elegancia. Aún le sorprendía lo pequeña que era, para alguien con una voluntad tan indomable. Apenas le llegaba al hombro.

Recorrió el pasillo y abrió una puerta en el extremo opuesto a la suya. Hizo una mueca, mirando las pilas de cajas que había esparcidas.

"Siempre he tenido la intención de organizarlas, de meterlas en el cobertizo de atrás", dijo disculpándose. "Si no te importa, sólo por esta noche... ya sabes... hazte una cama o algo. Mañana lo vaciaré y te traeré algunos muebles".

"Estaré bien", le aseguró ella, con la lengua en la mejilla. Lo que Douglas no sabía no le haría daño.

Douglas asintió. "Buenas noches, entonces".

Él se quedó mirándola, como si se resistiera a marcharse. Ella sintió la misma atracción, deseando prolongar su tiempo juntos, su tiempo a solas. Pero no era prudente en absoluto. Dio un paso atrás.

"Buenas noches, Douglas".



UNOS FUERTES SOLLOZOS penetraron lentamente en el sueño de Douglas. ¡Molly! Se levantó con dificultad, apartando el cansancio que le agobiaba. Sin perder tiempo buscando las zapatillas en la oscuridad, se dirigió a la puerta. Justo cuando la alcanzaba, se encendió la luz del pasillo; Jacinth también estaba despierta, subiéndose el cuello de una bata mullida contra el frescor de la madrugada. Entró en la habitación de Molly dos pasos antes que él, encendiendo no la brillante luz del techo, sino la pequeña lámpara de la mesilla.

Molly estaba sentada en la cama, mirando a su alrededor con ojos húmedos, muy abiertos y asustados. Al ver a Douglas, le tendió los brazos. Pobre niña, pensó Douglas, cogiéndola en brazos. Se sentó en la cama, sosteniéndola sobre su regazo, y Jacinth se sentó junto a ellos.

"¿Te despertaste en la oscuridad y no sabías dónde estabas?" preguntó Jacinto.

La cabeza rizada asintió, con la cara de Molly contra el pecho de Douglas. Se sintió culpable.

No había pensado en una luz nocturna, ni en que Molly podría despertarse por la noche en una habitación extraña y tener miedo.

"Mañana te pondremos una luz nocturna, cariño", le aseguró, acariciándole los suaves rizos. "Si dejamos encendida la luz del pasillo, ¿crees que podrías volver a dormirte?".

Molly volvió a asentir, deslizándose fuera de su regazo para acurrucarse en la cama. Le subió las mantas hasta la barbilla y se inclinó para besarle la mejilla mullida y ligeramente húmeda.

"Buenas noches. Dulces sueños".

Apagó la lámpara y salió de la habitación. Jacinth le esperaba en el pasillo, no parecía mucho mayor que Benny con la bata acolchada que cubría su delgada figura, y su largo pelo negro azulado caía suelto en ondas hasta la cintura. Parecía tan soñolienta como Molly.

"Gracias", dijo él, resistiendo el impulso de inclinarse también para besarle la mejilla.

Jacinto parecía sorprendido. "¿Por qué? Yo no he hecho nada".

Lilian nunca se había levantado cuando los niños gritaban por la noche. Había sido él quien los consolaba de las pesadillas, quien se sentaba con ellos cuando estaban enfermos.

"Gracias sólo por estar aquí, y apoyarme mientras me acostumbro a ser papá otra vez".

Jacinth asintió, bostezando como un gato perezoso. Douglas ahogó una risita.

"Vuelve a la cama", le dijo. "Te veré por la mañana".

Se quedó junto a su puerta, con la mano en el pomo, mientras él pasaba junto a ella y entraba en su propia habitación.

"Buenas noches".



LE DESPERTÓ EL sonido de risitas y chillidos agudos procedentes del otro lado del pasillo. Había salido el sol, brillante y cálido, con un rayo de sol que atravesaba las sábanas. Douglas se estiró, moviendo los dedos de los pies bajo las mantas, disfrutando de la sensación de despertarse en casa, en su propia cama, con el sonido de las risas de sus hijos. Molly y Benny. Dejó que su presencia en su casa le inundara con una cálida oleada de felicidad. Su primer día en casa con sus hijos. Era un día precioso.

Un movimiento cerca de la puerta captó su atención, y giró la cabeza para ver unos rizos rubios y un par de ojos azul oscuro asomando por el quicio de la puerta. Sonrió.

"Buenos días, cariño". Le tendió la mano en señal de invitación. La niña corrió por la habitación, trepando hasta la cama. Se sometió a su feroz abrazo y luego se apartó. Tiró de su mano, con la carita entusiasmada, los grandes ojos azules suplicantes.

"Vale, vale". Douglas bostezó poderosamente antes de echarse las sábanas hacia atrás. "Dame un minuto".

Molly metió las piernas debajo de ella, sentándose con las piernas cruzadas en la cama mientras él se incorporaba, pasándose las manos por el pelo. Ella soltó una risita y él le sonrió.

"Se me eriza el pelo, ¿eh?".

Ella volvió a soltar una risita y asintió. Se lo peinó con los dedos y se levantó, con el cuerpo protestando. Cuatro días en el coche hacían mella en las articulaciones. Se puso la bata sobre el pijama y tendió la mano a Molly.

"Venga, vamos a buscar al resto de la familia".

Con su manita agarrando firmemente la de él, Molly lo condujo por el pasillo hasta la habitación de Jacinth. Douglas se detuvo bruscamente en la puerta. Parpadeó, mirando a su alrededor, preguntándose si realmente seguía dormido y soñando.

No era la misma habitación en la que había dejado a Jacinto la noche anterior. Bueno, técnicamente sí lo era. Pero desde luego no se parecía en nada al almacén desordenado que había sido. Las cajas habían desaparecido... todas y cada una de ellas. Supuso que ahora estaban en el cobertizo de almacenamiento que había mencionado. El suelo estaba cubierto de alfombras persas, con diversos dibujos superpuestos. Rojos profundos y azules y verdes resplandecientes se combinaban para crear un collage de colores. Douglas no era un experto en alfombras, pero creía que éstas eran de un valor "incalculable" si alguna se ofreciera, por ejemplo, en Christie's. Largos cojines se alineaban en dos paredes, formando una especie de sofá bajo en forma de L. A lo largo de él había almohadas de distintos tamaños, formas y colores. A su derecha había una tumbona, en todo su opulento esplendor victoriano.

En el rincón más alejado de la habitación, unas cortinas colgaban de algún tipo de sujeción en el techo y llegaban hasta el suelo, cubriendo la cama. Baja y ancha, la cama también rebosaba de almohadas brillantes, y las sábanas y fundas desordenadas en colores joya parecían de algún tipo de material sedoso. Tenía la ligera sospecha de que probablemente eran de seda auténtica. Junto a la cama había una mesa redonda con una lámpara de aceite y un despertador, incongruentes en aquel exuberante ambiente de Oriente Medio. Del techo colgaba un cuenco de latón del que salía humo perezosamente, lo que explicaba el leve aroma a sándalo del aire, y encima del sofá había una lámpara de latón suspendida.

Jacynth y Benny estaban en el sofá, con las cabezas juntas sobre un gran libro ilustrado en el regazo de Jacynth. Cuando Molly soltó la mano de Douglas y corrió hacia delante, ambos levantaron la vista. Jacynth sonrió en señal de bienvenida, consiguiendo parecer a la vez traviesa y culpable. Y así debía ser, pensó Douglas, conteniendo su propia sonrisa.

"¡Hola, papá!" Benny estaba totalmente despreocupado. "Mira, estamos leyendo La lámpara de Aladino. Es mi favorito, y la señorita Jas dice que también es su favorito".

"Imagínatelo", murmuró Douglas en voz baja.

Jacinto, al oírlo, le guiñó un ojo.

"¿Has dormido bien?"

Con un suspiro, se rindió a lo inevitable. Seguir la corriente parecía ser el status quo en torno a Jacynth, decidió. Se acercó, bajando para sentarse junto a ella en el sofá. Al instante, Molly se acurrucó en su regazo y él abrazó a su hija. Olía dulce y fresca, sus rizos eran suaves y estaban un poco húmedos. Jacynth debía de haberla bañado. La niña llevaba una camisa rosa y un mono blanco, pero Benny seguía en pijama.

Jacynth cerró el libro que sostenía y sonrió a Benny.

"Te diré una cosa. ¿Por qué no vamos Molly y yo a empezar a desayunar, ya que las dos estamos listas para irnos, mientras vosotros os ducháis y os vestís?".

"¿Qué vamos a hacer hoy?" quiso saber Benny.

"Es viernes", respondió Douglas. "Hoy tengo el día libre y el fin de semana, pero el lunes tengo que ir a trabajar. He pensado que hoy podríamos ir a echar un vistazo a tu escuela y matricularte para este otoño".

Una sombra cruzó el rostro de Ben. "Mamá dijo que no tenía que ir a la escuela. Dijo que no me gustaría, que los profesores eran malos y estrictos".

¿Qué demonios? Douglas ahogó la familiar oleada de ira. Menos mal que Jacynth respondió, porque no creía poder confiar en su voz.

"Todo el mundo tiene que ir a la escuela, Benny. Puede que tu madre tuviera profesores que no eran amables con ella, pero eso fue hace mucho tiempo. Estarás en primero, con otros chicos de tu edad, y te divertirás un montón".

"Mamá dijo que no tenía que hacerlo. Dijo que los otros chicos me darían una paliza". La mandíbula de Benny se tensó en una línea obstinada y malhumorada. "Dijo que volvería a casa... a casa..."

"¿Te educan en casa?" terminó Jacinth por él, y él asintió.

Envío a Douglas una mirada interrogativa, y él negó con la cabeza. De ninguna manera Lilian estaría lo más mínimo capacitada para educar en casa. Más bien no quería la responsabilidad de levantar a Benny cada mañana y llevarlo a la escuela. Y tendría que lavarlo y vestirlo decentemente, y prepararle un almuerzo para llevar, si no quería llamar la atención de los servicios sociales. Pero, ¿qué pensaba hacer? ¿Dejar que los dos niños crecieran desbocados mientras ella dormía todo el día y bebía toda la noche?

Benny miró a Jacinth, con los ojos azules muy abiertos y suplicantes. "¿No puede enseñarme, señorita Jas?"

La mirada sorprendida de Jacinth voló hacia Douglas. Aquello era una complicación que no habían previsto. Pensó con rapidez. No era el momento de decir a los niños que Jacinth no se quedaría. Acababan de llegar, y ahora esta complicación de la reacción de Benny a la escuela. Los niños ya habían tenido bastantes disgustos en su vida. Sacudió ligeramente la cabeza.

"Más tarde", dijo en silencio.

Ella asintió y volvió a centrar su atención en el chico que tenía a su lado.

"¿Qué te parece si esperas un poco a ver qué te parece? Iremos a conocer a la profesora, y podrás ver la escuela y el patio, ver qué les parece a los otros niños de allí. Quizá, si te parece bien, podríamos pasarnos por la clase de parvulario..."

Donde, pensó Douglas sombríamente, Benny debería haber estado ya este año.

"...y conocer a algunos de los chicos y chicas que estarán en tu clase en septiembre". Jacinth continuó. "Quizá algunos vivan cerca y puedas hacer amigos. Luego tendrás todo el verano para jugar y conocerlos antes de que empiece el colegio".

Para alivio de Douglas, esto pareció interesar a Benny lo suficiente como para borrar el ceño fruncido de su rostro. Al parecer, la perspectiva de tener amigos hacía que la idea de ir a la escuela le resultara más apetecible. ¿Acaso los niños no tenían amigos en California? ¿Qué demonios había pasado allí? Su mirada frustrada se posó en Jacinth. Ella le dio unas palmaditas en el brazo, con un ligero toque tranquilizador.

"Vámonos", dijo de repente, tirando a Benny de su regazo al suelo. Siguió al chico hacia abajo, haciéndole cosquillas mientras él rodaba de un lado a otro por la alfombra riendo. En un instante, Molly se retorció del regazo de Douglas y se unió a la diversión. No había nada malo en la caja de risitas de su hija, decidió Douglas, aunque aún no hablara.

Se levantó y Jacinth le siguió, le pareció que de mala gana. Parecía disfrutar retozando tanto como sus hijos, con las mejillas sonrojadas de placer y los ojos brillantes.

"Vale, arriba, campeón". Douglas levantó a su risueño hijo y se lo echó al hombro. "Vamos a las duchas".

Al oír sonar el teléfono de casa, cruzó a su dormitorio, con Benny riendo como un loco y pataleando en fingida protesta.

"Yo".

"¿Douglas?" Su madre sonaba como si no estuviera muy segura de que fuera él. Sonrió y bajó a Benny al suelo.

"¡Mamá! Hola. Tengo noticias para ti".

"Dime que es Ben el que oigo de fondo".

"Sí. Estaban en California, acabo de volver con ellos anoche. Su niñera los vio en un folleto

de Niños Desaparecidos y llamó al número, y la policía y los Servicios Sociales recogieron a los niños antes de que Lilian pudiera volver y desaparecer con ellos de nuevo."

"Ha pasado tanto tiempo. Casi no me lo creo". Parecía que estaba llorando un poco. Douglas sonrió. Eso era tan de mamá. "Iremos enseguida, Douglas. ¿Te encuentras bien? Podríamos volar esta noche, si no es demasiado pronto para ti. ¿O necesitas pasar tiempo a solas con ellos? ¿Cómo están?"

"Están bien, mamá. Tómalo con calma. Y sí, puedes venir en cuanto quieras, pero... -se aclaró la garganta. Iba a tener que dar algunas explicaciones. "Será mejor que subas a la caravana".

Su madre se impacientó. "¿Todavía no has vaciado esa habitación, Douglas?"

"¡Sí! Yo... es decir, todo está en el almacén". Eso era bastante cierto, aunque él no hubiera sido quien lo hizo. "El caso es que he contratado a una niñera para los niños. Se queda en la habitación de invitados".

"¡Una niñera! Qué maravilla. ¿Cómo es? ¿Les gustará a los niños?"

Douglas sonrió, escuchando el ruido de las ollas que golpeaban alegremente en la cocina y las risas alegres que flotaban por el pasillo.

"Sí, muy bien. Volvió de California con nosotros. Los niños la adoran".

Su madre buscó las palabras a tientas. "Es... es decir, no se los entregará a Lilian como hizo la otra niñera, ¿verdad?"

"Mamá, no puedes culpar a la niñera de eso. Nunca se me ocurrió -a nadie- que Lilian cogiera a los niños y saliera corriendo. La niñera no tenía motivos para pensar que Lilian pretendía hacer otra cosa que llevárselos por la tarde. Y no, esta niñera no lo hará. Hombre prevenido vale por dos, y todo eso".

"¿Conseguiste referencias?"

Douglas puso los ojos en blanco. "Sí, mamá. De hecho, venía de una agencia. El servicio de niñeras Viento del Este".

La risa apreciativa de su madre le dijo que había captado el matiz.

"¡Oh, qué maravilla!" Seguía riendo. "Espero que no piense marcharse cuando cambie el viento".

Douglas echó un vistazo a la habitación exóticamente amueblada, la esencia misma de Jacinth persistía en su ausencia. "Espero que no, mamá".

Benny se estaba tirando del pijama. "¿Es la abuela?"

"Espera, mamá, aquí está Benny".

Le entregó el teléfono y escuchó distraídamente la charla del chico mientras elegía unos vaqueros y una camisa para ponerse hoy. Tendría que encontrar alguna forma de evitar tener que poner a Molly al teléfono. No quería que mamá se preocupara, pues sabía que lo haría si le decía que Molly no hablaba. Quizá Molly hablara cuando llegaran de Florida. Eso esperaba.

Le salvó de su dilema el propio Benny.

"Molly está en la cocina, preparando el desayuno con la señorita Jas. Después saldremos a ver mi escuela. Aquí está papá".

Benny le devolvió el teléfono. Su madre se reía.

"¡Qué niño! Me alegro mucho de que hayas recuperado a los niños, Douglas. ¿Es la señorita Jas tu niñera?"

"Sí, se llama Jacinth, difícil de pronunciar para los niños. Pero la señorita Jas es muy popular por aquí".

"Ya lo veo. Bueno, no quiero interrumpir tu desayuno, así que te dejo marchar. Nos vemos

dentro de un par de días".

"Vale. Adiós, mamá".

Colgó el teléfono, sacudiendo la cabeza. La idea de que su madre conociera a Jacinto le daba un poco de miedo. Los dos juntos. Y ¡vaya! Iba a tener que dar algunas explicaciones cuando su madre viera que su niñera era una joven muy guapa.

¡Dios quiera que mamá no descubra que ella también era un genio!

CAPÍTULO 7



A MITAD DEL DESAYUNO, sonó el busca de Douglas.

"Es la clínica", anunció. "Sabía que no debía haber llamado anoche para decirles que había vuelto a la ciudad".

Miró las caras de sus hijos alrededor de la mesa. Ambos habían llevado un aire de excitación durante toda la comida. Sospechaba que no estaban acostumbrados a sentarse y comer juntos en familia. Ahora la sonrisa había desaparecido de la carita de Molly, que parecía haberse encerrado en sí misma. Benny estaba igual de cabizbajo, pero al parecer se había resignado a que los adultos de su vida les dejaran solos a la hora de comer. Douglas tomó una decisión rápida.

"Vamos a tener algunas normas aquí", anunció, sorprendiéndoles. "Nuestra primera norma, que espero que todo el mundo cumpla, se refiere a las comidas. El desayuno y la cena son momentos familiares. No habrá interrupciones. Ni llamadas telefónicas, ni televisión. Sólo nosotros, estando juntos. ¿De acuerdo?"

Molly asintió, con los ojos brillantes, pero Benny tenía más dudas.

"¿Eso vale también para ti?"

Douglas asintió.

"Por supuesto. Puedo mirar esto para ver quién ha llamado", levantó su busca. "Pero no contestaré hasta que termine la comida. A menos que sea una emergencia absoluta, ¿vale?"

"¡Vale!" gritó Benny y rebotó en su silla.

Cuando terminó el desayuno, Douglas llamó por teléfono mientras Jacinth organizaba a los niños, Molly recogía la mesa y Benny ponía los platos sucios a remojo en agua jabonosa. Colgó el teléfono, decepcionado.

"Tengo que ir a la clínica esta tarde", anunció. Ante la protesta de Benny, levantó una mano. "Sólo un rato, para ponerme al día con algunas cosas y firmar las nóminas del personal, que no pueden esperar".

"¿No hay un parque a un par de manzanas?". Jacinth se dirigió a los niños. "Después de comer, podríamos ir andando a ver el parque infantil mientras vuestro padre trabaja".

Benny lo secundó con salvaje entusiasmo. Douglas estaba agradecido por el rescate de Jacinth. No quería dejar a los niños en absoluto, no este primer día. No tenía intención de anteponer su trabajo al bienestar de sus hijos, pero había estado fuera toda una semana sin avisar con antelación y había cosas que requerían su atención. Sus compañeros se habían portado muy bien cubriéndole para que pudiera tomarse la semana libre para traer a los niños a casa, y se lo debía.

Con los dos niños entusiasmados -demasiado entusiasmados, en opinión de Douglas- ante la perspectiva de una visita al parque, no fue difícil sacarlos a todos de casa enseguida. Había mucho que hacer antes del almuerzo.

La visita a la escuela de Benny fue un éxito asombroso. La profesora de primer curso era tan joven que Douglas sospechaba que la tinta de su credencial de maestra apenas estaba seca. Sin embargo, rebosaba entusiasmo y estaba claro que sus jóvenes alumnos la adoraban. Mejor aún, en la visita a la clase de preescolar, Benny descubrió a un antiguo compañero de juegos de hacía dos años que vivía al final de la calle. Al enterarse de que el niño, Will, estaría el año que viene en la misma clase de primer curso, la escuela obtuvo la entusiasta aprobación de Benny.

"Es un alivio", murmuró Douglas sólo para los oídos de Jacinth mientras seguían a un extasiado Benny hasta el aparcamiento.

"Temía que encontráramos un profesor mayor, del tipo de los que siguen las normas", me confió. "Después de lo que le contó su madre, nunca habríamos conseguido que Benny aceptara la escuela de buen grado".

Douglas apretó los dientes. "No puedo imaginar qué pensaba Lilian que estaba haciendo".

Pero no dijo nada más cuando llegaron al coche, donde Ben y Molly esperaban impacientes.

"¿Adónde vamos ahora?" quiso saber Benny.

"Ahora vamos a por comida. Y no", advirtió, dirigiendo a los niños una mirada estricta mientras él y Jacinth se abrochaban los cinturones. "No vamos a comprar mucha comida basura. Ni refrescos, ni patatas fritas, ni cereales azucarados. Ni galletas, ni pasteles, ni Twinkies. Así que ni os molestéis en preguntar".

DOS HORAS MÁS TARDE, con el coche gimiendo bajo el peso de sacos y sacos de comida, seca, enlatada, fresca y congelada, Douglas entró en el garaje. Los niños salieron del coche como resortes, chillando como banshees. Jacinth y Douglas intercambiaron una mirada resignada.

"Nada de comida basura, ¿eh?", le preguntó levantando una ceja. "Nada de refrescos, patatas fritas ni cereales azucarados. Ni galletas ni pasteles. Ah, y *definitivamente* nada de Twinkies".

Douglas hizo un gesto de dolor.

"Estaban de oferta", se defendió. "Es más barato comprar una caja grande que un par de esos paquetitos".

"Estás completamente bajo sus pulgares", corrigió con una sonrisa, la diversión brillando en sus ojos oscuros.

"¡Daaa-aaaaaad!" El grito de Benny podría haber resucitado a los muertos, si sólo hiciera falta volumen. Los niños esperaban ante la puerta principal.

"Vale, ya vamos". Intercambiando miradas, Douglas y Jacinth salieron del coche, Douglas yendo a abrir la puerta delantera y Jacinth abriendo el maletero.

Cuando terminó de guardar la comida, Douglas tenía que irse a la clínica veterinaria donde trabajaba.

"Pero si ni siquiera hemos almorzado", protestó Benny. Douglas pellizcó la nariz del chico.

"No suelo almorzar, campeón. Y menos después de un gran desayuno como el que nos ha preparado la señorita Jas esta mañana. Quizá si se lo pides amablemente, podría prepararte unos bocadillos y llevártelos al parque para hacer un picnic".

"¡Vaya! ¿Podemos?" Ben volvió los ojos emocionados hacia Jacinth. Incluso Molly estaba ansiosa, tirando de la mano de Jacinth y mirando hacia arriba, con una súplica evidente en su carita.

Jacinth les sonrió, aparentemente tan entusiasmada con la idea como los niños. "Me parece una idea estupenda. Vosotros, niños, buscad las servilletas y elegid unas cuantas piezas de fruta, mientras yo nos preparo unos bocadillos".

Douglas sacó una cesta del garaje para que la utilizaran en su picnic antes de marcharse, satisfecho de cómo iban las cosas hasta el momento. Sus hijos no sólo estaban a salvo, sino también bien cuidados y felices.

Jacinth esperó a que Douglas se hubiera marchado, llevó a los niños al salón y los acomodó uno al lado del otro en el sofá.

"Ahora". Se sentó en la mesilla frente a ellos, estableciendo contacto visual con cada uno de los niños.

"Esto es serio, y quiero que los dos prestéis atención. Vamos a tener normas para ir al parque. Son normas para salir de casa en cualquier momento, no sólo para ir al parque. ¿Recuerdas las normas de las que te hablamos tu padre y yo en Disneylandia? La primera regla, la número uno, es que te mantengas *siempre* a mi vista, y que nunca vayas a ninguna parte... ni al baño, ni a una fuente de agua... sin decírmelo. Quiero una promesa solemne de ambos de que siempre me obedeceréis en esto".

Ambos niños asintieron con seriedad, con cara de aprensión. No quería asustarlos, pero a veces el mundo no era seguro. Nadie podía arrebatarlos, por supuesto, pero si les inculcaba la seguridad en la cabeza, estarían seguros una vez que ella se hubiera ido, cuando estuvieran con quienquiera que hubiera contratado para vigilarlos después de que ella se fuera. La idea de que otra persona cuidara de Benny y Molly le resultaba extrañamente desagradable. Ahuyentó aquel pensamiento intruso.

"De acuerdo. Sólo recuerda. Si tú no puedes verme, entonces yo no puedo verte. Mientras puedas verme siempre... ¡y tampoco juegues al escondite conmigo! ...entonces estarás bien. Y siempre vendrás cuando te llame, al instante. ¿De acuerdo?"

Los dos niños asintieron enérgicamente, así que ella se puso en pie de un salto, tendiéndoles una mano a cada uno. "¡Muy bien! Así que, ¡manos a la obra!"

El parque estaba a poca distancia a pie, a sólo tres manzanas. Era grande, con césped verde y árboles frondosos, e incluso un pequeño lago con patos. Cerca de la calle había un parque infantil rodeado de bancos y mesas de picnic.

Sólo con firmeza y empleando sus mejores modales de "niñera" (tomando su modelo de conducta de una de las películas de Disney que tanto le gustaban), Jacinth pudo persuadir a Benny y Molly de que se comieran su almuerzo de picnic antes de salir corriendo a explorar el parque infantil. Después de engullir los bocadillos y la fruta de una manera que tenía que ser mala para la digestión, los niños corrieron hacia los toboganes, mientras Jacinth los vigilaba desde la comodidad de un banco bajo un árbol sombreado. Cuando se cansaban del tobogán, se unía a ellos en los columpios, empujándolos a ambos, y más tarde hacía girar el tiovivo para ellos, de modo que cuando las calles empezaban a llenarse de madres que traían a sus hijos después de la escuela, Jacinth estaba tan agotada como los niños.

"Creo que es hora de irnos", jadeó, dando una última vuelta al tiovivo. "Tenemos que empezar a preparar la cena antes de que llegue tu padre".

Era una medida del buen rato que habían pasado que ninguno de los dos niños se opusiera. Fueron a recoger su cesta de picnic y emprendieron el camino de vuelta hacia la calle.

"¡Señorita Jas, mira!"

En un banco del parque, tomando el sol perezosamente, estaba el gato doméstico más grande que Jacinth había visto nunca. Era atigrado, pero de un tipo inusual, con un pelaje largo y espeso.

A lo largo de la columna vertebral de la criatura se veían remolinos de color castaño oscuro que se tornaban caoba, sobre un fondo leonado y pelirrojo que se desvanecía hasta volverse crema en las grandes patas extendidas. El gato dormía con la cabeza apoyada en una pata extendida, pero la larga cola, bellamente emplumada, se movía suavemente de un lado a otro.

"¿Podemos acariciarlo?" quiso saber Ben. Molly agarró con fuerza la mano de Jacinth, mirándola. Imposible saber si la niña estaba interesada o asustada.

Jacinth decidió responder con sinceridad. "No estoy segura, Benny. No es prudente acercarse a un animal extraño sin saber si es amistoso. A menudo es mejor esperar a ver si se acerca a ti".

"Pero está durmiendo", señaló el niño.

Jacinto sonrió. "La verdad es que no. Sólo dormitaba al sol. Y es una hembra. Todos los calicós son hembras. ¿Ves su cola, cómo se mueve, la punta moviéndose de un lado a otro? Está atenta. Si se acercara algo que la asustara o molestara, se despertaría enseguida".

Benny la miró con ojos extrañamente sabios. "Si está despierta, entonces sabe que estamos aquí y no le molestamos".

La lógica de la niña era imposible de refutar. Aun así, Jacinto vaciló, observando al animal. Era un gato enorme.

Con cautela, indagó en la mente del animal, tratando de conocer la naturaleza del gato, si vería con buenos ojos un acercamiento amistoso por parte de los niños. Ahogó un jadeo audible cuando su toque mental fue expertamente bloqueado.

El gato se agitó, abriendo unos grandes ojos dorados que los miraban con benigna tolerancia.

"*No me molestan los kits humanos*". La voz grave y ronca de su mente era divertida.

¿Un cambiaformas? Jacinto sabía de ellos, naturalmente, pero nunca se había encontrado con uno.

"Creo que os dejaré acariciarla, siempre que tengáis cuidado", dijo Jacinth a los niños. "Despacio. Nunca te precipites con los animales, aunque los conozcas".

Benny se acercó cautelosamente al banco y acarició el espeso pelaje. Los ojos del gato se entrecerraron en éxtasis, y el animal empezó a ronronear.

"Es blanda", informó Benny. "¿Todos los gatos son así de blandos?"

Jacinto sintió la familiar agitación de la ira contra su madre, descuidadamente cruel. El gato también se erizó mentalmente.

Este es un día de sorpresas. Un Djinn, con dos cachorros humanos que nunca han tocado a un gato.

Es una larga historia. Jacinth nunca había hablado por una vía mental, pero le resultó fácil, quizá porque el cambiaformas había establecido la comunicación. *La madre es la culpable, y estos dos ya no están a su cuidado. Les estoy ayudando a instalarse con su padre.*

Ah. El gato fijó su mirada dorada en Molly. *La gata tiene miedo.*

En efecto, Molly se aferraba a la mano de Jacinto, observando a su hermano con los ojos muy abiertos. Jacinto se inclinó hacia la niña.

"Molly, ¿te gustaría acariciar a la gatita? Iré a acariciarla contigo, si quieres".

Ante la vacilante inclinación de cabeza de Molly, condujo a la muchacha hacia delante.

"Toma. Acaríciala bien, así". Cogió la manita de Molly entre las suyas y la acarició a lo largo del sedoso pelaje de la gata. El ronroneo se hizo más fuerte. "A la gatita le gusta eso, Molly. ¿Oyes lo que te dice?"

Retiró la mano y observó cómo Molly hundía los dedos en el grueso pelaje del gato, con una expresión de asombro en la carita. Benny la miró.

"Quiero quedármela. ¿Podemos llevárnosla a casa, señorita Jas?".

Jacinto se rió, alborotando el pelo rizado del chico.

"No, Benny. Está claro que ésta tiene un buen hogar, y aunque no lo tuviera, los gatos se pertenecen a sí mismos".

No me importaría que me invitaras a cenar. La voz mental del gato sonaba perezosamente divertida. *¿Sabes cocinar, Djinn?*

Puede que Jacinth no conociera a los cambiaformas, pero reconocía un insulto cuando lo oía.

"¡Claro que sé cocinar!" Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. Ben y Molly la miraron sorprendidos.

"¿Con quién estás hablando, señorita Jas?" preguntó Benny.

"Umm... Sólo estaba pensando en voz alta".

Jacinto fue consciente de la diversión felina. *¡Basta!*

¿Tienes nombre, Djinn?

Jacinto. ¿Y tú?

Soy Cat.

Por supuesto. ¿Por qué no lo había pensado? Jacinth se abstuvo de poner los ojos en blanco.

La diversión del gato aumentó. *Katerina es mi nombre humano. En efecto, me llaman Gata.*

"¿Señorita Jas?" Benny tiraba de su mano. Ella se arrodilló a la altura de los niños.

"No podemos coger al gato y llevárnoslo a casa", explicó. "No sabemos si quiere venir con nosotros o no. Lo que podemos hacer es caminar muy despacio y llamarla, a ver si nos sigue".



AL ENTRAR EN la casa poco después, Douglas enarcó las cejas al ver al enorme felino que adornaba su sofá, con dos niños adorables a su lado.

Jacinth salió de la cocina con una sonrisa de bienvenida.

"Tenemos un invitado para cenar".

"Ya veo". Frunció los labios en un silbido insonoro. "No me gustan los gatos, pero es un animal precioso".

El gato le miró desde el otro lado de la habitación y juraría que sonrió. Jacinto tiró de su brazo.

"Ven a la cocina".

Como sus hijos estaban demasiado absortos con su nueva amiga para darse cuenta de que había vuelto a casa, dejó que ella tirara de él hasta el otro lado del pasillo, donde el aroma ácido de la marinara llenaba el aire. Se apartó de él para remover la burbujeante salsa de los espaguetis y bajó el fuego.

"¿Puedo preguntar si nuestro "invitado" se queda?"

Jacinto negó solemnemente con la cabeza, pero había picardía en su rostro.

"No. Tiene su propia casa".

Douglas esperó el chiste. Estaba claro que lo había.

Jacinth jugueteó con la cuchara que sostenía. "No es sólo una gata".

Entrecerró los ojos, pues no le gustaba cómo sonaba aquello.

"Ella es... umm... bueno, también es humana".

Dando un largo suspiro, contó hasta diez lentamente. No iba a perder la calma. No, no, no.

Jacinto le lanzó una mirada, mitad recelosa, mitad divertida. "Es una cambiaformas".

Douglas apoyó la frente en el marco de la puerta y cerró los ojos con fuerza. Quizá se estaba volviendo loco. Tal vez estaba *en* un psiquiátrico y toda la última semana había sido una

alucinación masiva.

"Esto no está pasando", afirmó con rotundidad. "No existen los cambiaformas. No existen los genios. Djinn. Lo que sea. No existen..."

Se le ocurrió un pensamiento repentino y se giró para mirar horrorizado a Jacinto.

"Por favor. Por favor, dime que en realidad no hay vampiros ni hombres lobo. Al menos dime eso".

Los ojos caoba de Jacinto bailaron. "Well...."

"¡No!" Le tapó la boca con una mano. "No importa. No quiero saberlo. No quiero saber en absoluto la respuesta a eso".

Ella soltó una risita y se apartó de él.

"Douglas, de verdad. Te estás dejando llevar por tu imaginación".

"Mi..." Le faltaron las palabras. Se frotó la frente, que empezaba a dolerle. "Vale, cambio de tema. He pensado en llevar a los niños al centro comercial esta noche. Y a ti también si quieres, aunque quizá te apetezca tomarte la tarde libre".

"¡Oh, no! Me encanta el centro comercial", se apresuró a asegurar Jacinto. "¿Por qué vamos?"

"Ben y Molly necesitan más ropa que la que compramos en California -todo un armario nuevo para cada uno- y Ben va a necesitar cosas para el colegio. Los dos niños necesitan más ropa de cama, y con la llegada de mamá y papá, pensé que sería un buen momento para cambiar todas las toallas y sábanas viejas por otras nuevas. Y los niños también necesitan juguetes; los que tenían de hace dos años son demasiado pequeños."

Hizo una pausa, pensativo. "También creo que voy a necesitar más bolsas de aspiradora... ¡muchas más!".

La risa clara de Jacinto sonó como campanadas. Se acercó de nuevo a la estufa y lanzó una mirada maliciosa por encima del hombro.

"Y jabón para la vajilla. Y detergente para la ropa. Y champú para niños. Y gel de ducha y baño. Y baño de burbujas. Y..."

"¡Alto! ¡Alto!" Douglas levantó ambas manos y retrocedió. "¡Ya me rindo! Sí, conseguiremos todo lo que necesitamos!"

Volvió a reírse. "Haré una lista, para que no se nos olvide nada, como cuando fuimos al supermercado. De hecho, también necesitamos otro viaje al supermercado".

"Aquella vez sólo pensaba en comida", admitió Douglas. "Todo esto ha ocurrido tan deprisa..."

"Lo sé. No te preocupes, todo se arreglará. Dale tiempo". Levantó la olla de espaguetis del quemador y la llevó al fregadero. "Douglas, ¿puedes ocuparte de que los niños se laven para cenar? Esto está casi listo".

"¿Y Cat? Supongo que estará en su... eh... su forma gatuna. Si no, no podríamos explicárselo a los niños".

"Por supuesto que estará en forma de gato". Jacinth levantó el escurridor de la olla y empezó a enjuagar los espaguetis bajo el chorro de agua fría. "Cortaré un poco en trozos pequeños en un cuenco con la salsa. Estará bien, Douglas. No te preocupes".

"No estoy preocupado", negó. "Es sólo que... esto es bastante raro, ¿sabes?"

"Lo sé. También sé que si no vas a lavar a los niños, llegaréis todos tarde".

Le puso una mano en la espalda y lo empujó fuera de la cocina mientras hablaba. Con una amplia sonrisa, se marchó.

Jacinth puso los ojos en blanco al verle retroceder, y luego metió en el horno la bandeja de

pan francés untado con mantequilla y ajo. Se puso las manos en las caderas y estudió el comedor, repasando mentalmente su lista para asegurarse de que lo tenía todo listo. Gato entró en la cocina con la cola en alto.

Qué bonitos kits tienes, Djinn.

Sólo un gato podía hacer que un cumplido sonara como un insulto. Jacinto ignoró esa parte.

"No son mis hijos".

La gata resopló, sacudiendo enérgicamente la cabeza. *Podría haberme engañado.*

La nariz felina se alzó, olfateando delicadamente. *Huele bien, Djinn.*

"Gracias. Espero que te guste".

Aquí vienen los kits. Seguro que Cat tenía oído de gato. Jacinth apenas tuvo tiempo de sacar el pan de ajo del horno antes de que los niños entraran corriendo en el comedor.

"Señorita Jas, ¿dónde va a comer Cat?" preguntó Benny. Douglas debió de advertir a los niños que no tocaran a la gata después de lavarse las manos, pero se cernían ansiosos sobre ella.

Sí, Djinn, ¿dónde voy a comer?

Jacinth reprimió el impulso de sacarle la lengua al gato.

"El gato puede comer allí", señaló al suelo, delante de la puerta corredera de cristal que daba al patio. "Mira, le he cortado unos fideos y le he puesto salsa. En cuanto se enfríe un poco, se los pondré y podrá comer aquí con nosotros. ¿Os parece bien a todos?".

"¡Sí, genial!", gritó Benny, mientras Molly asentía con entusiasmo.

Funciona para mí. Satisfacción con tintes de petulancia coloreó la voz mental. Jacinto tuvo que reprimir el impulso de erizar hacia atrás el espeso pelaje de Gato.

¡No te atrevas! La voz felina sonó indignada, y Jacinto reprimió una sonrisa.

Douglas entró justo en ese momento, y Jacinth empezó a poner la cena en la mesa, dándole el cuenco de Cat a Benny.

"Benny, ¿podrías bajarle esto a Cat?"

"¡Claro que sí!" Llevó el cuenco con cuidado hasta donde ella le había indicado y lo dejó en el suelo, luego se acercó a la mesa.

"¡Mira, papá, se lo está comiendo!"

Douglas se limitó a reírse, y Jacinth subió a Molly a su asiento elevador. Douglas rescató el cuenco de salsa de las garras de Benny, ya que el niño apenas podía estarse quieto por retorcerse en su silla para ver comer a Cat. Jacinth partió una rebanada de pan de ajo en trocitos y se la puso a la gata, y observó divertida cómo ésta se zampaba un trocito.

"Parece que le gusta", comentó Douglas. Dio un mordisco, levantando las cejas. "Y a mí también. Está buenísimo, Jacinth".

No está nada mal, secundó Cat a regañadientes. *Esto podría llegar a gustarme.*

Jacinth tuvo que ocultar su sonrisa. Afortunadamente, Benny empezó a enumerar a su padre todos los objetos que necesitaba desesperadamente. Jacinth descontó mentalmente artículos como un ordenador personal, una Nintendo, una PDA portátil y una pelota de baloncesto de los Lakers autografiada.

"¡Lakers!" Douglas fingió indignarse y se acercó para darle un ligero codazo en la cabeza a su hijo. "¡Que sepas que ahora estás en Nueva York!"

Benny se limitó a sonreírle. Para Jacinth era obvio que ambos estaban desarrollando rápidamente una estrecha relación. Se alegró de ello; estaba claro que ambos necesitaban ese vínculo. Sin embargo, le preocupaba Molly. Era un poco tímida con Douglas y aún no daba señales de hablar. Sólo habían pasado unos días desde que recogieron a los niños en California, se recordó Jacinth, y sólo llevaban un día en casa.

El gato debía de estar escuchando o había captado su ansiedad tácita.

El kit estará bien. Es feliz. Los gatitos necesitan seguridad, y tú se la has dado. La voz mental de Cat era la más amable que Jacinth había oído de ella hasta entonces. Quizá había algo de humana en ella, después de todo.

Gato había estado sentado ante la puerta lavándose la cara con una pata ancha, pero ahora se levantó y serpenteó hasta la mesa, acariciando de un lado a otro las piernas de Jacinto... dejando pelos de gato rojos y marrones en sus limpios pantalones blancos. Ah, bueno. Al menos Cat no utilizó el material para afilarse las garras.

Al sentir un tirón en la blusa, se volvió y vio a Molly mirándola con ojos suplicantes. Había terminado y quería bajar. Al levantar a la niña, Jacinth vio que Douglas y Benny se estaban sirviendo unos segundos. Miró a Cat, preguntándose si ella también querría más. Cat se sacudió, el largo pelaje tan espeso que apenas se movía un pelo de su sitio.

Douglas se inclinó sobre el borde de la mesa para ver mejor a Cat.

"Sabes, creo que es una Maine Coon", dijo. "Pero creía que perdían gran parte de ese pelaje grueso en verano. Se lo preguntaré a Suzanne, mi compañera que se ocupa de los gatos en nuestra clínica, el lunes".

El gato levantó las orejas. *¿Un veterinario? Eso sí que podría ser útil.*

Teniendo en cuenta a los niños, Jacinth tuvo que dominar su impulso de preguntar cómo podía ser útil un veterinario a un cambiaformas. En lugar de eso, empezó a recoger los platos de la mesa. Gato corrió delante de ella y se detuvo en la puerta que separaba la cocina del vestíbulo.

"De acuerdo, he captado el mensaje". Jacinth se dirigió a la puerta principal y la abrió, y Cat salió con elegancia al paseo delantero.

Gracias por la cena, Djinn. Ésta es una buena familia. Deberías pensar en quedarte. La she-kit necesita una madre.

Genial, ¡ahora estaba recibiendo consejos sobre su vida de un gato!

"Gracias", dijo ella, intentando sonar severa.

La gata ya se alejaba, con su larga cola en el aire agitándose suavemente. Jacinth no estaba segura de si la gata estaba haciendo una declaración o no. Volvió a la cocina y se encontró a Douglas y Benny limpiando la mesa. Douglas la apartó de su camino.

"Eres la niñera, no el ama de llaves", le dijo con firmeza, haciéndola marchar al salón. "Pon los pies en alto y descansa. Lo vas a necesitar, persiguiendo a esos dos por el centro comercial esta tarde".

Jacinth se dejó caer en el sofá, poniéndose cómoda, y le sonrió. "Bueno, si lo pones así... Aunque, ya sabes Douglas, ha sido un día muy largo para los niños. No he conseguido que se echaran la siesta, con Cat volviendo a casa con nosotros desde el parque. Quizá deberíamos aplazar la visita al centro comercial hasta mañana por la noche, y yo me aseguraré de que duerman la siesta por la tarde".

Douglas suspiró, frotándose la nuca con una mano. "Sigo olvidándolo. Sólo han pasado unos días y ya estoy metiendo la pata".

Su voz contenía frustración. Jacinto alargó la mano para coger la suya, apretándola entre las dos.

"Douglas, escúchate. Sólo han pasado unos días. Y hemos estado viajando la mayor parte de ellos. Sólo hemos estado en casa un día. No estás metiendo la pata en absoluto. No seas tan dura contigo misma. Quieres a los niños y eso se nota. Ahora mismo eso es lo más importante. Lo demás ya llegará".

Su expresión hostigada se aligeró. "Sí, supongo. Yo sólo... quiero hacer lo correcto por ellos,

¿sabes?".

"Lo estáis haciendo bien. Es un ajuste para los tres. Dale tiempo, Douglas".

Le dio un último apretón en la mano y volvió a acomodarse en los cojines, observando sus anchos hombros mientras él desaparecía en la cocina. Molly se acercó y gateó hasta su regazo, y ella abrazó a la niña, acariciándole los rizos dorados, tratando por todos los medios de no pensar en las palabras de despedida de Cat.

CAPÍTULO 8



DOUGLAS SE SECÓ LA FRENTE. Sólo dos horas en el centro comercial. Ojalá tuvieran carritos de la compra en estos sitios. Ya había hecho tres viajes hasta el coche, y tanto él como Jacinth iban cargados de paquetes. Pero por fin habían salido de los últimos grandes almacenes y se dirigían a la salida más cercana. ¡Aleluya!

"¡Mira, señorita Jas!" Benny se había adelantado un poco y tenía la nariz pegada al escaparate de una tienda. "Es igual que lo de tu habitación".

Vio que Jacinth apretaba la nariz contra el escaparate, igual que Benny. Cuando Douglas se acercó, vio que era una tienda de importaciones.

"Así es". Jacinto parecía encantado. "Oh, mira ahí, esa hermosa almohada con todos los abalorios y bordados".

Douglas suspiró. Parecía que no iban a salir del centro comercial tan fácilmente. Capituló cuando tanto Benny como Jacinth dirigieron hacia él idénticas expresiones de súplica.

"Vale, de acuerdo. Pero hagámoslo rápido, ¿vale?".

Los siguió dentro, con Molly acurrucada en un brazo. Tenía sueño, pero estaba lo bastante fascinada por todos los muebles y cachivaches exóticos de la tienda como para mantener los ojos abiertos.

"¡Papá, mira!" rebotó Benny con entusiasmo. "Esto es igual que la tetera que tienes en casa".

Jacynth lanzó una mirada a Douglas, los ojos marrones bailaban con picardía.

"Así es", le dijo a Benny. "Salvo que la de tu padre es de plata auténtica, claro".

"¿Cómo se sabe?" preguntó Benny dubitativo.

Jacynth cogió la tetera de tonos plateados y le dio la vuelta, sosteniéndola para que Benny la inspeccionara.

"¿Ves aquí? No tiene marcas. Normalmente, la plata auténtica lleva un sello para garantizar su autenticidad. Si no hay sello, o no es plata, o es muy, muy antigua, fabricada antes de que se sellara la plata."

"¿Así que a lo mejor esto es muy antiguo?" preguntó Benny con toda la esperanza de un niño de seis años.

La risa de Jacinto era como campanadas de plata.

"No, cariño", dijo ella, alborotando el pelo del niño. "Sólo es un bonito metal".

"¿Pero cómo se sabe?", insistió.

"El precio, normalmente", dijo Jacinth con cierta ironía.

Douglas se opuso.

"No podrías decirlo por lo que pagué... por el mío". Se detuvo justo a tiempo. Había estado a punto de decir: "Lo que pagué por la tuya".

Al darse cuenta de que estaba a punto de resbalar, Jacinto le guiñó un ojo.

"El tuyo era un precio especial".

Benny escuchaba, alerta. "¿El tuyo tiene sello, papá?".

"No. Pero lo compré en una tienda de antigüedades", explicó Douglas. "Con sólo mirarlo te das cuenta de que es muy antiguo".

Benny miró la tetera en manos de Jacinth y frunció el ceño.

"Pues a mí me parece viejo".

Jacinto volvió a colocarlo en la estantería.

"Sí, por eso hay que tener mucho cuidado al comprar antigüedades", le dijo. "Hay todo tipo de formas de hacer que algo parezca mucho más antiguo de lo que es. Así que tienes que asegurarte de que tratas con alguien de confianza".

Douglas se mordió una sonrisa cuando Benny asintió, serio como un juez. Como si, pensó Douglas, el niño de seis años estuviera acostumbrado a discutir a diario sobre los méritos de las antigüedades. Aun así, vio la mirada de reojo que su hijo dirigió primero a la tetera y luego a Jacinth. Sin duda, el niño sospechaba. Era hora de cambiar de tema.

"Te diré una cosa", sugirió. "Crucemos la calle y vayamos al Baskin Robbins".

Ya está. Incluso Molly se despertó del todo, retorciéndose de placer.

"¿Qué es Baskin Robbins?"

Douglas se volvió para mirar fijamente a Jacinth, al igual que Benny y Molly. Ella le devolvió la mirada, parpadeando con clara perplejidad, antes de romper a reír.

"¿Qué he dicho?"

Douglas se aclaró la garganta.

"Baskin Robbins es una heladería".

"¿Nunca has comido un cucurucho de helado?". preguntó Benny asombrado.

Jacinth se animó. "¡Oh, me encantan los cucuruchos de helado! Me comí uno de los primeros que hicieron. Había una gran feria y conocí a un hombre que hablaba la lengua antigua. Estaba allí haciendo pasteles para vender, y los enrollaba..."

Douglas le tapó la boca con la mano, silenciándola. Los ojos oscuros que tenía sobre la mano bailaban con humor.

"Vamos", dijo.

Mientras Benny bailaba delante de ellos, Douglas se inclinó para susurrar al oído de Jacinth.

"¡Esa Feria Mundial fue hace cien años!"

"Uy". La mirada que ella le dirigió fue a la vez de disculpa y divertida, y Douglas negó con la cabeza. Le cogió la mano con la que tenía libre y caminaron juntos hacia la salida del centro comercial siguiendo la estela de Benny.

El aire caliente y húmedo les golpeó como un soplo cuando salieron al exterior. El calor de finales de agosto era opresivo y asfixiante, y todos estaban húmedos de sudor cuando entraron en el agradable frío de la heladería.

"¿Treinta y un sabores de helado?" Jacinth parecía impresionada, y Douglas asintió. La observó mientras miraba, con los ojos redondos, las docenas de recipientes de helado y las fotos de helados y flotadores que había en las paredes de detrás del mostrador.

"¿Qué es esto?", preguntó, deteniéndose ante una sección. Tenía el ceño fruncido por la perplejidad. "¿Tarta de queso? ¿Hacen helado de tarta de queso?"

"No, sólo sabe así", contestó Benny. "Aquí también tienen masa de galletas".

"¿Masa de galletas? ¿De verdad?" Jacinth miró a través del cristal.

"Tiene trocitos de auténtica masa de galleta. ¿Quieres probarlo?" El dependiente adolescente que había detrás del mostrador casi se cae encima en su prisa por ayudarla. Sintiendo invisible, Douglas puso los ojos en blanco. Había hecho otra conquista, sin siquiera mirar al chico.

Jacinth cogió la cucharilla rosa y se la metió en la boca. Fascinado, Douglas observó cómo sus labios se cerraban en torno a la cuchara. Ella cerró los ojos, saboreando el sabor del helado. Quedaba un rastro de humedad en sus labios, y él se acercó, luchando contra el impulso de inclinarse y lamer lo dulce, de acercarse y descubrir la dulzura de sus labios, de su boca.

"Mmmm, qué bueno". Sin darse cuenta, Jacinth devolvió la cucharilla al dependiente y pasó a la siguiente sección, probando el de ron con pasas y al menos una docena más de sabores, mientras el joven se anticipaba a todas sus muestras de interés. Douglas la siguió con la mirada, sintiendo clavado al suelo, consciente de repente de las brillantes luces de la tienda y de la presencia de Benny y Molly. ¡Había estado a punto de besarla aquí mismo, en público, delante de sus hijos!

"¿Papá?" Benny le tiró de la manga. "Papá, ¿me das chispas de chocolate?"

Douglas saludó al dependiente, que dejó a Jacinth con una sonrisa bonachona.

"Perdona. ¿Qué te pongo?"

A unos metros de distancia, Jacinth levantó la vista de la vitrina que había estado mirando con el ceño ligeramente fruncido. "¿Helado con sabor a yogur?"

Desplazando a Molly sobre su brazo, Douglas se puso a su lado. "No. En realidad es yogur congelado, en vez de helado".

Ella le lanzó una mirada de asco. "Los americanos son raros".

Volvió su atención hacia Molly. "Cariño, ¿qué quieres?"

Molly señaló hacia el final de la fila de congeladores. Douglas suspiró, preguntándose si alguna vez iba a hablar. Sin embargo, caminó en la dirección que ella le indicaba, hacia donde los sorbetes se guardaban separados de los helados.

"¿Arco iris?", preguntó.

Molly asintió enérgicamente. Jacinth se alejó tras ellas y miró con curiosidad los colores más vivos de la caja del congelador.

"¿Sher-bay?", leyó la etiqueta de la vitrina.

"Probablemente", convino Douglas. "Pero la mayoría de la gente dice 'sher-bet'. Es parecido al helado, pero hecho con una base de zumo de fruta en vez de nata".

Su rostro se iluminó. "¡Oh, *Shorba*! Ya lo sé. Lo teníamos en mi país incluso cuando yo era niña".

"¿De dónde eres? preguntó con curiosidad el empleado, en cuya etiqueta ponía Brian.

"Persia". Jacinth señaló un sorbete de limón. "¿Puedo probar éste?"

"Sí, claro". Entregando a Molly su cucurucho con una bola de sorbete arco iris, el dependiente se apresuró a darle una muestra a Jacinth. "¿Eres de Irán o qué?"

Jacinth cogió la cuchara.

"Persia", le dijo con voz firme.

"Hace siglos que no existe Persia", afirmó Brian de forma tajante. Douglas supuso que era un estudiante universitario. "No desde que el imperio persa se derrumbó en el año trescientos y pico a. C."

"Hubo un imperio persa en la Edad Media", argumentó Jacinto. "Hasta finales del siglo XII".

"Siglo XIII", corrigió. "Y no eran persas. Eran los turcos selyúcidas".

"Cierto", convino Jacinto. "¿Pero dónde estaba la capital de su imperio?"

"Bagdad", admitió Brian, y Jacinth puso cara de suficiencia. "Pero no se derrumbó hasta bien entrado el siglo XIII".

"Sí, así fue", Jacinto apretó los labios con insistencia mulata. "Se derrumbó en 1209 con el asesinato del Visir Nizam y la muerte del gobernante, Malikshah. El imperio tardó un tiempo en desmoronarse".

Brian parecía dispuesto a discutir, y Jacinth estaba claramente dispuesta a quedarse hasta bien entrada la noche. Divertido, Douglas intervino antes de que ella pudiera anunciar que sabía más, por haber nacido en aquella época. Benny escuchaba ávidamente, con sus ojos brillantes, despiertos y llenos de inteligencia.

"¡Basta ya! Tenemos que ponernos en marcha para llegar a casa y guardar todas estas cosas en algún momento de esta noche. Jacinth, ¿qué helado te apetece?"

Se lo pensó un momento.

"Vainilla".

"¡Vainilla!" Douglas no se lo podía creer. "Después de probar todos estos sabores, ¿quieres vainilla?"

La boca de Jacinto se curvó hacia abajo en un mohín, pero sus ojos eran burlones.

"Me gusta la vainilla".

Douglas puso los ojos en blanco y suspiró. "De acuerdo".

"¿Una cucharada o dos?", preguntó el dependiente.

Jacinto se animó. "¿Puedo tener más de uno?"

"Eh... sí", admitió Brian con recelo. "Hasta tres".

"Es nueva en América". Douglas se apresuró a explicar el extraño desconocimiento de Jacinth.

El joven lo aceptó, lo que a Douglas le pareció un triste indicio de la falta de conocimiento de la actual generación de estadounidenses sobre la vida fuera de su propio país.

"Tomaré dos cucharadas", decidió Jacinth.

"¿Quieres las dos cucharadas de vainilla?"

Se lo pensó, deambulando de nuevo por las cajas. Se detuvo y señaló.

"Tendré esa encima".

Benny soltó un largo "ewwwwwwwwwwwww", y Douglas no sabía si reírse o hacer gestos de asco, como estaba haciendo su hijo a espaldas de Jacinth. ¿"Sorbete de sandía"?

"Es un color bonito", defendió. "Y me gusta la sandía".

"Y tú crees que los americanos son raros", murmuró Douglas.

Jacinth se limitó a reír, aceptando el cucurucho de Brian con una palabra de agradecimiento.

Douglas pidió carretera rocosa para él y pagó el total.

"La próxima vez, prueba un banana split", aconsejó el joven a Jacinth. "Están buenísimos".

¿"Banana split"? Parecía interesada.

Douglas le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia la puerta.

"Ya nos vamos", anunció, innecesariamente. "Puedes comerte un banana split la próxima vez. Despídete".

Le dirigió un guiño y miró por encima del hombro al dependiente mientras Douglas la arrastraba por la puerta.

"¡Adiós!", llamó.

Brian saludó con entusiasmo. "¡Adiós! ¡Vuelve pronto!"

"No si puedo evitarlo", murmuró Douglas.



UNA HORA Y media más tarde, los dos niños estaban en la cama y Douglas y Jacinth seguían organizando los montones de compras esparcidos por el sofá. Mientras Douglas doblaba una pila de ropa para guardarla en la habitación de Molly por la mañana, Jacinth se dirigió a la cocina y abrió el congelador, echando un vistazo al contenido de su interior.

"He pensado hacer el asado de cerdo mañana", dijo. "¿Qué te parece?"

"Me parece bien". Douglas sonaba distante, algo abstraído, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte.

Sacó el asado para descongelarlo y volvió al salón, mirándole interrogante.

"¿Qué se siente?" preguntó Douglas bruscamente. "Ser un genio... ¿vivir tanto tiempo? Quiero decir, ¿qué haces cada día durante novecientos años? ¿No te cansas... bueno... a veces?"

Estaba claro que había pasado algún tiempo pensando en esas preguntas; no surgieron de la nada. No la miraba a ella, sino que estudiaba atentamente el pequeño jersey que acababa de doblar como si contuviera los secretos del universo.

Jacinth se sentó en el sofá a su lado, apartando un montón de bolsas, y juntó las manos, frunciendo el ceño. Nunca antes había tenido que explicar que era una Djinn.

"No es exactamente lo mismo que con los mortales, Douglas. No he vivido exactamente todos los días de novecientos años... no como tú quieres decir. El tiempo es distinto para nosotros que para ti. Del mismo modo que un gato o un perro vivirían un día entero de forma muy distinta a como tú lo mides. Y podemos... doblar el tiempo, supongo que dirías. Por ejemplo, si estuviera muy cansado, podría meterme en mi recipiente y dormir una noche entera, y despertarme y reunirme contigo, y sólo habrían pasado unos minutos en tu tiempo".

Douglas frunció el ceño mientras reflexionaba.

"¿Quieres decir que, cuando entres en tu habitación por la noche, es posible que no duermas?"

"No. Generalmente leo, o veo la televisión, o incluso visito a otros Djinn".

La diversión iluminó los ojos de Douglas.

"¿Vas de tetera en tetera?"

Jacinto se rió.

"No exactamente en el sentido que tú le das", dijo ella. "En primer lugar, nunca me ausentaría de casa, no cuando fuera responsable de los niños, ni siquiera por la noche. Al menos, no sin decírtelo. Pero tenemos otros medios para comunicarnos".

"Casi me da miedo preguntar". Douglas pareció bracear.

"Bueno". Jacinth se relajó contra los cojines del sofá, acomodándose más cómodamente. "El metal de una vasija de Djinn actúa como una especie de conductor, a través del cual podemos oírnos... y vernos... unos a otros".

"¿Quieres decir algo así como una videoconferencia?"

La risa encantada de Jacinto llenó la habitación. Se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes de diversión.

"¡Videoconferencia!" Soltó una risita. "¡Sí, así es! Aunque los Djinn solemos ser muy gregarios, nos gusta reunirnos. Pero a veces no es posible, por una razón u otra. Así que utilizar las vasijas es conveniente".

Douglas se rió. "La Red Genio. Me encanta. ¿Así que todas las naves de los genios son de plata?"

"No, algunas son de latón, otras de cobre. Y algunos casos especiales tienen botellas de

cristal. Por ejemplo, Julian... es el dueño de Whimsies, la tienda de antigüedades donde compraste mi tetera. Hace cientos de años fue hechizado por el Djinn, obligado a utilizar sus poderes mágicos para conceder deseos, como hace un Djinn, hasta que el año pasado fue liberado por Alessandra, que ahora es su esposa, y reanudó una vida mortal. Su recipiente era una botella de vidrio soplado".

Douglas parecía horrorizado. "Eso no ocurre a menudo, ¿verdad? Quiero decir... ¿los Djinn no van por ahí agarrando a la gente y aprisionándola?"

"No, no". Jacinth le cogió la mano y se la estrechó cálidamente, con una sonrisa tranquilizadora. "No tenemos el poder... ni el derecho... de hacerlo. Nuestra ley más importante es no interferir en la existencia humana, con la única excepción de la concesión de deseos. No, me temo que el encarcelamiento fue algo que Julian se buscó. Era un mago poderoso, pero impaciente, no dispuesto a esperar a que la edad y la experiencia perfeccionaran su talento natural. Así que lanzó un hechizo para obtener poder y habilidad ilimitados. Admito que tenía buenas razones y la mejor de las intenciones, pero fue un poco descuidado en la redacción debido a cierta arrogancia y creencia en su propia infalibilidad, y el hechizo le salió por la culata, como tú dirías".

"Un mago". Volvieron a asaltarle imágenes de hombres lobo y vampiros, y las ahuyentó con firmeza. "Uh.... mago es algo así como, ¿un mago? Supongo que no te refieres al tipo de David Copperfield".

Una comisura de los labios de Jacinto se curvó hacia arriba en una sonrisa ligeramente culpable.

"Me temo que no", dijo ella, muy solemne. "También es un mago muy poderoso, lo que explicaba la fuerza de su hechizo. Teníamos que vigilarle, por supuesto, ya que temporalmente era uno de los nuestros, y tratar de guiarle en la dirección que le condujera a la resolución del hechizo. Yo era uno de los asignados para vigilarle. No fue una tarea fácil. Un hombre testarudo, Julian, y orgulloso incluso a pesar de todo".

En silencio, Douglas prometió volver pronto a aquella tienda de antigüedades. Un hombre... otro humano... que supiera sobre los djinn, alguien con quien pudiera hablar, hacer preguntas... sí, definitivamente iba a tener que reunirse pronto con Julian.

Douglas fue consciente de la mano de Jacinth, que seguía metida entre las suyas. Su piel era suave y perfumada, con el aroma del jazmín flotando a su alrededor. Conocía ese aroma; cuando era niño, su madre solía destilar sus propios aceites florales, y el jazmín había sido uno de sus favoritos.

La estudió, mientras ella miraba pensativa por la ventana delantera. Sentía calor en las entrañas, una tensión que conocía bien. ¿Cuánto hacía que no deseaba a una mujer? No desde su divorcio, eso estaba claro, y había perdido cualquier sentimiento que sintiera por Lilian mucho antes de que se separaran. Pero esta mujer... Jacinth... se le había metido en la piel. Recordó el beso que habían compartido hacía sólo unos días, junto al carrusel. No necesitó mucha imaginación para imaginársela ahora entre sus brazos, con sus labios suaves y carnosos cediendo suavemente mientras él la besaba hasta que la mirada soñolienta y adormilada de sus ojos castaños se transformó en pasión despierta.

Felizmente ajena a sus pensamientos, Jacinth le soltó la mano y se levantó, recogiendo las bolsas vacías. Echó una mirada crítica a la habitación.

"Vamos a tener que hacer algo más de limpieza antes de que vengan tus padres", decidió. "¿De cuánto tiempo crees que disponemos? Puedo pasar la aspiradora y quitar el polvo mañana, pero lo que realmente necesita toda la casa es que la pongan patas arriba".

Douglas se frotó la nariz, suspirando. "Lo sé", admitió. "Llamaré mañana por la mañana a ver si puedo conseguir a alguien de urgencia por la tarde, pero es poco probable que pueda conseguir a alguien con poco tiempo de aviso. Pero mamá y papá son un poco... relajados". ¡No me digas! "Es probable que no les importe un poco de polvo".

Jacinto parecía poco convencido, pero asintió.

"Haré lo que pueda. De todas formas, he pensado que mañana pasaremos el día en casa, pues los niños necesitan instalarse y empezar a adoptar una rutina."

Aunque la idea de tener su casa limpia le resultaba muy atractiva, lo último que Douglas quería era que Jacinth sintiera que tenía que hacerlo ella misma.

"Deja que yo me preocupe de la casa", le dijo con firmeza. "Los niños son lo más importante, y es un inmenso alivio saber que estás a cargo de ellos. Yo puedo ocuparme de todo lo demás".

Jacinto pareció considerarlo.

"¿Y si me encargo yo de hacer la cena todas las noches?", replicó ella. "Sería duro para ti llegar a casa del trabajo e inmediatamente tener que ponerte a preparar la cena. Si me encargo yo, podremos sentarnos a comer cuando llegues a casa. Y tú y los niños podéis encargáros de limpiar después".

"Trato hecho". Lo cerró. "Me haré cargo los fines de semana. Y traeré un equipo de limpieza en cuanto pueda, para que pongan la casa patas arriba, como tú has dicho tan gráficamente. Una vez hecho eso, haré que venga una asistenta una o dos veces por semana para evitar que las cosas se desintegren."

La sonrisa de Jacinto parecía iluminar toda la habitación.

"¡Vale, entonces tenemos un plan! ¿Y tus padres?"

Douglas reflexionó sobre ello. "Supongo que llegarán en algún momento del sábado. Al menos deberíamos contar con ellos para la cena, si no antes".

Jacinth reflexionó sobre ello, con sus bonitos labios apretados pensativamente.

"Creo que volveré a hacer espaguetis. Así se conservarán si llegan tarde, y son fáciles de recalentar. ¿Podrías pasarte mañana por la tienda cuando vuelvas del trabajo, Douglas? Tenemos casi de todo, pero necesitaré más dientes de ajo, y el aceite de oliva también le iría mejor. Ah, y una barra de pan francés".

"Ajo, aceite de oliva, pan francés. Entendido. Puedes llamarme con cualquier otra cosa que se te ocurra durante el día".

Jacinth sacó el móvil que había cogido para ella al volver del trabajo y lo estudió atentamente. "Nunca había tenido uno de éstos".

"Toma".

Se lo cogió programando su número y el de la clínica veterinaria. "Sólo tienes que buscar el nombre que quieras en la lista de contactos y pulsar el icono de teléfono verde que hay junto al nombre. Si quieres enviar un mensaje de texto, pulsa este icono con aspecto de tarjeta de notas".

Echó un vistazo al teléfono. "Parece bastante fácil".

Cogiéndoselo, pulsó su nombre y luego el icono del teléfono, y se rió alegremente cuando el teléfono sonó de inmediato.

"¡Me gusta!"

"Ya sabes", reflexionó Douglas. "Mañana sólo tengo que hacer unas cuantas llamadas por trabajo, debería estar en casa a primera hora de la tarde. ¿Por qué no haces una lista de cualquier otra cosa que creas que necesitamos del supermercado? Luego me llevaré a los niños conmigo, para quitártelos de encima un rato".

"Está bien, aunque no me molestan, Douglas. Son unos niños encantadores y me encanta

estar con ellos".

"Eso lo dices ahora", dijo, ligeramente apenado. "Sólo llevamos dos días en casa".

Los ojos marrones de Jacinto brillaban de diversión.

"¡Y ya han pasado tantas cosas!"

"No me lo recuerdes", dijo Douglas, poniendo los ojos en blanco. "Entre el espeluznante viaje al centro comercial, la visita de un gato que cambia de forma y un genio de novecientos años que se pasea por Baskin Robbins, ¡creo que ya me están saliendo canas!

"Y piensa", dijo Jacinth alegremente, con los ojos brillándole divertidos. "Pasado mañana vendrán tus padres para aumentar la diversión".

Douglas se limitó a gemir.

CAPÍTULO 9



LA CARAVANA MÁS grande que Jacinth había visto nunca se metió por la acera y se detuvo delante de la casa. Los padres de Douglas, ¡ya! ¿Cómo habían podido llegar tan rápido? Sólo era domingo; debían de haber conducido directamente desde Florida sin detenerse. Dejó apresuradamente la sartén que había estado enjuagando y se secó las manos. Douglas había cogido a los niños y se había dirigido al supermercado, perdiendo a sus padres por apenas cinco minutos.

Sentía curiosidad por saber cómo eran. Douglas se había negado a hablarle de ellos, limitándose a reír y a negar con la cabeza cuando ella le había preguntado. Sin embargo, no parecía demasiado preocupado, así que no podía preocuparle demasiado lo que pensarán de ella. Llena de curiosidad, se dirigió a la puerta principal, abriéndola justo cuando llegaron al porche.

No pudo evitar que se le cayera la mandíbula. Sabía que estaba mirando fijamente, pero no pudo evitarlo. De pie en el porche, sonriéndole, había dos... bueno... niños de las flores. Envejecidos, sí, pero niños de las flores al fin y al cabo.

Desde el pelo largo y los collares de margaritas hasta las sandalias en los pies, eran hippies. Jacinth ahogó una carcajada cuando la madre de Douglas se adelantó, tendiéndole la mano.

"¿Tú debes de ser la niñera? Dios mío, eres joven". Sonrió, con sus ojos castaños bailando alegremente. "Douglas no te ha hablado de nosotros, ¿verdad? El chico travieso nunca lo hace. Lamentará no haber estado aquí para ver tu reacción".

Jacinto se rió y le estrechó la mano, dando un paso atrás para que entraran.

"No, ha ido a la tienda con los niños. Volverán dentro de un rato".

El padre de Douglas también le ofreció la mano. "Soy Blue", le dijo, con los ojos -que sí eran azules- brillantes de tanta picardía como su mujer. "Y ésta es Skye".

Blue y Skye. Jacinth tuvo que reírse de nuevo.

"Soy Jacinto. Pasad y poneos cómodos. ¿Queréis té o café?"

"¡Jacinth!" Skye se dejó caer en el sofá, quitándose las sandalias. "Qué nombre tan bonito. ¿Qué significa?"

"Es una palabra antigua para designar una flor", explicó Jacinto. "Lo que ahora llamáis jacinto".

La madre de Douglas pareció recuperar un poco la sobriedad e intercambió una mirada inescrutable con Azul.

"Entonces". Skye palmeó el sofá junto a ella. "Ven a contárnoslo todo sobre ti".

Uy. Esto iba a ser complicado. Se puso cómoda y hubo un breve silencio mientras todos se

observaban. Douglas tenía la complexión y la coloración de Blue, pero la nariz fuerte y los pómulos altos los había heredado de su madre, que debía de ser al menos en parte nativa americana. Tenía el pelo negro como el ala de un gallo, excepto por un mechón plateado en un lado, y le colgaba recto como una flecha hasta la cintura, tan largo como el de Jacinto. No había canas en los largos mechones de Azul, que estaban decolorados por el sol hasta un tono más claro que el pelo color caramelo de Douglas.

Skye y Blue la miraron expectantes.

"Bueno, como sabes, me gustan los niños", empezó, sintiéndose más incómoda de lo que se había sentido desde que era una adolescente desgarbada. Tenía que recordar que tampoco parecía mucho mayor que una adolescente. "Aún no tengo mucha experiencia como niñera, claro, pero soy muy responsable".

Skye le dio unas palmaditas en el brazo. "Claro que sí. Douglas no contrataría a alguien que no fuera responsable para vigilar a Ben y Molly. No queremos un currículum, querida. Queremos saber de ti... de tu familia, de dónde eres...".

"Tu posición política", dijo Blue, y luego "pufó" cuando su mujer le pinchó en las costillas.

Oh, vaya. pensó Jacinth rápidamente, y decidió optar por la verdad muy editada y cambiar de tema lo antes posible. Esperaba que Douglas llegara pronto a casa.

"Soy hija única. Mi padre murió cuando yo era joven, pero estoy muy unida a mi madre". Hablando de quién, ¿por qué Zahra no había ido a verla todavía? Era raro pasar una semana entera sin saber nada de su madre.

"En cuanto a posiciones políticas", guiñó un ojo a Azul. "Estoy cien por cien a favor de la paz mundial".

"Buena chica", le dijo con una amplia sonrisa. "Pensaba que parecías una chica lista".

¿Chico? Jacinto ahogó una carcajada.

"¿Cómo están los niños?" Skye hizo la pregunta despreocupadamente, pero Jacinto pudo oír la preocupación subyacente.

"Están bien. De verdad. No han sufrido malos tratos, ni han pasado hambre ni nada. Aunque, por lo que dice Benny, han tenido pizza para toda la vida. Pero estaban desatendidos, sobre todo emocionalmente".

¿Les había hablado Douglas de Molly? Se devanó los sesos intentando recordar si lo había mencionado. Prefería que fuera él quien se lo explicara, pero tenían que decírselo antes de que volviera con los niños.

"Debo advertirte de que Molly no habla. No ha dicho ni una palabra desde que la asistente social la recogió en California". Levantó una mano para evitar sus exclamaciones de sorpresa. "No sabemos por qué, y no parece traumatizada. Benny no nos ha contado mucho de lo que pasó cuando estaban con su madre, salvo que comieron mucha pizza. No nos ha gustado presionarle todavía, ya que sólo llevan en casa un par de días. Queríamos darle a Molly un poco de tiempo para que se adaptara. Esperamos que encuentre su voz por sí misma".

Todos miraron a su alrededor al oír el ruido de las puertas del coche, y Jacinth miró a su alrededor, ansiosa por ver las caras de los niños cuando vieran a sus abuelos.

Benny fue el primero en cruzar la puerta, por supuesto. Puede que sólo tuviera cuatro años la última vez que los vio, pero no le costaba recordar quiénes eran la pareja mayor que estaba en el sofá del salón.

"¡Abuelo! Abuelo!" Se lanzó hacia ellos, los abrazó con entusiasmo y se subió al regazo de Blue.

Molly vaciló en la puerta, y Jacinto tendió una mano a la niña.

"No pasa nada, Molly", la engatusó. "¿No recuerdas a tu abuela y a tu abuelo?".

Molly no estaba segura de hacerlo, y se quedó atrás, con sus enormes ojos azul aciano. Sólo entró en la habitación cuando Douglas, cargado de bolsas, la empujó suavemente para que entrara. Jacinth se levantó y fue a cogerle las bolsas.

"Quédate", susurró ella. "Yo me encargaré de sacar el resto del coche y de guardarlos".

Le lanzó una mirada agradecida, claramente ansioso por ver a sus padres. Cogió a Molly en brazos.

"Tengo unas infusiones en el armario que guardo para cuando vienen de visita", le dijo. "¿Te importaría...?"

"No, claro que no. Entra tú".

Con un gesto de la cabeza se volvió hacia el salón, y Jacinth se retiró a la cocina. Le gustaban los padres de Douglas, pensó, mientras cogía el resto de la comida y metía los productos perecederos en la nevera. Se encontró riendo en voz baja y se cernió ansiosa sobre la tetera, deseando que se diera prisa en hervir para poder volver al salón.

Cuando terminó el té, encontró a Molly acurrucada en el regazo de Skye, jugando con una hebra del collar de margaritas que se había hecho un hueco en su regordete cuello. Benny, por supuesto, no paraba de hablar mientras Douglas, sentado frente a sus padres en un sillón, con las largas piernas estiradas ante él, observaba la escena en silencio. Una sonrisa rondaba las comisuras de sus labios, y no cabía duda de su felicidad. Levantó la vista cuando ella entró y se puso en pie de un salto.

"Lo siento, debería haber venido a ayudar a llevar esto dentro", se disculpó, cogiéndole la bandeja.

"No es ninguna molestia", le dijo. Le pasó una taza a Azul, que se inclinó hacia delante para oler el vapor con aprecio.

"Manzanilla", dijo, dando un sorbo cauteloso a la infusión caliente y suspirando de placer. "Mi favorita".

Skye sorbió la suya con igual placer, sonriendo a Jacinth.

"Douglas me ha dicho que tú también preparas un tipo de té interesante".

Jacinth se acomodó en el escabel de Douglas y asintió.

"Es muy sencillo, lo que hacemos en Persia. Toma un té indio negro, fuerte y básico... lleno de cafeína", añadió con picardía, y fue recompensada por la risa cantarina de Skye. "Luego machácale clavo y nuez moscada, quizá un poco de pimienta de Jamaica, y añade azúcar o miel".

"Clavo y nuez moscada". Azul frunció los labios y miró a lo lejos, sumido en sus pensamientos.

"Mamá y papá tienen una tienda de té", explicó Douglas. "Bueno... una combinación de tienda de té, librería y tienda de artesanía".

"¿En serio?" Jacinth miró con renovado interés a la madre de Douglas.

"Es más acolchado y bordado que manualidades en general". Los ojos oscuros de Skye se iluminaron de entusiasmo. "Tenemos mesas para que la gente venga a trabajar en sus proyectos, e impartimos clases de acolchado y punto de cruz, ese tipo de cosas. En la librería tenemos novelas de misterio y románticas, y en el centro, entre los libros y las manualidades, está la tetería. Tenemos un amplio surtido de tés, además de algunos pasteles, cruasanes, ese tipo de cosas".

"¡Qué divertido!" Sonaba fascinante, y Blue y Skye estaban claramente orgullosas de su empresa. "¿Cómo lo llamáis?"

Una mirada traviesa cruzó el rostro de Skye. "Cozies".

Jacinto no pudo evitar reírse. "¡Oh, es perfecto!"

Echó un vistazo al reloj y se puso en pie.

"Tengo que empezar a preparar la cena", se disculpó.

"Oh, déjame venir a ayudar. Con dos iremos rápido y podremos charlar". Skye levantó a Molly de su regazo, besó la mejilla regordeta mientras dejaba a la niña en el sofá. "¿Te importa, cariño?"

Molly sacudió la cabeza rizada con solemnidad, luego alargó la mano y agarró la de su abuela. Jacinth se rió.

"Parece una noche de chicas en la cocina. Vale, vamos".

Skye se ofreció voluntaria para pelar las patatas, así que Jacinth le buscó un pelapatatas y se dispuso a sazonar el asado. Tras meterlo en el horno, empezó a preparar una ensalada. Trabajaron en un agradable silencio, pues Molly había decidido que todo era demasiado aburrido para su gusto y se había ido a donde Benny estaba enseñando su dormitorio a Blue.

Al cabo de un rato, Jacinth notó que Skye la miraba de reojo.

"Entonces". El ligero soprano de Skye era cuidadosamente casual. "¿Douglas y tú tenéis una... relación?"

Jacinth se atragantó y estuvo a punto de cortarse el dedo junto con el apio que había estado cortando.

"¡No!", negó ella rápidamente. "No, sólo estoy aquí para cuidar de Benny y Molly. No hay nada entre Douglas y yo".

"Bueno, no me importaría que lo hubiera", fue la franca respuesta de Skye. "Veo que eres buena para él, y es evidente que los niños te adoran".

A Jacinth le costaba respirar por el extraño dolor que sentía en el pecho.

"Lo sé. Yo también los quiero. A los niños, quiero decir".

"No Douglas, por supuesto". Los ojos de su madre brillaron divertidos.

"No, no puedo... eso es..." Jacinth se detuvo y volvió a empezar. "Sólo estoy aquí temporalmente, hasta que pueda encontrar una niñera permanente".

"¿Temporalmente?" Una rápida consternación cruzó el rostro de la mujer mayor. "¿No te vas a quedar?"

"Tengo... otros compromisos. Aunque quisiera quedarme... ¡no es que no quiera!", se apresuró a asegurar a Skye. "Pero no puedo quedarme".

Se sintió agradecida cuando Skye cambió de tema y escuchó con interés cómo Skye y Blue habían llegado a abrir su tienda de té-libros-cuadros. Terminada la ensalada, la metió en la nevera para que se enfriara, mientras Skye ponía las patatas a hervir.

Un grito distintivo flotó a través de la ventana abierta de la cocina, y Jacinth miró por ella para ver a Cat dar un grácil salto hacia la valla blanca decorativa que había junto al paseo delantero. A su lado, Skye respiró con rapidez.

"¡Vaya! Qué criatura tan hermosa!"

Jacinth se secó las manos en una toalla y fue a abrir la puerta principal.

"Vive en algún lugar del barrio", explicó. "Los niños se hicieron amigos de ella en el parque, y viene de vez en cuando... normalmente a la hora de cenar".

Muy gracioso, Djinn.

Jacinth se permitió una sonrisa silenciosa ante la gata, y la siguió hasta la cocina, donde la metamorfa se frotó alrededor de los tobillos de Skye y ronroneó. Skye se arrodilló para acariciar el grueso pelaje y miró a Jacinth.

"¡Es un pelaje precioso, tan largo y pesado! ¿Qué clase de gato es, lo sabes?"

"Douglas dijo que es una Maine Coon", le dijo Jacinth, y a Skye le brillaron los ojos.

"Maine Coon", murmuró pensativa. "Nunca había oído hablar de ellos".

Skye se levantó y recogió con cuidado los trozos de pelo largo que se le pegaban a los dedos. No pareció importarle el pelo de gato, pero fue al salón y volvió con su bolso, que era más bien un gran portatodo. Tras rebuscar en el contenido, mostró triunfalmente un cepillo para gatos y una bolsita.

"¿Crees que me dejará cepillarla?"

¿Llevaba un cepillo para gatos en el bolso? Jacinth parpadeó. "No veo por qué no".

Cat parecía apreciarlo, se inclinaba hacia el cepillo y se revolcaba para que le hicieran la barriguita. De vez en cuando, Skye limpiaba los pelos del cepillo y los metía en la bolsita.

"Oh, qué buen gatito eres", canturreaba Skye. "Ahora date la vuelta y deja que te coja por el otro lado".

Le dio un codazo con la mano a Gato, que se dio la vuelta.

"Tiene un pelaje precioso", se entusiasmó Skye, metiendo un poco más de pelo en la bolsa de plástico. "Hilo yo misma, ¿sabes? Será un hilo precioso para tejer algo calentito... una bufanda y un gorro, o incluso un jersey si averiguamos dónde vive y sus dueños me guardan la piel cuando la acicalen".

¿Un jersey? Gato se incorporó con un bufido, con el aspecto más disgustado que le permitían sus facciones. Que era bastante disgustado. Jacinth ahogó una risita.

"Veré lo que puedo hacer", le dijo a Skye, manteniendo la cara seria mientras Cat se alejaba, con una dignidad indignada a cada paso.

Jacinth le contó esta historia a Douglas después de cenar. Estaban sentados en el columpio del porche, Blue se había ofrecido voluntaria para fregar los platos mientras Skye bañaba a los niños.

Douglas se rió a carcajadas.

"Será mejor que avises a Gato para que no se entrometa. Mamá es muy decidida cuando se trata de reunir material para sus hilaturas".

"Ya lo he visto". Toda la situación le hacía gracia. "Será interesante ver quién gana al final".

Dentro oyeron el "clunk" al encender el lavavajillas, y un momento después se les unió Azul, que se dejó caer en una de las tumbonas con un suspiro.

"Ha sido una cena fantástica", le dijo a Jacinto.

"¿Cansado de brotes?" preguntó Douglas con una sonrisa malévola.

"Siempre fuiste un niño bocazas", refunfuñó su padre, y luego sonrió a Jacinto.

"Entonces, ¿te trata bien? ¿Horas sindicales, horas extras, ese tipo de cosas? ¿Vacaciones?"

Lanzó una mirada burlona a Douglas. "Bueno, me llevó a Disneylandia con los niños el fin de semana pasado, ¿eso cuenta?"

Azul fingió considerarlo, y luego admitió que Disneylandia sí que contaba. Inspiró profundamente.

"Huele a flores. Fresco. Más agradable que Florida, todo tiene siempre ese sabor a pescado. Menos mal que contraste a los niños ahora, y no en pleno invierno con nieve por todas partes".

"Me alegro de haberlos encontrado", suspiró Douglas. "Dos años es mucho tiempo. Parecía una eternidad".

"Al menos ahora los tienes". Azul clavó en Jacinto una mirada penetrante. "No es probable que entregues a los niños a Lilian si aparece, como aquella última niñera, ¿verdad?"

Jacinth le miró fijamente, pero fue Douglas quien respondió.

"Papá, eso no es justo. Nadie sabía lo que iba a hacer Lilian. Aunque Annie hubiera llamado

y me hubiera preguntado si estaba bien que los niños se fueran con su madre ese día, yo habría dicho que sí. No había motivo para pensar que iba a desaparecer con ellos".

"Pero ahora ya lo sabemos", intervino Jacinto. "Y no hay ninguna posibilidad de que deje que se los quede".

Skye bajó por el pasillo para reunirse con ellos.

"Molly está en la cama y Benny está leyendo uno de sus libros", dijo ella, hundiéndose junto a su marido. "Jacinth, Benny me ha dicho que le has enseñado a leer".

"No lo sé", Jacinth arrugó la nariz, pensándose. "Empecé a leer a los dos niños cuando íbamos en el coche cruzando el país y siempre que teníamos un rato de tranquilidad, y Benny pareció asimilarlo bastante rápido. Ha pasado menos de una semana, así que imagino que alguien estuvo trabajando con él en la lectura mientras estaba con su madre."

"Debió de ser una niñera, porque Dios sabe que no fue Lilian", comentó Douglas con amargura.

"Bueno, si tienes más problemas con ella, llámanos y vendremos a ahuyentarla", le guiñó Blue a Jacinth, y Skye se rió.

"Tu padre está pasando por su segunda niñez", dijo Skye a Douglas con ironía. "Le detuvieron en San Francisco".

Blue se reclinó en su silla con un suspiro de inmensa satisfacción. "Manifestaciones contra la guerra. Haz el amor, no la guerra. Multitudes de manifestantes pacíficos y policía antidisturbios armada. Cientos de detenciones. Como en los años sesenta con Baez y Dylan".

Parecía muy satisfecho de sí mismo.

"Esta vez sin drogas, espero", añadió Douglas.

Su padre resopló. "No hemos hecho eso desde antes de que nacieras, hijo. Además, entonces sólo experimentábamos".

"La única vez *que* experimenté, mamá me curtió la piel", dijo Douglas a Jacinth.

"Y con razón". Skye cogió la mano de su marido y ambos intercambiaron una larga mirada. "Me quedé embarazada, allá por los años sesenta, en el ambiente de Haight-Ashbury. Lo habíamos intentado casi todo y no le dimos importancia. Nadie lo hacía entonces. Pero mi niña... cuando nació, era lo que hoy en día llamarían una niña drogadicta. No vivió más que unos días".

Azul le estrechó la mano con firmeza, reconfortante. Jacinto podía sentir su dolor, incluso después de tantos años.

"Lo siento", dijo ella.

Las palabras parecían inadecuadas, pero Skye le sonrió, con los ojos ligeramente llorosos. "La llamamos Jacinto".

"¡Mamá, nunca me dijiste que habías tenido un bebé antes que yo!". Douglas parecía atónito.

"No es algo de lo que estuviéramos orgullosos", dijo Blue. "Pero nos hizo recuperar la sobriedad y limpiarnos bastante rápido. Estábamos en nuestra fase responsable cuando te tuvimos un año después".

"¿Responsable? Papá, vivías en una comuna".

"Una comuna no tiene nada de malo", defendió Skye. "Aire limpio, buena comida sana, mucha gente trabajando junta en armonía con la tierra. Y *fuimos* responsables. Te pusimos 'Douglas', ¿no?".

Resopló. "Eso no te impidió llamarme 'Paseos con ardillas' los primeros siete años de mi vida".

"¿Paseos con ardillas?" La burbuja de risa que brotaba de la garganta de Jacinto amenazaba con ahogarla. Esta gente era cada vez mejor.

"Y no creo que nadie llame al tráfico de armas, comportamiento responsable", dijo Douglas a su madre con severidad. Se volvió hacia Jacinth. "Pasó de contrabando armas y munición bajo su incipiente barriga de embarazada... ésa era yo... a los nativos americanos atrincherados en una iglesia de la reserva de Wounded Knee".

"¡Ja!" Los ojos de Skye brillaron con una recordada satisfacción. "También delante de las narices del FBI y de los GOON".

"GONTONES". Blue escupió en los arbustos de lilas que crecían junto al porche. "Guardianes de la Nación Oglala", dijo amargamente. "Matones y asesinos sancionados, eso es lo que eran".

"Eres en parte nativa americana, ¿verdad?". preguntó Jacinth a Skye, que asintió.

"La mitad. Mi madre era Lakota Sioux. Cuando nos enteramos de lo que estaba ocurriendo en la reserva, metimos todo en nuestro autobús VW y fuimos a ayudar".

"¿Qué ha pasado?"

"¡Tiempo!" Douglas levantó ambas manos en un gesto de rendición. "No entremos ahora en la política de los nativos americanos, ¿vale? No queremos que mamá se ponga furiosa".

Skye fingió hacer un mohín. "No lo haré".

"Siempre lo haces", le dijo Blue. "Yo voto con Douglas. Además, quiero saber más sobre lo que ha pasado con nuestros nietos".

Douglas exhaló bruscamente, pasándose los dedos por el pelo, frustrado.

"No hay mucho que contar, porque no sabemos nada, salvo que Lilian se mudó por todo el país con la esperanza de que yo no la alcanzara... y eso ya lo sabíamos. Jacinth y yo lo hablamos, y decidimos dar a los niños algo de tiempo para que se adaptaran a estar de vuelta. Pensamos que sería mejor esperar un poco antes de presionar a Benny para que nos diera información; aunque si Molly no empieza a hablar en unos días, tendremos que sentarle y preguntarle qué ha pasado. Y llegados a ese punto, quizá tenga que ver algún tipo de terapia".

Jacinth asintió, apoyando su decisión. "Sinceramente, creo que Molly entrará en razón por sí sola, cuando se sienta segura. Sólo llevan unos días en casa".

"Además", dijo Douglas con una sonrisa, "Benny habla lo suficiente por los dos".

Skye se rió alegremente. "Es verdad. Y te adoran, Jacinth. Fue 'señorita Jas' esto y 'señorita Jas' aquello, toda la noche".

El calor llenó su pecho, filtrándose por sus venas.

"Yo también los quiero", dijo ella. "Son unos niños encantadores".

Se dio cuenta de que Blue y Skye intercambiaban miradas rápidas y esperanzadas. A Douglas tampoco le pasó desapercibido.

"Nada de eso", dijo a sus padres con voz severa.

"¿Nada de qué?" Skye consiguió parecer la viva imagen de la inocencia.

"Casamentera", dijo Jacinth, imitando el ceño fruncido de Douglas. "Sólo estoy aquí para vigilar a los niños por Douglas, como ya te he dicho".

Douglas se dio cuenta. ¿"Como le dijiste"? ¡Mamá! ¿No llevas aquí ni dos horas y ya la has estado interrogando?"

"¡No la estaba interrogando!" dijo Skye indignada. "Sólo preguntaba, cuando estábamos preparando la cena".

Douglas puso los ojos en blanco.

"Lo siento", le dijo a Jacinto.

"Ahórratelo", aconsejó ella, sacudiendo la cabeza. "Espera a conocer a *mi* madre".

"¿Tu madre?" exclamó Douglas, sorprendido hasta olvidar que tenían oyentes. "¿Vendrá

aquí?"

"Um-hmm". Sin embargo, esperemos que no hasta que los padres de Douglas se fueran. Los tres juntos... ¡eso sí que daba miedo!

"¿Por qué no va a venir la madre de Jacinto?", preguntó Azul, al mismo tiempo que Skye decía: "¿Vendrá pronto? ¿Podremos conocerla?"

"No", se apresuró a decirles Jacinto, ocultando su risa ante la idea. "En realidad no sé cuándo nos visitará. Es un poco... impredecible".

"¿Imprevisible?"

A su lado, prácticamente podía sentir el interés de Douglas. Quizá debería haber utilizado otra palabra. Bueno, eso le daría algo en lo que pensar además de la creciente atracción entre ellos. Dios sabía que a ella ya le costaba bastante.

Es hora de cambiar de tema.

"¿Cómo habéis llegado tan rápido?", preguntó a sus padres. "No te esperábamos hasta mañana".

"Me moría de ganas de ver al pequeño Ben y a Molly", respondió Azul, con la voz ronca por la emoción. "Han pasado dos años. Hicimos turnos, así que pudimos pasar casi directamente".

"Paramos un par de veces en un área de descanso para echar una cabezadita", aseguró Skye a Douglas, que parecía ansioso.

Azul coincidió. "¡No somos tan viejos, hijo, así que no empieces a pensar que no somos capaces de conducir de noche de vez en cuando!".

"Además, tenemos que irnos antes del martes", explicó Skye. "Tengo a alguien que nos cubrirá la tienda durante un par de días, pero doy una clase de adivinación con Tarot los miércoles por la tarde, y tengo que estar de vuelta para entonces".

Douglas, que acababa de dar un sorbo a su limonada, se atragantó y se levantó balbuceando. "¡Tarot!"

Jacinth le dio un golpe en la espalda mientras tosía.

"Gracias", consiguió resollar. "Caray, mamá, dale a un tío un poco de caña".

Jacinth decidió sabiamente que no era el momento de sacar su propia baraja y entablar con Skye una conversación sobre el Tarot y comparar los méritos de sus respectivas barajas. Se puso en pie, sonriendo a todos en general y a nadie en particular.

"¿Te apetece más limonada?", preguntó alegremente.

Cuando volvió con una jarra rebosante, la conversación había girado en torno a los planes para el día siguiente.

"No tenemos por qué hacer nada en particular", les dijo Blue. "Sólo queríamos llegar y ver a nuestros nietos. Y no sientas que tienes que entretenernos, Douglas. Estaremos bien, pasando el rato y jugando con Ben y Molly".

"¿Es probable que vuelva ese gato encantador?". Skye parecía esperanzada, y Douglas gimió.

"Lo hará si sabe que vamos a cenar espaguetis", murmuró en el oído de Jacinth. Ella reprimió una risita.

"En realidad -se dirigió a Skye-, vimos a Cat por primera vez en el parque que hay al final de la calle. Tienen una enorme zona de juegos para niños y una piscina infantil, un estanque con patos, bancos de picnic, ese tipo de cosas. ¿Por qué no llevamos allí a Benny y Molly? Sólo hemos estado una vez, pero los niños se lo pasaron de maravilla. Sé que les encantará volver, y puede que te encuentres con Cat mientras estés allí".

"Me parece perfecto", le aseguró Skye.

Azul se levantó de la silla y se estiró, bostezando.

"Estoy lista para acostarme. Ha sido un viaje largo, y si mañana vamos a estar persiguiendo a Ben y Molly por el parque todo el día, necesito dormir bien".

Skye optó por dar también las buenas noches, y los dos se encaminaron por el oscuro patio hacia su autocaravana. Una luz brilló brevemente en el interior, y luego se apagó.

CAPÍTULO 10



DE NUEVO A SOLAS CON DOUGLAS, Jacinth empujó el suelo con un pie para poner en movimiento el columpio del porche. Inspiró profundamente, saboreando los aromas nocturnos y la tranquilidad. El barrio era tranquilo; la mayoría eran casas de una sola planta situadas en grandes terrenos. Bastantes tenían prados para caballos, y la valla blanca contrastaba perfectamente con el ladrillo de las casas. Douglas también tenía espacio suficiente para caballos en su propiedad si lo deseaba, incluso con la gran piscina que había visto en su patio trasero. Aún no había salido la luna, pero la oscuridad se veía interrumpida aquí y allá por el alegre destello de los relámpagos.

Douglas debió de darse cuenta de que los observaba.

"Nunca los tuvimos cuando yo era pequeño", dijo. "Ni en la comuna de California, ni en el rez de las Dakotas. Sin embargo, mis abuelos por parte de papá vivían en San Luis, y a veces iba a pasar una o dos semanas en verano con ellos. Solía cazarlas y meterlas en tarros, con la esperanza de tener mi propia luz nocturna personal, ¿sabes? Pero no vivían".

Jacinto se rió, recordando su propia infancia. "Teníamos luciérnagas. Recuerdo que yo también intentaba atraparlas, ¡parecían tan mágicas! Pero siempre había tantas. Nunca había visto tantas luciérnagas desde que era mayor, y a menudo me he preguntado si Madre llamaba a más a la zona, sólo para que yo las disfrutara."

Las oscuras cejas de Douglas se alzaron interrogantes.

"¿Pueden hacer eso los Djinn?"

Jacinto asintió. "Tenemos una afinidad básica con la vida salvaje que nos permite cierta comunicación... para atraer o repeler, en el nivel más básico, como con las luciérnagas. Odio los mosquitos en absoluto, por ejemplo, así que no encontrarás ninguno por aquí mientras yo esté. No me molestan las arañas, dentro de lo razonable. Al menos, no me gustan dentro de casa, pero si por la mañana encuentras telarañas en los arbustos, brillantes por el rocío, no te sorprendas".

"Siempre que no tiendan telarañas por el pasillo para que me enrede con ellas al llegar al coche por la mañana", comentó Douglas, con voz divertida.

Se hizo el silencio entre ellos mientras estaban sentados, el columpio del porche chirriaba un poco al mecerse suavemente.

Douglas se encontró jugando con los largos mechones del sedoso pelo negro de Jacinth que soplaban hacia él. Frotó un grueso mechón mientras se enroscaba en torno a su dedo.

"Jacinth..."

De repente, ya no estaban solos. Una voz severa habló desde los escalones del porche.

"¿Qué es esto, Jacinto?"

Douglas luchó contra el repentino brote de celos que surgió cuando Jacinth se levantó de un salto, corriendo a abrazar al hombre... o más exactamente, Djinn... que apareció de la nada.

"¡Kieran!" Se volvió hacia Douglas, haciéndole señas para que se acercara. En su rostro había una alegría sin paliativos, un brillo de afecto en sus ojos color chocolate por el hombre alto que la atrajo a su lado, con un brazo alrededor de su delgada cintura. Y cuya expresión, pensó Douglas, no era ni cálida ni acogedora. El aire posesivo del desconocido erizó a Douglas. Jacinth era *suya*... al menos, mientras ella quisiera.

"Douglas, éste es Kieran. Mi casi padrastro". Miró burlonamente a su compañero Djinn, con una sonrisa cálida. "Le gustaba mi madre".

Douglas no creía que Kieran hubiera sentido "algo" por nadie, nunca. Un rostro más duro que nunca había visto, como esculpido en mármol. Con más de dos metros de altura, el rasgo más notable del Djinn era su largo cabello blanco... no gris ni plateado, sino de un blanco puro y brillante... que le caía desde la cara hasta los hombros y le caía por la espalda. En claro contraste, unas cejas negras se recortaban sobre unos ojos del más puro azul celeste. Douglas juzgó que el hombre... Djinn... tenía más o menos la misma calidez y compasión de aquella piedra implacable.

"Kieran, Douglas es mi *Sahib*", explicaba Jacinth con su entrañable expresión de seriedad.

"¿Y Douglas quiere ser más que eso?". La voz de Kieran era imposiblemente profunda y amenazadora.

Jacinth se apartó del Djinn, sonrojada. Levantó la barbilla, aparentemente no intimidada.

"Tanto si lo hace como si no, esa elección me corresponde a mí".

Douglas se sintió impresionado y conmovido por sus muestras de apoyo. Los fríos ojos de Kieran se posaron en su rostro, examinándolo. Juzgándole. Entonces, el Djinn se dio la vuelta, despidiéndose, y se dirigió a Jacinth.

"No es bueno para ti. Es mortal. Dale sus deseos y vuelve con nosotros".

Un rubor de mal genio floreció en las mejillas de Jacinto.

"Eres muy grosero, Kieran. ¿Desde cuándo alguno de nosotros tiene que apresurarse a dar el Deseo? ¿Qué te importa que me quede aquí?".

Un destello de emoción cruzó el rostro del Djinn, rápidamente desvanecido. Douglas se dio cuenta de que no era tan frío como controlado.

"Me importas". La voz profunda de Kieran se suavizó y alargó la mano para tocarle la mejilla. "No quiero que te hagan daño".

La puerta mosquitera se abrió un resquicio, y Molly apareció en camisón, con aspecto ansioso.

"¡Molly! ¿Qué haces fuera de la cama?" Cerca de la puerta, Jacinth se acercó a la niña, sacándola al porche. "¿Has tenido otra pesadilla, cariño?".

Molly asintió, apoyándose somnolienta en Jacinto. Al fijarse en el desconocido, miró hacia arriba... y hacia arriba, y hacia arriba, hasta el rostro del Djinn. Sus ojos se abrieron de par en par y, de un salto, se separó de Jacinth, con los brazos regordetes rodeando la pierna de Kieran mientras contemplaba, aparentemente encantada, aquel rostro duro.

Kieran miró a la niña y luego lanzó una mirada fulgurante a Jacinth, sus ojos ya no eran fríos sino ardientes y brillantes como el fuego.

"¿Por qué no has ayudado a esta niña?". Dirigió una mirada furiosa y despectiva a Douglas. "¿No quería el *Sahib* desperdiciar uno de sus preciados deseos para ayudar a su hija?".

El Djinn se inclinó, levantando a Molly fácilmente entre sus brazos. Molly rió encantada, acariciándole las delgadas mejillas y aferrando con fuerza un mechón de largo pelo blanco en un

puño.

Douglas se puso en marcha, desbordado por su propia cólera.

"¡Claro que quería ayudarla! Pero pensamos que era mejor ver si ella podía aceptar las cosas a su manera".

"Fue lo primero que pensó", afirmó Jacinto con indignación. "Fui yo quien le dijo que no, que debíamos esperar. Sabes que hay cosas que es mejor dejar que se curen de forma natural, Kieran. Juzgué que ésta era una de ellas".

Douglas cogió a Molly, pero su hija se aferró a su nueva amiga. Kieran, a su vez, parecía igual de absorto, y la fría y dura línea de su boca se suavizó mientras murmuraba suaves palabras ininteligibles a la niña a la que abrazaba con tanta facilidad, acariciando los rizos dorados con un tacto extrañamente suave.

Jacinto apartó a Douglas del Djinn, tomando su mano entre las suyas con una presión de advertencia. Ella tiró de su brazo, y él se inclinó.

"A Kieran no le gustan los niños", le susurró al oído. "Ni siquiera los niños Djinn. Nunca le había visto coger a uno en brazos. Jamás".

Kieran transfirió su mirada a Jacinto, con una expresión más suave.

"El niño se pondrá bien", dijo. "No hay nada terriblemente malo. Empezará a hablar dentro de unos días. Es bueno que ahora esté con su padre, lejos de la madre".

Por la mirada oscura que lanzó a Douglas, estaba claro que la admisión del Djinn era a regañadientes. "Vigíla, Jacinto. Si me necesitas, llámame. Iré".

Agachándose, puso a Molly de pie con cuidado, pero dejando que la niña se aferrara a su mano, pareciendo reacia a soltarla.

"Adiós, Molly".

"¡Kieran!" exclamó Jacinto bruscamente. Señaló a Molly con la cabeza. "Ten cuidado".

Al parecer, el Djinn había estado a punto de desaparecer... o de parpadear, o lo que fuera que hicieran. Sin embargo, Kieran asintió y, sin volver a mirar a Douglas, bajó los escalones del porche y se alejó a grandes zancadas.

Molly lanzó un gemido desgarrador y se dirigió hacia la escalera. Jacinto la cogió y la llevó junto a Douglas, pero Molly se negó a que la consolaran.

"¡Kayr!"

"¿Qué?" Douglas dejó de mecerla y bajó la mirada, sorprendido. Un par de ojos empapados de pétalos de genciana le devolvieron la mirada.

"¡Kayr!"

Ah, demonios. Llevaba una semana intentándolo todo para convencer a su hija de que hablara, y la primera palabra que dijo fue el nombre de aquel arrogante carámbano de genio.

"¡Douglas! Ha hablado!" Jacinto se lanzó sobre él, abrazándolos a ambos en su excitación.

"Sí", respondió Douglas sin entusiasmo. "Lo hizo".

"¡Kayr!" exigió Molly, elevando de nuevo su gemido.

"Calla, cariño". Jacinto la cogió de Douglas, abrazándola. "Volverá para verte. No querrás que te vea llorar, ¿verdad?".

Molly resopló, pensando en ello. La cabecita dorada se agitó lentamente.

"Y quieres que tu papá pueda contarle lo buena chica que has sido", incitó Jacinto.

El asentimiento de Molly fue más seguro, y se retorció para bajar.

"A la cama", anunció, tirando de la mano de Douglas, con sus grandes ojos suplicantes. Bostezó y se acurrucó contra el pecho de Douglas cuando éste la levantó. "Tengo sueño".

Douglas lanzó una mirada ansiosa a Jacinto, que le sonrió alentadora.

"Se pondrá bien. No puedes esperar que balbucee como un arroyo en cuanto empiece a hablar de nuevo. Llévala a la cama, Douglas, y yo cerraré la casa por la noche".

"Ya que estás, a ver si se te ocurre alguna forma de explicar la repentina decisión de Molly de hablar con mis padres por la mañana", refunfuñó mientras desaparecía por el pasillo en dirección a la habitación de Molly.

CAPÍTULO II



"BUENOS DÍAS".

Jacynth levantó la vista de la masa que estaba removiendo y vio a Douglas entrar en el comedor, parpadeando somnoliento. Seguía en pijama, sin afeitarse, con los pies descalzos y el pelo despeinado como el de Benny. El pijama de rayas ocultaba unos brazos fuertes, bronceados y musculosos, y sus anchos hombros tenían la altura justa para que ella apoyara la cabeza. Tuvo que luchar contra el impulso de ir hacia él, alisarle el espeso y ondulado pelo de la cara y estrecharse entre sus brazos.

Suspiró, refrenando sus pensamientos caprichosos. ¿Por qué Douglas tenía que ser tan... bueno... masculino? En todos sus siglos, nunca se había sentido tan atraída por ningún Djinn como por aquel hombre.

"¿Por qué esa cara triste?" quiso saber Douglas. Entró en la cocina, pasándole el brazo por la cintura y dejándole caer un beso sobre el pelo. Como él estaba mojando la masa con la otra mano, ella no se dejó engañar y le golpeó la mano con la cuchara.

"Nada de eso", advirtió. "Esta mañana tengo que dar de comer a mucha gente".

Sonrió, impenitente, lamiéndose la masa de un dedo.

"Tortitas", aprobó. "¿Quieres que te ayude? Puedo hacer el bacon. Los niños están despiertos. Les he dicho que se vistan, así que llegarán enseguida".

Suspiró, con los ojos oscurecidos por la emoción. "Molly no ha dicho ni una palabra esta mañana".

"Aún es pronto", le tranquilizó Jacinto. "Al menos, anoche hizo un gran avance. Ha sido un gran cambio para los dos, Douglas. Dale tiempo".

"Sí, ya lo sé. Es que... me preocupo por ella. ¿Sabes?"

"Mmhmm". Su respuesta instintiva fue apoyarse en el brazo que aún la rodeaba, y con dificultad se contuvo. "Vi a tus padres hace un rato. Salieron a correr, cogidos de la mano como un par de adolescentes".

Douglas se rió, quitó el brazo que la rodeaba para estirarse y se echó hacia atrás.

"Sí, son papá y mamá. Llevan treinta años facturando y arrullando como tortolitos. Ojalá yo tuviera esa suerte".

Se apartó bruscamente, como si se arrepintiera de sus palabras. Jacinto dio un paso adelante, apoyando la mano en su brazo.

"Podrías desearlo, ¿sabes?", dijo en voz baja.

"¿Qué?", preguntó, con una leve nota de amargura en su profunda voz. ¿"Que Jane Q. Public

al final de la calle se enamora perdidamente de mí y vivimos felices para siempre"?

"No". Sintió su resistencia, su rabia, pero no comprendía de dónde procedía. "No puedo hacer eso. Pero puedes desear que llegue a tu vida la persona adecuada, alguien apropiado para ti y para los niños, y tú lo eres para ella".

Hubo un silencio, como si luchara consigo mismo.

"No. Gracias". Se apartó. "Iré a vestirme y a ver qué retiene a los niños".

¡MALDITA SEA, maldita sea, maldita sea! ¿Por qué no podía verlo? Douglas se pasó las manos por el pelo mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación. ¿Por qué no podía ver que *ella* era la que él quería... que era perfecta para él y los niños? Y él estaba seguro... tan seguro... de que ellos también eran perfectos para ella. Ella era feliz con ellos, estaba contenta. Él sabía que lo estaba. Pero más que eso, no podía imaginarse vivir toda su vida con nadie más que Jacinto a su lado... y *podía* imaginárselo.

Douglas se desnudó rápidamente, maldiciendo en voz baja. ¿Qué demonios le pasaba? Era una genio, por el amor de Dios. No pertenecía a este lugar y, desde luego, no iba a renunciar a lo que fuera que hacía como genio para pasar cincuenta o sesenta años con él. Debía de estar loco para pensar en ella.

Con movimientos espasmódicos se puso la ropa interior y unos vaqueros. Tal vez sólo fuera... ¿cuál era esa palabra? ¿Consanguinidad? No. Propincuidad, eso era. Quizá lo que necesitaba era salir más. Sí, eso era, pensó con un suspiro, tirándose de la camisa por encima de la cabeza.

Por supuesto, no tenía ni idea de cómo o dónde conocer mujeres. No salía con nadie desde la época universitaria, cuando Lilian y él se conocieron. Después de su experiencia con su ex mujer, los bares y las discotecas quedaban definitivamente descartados. Ni hablar. Quizá le preguntara a Troy, su mejor amigo desde la escuela secundaria y uno de sus compañeros en la clínica, dónde encontraba mujeres con las que salir. Troy era soltero, quizá tuviera alguna idea.

Lástima que la idea de salir con alguien no le atrajera mucho. No con Jacinto, dulce y femeninamente seductora, llenando su casa del tipo de amor y risas que siempre había imaginado en una familia. Tras terminar de vestirse, entró en el cuarto de baño, donde contempló su reflejo en el espejo y se pasó los dedos por la aspereza de la barbilla sin afeitar. Al diablo con ello. No tenía ganas de afeitarse. Si a alguien no le gustaba, no tenía por qué mirarle. Eso le parecía bien.

Volvió a la cocina y vio que sus padres habían vuelto. Skye estaba exprimiendo naranjas en una jarra, pero Azul le sirvió una taza de café y se la dio. Vio que su madre lanzaba a Jacinth una mirada, fácilmente interpretable: ¿Qué *le* pasa? Jacinth se encogió de hombros, con cara de desconcierto.

¡Estupendo! ¡Simplemente genial! Apenas podía pasar dos minutos sin pensar en ella y, maldita sea, ¡ella no tenía ni idea!

Benny entró en la habitación dando saltitos, Molly medio paso detrás de él. Tras abrazar a sus abuelos, Benny fue a sentarse a su sitio en la mesa mientras Jacinth subía a Molly a su asiento elevador. Skye salió de la cocina con la jarra de zumo de naranja y dos vasos.

"¿Quién quiere zumo de naranja?"

"¡Sí, abuela!" Benny rebotó en su silla. "Por favor", añadió como una ocurrencia tardía.

Skye le sirvió un vaso, inclinándose para besarle la mejilla mientras se lo ponía al lado. "Aquí tienes, amorcito".

Se volvió hacia Molly. "¿Y tú, mi dulce niña?"

Molly asintió enérgicamente.

"¿Qué decimos?" Skye sostuvo la jarra sobre el vaso. "¡Oh!" Se quedó paralizada, se llevó la mano a la boca y miró a Douglas en señal de disculpa.

"Por favor". La voz de Molly sonó clara y firme en el repentino silencio.

Skye lanzó un grito ahogado y Azul exhaló aliviada.

"Bueno, niña lista", alabó Skye, llenando el vaso de zumo. Dejó la jarra en el suelo y abrazó con fuerza a la niña.

Los ojos de Jacinth brillaban, y cuando miró a Douglas, éste vio el brillo de las lágrimas.

"Se va a poner bien", susurró.

Se rió entre dientes. "Probablemente recordaré estos días de silencio con cariñoso pesar".

A su lado, su padre soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda. "Puedes hacerlo, muchacho".

Después de aquello, la mañana pasó rápidamente. Una vez terminado el desayuno y fregados los platos, Blue y Skye se llevaron a los niños al parque, y Douglas y Jacinth se quedaron solos.

"¡Vaya!" Jacinth se hundió en el sofá con un suspiro de alivio.

"Lo sé". gimió Douglas, sentándose a su lado y recostándose en los cojines. "Hay tanto silencio... se siente algo raro. ¿Como el ojo del huracán, quizá?"

"Disfrútalo", aconsejó con una sonrisa, con los ojos brillantes. "¿Quién sabe cuándo puede volver a ocurrir?"

Se rió entre dientes. "Puede que tengas razón".

Douglas levantó un mechón de su largo cabello, enroscando la sedosa materia alrededor de su dedo, y percibió el tenue aroma de las lilas.

"Hoy tienes el día libre. ¿Quieres hacer algo? ¿Te llevo a algún sitio? ¿O vas a ir de barco en barco?"

Se lo pensó, lanzándole una mirada de reojo.

"En realidad, hay algo que me gustaría hacer... si es posible. ¿Podríamos montar a caballo?"

Sus expresivos ojos tenían una expresión esperanzada que recordaba tanto a la súplica silenciosa de Molly que él tuvo que reírse.

"Creo que eso se puede arreglar. Hay algunos establos cerca, pero primero voy a llamar a Troy para ver si está libre para reunirse con nosotros en su casa. Tiene unos cuantos caballos y no le importará que nos los llevemos".

"¿Troy?"

"Troy Shelton, uno de mis compañeros en la clínica veterinaria. Era mi mejor amigo desde que éramos niños. Fuimos juntos a la universidad, y conocimos a nuestra otra compañera, Suzanne, en la facultad de veterinaria. La especialidad de Troy son los gatos, y Suzanne se ocupa de los perros. Yo me ocupo sobre todo de los caballos, pero también del ganado en general. Troy y Suzanne se reparten la miscelánea que recibe cualquier clínica... conejos, cobayas y demás. Troy vive en el campo, no lejos de la clínica. No te muevas y deja que le llame".



EL SOCIO DE Douglas vivía en una vieja casa de labranza que parecía haber estado allí desde la Revolución Americana. Pasada la casa, en un prado bien cuidado, pastaban media docena de caballos. Jacinth se quedó mirándolos mientras Douglas aparcaba el coche detrás de la casa, con los ojos muy abiertos.

"¡Douglas, son enormes!"

"Mmhmm", contestó él, deteniendo su mirada en el rubor que se iba haciendo en las mejillas de ella, en el movimiento de sus largas pestañas negras, en sus ojos chispeantes. "Acostumbrada a los árabes, ¿verdad?"

"Sí. ¿Qué son?"

"Frisonos. Son lo que llamamos caballos de medio tiro. Son más grandes que los caballos normales, pero no tanto como los caballos de tiro, como los Clydesdales. Se criaron hace mucho tiempo en Europa para llevar caballeros a la batalla, con armadura y todo".

"¿En serio?" Los ojos de Jacinto se iluminaron como estrellas. "Recuerdo una película que vi hace mucho tiempo. Se trataba de un hombre y una mujer que habían sido maldecidos... él se convertía en lobo por la noche, y ella era un halcón por el día. El caballero tenía un caballo parecido a éstos... grande y negro, con esa larga crin ondulada".

Douglas asintió. "Esa sería Ladyhawke. La tenemos en DVD en casa, por si quieres volver a verla. Y sí, en la película salía un frisón. Hoy en día son caballos de doma".

"Como los Lipizzanos", dijo Jacinto con conocimiento de causa.

"Sí, exactamente. ¿Quieres salir del coche y montarte en uno, o prefieres sentarte aquí y mirarlos?"

Le lanzó una mirada risueña por encima del hombro y cogió el pomo de la puerta. "¿Qué te parece?"

Un gigante rubio desgreñado apareció en los escalones traseros cuando salieron del coche, gritando una bienvenida.

"¡Eh, Doug-man!"

Se acercó a ellos y sus ojos verde oscuro examinaron a Jacinto. Silbó en señal de agradecimiento.

"¿Tu niñera? Ella misma es una niña!"

Jacinth se erizó, poniéndose a su altura.

"¡No lo soy!", exclamó indignada.

Troy sonrió, saludando a Douglas de la forma habitual.

"Sólo bromeaba", la tranquilizó con voz grave y retumbante. Le tendió la mano con una sonrisa. "Troy Shelton, a tu servicio".

La pequeña mano de Jacinth fue engullida por la gran pata de Troy. "Jacinth. Encantado de conocerte".

Douglas se preguntó si habría cometido un error táctico. Con su cuerpo grande y musculoso, su melena rubia oscura y su encanto despreocupado y relajado, Troy atraía a las mujeres como moscas. Jacinth caminaba a su lado, charlando animadamente sobre los caballos, y Douglas iba detrás de los dos.

Cuando llegaron a la valla del prado, Troy se llevó dos dedos a la boca y lanzó un silbido agudo. Las grandes bestias levantaron cabezas de ébano y, resoplando, trotaron hacia la valla. Sorprendentemente, o quizá no tan sorprendentemente, pensó Douglas con una mueca, se agruparon contra la valla, empujándose unos a otros para ser los más cercanos a Jacinth, que reía y acariciaba las negras narices. La valla de madera gimió bajo el enorme peso presionado contra ella, y Douglas deslizó un brazo alrededor de la esbelta cintura de Jacinth, tirando de ella unos pasos hacia atrás.

"No queremos que derriben la valla", le dijo cuando ella levantó la vista hacia él, con las comisuras de los labios caídas. Se rió de su expresión decepcionada, resistiendo el impulso de besar aquellos labios exuberantes.

"Vamos a montar a caballo", le dijo.

Se animó de inmediato, el brillo volvió a sus ojos.

"De acuerdo".

Acicalar y ensillar a los caballos fue toda una experiencia, ya que ambos hacían todo lo posible por acercarse lo más posible a Jacinto. Al final tuvieron que utilizar las ataduras cruzadas para realizar el trabajo. Douglas fue a ayudar a Jacinth a montar la enorme bestia -su cabeza apenas llegaba al hombro del caballo-, pero ella se rió de él y se subió al lomo del caballo, forcejeando un poco hasta que estuvo en la silla. Él le sonrió, disfrutando de la visión de sus mejillas sonrojadas y su pelo alborotado.

"No es precisamente la montura más grácil que he visto", se burló de ella, y su risa resonó en las vigas del viejo granero.

"Estoy despierto, ¿no? Eso es lo que cuenta".

Troy soltó una risita y le dio una palmada amistosa en la grupa al caballo más cercano. "Así es. Bueno, os dejo. Pasadlo bien".

Douglas montó con la suavidad de la experiencia, y se dirigieron hacia la puerta del granero. Jacinth se acomodó cómodamente en la silla, acostumbrándose al paso largo y ondulante, tan distinto de los pasos rápidos y cortos de los árabes que había crecido montando. Juntos dirigieron sus caballos hacia el bosque que había más allá de los pastos, cabalgando uno al lado del otro, lo bastante cerca como para que sus patas se rozaran.

"¿Es siempre así?" le preguntó Douglas una vez que estuvieron fuera del alcance del oído del granero y la casa.

"¿Con caballos? Sí, bastante", admitió Jacinth. Se inclinó hacia delante para palmear amistosamente el cuello fuertemente musculado de su caballo, gustándole el tacto del pelo áspero, las largas hebras de crin enredándose en sus dedos. "Me gustan los caballos, y yo les gusto a ellos".

"¿Puedes leerles la mente?"

"No. Al menos, nada tan concreto. Puedo saber su estado de ánimo y si están heridos, pero eso es todo".

"A menos, claro, que sean telepáticos", dijo Douglas, con la lengua en la mejilla.

Jacinto le sonrió, con los ojos brillantes de diversión. "Cat. Llevo toda la vida oyendo hablar de los cambiaformas, pero nunca había conocido a ninguno hasta Cat... al menos, que yo sepa. Viven entre los humanos, no como nosotros, los Djinn, pero son muy reservados. Se cuidan mucho de mantener su existencia en secreto".

"Me lo imagino", comentó Douglas, con tono irónico. "Me imagino lo que ocurriría si el mundo se enterara de su existencia".

Jacinto lo meditó. "Supongo que sí. No tienen magia para desaparecer, como nosotros. Aunque no sé cómo podrían saber que alguien es un cambiaformas, a menos que lo vieran cambiar de forma. Aun así, no es una noticia que les interese difundir. Y los djinn, al menos, tenemos la capacidad de borrar la memoria de cualquier humano que consideremos una amenaza para nuestro anonimato".

"No creo que sea necesario, si puedes desaparecer en tu tetera... o recipiente, o lo que sea".

Jacinth negó enérgicamente con la cabeza. "Pero es mejor para todos que los humanos, en su conjunto, no tengan conocimiento de nosotros. Además de los que nos buscarían para utilizarnos, piensa en los que afirmarían que en realidad somos demonios. Sería como la Inquisición otra vez, todo el mundo escudriñando a los demás, buscando algún tipo de buena suerte que un amigo pudiera haber obtenido llamando a un Djinn, o culpando de mala suerte a un vecino o a un compañero de trabajo celoso por haber llamado a un Djinn. No, estamos mejor como estamos,

tanto la humanidad como los Djinn".

"¿Puedes dejar de ser un Djinn y convertirte en humano?"

Jacinto le miró con tolerancia.

"Hollywood", pronunció, asintiendo sabiamente. "Douglas, uno no puede dejar de ser Djinn. Somos... lo que somos. Igual que tú no puedes decidir de repente dejar de ser humano y ser... ¡un pez!".

"¿Un pez?" Douglas no pudo evitarlo... se echó a reír. Los ojos de Jacinth centellearon como respuesta.

"Pero", continuó, "debe existir algún tipo de relación genética para que un Djinn y un humano puedan tener hijos juntos".

Jacinto arrugó el ceño, pensativa. "Hay viejas historias de casos muy raros de un mortal que se convierte en Djinn. No sé si son ciertas. Pero un Djinn nunca podría convertirse en mortal. Debido a nuestro fuego. Estamos hechos de fuego, mientras que el hombre está hecho de arcilla. Si el fuego Djinn nos abandonara, dejaríamos de existir".

Habían llegado a la sombra refrescante de los árboles. Cerca, un arroyo borboteaba y una ligera brisa movía las hojas. Jacinth se apartó los mechones de pelo que se le pegaban a la cara y al cuello, respirando aliviada.

"Oh, esto es bonito".

Douglas seguía pensando en lo que ella le había dicho. ¿"Fuego de djinn"? ¿Quieres decir que... existe literalmente el fuego? ¿Fuego real, físico?"

Jacinth le lanzó una mirada de reojo, con la picardía bailando en sus ojos. "Sí, mira".

Se tocó un momento el pecho con las yemas de los dedos y luego extendió los brazos con las palmas hacia arriba. Pequeñas llamas azules bajaron por sus brazos, se juntaron en sus manos ahuecadas y formaron un único fuego cohesivo del tamaño del puño de Douglas. Jacinth rió al ver cómo se encendía y levantó las manos. La llama se dispersó, lametazos azules que danzaban entre los delgados dedos y subían y bajaban por los brazos en ondulaciones ardientes, deteniéndose en los hombros para llegar a lo alto como si le lamiera la mejilla, como un cachorro en éxtasis. El fuego estaba jugando con ella, se dio cuenta Douglas, interactuando con un deleite que Jacinth obviamente compartía. Era fascinante.

"¿Está vivo?" Casi temía interrumpir la compenetración entre el Djinn y la llama, pero la curiosidad le consumía. "¿Es... es sensible?"

"No sensible", respondió Jacinth. Volvió a ahuecar las manos, reuniendo allí las llamas, y luego se las llevó al pecho una vez más y el fuego desapareció, absorbido por su ser. Sonrió a Douglas.

"Pero está vivo. El fuego y los Djinn tienen una especie de relación simbiótica. El fuego no puede existir sin nosotros, porque no arde como el fuego físico... es más como..." frunció el ceño, buscando una forma de explicarse. "Es más como el fuego del alma. Es nuestra esencia, y cuanto más fuertes somos, más arde. Los que están tristes o cansados, su llama disminuye, hasta el punto de apagarse, como se haría con las brasas. Entonces los Djinn pueden dormir en una especie de hibernación hasta que su fuego se restaure. Los Djinn más antiguos y poderosos, como Kieran, su fuego es casi un infierno, tanto que casi puedes verlo".

Sí, Douglas podía verlo. El tipo prácticamente ardía. Aunque más bien parecía hielo seco... tan frío que te quemarías si lo tocaras. Se permitió una risa interior, pero tuvo cuidado de que no se le notara. No creía que Jacinto apreciara la broma. Parecía tenerle un cariño inexplicable a la poderosa anciana djinn.

El camino que seguían cruzaba el arroyo poco profundo junto al que habían estado

cabalgando, y se detuvieron para dejar que los caballos bebieran. Jacinto dejó caer las riendas sobre el cuello de su caballo y se estiró, disfrutando de la brisa, de los sonidos del bosque y de los pájaros a su alrededor, del tintineo de las bridas mientras los caballos bebían.

Douglas se acercó para agarrar las riendas sueltas, pero Jacinth le negó con la cabeza.

"Oh, no irá a ninguna parte", le aseguró ella. "Los caballos nunca se escapan conmigo".

Claro que no. De hecho... Douglas se inclinó para acariciar el cuello de su caballo, con las cejas juntas, pensativo. Jacinth parecía capaz de hacer casi cualquier cosa con los animales. Quizá... sólo quizá...

"Quizá podrías ayudarme con un caballo". Se enderezó en la silla de montar y fijó la mirada en el rostro de ella. "El condado hizo una redada en una granja hace un par de semanas y rescatamos algunos animales. Tengo una yegua en la clínica con la que nadie puede hacer nada. Está aterrorizada. La maltrataron y la abandonaron. También está preñada, y no puedo acercarme a ella para comprobar cómo está, cómo está el potro."

Los ojos de Jacinth brillaron peligrosamente y sus bonitos labios se afinaron de indignación. "Odio cuando la gente maltrata a los animales, Douglas. ¡Lo odio! Claro que puedo ayudarte con ella. Vamos ahora mismo".

Hicieron girar a los caballos y ella le mostró una sonrisa chispeante. "¡Una carrera de vuelta!"

Troy apareció en su porche cuando llegaron al granero y se apresuró a reunirse con ellos, con la preocupación grabada en el rostro.

"¡Has vuelto pronto! ¿Ocurre algo?"

"Nada", le aseguró Douglas. "Me llevo a Jacinth para ver si puede ayudarme con Lizzie".

Jacinth arrugó la nariz. "¿Lizzie?"

"Después de Lizzie Borden", le dijo Troy un poco sombrío. Trasladó su mirada ceñuda a Douglas. "¿Estás loco? No es más que una cosita. No deberías dejar que ella -ni nadie más- se acercara a Lizzie".

Douglas bajó de la silla y atrapó a Jacinth cuando se deslizaba, dejándola a salvo en el suelo cubierto de heno junto a él. "Confía en mí, Troy. Si alguien puede ayudar a Lizzie, es Jacinth".

"Maldita sea, Doug, ese caballo es vicioso. Mírame, tío". Una gran mano descendió sobre el hombro de Doug, girándolo para que mirara a su compañero. "Éste soy yo... Troy. Tu mejor amigo, compañero veterinario y amante de los caballos. Hay que sacrificarla, y sabes que no lo digo a la ligera. Va a hacer daño a alguien, Doug. Podría *matar a* alguien".

Jacinth observó cómo Douglas se pasaba los dedos por el pelo, alborotando las gruesas ondas. Estaba claro que en el fondo estaba de acuerdo con su amigo, pero no estaba dispuesto a admitir la derrota, a rendirse ante un animal maltratado.

Justo en ese momento sintió un pequeño "golpe" en el pecho, cuando una parte de su corazón se derritió y se enamoró un poquito de él. No demasiado, se aseguró a sí misma... nada con lo que no pudiera lidiar. Nada de lo que no pudiera alejarse cuando llegara el momento, cuando Douglas hubiera pedido su tercer deseo y fuera hora de marcharse. Había concedido deseos a cientos de personas y desaparecido de sus vidas para siempre durante el último milenio. Entonces, ¿por qué se sentía tan vacía ante la perspectiva de no volver a ver a Douglas?

"Mira, te diré una cosa, Troy", decía Douglas. "Si Jacinth no puede hacer nada con ella, la sacrificaré después de destetar al potro, o después de que nazca si es un peligro para él".

Troy observó atentamente a su amigo, con los ojos entrecerrados. "¿Sin arriesgar tu vida intentando domar a la bestia?"

"¡Vale, sí! Estoy de acuerdo. Además", dijo Douglas, sonriendo un poco. "Ahora tengo a mis

hijos. Tengo que mantenerme entero y sano por ellos".

"Pues no lo olvides", le advirtió su amigo. "Te juro por Dios, Douglas, que si vuelvo a encontrarte en su caseta, te... te..."

"Llámame", intervino Jacinth, dirigiendo el ceño a Douglas. "Si el caballo es realmente tan peligroso, no tiene por qué arriesgar la vida ni la integridad física... no con los niños que dependen de él".

"Es una viciosa", afirmó Troy, sin pelos en la lengua. Dio un paso adelante para quitarles las riendas, sacudiendo la cabeza por encima del hombro hacia el coche de Douglas. "Id vosotros dos, yo encerraré a estos tipos".

"¿De verdad es tan peligrosa?" preguntó Jacinth mientras Douglas daba marcha atrás con el coche y se dirigía al camino de entrada.

Douglas suspiró. "Sí, lo es. Pero no es odio lo que veo en sus ojos cuando me mira, sino miedo. Por eso no he podido renunciar a ella. Nos tiene miedo a todos".

"¿Quién es esa Lizzie Borden que mencionó Troy?"

Douglas salió del camino de entrada y entró en la carretera asfaltada, con los dedos flexionados sobre el volante. "El viejo folclore americano. Según la historia, que puede ser cierta o no, Lizzie Borden asestó un hachazo a su madre y a su padre mientras dormían una noche... oh, hace cien años. El personal empezó a llamar así a la yegua desde el primer día, porque era muy salvaje. No sabemos qué nombre tenía antes".

La clínica no estaba lejos de la granja de Troy, y en pocos minutos entraron en el camino de entrada, pasaron el aparcamiento y rodearon el gran edificio hasta la parte trasera, donde estaba reservado el aparcamiento para el personal. Había perreras a lo largo de la parte trasera del edificio, y los perros saltaban a las vallas ladrando con fuerza.

"Internamos animales, además de tratarlos", explicó Douglas mientras bajaban del coche. "Estos de aquí son en su mayoría internos de este lado".

Al otro lado del aparcamiento, detrás del edificio principal, había un granero rojo tradicional, con adornos blancos, puertas dobles y un enorme pajar. Jacinth observó el granero con interés y asintió con la cabeza.

"Me gusta este estilo antiguo", dijo. "No me gustan esos graneros nuevos que hacen hoy en día, no tienen carácter. Este es bonito".

"Ésa fue una de las principales consideraciones cuando compramos el lugar", le dijo Douglas. "Queríamos alas separadas para perros y gatos, y un establo para el ganado. El establo ya estaba aquí, pero el resto era un gran terreno baldío, así que pudimos construir la clínica a nuestra medida. Troy ya tenía su casa, Lilian y yo compramos la casa en la que vivimos ahora, y Suzanne, nuestra tercera socia, se casó con un veterinario que ya estaba establecido cerca. Todos vivimos a una media hora en coche de la clínica".

Llegaron a las puertas del granero y Douglas la condujo al interior. La luz entraba a raudales por las ventanas del piso superior, y unos ventiladores giratorios colgados del techo movían el aire, disipando el calor. Un joven y una mujer con mono de trabajo se afanaban en limpiar los establos, mientras otro joven, con una inclinación de cabeza hacia Douglas, llevaba un cubo de avena a un establo situado más adelante en el pasillo.

Douglas la condujo al extremo más alejado del granero, donde los últimos establos habían sido fuertemente reforzados con madera más pesada y barrotes.

"Imprescindible en toda consulta veterinaria que trate caballos", explica Douglas. "Mordedores, pateadores, animales verdaderamente viciosos... al final lo ves todo".

Se acercaron a los barrotes y oyó a Jacinto recuperar el aliento al ver por primera vez a la

yegua.

"¡Douglas! Oh, Douglas, ¡es tan guapa!".

En eso estaba, aunque le sorprendió que Jacinto lo hubiera visto a la primera. Aunque la yegua palomino estaba bien proporcionada, con líneas fuertes y limpias, un cuello arqueado y una cabeza orgullosa, se encontraba en un estado lamentable. Tenía el pelaje sucio, las largas crines y la cola de lino tan enmarañadas y enmarañadas que habría que cortarlas. No le habían recortado ni herrado los cascos, que eran demasiado largos y empezaban a rizarse por abajo. Pero debajo de todo eso había un hermoso caballo, por cuya salvación estaba dispuesto a luchar.

Lizzie estaba arrinconada en el rincón más alejado del box, alarmada por su presencia. Dio zarpazos a la paja, resoplando ruidosamente... una clara advertencia para que no se acercaran.

Jacinth le miró, el brillo de la diversión había desaparecido de sus ojos marrón chocolate.

"Douglas, ¿me dejas a solas con ella unos minutos?".

De ninguna manera. "Jacinth..."

Ella le detuvo, poniéndole una mano en el brazo.

"Por favor. No puede hacerme daño, Douglas. Y no entraré hasta que ella acepte mi presencia".

Sí, sabía que la yegua no podía dañar al Djinn... después de todo, Jacinto podía simplemente desaparecer, o como ella lo llamara. Aun así...

"Me pediste que te ayudara con ella". le recordó Jacinto con suavidad. "Ahora déjame hacerlo".

Con una última mirada insegura a la yegua, Douglas asintió y retrocedió.

"Me aseguraré de que nadie se acerque a este extremo del granero. Llámame si me necesitas, si puedo ayudarte".

La atención de Jacinto ya estaba puesta en el caballo, y notó que el resoplido de la yegua ya se había vuelto más tranquilo. Aliviado, se dio la vuelta.

Con su marcha, disminuyó parte de la agitación del animal. Cesaron los zarpazos y la yegua miró a Jacinto con ojos muy abiertos y recelosos.

"Vamos, chica", la persuadió Jacinto, manteniendo la voz baja y tranquilizadora. "Sabes que soy diferente. Sabes que no te haré daño".

En sólo unos minutos, el miedo en los ojos de la yegua había desaparecido, sustituido por una chispa de curiosidad. Aún agachaba la cabeza y resoplaba, pero eso también era más incertidumbre que miedo. Sin aparente prisa, Jacinth corrió el pestillo de la puerta y entró en el establo.

"Pobre chica", canturreó. Le tendió una mano, pero no se acercó a la yegua. "Te han puesto un nombre horrible. Te llamaremos Luciérnaga, que era el nombre de mi primer poni. ¿Te parece bien?"

La yegua volvió a resoplar, meneando la cabeza, y dio un tímido paso adelante. Estiró el cuello al máximo y olfateó la mano extendida de Jacinth. Otro paso acercó a la yegua, y el hocico dorado quedó a escasos centímetros de sus dedos.

"Ya está, ¿ves? Quieres que te acaricie", le dijo Jacinto. Cerró la mano y luego la abrió para revelar unos terrones de azúcar. "Un paso más, dulce niña".

La yegua dio otro paso, y unos labios suaves rozaron la palma de la mano de Jacinth, barriendo la ofrenda. Con movimientos lentos, Jacinth acarició el morro aterciopelado, trazando el blanco resplandor hasta la frente de la yegua. Luciérnaga inclinó la cabeza y Jacinto la obligó a rascarse la amplia frente bajo el mugriento y enmarañado copete.

"A ti también te limpiaremos", prometió. "No enseguida, pero pronto".

Firefly le dio un cabezazo y Jacinth se rió, delectándole una zanahoria en la mano. Acarició el áspero cuello mientras la yegua crujía feliz.

"No es culpa tuya, ¿sabes?", le dijo a la yegua. "Algunos humanos son así. Pero ahora estás en buenas manos. Douglas cuidará bien de ti, ya lo verás".

"¿Jacinth?" La voz de Douglas era muy suave cuando llamó desde cierta distancia.

"Ven despacio", respondió ella. "Di a los demás que se mantengan lejos".

Cuando Douglas apareció en la puerta entreabierta de la caseta, los miró durante un largo instante, y una sonrisa se dibujó en su boca.

"Está comiendo de tu mano", dijo en voz baja. "Debería haberlo sabido".

"Claro que sí". Jacinto le hizo un gesto para que se acercara. La yegua le prestó poca atención. Le echó un vistazo, pero se calmó bajo las caricias de Jacinto, aparentemente más atenta a encontrar más golosinas en la mano libre de Jacinto. A continuación apareció una manzana, que los grandes dientes blancos mordieron limpiamente por la mitad.

"Acércate a su otro lado, Douglas. Deja que te huela".

Al terminar la manzana, la yegua olisqueó un momento el pecho de Douglas, y luego volvió a centrar su atención en Jacinth.

"Le he cambiado el nombre", le dijo Jacinto. "Se va a llamar Luciérnaga".

"Luciérnaga", repitió Douglas. "Ya lo tienes".

Acarició el cuello y los hombros de la yegua, asombrado por la confianza y la fe que Jacinth había inspirado en el caballo en menos de un cuarto de hora. Sabía que ella podía hacerlo y, sin embargo, apenas le parecía posible. Es más, desde luego no había esperado que la maltratada criatura se aceptara tan fácilmente, por la mera presencia de Jacinth.

"Mantén a todos los demás absolutamente alejados de ella", le advirtió Jacinto. "No conozco a tu gente, y por alguna razón podrían asustarla con ruidos o movimientos inesperados. Cuídala tú para crear un vínculo con ella, y yo la visitaré por la noche, cuando no haya nadie y pueda... ya sabes".

"Entra", dijo con una sonrisa. "No tengo nada que objetar. ¿Y el potro?"

La brillante sonrisa de Jacinth parecía iluminar el establo. "El potro está bien y Luciérnaga será una buena madre. Lo más importante ahora es limpiarla. Es demasiado pronto para intentar bañarla, pero podemos empezar por acostumbrarla a que la cepillen".

"¿Crees que alguna vez será seguro montarla?"

Jacinth había acunado el hocico aterciopelado con ambas manos, frotando su nariz contra la de la yegua y respirando en los grandes orificios nasales. Levantó la mirada y sus ojos danzaron con tanta picardía como satisfacción.

"Estará tan segura que podrás subir a Benny y a Molly. Te doy mi palabra".

CAPÍTULO 12



DOUGLAS Y JACINTH llegaron triunfantes a casa.

"Tendrías que haberla visto con esa yegua, papá", le dijo Douglas a su padre. "Jacinth se quedó allí hablando con ella, en una especie de canturreo, y lo siguiente que sabes es que estaba en el establo y la yegua estaba comiendo de su mano. Literalmente".

"¡Papá! ¡Papá!" Benny tiró de su mano, con noticias suyas. "Vimos a Cat, pero la abuela seguía cepillándosela. La siguió una y otra vez hasta que al final Cat se escapó".

Jacinto estalló en carcajadas. "¡Ojalá hubiera estado allí para verlo!"

Se dirigió a la cocina, pero Skye la agarró de la manga y tiró de ella hacia el sofá, a su lado.

"¿Y adónde crees que vas, jovencita?"

Jacinth la miró fijamente. "Umm... ¿a ver si empezamos a cenar?"

"De ninguna manera". Era Azul. "Tenemos que irnos mañana por la mañana, así que os llevaremos a cenar a los cuatro esta noche".

Benny se levantó de un salto, dando puñetazos al aire. "¡Genial! ¿Adónde vamos?"

"He visto un asador un poco más abajo...". empezó Blue, sólo para ser interrumpido por su mujer.

"¡Azul! No vamos a ir a ningún asador. Recuerda tu colesterol".

"Por Dios, mujer, de vez en cuando no me va a hacer daño. Puedo llevar a la familia de mi hijo a cenar un filete de vez en cuando, ¿no?"

La familia de su hijo. La habían incluido en esa familia, se dio cuenta Jacinth. Un cálido resplandor se extendió por ella, fuego corriendo por sus venas. Nunca había formado parte de una familia. Había tenido a su madre, por supuesto, pero habían sido una pareja muy solitaria incluso entre los Djinn. Si tan sólo... Se detuvo y cortó el pensamiento antes de que fuera más lejos. De nada servía querer lo que no podía ser.



TRAS DESPEDIR A BLUE y Skye a la mañana siguiente, los niños estaban llorosos y apagados. Jacinth también los echaba de menos. Era agradable tener a otra mujer cerca. Anoche se habían sentado en el porche a charlar mientras los hombres jugueteaban con la autocaravana, haciendo ruidos de testosterona, y sus profundas voces cruzaban el patio hasta donde ella y Skye estaban sentadas en el columpio, meciéndose suavemente. Hacía mucho tiempo que no tenía una amiga,

alguien con quien sentarse y hablar, compartir secretos. Estaba Alessandra, por supuesto, pero ella y Julian necesitaban tiempo juntos para construir su nueva relación, su nueva vida.

El miércoles todo había vuelto a la normalidad. La casa estaba relativamente tranquila. Douglas se había ido a trabajar y los niños estaban en sus habitaciones, Benny leyendo uno de sus libros y Molly jugando con sus muñecas. Jacinth se acomodó en un profundo sillón acolchado y preparó una taza de humeante café turco. Tomó un sorbo, saboreando el rico aroma y sabor con un suspiro de puro placer.

Djinn.

La voz en su mente era muy débil. Jacinto se incorporó y miró a su alrededor, sin ver a nadie. ¿Gato?

Djinn, estás demasiado lejos para que pueda leerte. Si puedes oírme...

¡Era Cat! Jacinth se puso en pie, concentrándose con la esperanza de oír mejor. La voz mental era débil y filiforme, con... ¿dolor? ¿de miedo? La voz se hizo un poco más fuerte, como si Cat invocara toda su energía en su grito de auxilio.

Estoy en el refugio de animales. Un perro en el parque... me atacó. Estoy bien... pero la jaula en la que me han metido es pequeña... No puedo moverme. Si puedes oírme... por favor, ayúdame. La voz del gato volvió a apagarse bruscamente. *Llama a Douglas.*

Douglas, ¡por supuesto! Era veterinario, podría sacarla de allí sin problemas. Jacinth corrió hacia su móvil, que había levantado sobre el mostrador, pero el número de Douglas saltó directamente al buzón de voz. Impaciente, bajó hasta el número de la clínica veterinaria.

"Dr. McCandliss, por favor".

"Lo siento, está fuera por una llamada". La recepcionista se disculpó. "¿Quiere dejar un mensaje?"

"Um... No". Jacinto pensó rápidamente. "Es bastante urgente. Soy Jacinth, estoy cuidando a los hijos de Douglas. ¿Y Troy? ¿Dr. Shelton?"

"Déjame comprobarlo".

Hubo un momento de silencio y se oyó la voz de un hombre al teléfono.

"Dr. Shelton".

"¿Troy? Soy Jacinth", empezó.

"¿Sí? ¿Ocurre algo?" Su respuesta fue rápida y preocupada.

"No con los niños". Jacinth se mordió el labio, intentando decidir cuánto decir sin decir demasiado. "Hay una gata en el parque cercano con la que siempre juegan los niños. Es muy simpática y cariñosa. Hoy la ha atacado un perro y la han llevado al refugio. No tengo coche y Douglas está de guardia. Necesito que alguien vaya a buscarla y se asegure de que está bien. Los niños estarían destrozados si le pasara algo... todos lo estaríamos".

"No hay problema", le aseguró la voz grave. "Iré corriendo a recogerla. ¿Qué aspecto tiene?"

"Es una calicó atigrada de pelo largo, muy rojo. Una Maine Coon, bastante grande. Llámame enseguida si hay algún problema, o... o si está malherida, ¿quieres?"

"Ya tengo tu número en mi teléfono, te avisaré en cuanto la tenga".

"Gracias", le dijo Jacinto, sintiendo una profunda gratitud. "Te reembolsaremos lo que cueste".

Se rió entre dientes. "No hay problema. Lo sacaré del pellejo de Douglas, para que me cubra algún sábado".

Sus burlas la hicieron sonreír, calmando parte de su ansiedad. Atraparía a Cat y ella estaría bien.

"Estaremos esperando noticias tuyas".

Colgó, e inmediatamente Benny vino corriendo hacia ella, seguido de cerca por Molly, con los ojos muy abiertos y ansiosos.

"Señorita Jas, te hemos oído al teléfono. ¿Se va a poner bien Cat?" quiso saber Benny.

Molly no dijo nada, pero se apoyó en su rodilla, con los grandes ojos llenos de lágrimas.

"Sí, se pondrá bien", les tranquilizó Jacinto. "El Dr. Shelton va a buscarla ahora y se ocupará de ella. Está en el refugio de animales, y la habrían enviado directamente al veterinario si estuviera malherida. Nos llamará en cuanto la tenga".

Al menos, supuso que la habrían llevado al veterinario si estuviera herida. Quizá no lo hicieran, o quizá tuvieran veterinarios en el refugio. No sabía cómo funcionaban esos sitios. Pero era importante tranquilizar a los niños.

Benny volvió a agitarse, señal inequívoca de que su cerebro se ponía en marcha.

"Cómo... mmmphf".

Jacintó le tapó la boca con la mano y le miró con el ceño fruncido, ladeando la cabeza hacia Molly. Él asintió, comprensivo, y ella le soltó. Molly, bendita sea, se limitó a aceptar que Jacintó supiera lo que pasaba con Cat, como aceptaba todo lo demás. Era una muñeca. Jacintó se abrazó a Molly, la besó por toda la cara y la abrazó hasta que la niña chilló. Benny se unió a ella, rodeando el cuello de Jacintó con sus brazos, y todos cayeron al suelo entre carcajadas.

Jacintó salió sin aliento, dando fuertes palmadas.

"De acuerdo. Escuchad. Ahora que la abuela y el abuelo se han ido, tenemos que ponernos en marcha. Lo primero es recoger vuestras habitaciones".

"Aww". Los dos niños gimieron, y ella les sonrió, alborotando el pelo de Benny.

"Sí. Vamos ahora".

Molly se echó hacia atrás, con los labios sonrosados puestos en un mohín amotinado. "No quiero".

Jacintó tiró de la niña para abrazarla, contento de que por fin empezara a hablar más.

"Te ayudaré", prometió. "¿De acuerdo?"

Eso satisfizo a los niños, y ella los condujo hacia la parte trasera de la casa, construyendo mentalmente una historia que explicara cómo sabía que Gato estaba herido. Una llamada telefónica, decidió, de un vecino que había estado en el parque, y corrió a casa para llamar a Douglas, pues había visto antes al gato merodeando por la casa. Eso funcionaría. Pero iba a tener que ser más cuidadosa. Empezaba a costarle un esfuerzo sorprendente ocultarle la verdad a Benny.

Cuando el teléfono volvió a sonar una hora más tarde, Jacintó lo sacó del bolsillo y lo pasó para contestar, casi dejándolo caer con las prisas.

"¿Sí?"

"Hola, soy Troy. Tengo a la gata bien. Tiene el hombro y la pata delantera un poco mordidos, y quizá una costilla rota o dos, así que me la llevaré a casa. Me puse en contacto con Douglas antes de salir de la clínica; me dijo que te dijera que iba a estar fuera hasta tarde por una llamada, o que la llevaría él mismo a casa."

"Mientras esté a salvo, es lo único que importa", dijo Jacintó, agradecida de que Cat estuviera en buenas manos. Sabía que Douglas tenía en alta estima a su amigo y compañero. Si alguien estaba cualificado para cuidar bien de Cat, ése era Troy.

"No me costó encontrarla", la tranquilizó con su voz profunda. "Me vio en cuanto entré en la habitación y lanzó un aullido, como si supiera quién era. Salió de la jaula y se aferró a mí como si me conociera de toda la vida. Es una cosita muy dulce. Ahora está acurrucada a mí aquí en el coche, ronroneando como una loca".

Jacinto se rió, encantado, preguntándose qué diría Troya si supiera lo que realmente tenía allí.

"¿Cómo se llama?" preguntó Troy.

Uy. Hizo una mueca de dolor. "Gato". Es una larga historia. Algún día te lo explicaré".

"Gato" será. Bueno, ahora me dirijo a casa, la instalo y vuelvo a la clínica. Me mantendré en contacto y te diré cómo está".

"Gracias. Todos te lo agradecemos".

Transmitió la información a los encantados niños y les prometió que volverían a ver a Cat pronto. Los envió a limpiar sus habitaciones mientras ella pasaba la aspiradora. No era su trabajo favorito, pero había que hacerlo, y con los niños presentes no tenía más remedio que hacerlo ella misma. Sin duda, los djinn eran mejores que los humanos, se reafirmó.

Jacynth estaba guardando la aspiradora cuando llegó Douglas, con cara de ansiedad.

"Creía que no volverías a casa hasta tarde".

"Esta noche tengo una cita a última hora -reconoció él, pasándole el brazo por la cintura. Se inclinó para rozarle el pelo con la mejilla de un modo tan distraído que ella no estaba segura de que supiera que lo estaba haciendo. "Pero esta tarde no he tenido mucho tiempo, así que he cambiado la cita para mañana. ¿Sabes algo de Troy? He oído las noticias, pero no he podido localizarle en el móvil".

¿Se había tomado tiempo libre en el trabajo porque estaba preocupado por Cat? Eso era... dulce. Se inclinó hacia él y el brazo que la rodeaba la estrechó. Su hombro estaba a la altura justa para que ella apoyara la cabeza, y tuvo que luchar contra la compulsión de aprovecharlo. Inspiró profundamente, dejando que la envolviera su aroma, tan rico y agradable como el café turco que había disfrutado antes, con leves matices de caballo.

"Cat está bien", le tranquilizó. "Troy llamó, dijo que tenía algunas heridas pero que se pondría bien. Se la ha llevado a casa".

"Qué alivio. ¿Lo saben los niños?"

"Sí, me oyeron hablar con Troy". Se echó hacia atrás, royéndose el labio inferior y preguntándose si debía confesar. "Benny me preguntó cómo sabía que la habían herido. Le dije que un vecino que la había visto merodeando por la casa había estado en el parque y vio lo ocurrido, y me llamó, pensando que era nuestra. No sé si se lo cree o no".

Douglas se lo pensó un momento. "A mí me parece razonable. ¿Por qué no iba a creerlo?"

"¿Quizá porque no había sonado el teléfono?" sugirió Jacinth. "Aunque en ese momento estaban en sus habitaciones, así que...".

"¡Eh, papá!" El grito de Benny casi levantó el techo, y el chico llegó corriendo por el pasillo. "¡Has llegado pronto a casa, guay!".

"Sólo un par de horas", respondió Douglas, apartándose de Jacinth para coger a su hijo en brazos. Benny soltó una risita loca mientras Douglas lo sujetaba boca abajo.

"¿Te estás portando bien con la señorita Jas?" preguntó Douglas.

"¡No!" chilló Benny cuando Douglas le hizo cosquillas en la barriga desnuda. "¡Me estoy portando mal! Voy a hacer que camine por la tabla!"

Los gritos de risa atrajeron a Molly, que se echó a reír mientras se lanzaba a la refriega, y los tres cayeron al suelo, donde forcejearon y gruñeron un poco.

Finalmente Douglas se puso en pie, sonrojado y sintiéndose un poco avergonzado. Lanzó una sonrisa ladeada hacia Jacinth. Ella se limitó a reírse de él.

"¿Y qué vamos a hacer ahora?" Benny se levantó del suelo.

Douglas se agachó para poner a Molly en pie.

"Vosotros dos id a poner los trajes, y la señorita Jas y yo os enseñaremos a nadar".

"¡Muy bien!"

Se rió mientras los niños corrían a sus habitaciones. Dios, era estupendo tenerlos de vuelta. A su lado, Jacinth se aclaró la garganta. Se inclinó hacia delante y le dirigió una mirada seria.

"Vas a enseñarles a nadar, mientras yo me tumbo en la cubierta a tomar el sol, como se suele decir".

Douglas dejó que sus ojos se detuvieran en la piel cremosa de su rostro, su cuello y sus brazos. Era hermosa tal como era.

"No necesitas broncearte".

"No importa. No pienso meterme en el agua".

Estaba totalmente seria. Douglas la estudió un momento, frunciendo el ceño.

"Jacinth, ¿qué pasa?"

"No pasa nada. No nado, eso es todo".

"En novecientos años, ¿nunca aprendiste a nadar?"

"¡Silencio!" Ella miró más allá de él, hacia el pasillo.

Bajó la voz. "¿Cómo es posible que no hayas aprendido a nadar, en todo ese tiempo?"

"¡Simplemente no lo hice!"

"Vale, vale". Le sonrió. "Tendremos que enseñarte a ti también".

Jacinth se estremeció visiblemente, alejándose de él. Miró más allá de él, hacia la brillante piscina azul que había más allá del patio, y se estremeció; por primera vez desde que la conocía, Douglas vio que el miedo se reflejaba en sus ojos oscuros.

"No puedo, Douglas", admitió. "Soy Djinn. Estamos hechos de fuego, como los humanos están hechos de arcilla, y llevamos fuego en nuestro interior. Los Djinn no toleran la inmersión en el agua".

Su corazón casi dejó de latir ante la idea de que le ocurriera algo a Jacinto. "¿Estar en el agua te matará?"

"¡No! ¡Oh, no! Por supuesto, no puede hacernos daño". Se pasó nerviosamente la punta rosada de la lengua por los labios. "Pero es incompatible con nuestra naturaleza de fuego y, como tal, tenemos... una aversión natural a sumergirnos en el agua".

"No tuviste ningún problema cuando nos pilló la tormenta del otro día".

Jacinto lo descartó con un gesto de la mano.

"La lluvia no es ningún problema. Ni las duchas. Incluso me gusta darme un baño de vez en cuando para relajarme, con aceites aromáticos". Se lo pensó mejor y admitió: "Aunque no me meto más de unos centímetros de agua".

Douglas se encogió de hombros. "Si el agua no puede hacerte daño, entonces el miedo es irracional".

Ella lo miró con firmeza. "No voy a meterme en una piscina. Y punto".

"¿Por qué no?" Benny volvió a entrar en la habitación justo en ese momento.

Con una mirada fulminante a Douglas, cogió la mano extendida del chico. "Porque no nado, cariño".

Benny se lo pensó durante un minuto y luego estalló en una amplia sonrisa.

"Mi padre puede enseñarte", anunció. "Puedes aprender con nosotros".

Douglas no pudo evitarlo. Se echó a reír al ver la cara de horror de Jacinth.

"No creo que quiera, Ben", le dijo a su hijo, despeinándole.

"Pero no digas nada delante de Molly, ¿vale, cariño?". advirtió Jacinto al chico. "Si no está acostumbrada a estar en el agua, no queremos que piense que hay algo que temer".

Benny asintió sabiamente, tan solemne como un sabio, y Jacinto ahogó una carcajada.

"Ve a por la crema solar", le dijo. "Os cubriré a Molly y a ti mientras tu padre se cambia, ¿vale?".

Salió corriendo de buena gana y reapareció con Molly pisándole los talones. Los sacó fuera y acababa de untarlos con loción cuando se abrió la puerta del patio y salió Douglas.

Sabía que estaba mirando fijamente, pero no pudo evitarlo. Douglas era *fornido*, como se decía en este siglo. Su pecho bronceado era ancho, con una ligera mata de pelo castaño claro rizado, que se estrechaba hasta una cintura ceñida y unas caderas estrechas, muy bien realzadas por el bañador azul marino que llevaba. Sus largas piernas eran musculosas y bien torneadas.

Al darse cuenta de que ella lo miraba, Douglas le sonrió. "¿Quieres untarme loción a mí también? -le ofreció, con voz baja y seductora, y una ceja enarcada de forma sugerente.

Jacynth ignoró su tembloroso interior. "No lo creo", replicó, retirándose a sentarse en una tumbona a cierta distancia de la piscina.

"Papá tiene que llevar crema solar o se quemará", dijo Benny en tono de ayuda.

Douglas consiguió parecer inocente y ligeramente dolido. "No querrás que me queme, ¿verdad?".

Con los dos niños mirándola, no tuvo más remedio.

"Sólo tu espalda", le dijo a Douglas.

Él sonrió, sentándose con cuidado en el borde de la tumbona. Ella le untó los hombros con una generosa cantidad de loción, frotándola. Su piel era suave y cálida al tacto. Le gustaba la musculatura de sus hombros, fuertes pero sin las ridículas protuberancias de las portadas de las novelas románticas. Su aroma masculino se mezclaba con el del bronceador, una combinación increíblemente agradable, cálida y terrosa. Sus dedos se entretuvieron explorando su espalda y sus hombros. Sacudiéndose la atracción, terminó de extenderle la loción por la espalda y le entregó el frasco.

"Tú puedes hacer el resto".

Douglas la miró por encima del hombro, con sus ojos azules y verdes brillando con maldad.

"¿Quieres que te lo haga?"

"¡No!" Casi se le corta la respiración. "No, gracias, estoy bien".

Le hizo un gesto para que se fuera, señalando a los niños que esperaban.

"¿La clase de natación?", sugirió con voz azucarada.

Douglas se limitó a sonreír y se levantó.

"En otra ocasión", prometió.

Aún le hormigueaban los dedos al sentirlo. No creía que pudiera soportarlo otra vez.

SOSTENIENDO A BENNY A FLOTE mientras el niño pataleaba vigorosamente con los pies, el recuerdo del tacto de Jacynth, sus dedos fuertes y tranquilizadores, permanecía. Desearla se estaba convirtiendo en un dolor continuo en sus entrañas, la necesidad de tomarla entre sus brazos en una compulsión creciente. Era extraño que tuviera tanto miedo del agua, ya que en realidad no podía hacerle daño. Recordó que se había mantenido alejada de la piscina cuando el técnico vino a limpiarla a principios de semana, pero él pensó que sólo se apartaba de su camino. En realidad, no recordaba que Jacynth se hubiera acercado a menos de tres metros de la piscina en las veces que habían estado en el jardín jugando con los niños.

Puso a Benny a practicar sus patadas desde el borde de la piscina, y tendió los brazos a Molly. Miró a Jacynth y casi se rió al verla tumbada boca abajo en la hamaca, devorando una

revista de hogar y jardín. Parecía tan... bueno, tan normal. Tan normal como June y Ward Cleaver. Sacudió la cabeza, riéndose en silencio de aquel pensamiento. ¿Normal? No había nada remotamente normal en tener un genio en su vida, y mucho menos en su patio trasero leyendo una revista femenina.

"¡Douglas!" Jacinth levantó la vista en ese momento, con sus ojos castaños brillantes. "Aquí dice que hay algo llamado rosa Princesa de Gales. ¿Podríamos conseguir una?"

"¿Uno?" ¿Una qué? ¿Rosa?

"Un rosal. Podríamos plantarlo bajo la ventana de Molly".

Molly le miró esperanzada. "¿Por favor, papá? Quiero rosas".

Le dio un golpecito en la nariz. "Siempre quieres cualquier flor, calabaza".

"Pero éste es especial", insistió Jacinth. "Fue bautizado oficialmente en honor de la princesa Diana. Aquí dice que es marfil tocado de rosa. Y el 15% de los beneficios se destinan a su fondo conmemorativo, para ayudar a la gente necesitada".

Douglas no pudo resistirse a la súplica de sus ojos más de lo que el sol pudo resistirse a salir.

"Vale, pasa la página y lo pediré", dijo.

La sonrisa que ella le dirigió fue su propia recompensa, pero él notó que sus ojos rebosaban de lágrimas no derramadas.

"Gracias. Significa mucho para mí. Diana me parecía maravillosa. Cuando la mataron apenas podía creerlo".

"No podías...", miró a Molly. "¿No había... ninguna forma de salvarla?".

Jacinth sacudió la cabeza, con tristeza en sus ojos oscuros. "Sin interferencias, Douglas".

"¿Interferir en qué?" intervino Benny.

Douglas puso los ojos en blanco.

"Continuaremos esta conversación más tarde", le dijo a Jacinto.

CAPÍTULO 13



"CON CUIDADO, DESPACIO".

Douglas acarició el hocico del caballo mientras comprobaba las correas cruzadas sujetas al ronزال. Asintió con aprobación a Daniel, el torpe estudiante de secundaria pelirrojo que trabajaba como voluntario después de clase. "Buen trabajo de acicalamiento".

Apolo había sido otro rescate, aunque afortunadamente no en las mismas condiciones desgarradoras que Firefly. El castrado alazán se iba hoy a su nuevo hogar.

"Le gusta que lo cepillen", dijo Daniel, pasando el cepillo duro por los flancos del caballo. "Se queda quieto durante horas con tal de que alguien tenga un cepillo en la mano".

Tenía un ligero tartamudeo y un trago nervioso que le hacía subir y bajar la nuez de Adán, algo que, según Douglas, desaparecería con la madurez y la confianza. El chico era bueno con los animales. Muchos de los estudiantes de bachillerato, de ojos brillantes y soñadores, no duraban mucho cuando se enfrentaban al lado más oscuro de la práctica veterinaria, pero Daniel nunca se había acobardado. Douglas pensaba que al chico le iría bien como veterinario, con el tiempo.

"¿Crees que cargará bien?" preguntó Douglas al chico. Ya sabía la respuesta, pero tenía curiosidad por conocer la opinión de Daniel.

El chico asintió con firmeza, desvaneciéndose parte de su timidez. "Sí, señor. Está bien con la carga. Llevamos una semana practicando cómo cargarlo. Sube por la rampa suavemente".

Apareció una gran camioneta azul, tirando de un remolque para caballos.

"Hora del espectáculo", dijo Douglas al chico, y se apartó para observar cómo Daniel agarraba con firmeza la cuerda de guía. El chico se movió con suave eficacia, sin movimientos apresurados que pudieran sobresaltar al caballo. Juntos avanzaron desde la oscuridad del establo hacia la brillante luz del sol.

"¿Quieres hacer los honores?" Douglas señaló con la cabeza el camión y el remolque que se acercaban.

Daniel se iluminó como un árbol de Navidad y sus ojos se abrieron de par en par por la expectación.

"¡Claro, Dr. McCandliss!"

Una figura alta y esbelta salió del edificio principal de la clínica y cruzó el aparcamiento, dirigiéndose claramente hacia él. Se devanó los sesos buscando el nombre de la mujer pelirroja, una veterinaria que trabajaba con Suzanne. Con alivio, su nombre le vino a la mente cuando ella se acercó; era tan grosero olvidar los nombres de sus propios empleados, aunque, en su defensa,

ella sólo trabajaba dentro, en el ala reservada a los perros. Se había cruzado con ella en los pasillos de vez en cuando, pero nada más.

"Buenos días, Beatriz", la saludó. "¿En qué puedo ayudarte?"

Le entregó un fajo de papeles. "La recepcionista me pidió que te trajera esto, los papeles de Apolo". Miró al caballo, que permanecía tranquilo junto a Daniel. Otro estudiante voluntario se apresuró a ayudar a abrir la puerta trasera del remolque y a bajar la rampa.

"Ah, sí". Douglas cogió los papeles, escaneándolos distraídamente. "Podría haber impreso copias desde aquí, pero gracias".

Beatrice se entretuvo. "¿Fuiste a la Conferencia Veterinaria el mes pasado?"

Levantando los ojos de los papeles, Douglas notó su expresión ansiosa. "Sí, en Michigan. Voy todos los años".

"Nunca he ido a una de las grandes conferencias. Espero ir a una el año que viene", confió. "Intento ampliar mi formación".

"Estupendo", aprobó Douglas, tomando nota para comprobar con Suzanne el rendimiento del técnico. A lo mejor podían idear una beca para que fuera. O tal vez podrían crear un premio al Técnico del Año que incluyera una beca para asistir a la conferencia, y dejar que los distintos técnicos y ayudantes compitieran por él. Lo plantearía en la próxima reunión de personal.

"Me preguntaba -continuó Beatrice, atrayendo de nuevo su atención hacia ella. Incluyó un poco la cabeza y le dirigió una mirada vacilante. "Me encantaría que me hablaras de la conferencia. ¿Quizá podríamos quedar después del trabajo y me lo contarías? ¿Quizá tomando algo?"

Tomado por sorpresa, Douglas se quedó mirándola un largo momento. Su cerebro parecía haberse apagado y no se le ocurría nada que decir.

"Umm..."

Le salvó de su dilema Daniel llamándole mientras se preparaban para cargar a Apolo en el remolque de caballos. "¡Dr. McCandliss, estamos listos!".

"¡Ya voy!" respondió, y se volvió hacia Beatriz. "Tendré que volver a hablar contigo de eso", prometió.

Corriendo hacia el remolque del caballo, hablando con los nuevos propietarios de Apolo y supervisando mientras Daniel conducía al dócil caballo por la rampa y lo aseguraba, Douglas se encontró dándole vueltas a las posibilidades.

¿Por qué no? Había estado pensando en salir con alguien, y ¿qué mejor manera de volver a la piscina de las citas que un encuentro agradable y sin estrés con un compañero de trabajo, hablando de trabajo? Podía hacerlo, pensó, satisfecho de sí mismo.

Tras despedir a Apolo y enviar a Daniel de vuelta al establo a sus quehaceres, Douglas cruzó el aparcamiento en dirección a la clínica. Atravesó las perreras, donde los perros aullaban ansiosos de atención, y salió a la relativa tranquilidad de las salas de exploración. Beatrice acababa de salir de una de ellas, con un portapapeles en una mano, con aspecto fresco y profesional, vestida con unos pantalones planchados y una túnica verde claro. Parecía contenta de verle.

"¡Dr. McCandliss!"

"He pensado en tu sugerencia -dijo, aclarándose la garganta. Se sentía extrañamente nervioso. Sólo era una reunión con un compañero de trabajo, se recordó. "¿Qué te parece si cenamos y hablamos de trabajo?"

Por un momento, sus ojos verde esmeralda parecieron agudizarse de un modo casi depredador. Luego sonrió, su rostro se iluminó, y la impresión desapareció. "Sí, me gustaría".

"¿El próximo viernes por la tarde? ¿A las siete?"

"Me encantará". De su portapapeles arrancó un trozo de papel y escribió en él.

"Mi dirección y mi teléfono", dijo ella, entregándoselo.

Lo cogió y se lo metió en el bolsillo. "¡Vale! Entonces nos vemos el viernes por la tarde".

Sintiéndose extrañamente aliviado de que aquello hubiera terminado, se dirigió de nuevo al granero. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que aquello era una mala idea. *¿Por qué iba a serlo?* discutió consigo mismo. Sólo era una cena con un compañero de trabajo. No pasaría nada.

Su siguiente cita era un poni de exhibición que necesitaba inoculaciones. Cogió la bolsa del despacho y salió hacia su camioneta. Acababa de salir por la carretera principal cuando la primera estrofa de "Erie Canal", de Bruce Springsteen, llenó el coche. Se echó a reír. Jacinth y los niños debían de haber saboteado su tono de llamada con la canción que Jacinth les había enseñado durante el largo viaje desde California. Pulsó el botón del volante para contestar y habló a través de la conexión Bluetooth.

"¿Diga?"

"Dr. McCandliss, me alegro de haberle pillado". Era Barbara, una de las recepcionistas. "Los Wallace han llamado para anular su cita. Parece que los niños han cogido la varicela... los tres".

Hizo una mueca de compasión. "¡Ay! Duro".

"La Sra. Wallace dice que volverá a llamar para cambiar la cita cuando las cosas se calmen".

"Entendido. Gracias por avisarme. Ah, y gracias por enviar el papeleo para que Apolo salga con Beatrice".

Hubo una ligera pausa al otro lado.

"Errr... ¿no?" aventuró Bárbara tímidamente. "Creía que solías hacerlo en tu despacho del granero".

Douglas se encogió de hombros. "Oh, bueno, quizá fuera Anna".

"Tal vez". Bárbara parecía poco convencida.

"Me voy a casa hasta mi próxima cita de esta tarde".

"Que tenga un buen día, Dr. McCandliss".

"Tú también".

Sin embargo, cuando llegó a la autopista, vaciló y luego accionó el intermitente en dirección contraria a su casa. Quería ver a alguien, y como no le esperaban en casa, era un buen momento.



UNA HORA MÁS TARDE, estaba sentado en su coche mirando a través de la abarrotada calle de Manhattan hacia la puerta de la tienda de antigüedades Whimsies. Y eso era otra cosa que añadir a la repentina extrañeza de su vida. Cada vez que había ido a esa tienda, había conseguido una plaza de aparcamiento a pocos metros de ella. O bien había una plaza vacía, o bien otro coche salía cuando él llegaba. En Manhattan. En el centro de Manhattan. En pleno día. Eso no ocurría.

Como antes, sonaron campanadas cuando abrió la puerta de la tienda. El hombre moreno que había visto en sus dos últimas visitas salió de una puerta situada más allá del mostrador y se detuvo en el umbral. Un destello de reconocimiento apareció en los profundos ojos azules del hombre mientras ambos se observaban mutuamente.

Finalmente, Douglas dio un paso adelante, sintiéndose incómodo. "¿Tú debes de ser Julian?"

Una sonrisa se dibujó en el rostro del hombre, que cruzó la habitación con una mano extendida. "Sí. Seguro que te has enterado de todo. Bienvenido al lado oscuro".

Douglas estrechó la mano de Julian, pero hizo una mueca. "Esto es irreal. En un momento soy un tipo normal que vive una vida normal y, al siguiente, hay un genio en mi salón. Por cierto, soy Douglas".

Julian lo condujo a la parte trasera de la tienda, actualmente vacía de clientes pero atestada de antigüedades de todo tipo. Señaló a Douglas un sillón en una pequeña agrupación alrededor de una mesa que contenía una placa caliente y todos los elementos necesarios para preparar té y café. Sirvió una taza de café humeante de una jarra, deteniéndose con una mirada interrogativa.

"Negro", afirmó Douglas, y cogió la taza que Julian le tendía.

Julian se sentó frente a él, inclinándose hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. "Entonces, ¿qué es lo que quieres saber?"

Douglas dio un sorbo cauteloso a la infusión caliente, apreciando su fuerza.

"No sé si tengo preguntas, precisamente", admitió. "Pero de repente hay genios... Djinn... y cambiaformas, y Dios sabe qué más, y nadie con quien pueda hablar de todo ello".

Las oscuras cejas del hombre que tenía enfrente se alzaron. "¿Mutaformas?"

"Sí, una gata doméstica, si puedes creerlo, que conocieron en el parque donde Jacinto llevaba a los niños a jugar, y que los siguió a casa para cenar. Es una cosa preciosa, enorme, con un pelaje largo y pesado. Estoy segura de que es una Maine Coon, y parece de pura raza".

"Ah". Julian se recostó en su silla, con un brillo en sus ojos azul oscuro. "Entonces ya conoces a Cat".

"Gato, eso es".

"¿Te ha dicho Jacinto algo más sobre ella?"

Alertado por la nota en la voz de Julian, Douglas le miró con atención aguzada. "Sólo que es una cambiaformas. ¿Por qué?"

"Alessandra y yo rescatamos a su hermana de un cambiaformas leopardo, en el bosque, un poco más al norte. Así fue como conocimos a Cat. De hecho, ese leopardo sigue cazándolas, a Cat y a Melanthe. De momento, la hermana y sus hijos se quedan con Alessandra y conmigo. No vemos mucho a Cat; tiene que mantenerse alejada para evitar que el leopardo la rastree hasta nosotros. ¿Dices que la encontraron en un parque?"

Douglas asintió. "Según los niños, estaba tumbada en un banco del parque tomando el sol, y se pararon a acariciarla. Al parecer, la gata tiene... er..." se aclaró la garganta, haciendo una mueca de dolor. "Capacidad telepática, y habla mente a mente con Jacinto".

Julian asintió. "Los metamorfos sí, aunque sólo en su forma animal".

Pasándose los dedos por el pelo, Douglas sacudió la cabeza. "¿Ves? Telepatía. Cambiaformas. Genios. Sé que es verdad, quiero decir, ahí está ella, viviendo en mi habitación de invitados que tiene adornada como una especie de harén o algo así, y preparando tazas de té y esas cosas cuando los niños no están. Pero luego me pongo a pensar en ello, ¿no? Y es como, completamente imposible. No puede ser real. Pero lo es".

"¿Viviendo en tu habitación de invitados?" Julian parecía interesado. "¿Cómo surgió eso?"

Brevemente, Douglas relató la situación con sus hijos, y su repentino pánico a reunirse con ellos, y le pidió a Jacinth que le acompañara. "Así que ella se queda por ahora, como niñera, hasta que encuentre a la persona adecuada para cuidar a los niños mientras yo estoy en el trabajo".

Pareciendo repentinamente pensativo, Julian extendió la mano con la palma hacia arriba y en ella apareció una humeante taza de café. Douglas lo miró fijamente.

"Creía que había dicho que ya no eras un Djinn".

La repentina sonrisa de Julian recordó mucho a la de Jacinth cuando estaba a punto de decir

algo escandaloso. Douglas se preparó.

"Nunca fui Djinn. Era un Mago, atado a la botella de Djinn para cumplir deseos". Se rió ante la expresión inexpressiva de Douglas. "Hay más magia en el mundo que la magia Djinn. Yo tengo la mía propia".

Mago. Mágico. Miró fijamente a Julian, que esbozó una sonrisa irónica. "Aunque, después de lanzar un hechizo que me tenía maldito -a falta de un término mejor- para conceder deseos durante seiscientos años, los únicos hechizos que hago estos días son conjurar té o café, y ayudar a que crezca el jardín de Alessandra".

"Jacinth mencionó a Alessandra. ¿Era la rubia que estaba contigo la noche que te traje la tetera?"

Julian soltó una carcajada. "¡Eso le gustaba demasiado! Tuve que pisarle el pie para que no se riera en tu cara. Estará encantada de oír todo lo que está pasando. De hecho..." Hizo una pausa, con la frente arrugada mientras reflexionaba. "A Alessandra le encantaría conoceros a ti y a tus hijos, y volver a ver a Jacinto. ¿Te gustaría venir algún día a nuestra casa? Podemos hacer una barbacoa".

"Es una gran idea", aprobó Douglas. "Me gusta. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo?"

Julian se encogió de hombros. "Ni idea. Haz que Jacinth llame a Alessandra y que lo averigüen. Luego tú y Alessandra podréis comparar notas sobre encontrar vuestra casa invadida por un genio". Sonrió. "Seguro que podemos mantener a los niños ocupados mientras habláis".

"Me viene bien. Te sugeriría mi casa, tengo una piscina. He estado enseñando a nadar a los niños, pero...". Douglas hizo una pausa, recordando otra pregunta que le había estado rondando la cabeza. "¿Sabes algo de esa aversión, o lo que sea, al agua que Jacinth dice que tienen los Djinn?"

Julian se enderezó, su expresión se volvió seria al asentir. "Ah, sí. No vas a conseguir que se acerque a tu piscina, ni a la orilla de una playa. Y sí, tiene razón, la mayoría de los Djinn sufren de eso hasta cierto punto".

"Pero dice que el agua no les hará daño", argumentó Douglas. "Así que es irracional".

"Tal vez. Pero, no obstante, el miedo es muy real. Para nosotros sería como una fobia, salvo que este miedo es omnipresente en toda la raza de los Djinn".

Una fobia. Bueno, vale, él podía verlo. "Se agitaba sólo de hablar de ello", recordó. "En cuanto se dejaba el tema, volvía a estar bien. Se sentó en una tumbona de la cubierta, riendo y hablando con los niños que estaban en la piscina. Incluso le lanzó una pelota a Benny unas cuantas veces cuando salió de la piscina".

Julian asintió. "Ya está".

Douglas tuvo que reírse cuando le vino un pensamiento repentino. "El gran tipo azul de la película no tuvo ningún problema en sumergirse en aguas profundas después de Aladino".

Sonriendo ampliamente, Julian le dio una palmada en el hombro. "Eso es porque no tenían un Djinn en su equipo de producción, amigo mío".

Douglas gimió mientras el café de su taza se rellenaba solo. "Oh, tío, esto es surrealista".

"Sólo te ayudo a acostumbrarte", dijo Julian, con aire demasiado engreído. "Ah, oye. ¿A ver si puedes traer a Cat cuando vengáis Jacinth y tú? Sé que Melanthe se siente aislada de ella, aunque hablan por teléfono a menudo. Jacinth puede asegurarse de que tu coche no pueda ser rastreado, así que sería lo bastante seguro para ella ir contigo".

"Esto del leopardo", avanzó Douglas con cautela. De repente se sentó más erguido. "¡Espera un momento!"

Su mente saltó a la acción cuando las cosas empezaron a encajar. "¿Dijiste que rescataste a

Melanthe en el bosque, al norte de la ciudad?".

"Sí, ¿por qué?"

Douglas metió la mano por detrás y sacó la cartera. Abriéndola, sacó su tarjeta de visita y se la entregó a Julian.

Julian frunció los labios y soltó un lento silbido al leerlo. "Joder, tío. Esto es casi surrealista, las coincidencias se acumulan aquí. Tu clínica es donde nos detuvimos después de rescatar a Melanthe. Alessandra entró y utilizó el teléfono de la recepcionista para llamar a la hermana de Melanthe... que sería Cat".

"Hemos recibido algunas llamadas a la clínica con informes de huellas de grandes felinos, pero ningún avistamiento real de un gran felino. Tenemos gatos monteses por todas partes, y ya sabes cómo es la gente... ven una huella de gato montés y de repente se extiende el rumor de que hay un león suelto. No lo tuvimos en cuenta, sobre todo porque no hay noticias de ninguna matanza, y las habría si hubiera un gran felino suelto."

Julian puso mala cara. "Eso es porque es un metamorfo, y sus objetivos son otros metamorfos. Es lo que llaman un pícaro. Por lo visto, cuando se instala en un territorio -como ha hecho ésta-, lo primero que hace es expulsar a cualquier otra metamorfa que considere su competencia. Persiguió a Melanthe y la atrapó en el bosque cuando estaba embarazada, obligándola a adoptar su forma felina y a tener a sus hijos como gatitos".

Douglas le miró fijamente durante un largo instante. "Soy veterinario. ¿Sabes lo extraño que me suena eso?"

Riéndose, Julian señaló con la cabeza la taza que sostenía Douglas. Al mirar hacia abajo, vio que la taza estaba llena de nuevo, y que el vapor salía de la infusión caliente. "Joder".

Dio un sorbo al café, mientras sus pensamientos daban vueltas. "Un gato fue atacado por un perro en nuestro parque. ¿Podría ser ese... ese canalla?"

Los labios de Julian se tensaron, delatando ansiedad. "Si tu pregunta es si el perro podría haber sido el metamorfo, la respuesta es no. Los metamorfos sólo pueden adoptar la forma de un animal, la mitad animal de su naturaleza. Pero es posible que, puesto que los metamorfos son telepáticos en su forma animal, tal vez ella pudiera haber controlado de algún modo al perro. Preguntaré a Melanthe al respecto. Pero no me gusta este ataque a Cat. Cuéntame más".

Douglas transmitió lo que sabía. "Pero Troy, mi compañero, dice que estará bien. La tiene en su casa, en el campo, allí estará a salvo con él. Cuando llegue a casa también hablaré con Jacinth. Si no, podemos llevar a Cat a tu casa para que vea a su hermana de vez en cuando. No hay problema".

"Eso hará feliz a Melanthe y, para ser sincera, también a mí misma y a Alessandra. Sé que Jacinth ha intentado darnos tiempo para nosotras desde que acabamos de casarnos. No creo que se dé cuenta de lo mucho que la echamos de menos. Alessandra y ella se unieron desde el momento en que se conocieron y, por supuesto, Jacinth ha sido mi mentora durante siglos. Es parte integrante de nuestra familia".

Al repetir esta conversación a Jacinto una hora más tarde, no se sorprendió al ver que las lágrimas brotaban de sus ojos, aferrándose a las largas y rizadas pestañas negras.

"¡Oh! ¡Los he echado tanto de menos!" Le sonrió tímidamente. "¡No puedo creer que hayas ido a ver a Julian! ¡Qué maravilla! Ahora mismo llamo a Alessandra".

Una voz apagada cantó desde su bolsillo trasero. *Tengo una mula que se llama Sal...*

Lanzando una mirada acusadora a Jacinto, sacó su teléfono. "¿Sí?" Escuchó un momento. "Sí, vale. Voy para allá".

Se encogió de hombros en respuesta a la mirada interrogante de Jacinto. "Troy me quiere en

la clínica. Tengo que irme".

"De acuerdo. No dejes de preguntarle cómo le va a Cat, ¿quieres?".

Douglas asintió, luego hizo una pausa, mirando hacia atrás por encima del hombro. "Tengo un par de citas esta tarde, así que me quedaré en la clínica hasta mi próxima cita. Puede que llegue tarde, así que no me retengáis la cena".

CAPÍTULO 14



"¡EH, JACINTH!"

Sobresaltada, levantó la vista de donde estaba fregando los platos de la comida y vio a Douglas de pie en la entrada, con una gran caja de archivo blanca en la mano. Miró el reloj de pared; apenas había pasado una hora desde que él se había marchado.

"Creía que ibas a estar en el trabajo hasta la noche".

Sacudió la cabeza. "¿Me dejas entrar? Tengo las manos un poco ocupadas".

Fue a abrir la puerta, lanzando una mirada interrogativa a la caja. "Creía que teníais recepcionistas que se encargaban del archivo y el papeleo".

Sacudió la cabeza, sonriéndole. "¿Están aquí los niños?"

"¡Pues claro! Están jugando en sus habitaciones, deja que vaya a buscarlos".

Douglas llevó su caja al salón mientras llamaba a Benny y Molly para que vinieran. Cuando todos se hubieron reunido curiosos alrededor, levantó la tapa de la caja. En un nido de papel triturado había un pequeño gatito acurrucado y dormido. Era una bolita peluda y redonda, de la que sobresalía su pelaje rojo intenso con marcas atigradas más oscuras.

Jacinto se echó a reír. "¡A que sí, cariño!"

"¿Podemos sujetarlo?" preguntó Benny, mientras Molly se limitaba a mirar, con los ojos muy abiertos y ansiosa.

"Por ahora vamos a ir poco a poco hasta que se acostumbre a nosotros. Aquí, Jacinth puede sostenerlo y vosotros dos podéis acariciarlo. Ahora con suavidad".

Douglas lo sacó de la caja. La cosita le cabía en la mano, y Jacinth sintió que el corazón le daba un vuelco cuando se la tendió.

"Oh, Douglas".

El gatito se estiró y bostezó ampliamente, y unos grandes ojos dorados se abrieron para mirarla con sueño. Las marcas atigradas eran más evidentes en su cara que en su cuerpo peludo.

"¡Eh, parece Gato!" señaló Benny.

Jacinto estudió a la pequeña criatura.

"Claro que sí", convino ella.

"¿Crees que es su bebé?" quiso saber el niño.

Cogida desprevenida, Jacinth se atragantó hasta que Douglas tuvo que golpearla en la espalda.

"Eh... no, hijo. No lo creo", dijo Douglas al chico. "De hecho, lo sé a ciencia cierta. Es de una criadora de Maine Coons que ha traído hoy una camada para que les pusieran las vacunas. Troy

me llamó para que viniera a verlo y le compré éste".

"¿Para que nos lo quedemos? ¿De verdad?"

"Sí, de verdad".

Jacinth tuvo que sonreír ante la emoción de los niños. Una mascota era justo lo que necesitaban. Benny había estado acariciando al gatito todo este tiempo, pero ahora Molly se acercó, claramente deseando su turno.

"Vamos, Molly". Jacinth se inclinó para rodear a la niña con un brazo, atrayéndola hacia sí. "Toma, acarícialo como te enseñé con Cat".

El gatito, aparentemente perfectamente contento con su nueva situación, bostezó de nuevo, y luego golpeó sin previo aviso el mechón de pelo rubio que le caía cuando Molly se inclinó sobre él. Ambos niños soltaron una risita cuando capturó unos mechones con sus minúsculas garras y se preparó para otro ataque.

Riendo, Jacinth dejó al gatito en el suelo. "Ve a buscar un trozo de cuerda, Benny. Quizá lo persiga".

Benny corrió a buscar un poco de cuerda mientras Molly, embelesada, se ponía a cuatro patas, dejando que sus largos rizos rozaran la alfombra para que el gatito se abalanzara sobre ella.

Jacinth volvió a sentarse en su silla, inclinándose hacia Douglas.

"Qué buena idea", susurró. "No hay más que ver a Molly".

"Ni siquiera se me había ocurrido regalarle una mascota", confesó, con cara de culpabilidad. "Eso la habría sacado de su caparazón hace días, ¿no?".

"Puede que sí. Pero, de todos modos, ha vuelto en sí", le recordó ella.

Douglas murmuró algo, y Jacinth sonrió, segura de haber oído algo de "carámbano arrogante" entre sus refunfuños *sotto voce*.

"Hola". La sonrisa de Jacinth era casi perversa. "¿Crees que deberíamos, ya sabes, decirle a Cat lo que pensaba Benny?"

La expresión de horror de su cara no tenía precio, y ella se echó a reír.

"¡No, no creo!" Le tiró ligeramente del pelo. "Pero fue el parecido de los gatitos con Cat lo que hizo que Troy me llamara para que viniera a echar un vistazo".

Jacinth miró al suelo, donde el gatito perseguía ahora la cinta de pelo largo... una de Molly... que Benny había gorroneado.

"¿Cómo lo llamaremos?"

"Ah". Douglas sacó un sobre de la caja. "Ya le han puesto nombre y lo han registrado. La criadora había planeado quedarse con este pequeñajo para exhibirlo, pero cuando le conté que Molly no hablaba, y Troy le explicó lo de Cat y lo mucho que se parecía a ella, accedió a venderlo. Se llama HavenCats Brandywine".

"¿Brandywine? Qué mono". Jacinth arrugó la nariz. "Aunque un poco raro".

"En absoluto". Los ojos de Douglas brillaron, complacidos. "Por lo visto, el criador es un fan de Tolkien; Brandywine es un río de la trilogía de El Señor de los Anillos. Pero podemos llamar Brandy a la gatita".

Su conversación había captado la atención de Benny, que miró a su alrededor desde donde estaba arrodillado en el suelo.

"¿Brandy? ¿Así se llama?"

Ante el asentimiento de Douglas, Benny soltó un sonoro "¡Genial!" antes de volver a jugar con el gatito.

Jacinth se puso en pie. "Bueno, será mejor que termine de meter los platos en el lavavajillas y

luego limpiaré un armario para la comida del gato".

Douglas se levantó también, asintiendo. "He traído comida y una caja de arena... todo lo que necesita el pequeño. Iré a buscarlo al coche".

Lo trajo. Todo él. Al tercer viaje desde el coche, Jacinth se reía tanto que tuvo que sentarse en el suelo de la cocina, mientras Molly y Benny, el niño que acunaba con cuidado al gatito, se acercaban a mirarlo con curiosidad.

"Una bolsa de 5 kilos de comida para gatitos", jadeó entre espasmos. "Douglas, habrá crecido antes de poder comerse la mitad. Y tres... ¡tres! cajas de comida enlatada. La caja de arena más grande jamás vista, y una caja de 21 libras de EverClean. Cinco ratones peludos, un rascador para gatos... Douglas, sólo tienes un gatito, no toda la camada".

Douglas parecía satisfecho de sí mismo. "Eso no es nada. Espera a ver la *pieza de resistencia*".

Salió hacia el coche y volvió, resoplando, unos minutos después, con un árbol para gatos del suelo al techo, con perchas y columpios y escondrijos.

Jacinth se echó a reír una vez más, mientras los niños gritaban. Douglas lo colocó en un rincón de la sala de estar, y luego retrocedió orgulloso.

"A ver si le gusta".

Benny acercó al gatito y lo depositó sobre la amplia base alfombrada. Brandy le dio un olfateo superficial y luego se apartó desinteresadamente para lavarse las patas sobre las orejas en un vigoroso baño.

"Oh, espera, ya lo sé". Douglas fue a buscar una bolsa de papel marrón que había puesto sobre la mesa. "Toma".

Sacó una bolsita de plástico con hierba gatera y la abrió con cuidado, luego la frotó en la base y la plataforma inferior del árbol para gatos. Todos se apartaron para observar. La cola de Brandy se crispó y el cuerpecito bajó hasta el suelo mientras la gatita avanzaba sigilosamente, atenta. Jacinth soltó una risita junto con Ben y Molly cuando el pequeño lomo empezó a contonearse de un lado a otro.

"¿Ves? Se está preparando para abalanzarse", susurró a los niños.

Y se abalanzó. Con un enorme salto, Brandy se lanzó hacia delante, aterrizando en medio de la bolsa de papel marrón. Encandilado por el sonido y el tacto crujientes, atacó el extremo que asomaba. Por el rabillo del ojo, divisó la punta de su cola agitada y se aquietó; luego, con un gran salto, giró en el aire para atrapar al vuelo el objeto en movimiento. Molly cayó desplomada de la risa, mientras Benny se deshacía en carcajadas.

Al ver la expresión cabizbaja de Douglas, Jacinth soltó una risita. "Desde luego, le has conseguido todo lo que su corazoncito de gatito podía desear".

Suspiró, pasándose los dedos por el pelo, y sonrió con pesar.

"Oye, quizá podamos invitar a Cat a venir a jugar".

Con una risita, rebuscó las llaves en el bolsillo. "Hablando de jugar, se acabó mi tiempo de juego. Tengo que estar en la granja de los Johnson dentro de media hora, así que será mejor que me ponga en marcha. Nos vemos esta noche".

El gatito mostraba signos de somnolencia, bostezando y estirándose, y ya era hora de la siesta de los niños, así que Jacinto los metió en sus camas, mientras Brandy se acurrucaba en un rincón del sofá, ya dormido cuando Jacinto volvió por el pasillo.

Había cargado los pocos cubiertos que quedaban en el lavavajillas y había puesto en marcha la máquina, cuando sonó el timbre. Tal vez fuera Troy, que venía a traer a Cat, aunque había prometido llamar antes. Bueno, al menos los platos estaban lavados. Se limpió las manos en una

toalla y fue a atender la llamada.

La sonrisa de bienvenida de Jacinth se desvaneció al adivinar inmediatamente la identidad de la mujer que estaba de pie en el porche. Era asombroso lo mucho que se parecían los niños a ella, Molly en particular... los rizos rubios brillantes, los ojos azul oscuro. Salvo que los ojos de los niños no estaban teñidos de rojo y eran astutos, lanzándose aquí y allá como si juzgara su entorno, a su oponente.

Oh, sí, pensó Jacinto, será mejor que tengas cuidado, porque nunca antes habías contado con un Djinn.

"Señorita Jas, ¿quién es?" Benny entró corriendo en la casa y se detuvo en la puerta de la cocina para mirar fijamente a su madre. Sin apartar los ojos de la mujer, Jacinth pudo sentir su consternación, su miedo repentino.

"Benny, vuelve a tu habitación", le dijo con calma. "Se supone que tienes que echarte la siesta".

No había forma de que su madre pudiera llevárselo contra la voluntad de Jacinto, pero el niño no podía saberlo. Tampoco serviría de nada que Benny la vigilara si hacía "cosas raras", como Douglas insistía en llamar a sus poderes de Djinn. Y *quería meterle* el miedo en el cuerpo a aquella mujer. Lo que Lilian había hecho a Ben y Molly, y a Douglas, era inconcebible... y sólo por rencor. No era como si realmente hubiera querido a los niños o se hubiera preocupado por ellos. Eso era evidente.

"¿Quién eres?" preguntó Lilian, tras haber mirado a Jacinth de arriba abajo. Había curiosidad en su mirada, hostilidad contenida; la mujer esperaba, pensó Jacinto, hasta averiguar si ella, Jacinto, se opondría, antes de volverse desagradable.

"Soy la niñera de los niños".

"Ya veo". Lilian sonrió, evidentemente satisfecha de que alguien tan joven y pequeño fuera el único obstáculo entre ella y los niños. "Soy Lilian... la madre de Ben y Molly. He venido a verlos".

Dio un paso adelante, esperando claramente que Jacinto la invitara a entrar. Jacinto no se movió.

"Lo siento mucho", le dijo a la mujer. "Mis instrucciones son no dejar entrar a nadie en la casa sin permiso del señor McCandliss".

La irritación apareció en el rostro de Lilian, pero fue rápidamente sustituida por una sonrisa amistosa.

"Oh, seguro que Doug no se refería a mí. Soy su madre".

"Quizá no". Jacinto se hizo eco de la sonrisa de la mujer con una igual de amistosa... e igual de falsa. "Pero quizá deberías volver cuando esté aquí. O podrías llamarle al trabajo para que me lo aclare".

Los ojos de Lilian se abrieron ligeramente y su fina boca se tensó con irritación.

"Esto es ridículo", afirmó. "Ben y Molly son mis hijos y tengo derecho a verlos. He venido desde California sólo para pasar un rato con mis queridos".

Oh, joder, pensó Jacinth, resistiendo el impulso de poner los ojos en blanco como hacía a veces Benny. ¿Hasta qué punto puedes ser patético?

"Quizá podrías volver con una orden judicial que demuestre que tienes derecho de visita los miércoles por la tarde", sugirió Jacinth con su mejor expresión candorosa. "No quisiera privarte de tu derecho legal a ver a los niños. Mientras tanto, si llamas a su padre y le preguntas qué quiere que haga, estaré encantada de dejarte entrar con su permiso".

Una oleada de satisfacción la inundó cuando el rostro de Lilian se puso feo. Quería que la

mujer mayor estuviera acalorada, sin control y pensando con frialdad. Que hiciera un solo movimiento y...

"¿Hay algún problema?"

Jacinth dio un respingo al oír una voz grave a su espalda y se giró consternada. Exhaló un suspiro de frustración al ver la figura alta y delgada vestida de negro, con una pesada capa que se arremolinaba en torno a sus pies calzados, en marcado contraste con su cabello blanco.

Kieran le puso una mano pesada en el hombro, y sus dedos se enroscaron en su carne en señal de advertencia. Su fría mirada se posó en Lilian, desafiante, mientras Jacinth echaba humo. ¡Maldito sea por estropearle el plan! Sin embargo, Lilian parecía encantada y su mirada pasaba de Jacinth a Kieran. Jacinth deseaba borrar la mueca de desprecio del rostro de la mujer.

"¿Así que entretienes a hombres mientras se supone que cuidas de niños impresionables? Espera a que Doug se entere de esto".

Jacinth se limitó a levantar las cejas. "Puesto que se trata de mi padrastro, no creo que Douglas tuviera ningún problema con su visita. De hecho, mi padrastro es uno de los favoritos de Molly. Le adora".

Las mejillas de Lilian se sonrojaron y la rubia los miró a ambos durante un largo rato. Sus pensamientos eran transparentemente claros cuando Lilian tomó la decisión de que no iba a ser capaz de pasar físicamente por encima de Kieran como había planeado hacer con Jacinth. Con un respingo, la mujer se dio la vuelta y bajó los escalones.

"¿Padrastro?" preguntó Kieran a Jacinth levantando una ceja negra y móvil mientras cerraba la puerta principal.

Ella le sonrió. "Te hubiera gustado estarlo. Bastante cerca".

"Parece que he llegado justo a tiempo. Deberías haberme llamado antes".

Al recordar cómo su aparición había frustrado su plan, Jacinth frunció el ceño. "No te he llamado para nada. ¿Por qué estás aquí?"

"Vigilándote. ¿Y qué ibas a hacer, si se puede saber?".

Sintió que un rubor culpable subía a sus mejillas.

"No intervención", le dijo Kieran con severidad. "No interferimos, salvo en asuntos de los deseos".

"Iba a intentar llevarse a Molly y a Benny por la fuerza", dijo Jacinth con insistencia, sintiéndose malhumorada. Sabía que estaba siendo infantil, haciendo pucheros como Molly cuando no se salía con la suya. Pero había deseado llegar a enfrentarse a la ex mujer de Douglas.

"Y no la estabas empujando para que lo hiciera, claro".

Se sonrojó más y apartó la mirada. Nunca había puesto nada por encima de Kieran. Un roce fugaz en su mejilla la hizo levantar la vista.

"Si intenta llevarse a los niños por la fuerza, haz lo que debas. Pero si tal... confrontación... puede evitarse, es lo mejor".

"Lo sé". Suspiró. "Tienes razón, probablemente sea mejor así. Me portaré bien, te lo prometo".

"¡Se ha ido!" resonó el grito de Benny, y el chiquillo se impulsó por el pasillo para lanzar su pequeño cuerpo contra las piernas de Jacinth. Justo detrás de él venía Molly, con los ojos encendidos de reconocimiento.

"¡Kayr!"

Inclinándose para levantar a Molly, equilibrándola cuidadosamente sobre su cadera mientras ella lo abrazaba con alegría, Jacinth nunca había visto a Kieran tan... bueno, tan humano. Las duras líneas de su rostro frío y apuesto se suavizaron mientras contemplaba a la niña en sus

brazos, escuchándola hablarle de sus muñecas y su nuevo libro ilustrado con una paciencia sorprendente para alguien legendario por su franqueza orientada a los objetivos y su intolerancia hacia la frivolidad o la frivolidad.

Benny tiró de la mano de Jacinth, reclamando su atención.

"¿Era mamá! No nos va a llevar, ¿verdad?"

"No, cariño". Jacinth se arrodilló y atrajo al niño hacia sí para darle un fuerte abrazo. "Kieran y yo no dejaremos que te lleve, y tu padre tampoco".

Su labio inferior sobresalía tanto que podría haber plantado flores en él.

"¿Y si viene otra vez, cuando él no esté aquí?". Benny asintió a Kieran. Jacinth le abrazó con más fuerza.

"Quiero que confíes en mí, Benny. Pase lo que pase, puedo manejarlo. Tú y Molly estáis a salvo conmigo, y no quiero que te preocupes. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo".

Su palabra pareció bastarle y se retorció para liberarse. Ella lo soltó y él corrió a jugar con sus juguetes, confiado en su capacidad para protegerlos a él y a su hermana. Tan confiado, pensó con un suspiro, viéndole marchar. Si hubiera más adultos que tuvieran la fe y la confianza absolutas, la fácil aceptación de los niños, el mundo sería un lugar mejor.

Se volvió para observar a Kieran y Molly, ocultando su sonrisa. La manita regordeta de Molly estaba en la mejilla de Kieran, volviéndole la cara hacia ella, cautivando su atención mientras ella parloteaba. Sus hermosos rizos caían sobre su hombro, mezclándose con el pálido cabello de Kieran como hebras de oro sobre la nieve. Jacinth la observó, guardando la imagen para el recuerdo. Podría burlarse de él durante eones. Sería especialmente satisfactorio recordárselo cada vez que se pusiera en su modo estirado, prepotente y de *nobleza obligada* de señor a campesino.

"Ya lo he oído".

Kieran habló sin apartar la atención de Molly, y Jacinth sonrió. "Se supone que no debes escuchar pensamientos privados".

"Prácticamente gritabas tu regocijo", respondió secamente.

Ya me lo imaginaba. Reprimir sus emociones nunca había sido uno de sus puntos fuertes. Miró el teléfono con desgana. Douglas necesitaba que le dijeran que Lilian había aparecido e intentado llevarse a los niños.

"Será mejor que llame a Douglas".

Movió a la niña entre sus brazos. "Yo vigilaré a Molly".

Jacinto resopló. "¿Creo que es ella la que te vigila!".

Los fríos ojos azules se iluminaron con un humor desacostumbrado.

"Ve a hacer tu llamada", fue todo lo que dijo.

Douglas no estaba muy contento.

"¿No puedo creer que haya tenido el descaro de presentarse allí!". Sonaba enfadado y frustrado. "Ahora vuelvo a casa".

"No, no", se apresuró a tranquilizarle Jacinth. "Kieran vino y ella se fue sin siquiera discutir. No puede llevarse a los niños, Douglas. No de mí".

"Tienes razón". Pero su voz estaba tensa por la ansiedad.

"Douglas, no pasa nada. Los niños ni siquiera están enfadados. Benny se ha ido corriendo a jugar con sus trenes, y Molly está abrazada a Kieran".

Eso le arrancó una carcajada.

"Si no lo hubiera visto por mí mismo, no te creería", admitió Douglas. "Es un tío que da

miedo".

"¡No lo es!" defendió Jacinth con firmeza. "Sólo es... bueno...".

"¿Sí?"

Se lo pensó mucho. "Intenso".

La rica risita de Douglas vibró por la línea telefónica. "Así es".

"Creo que deberías llamar a la policía", dijo ella, preocupada. "Quiero decir... no puede quitármelos, pero tienen que saber que está aquí y que ha hecho un intento por conseguirlos. Y Benny empezará pronto el colegio".

Douglas maldijo. "Sí, buena idea. Me pondré a ello. ¿Seguro que no necesitas que vaya a casa?".

"No. Kieran está aquí, y ya sabes que vosotros dos sois como el aceite y el agua juntos".

Volvió a reírse. "Sí, pero si vela por ti y por los niños no me importa tanto".

Jacinth entrecerró los ojos, no sabía si sentirse insultada.

"No necesito que nadie cuide de mí".

"Soy muy consciente de ello". La voz de Douglas era apenada. "Es que *pareces* tan condenadamente pequeña y delicada".

Jacinto suspiró. "Toda mi vida ha sido una maldición. Pero puedo cuidar de mí misma, y *de* Benny y Molly. Así que no te preocupes por nosotros, ¿vale, Douglas?".

"Entendido".

Sonriendo, colgó el teléfono. Se volvió y vio a Kieran mirándola, con un rostro tan frío y distante como nunca lo había visto. Con una palmada en la mejilla sonrosada de la niña, dejó que Molly se deslizara hasta el suelo.

"Ahora me voy. Llámame si me necesitas".

CAPÍTULO 15



DADOS LOS ACONTECIMIENTOS DEL DÍA, Douglas no se sorprendió tanto como podría haberse sorprendido cuando la madre de Jacinth apareció aquella noche. De hecho, se sintió orgulloso de sí mismo por apenas pestañear ante la explosión de sensual belleza en su salón, que los envolvió en una nube de perfume tan exótico como ella misma. Más alta que su hija, con una sinuosa elegancia en marcado contraste con la abierta *alegría de vivir* de Jacinth, Zahra era una sensual hechicera de cabello rojo oscuro que caía en ondulantes ondas hasta su cintura, enmarcando sus exuberantes curvas. Sus ojos rasgados de un verde brillante, realzados por unas pestañas negras curvadas, habrían hecho honor a una diosa felina egipcia.

"*Ya helwa*. Mi amor". Envolvió a Jacinth en sus brazos para abrazarla brevemente y luego se enderezó, mirando a través de la habitación a Douglas, que se había puesto en pie al verla entrar. "¿Y éste es...?"

Si Zahra tuviera una cola, pensó, sería un tic.

"Éste es Douglas. Douglas, mi madre, Zahra". Jacinth habló cortésmente... en su tono de "niñera", pensó con cierta diversión. "Douglas es mi *Sahib*. Como seguro que sabes por Kieran".

Los ojos esmeralda de Zahra brillaron con humor. "Oh, muy bien. Admito que me muero de curiosidad".

Ella extendió una mano delgada por encima de la mesita. Él la cogió, comprendiendo que el apretón de manos formaba parte de su juicio tanto como el rápido y agudo escrutinio que ella le enviaba desde debajo de aquellas increíbles pestañas. Su piel era fresca y suave, ligeramente perfumada, no como la de Jacinto, cálida y palpitante de vida.

Zahra se apartó para sentarse en una silla colocada en ángulo recto respecto a donde Douglas había estado sentado en el sofá antes de su brusca llegada. Iba vestida con un traje a medida extremadamente elegante de lino color crema, con la chaqueta abierta para mostrar una blusa de seda verde suave que reflejaba débilmente el brillo esmeralda de sus ojos. Unas transparentes medias de nylon que Douglas no dudaba que eran extremadamente caras cubrían sus largas y torneadas piernas, y las sandalias de tacón alto que llevaba eran de charol. Salvo por el aire de madurez y el agudo conocimiento que había en el fondo de sus ojos esmeralda, podría haber pasado por una modelo veinteañera.

"Cuéntamelo todo", invitó a Jacinto, acomodándose con elegancia en el sillón, con una sonrisa que los envolvía a los dos.

"¿Y si la pones al corriente?", preguntó Douglas a Jacinth, que había vuelto a sentarse en el sofá, "mientras nos preparo café a todos".

Jacynth asintió enérgicamente y se lanzó a relatar los acontecimientos ocurridos desde que había llegado a la vida de Douglas. Douglas escapó a la cocina, un poco desconcertado. ¿Qué había sido de su vida? se preguntó, echando el café en la cesta. Había sido un tipo sencillo, con los problemas habituales de la ex mujer y la custodia. Salvo que Lilian le había robado a los niños, todo había sido bastante normal. Y de repente aquí estaba, con genies.... Djinn... entrando y saliendo de su casa. Tenía una niñera persa de novecientos años para sus hijos. Su madre, que apenas parecía mayor que su hija, rivalizaba con Greta Garbo y Marilyn Monroe en atractivo sexual, mientras que su propia hija, que apenas hablaba, se había encariñado con fascinación de un antiguo genio que parecía moler los huesos de los mortales para hacer su pan.

Y tenía una burbuja de risa en el pecho constantemente. Apenas podía esperar a llegar a casa cada noche para ver qué iba a ocurrir a continuación. Los fines de semana eran una locura, llenos de diversión y emoción.

Hecho el café, sirvió tres tazas y las llevó al salón. Encontró a Jacinto terminando su relato, y a Zahra chispeando de indignación.

"¡Cómo se atreve!" Los ojos esmeralda brillaron furiosos. "¡Venir aquí e intentar robártelos otra vez! Espero que la hayas convertido en sapo".

"Tenía una idea mejor que ésta", confió Jacinth. "Pero vino Kieran y no me dejó".

Su madre suspiró comprensiva. "Kieran puede ser tan difícil".

Jacinto sonrió con perverso placer. "Tendrías que haberlo visto envuelto en el dedito de Molly".

Zahra la miró fijamente. La sonrisa de Jacinth se ensanchó. Riéndose, Douglas se sentó a su lado en el sofá, disfrutando de la reacción de su madre. Zahra dirigió hacia él aquella mirada verde.

"¿Molly es tu hija? ¿La pequeña?"

Él asintió, y ella volvió a centrar su atención en Jacinto.

"¿De qué Kieran estamos hablando?", preguntó con cautela.

"Ésa", afirmó Jacinth. "Se quedó de pie y la sostuvo sobre su cadera mientras ella hablaba con él durante media hora. Y en esta misma habitación".

Zahra parecía conmovida hasta la médula. Los miró fijamente, sin habla.

"Molly le echó un vistazo y decidió que era su alma gemela", dijo Jacinth, saboreando la reacción de su madre.

"Prácticamente tuvimos que despegarla de él", corroboró Douglas. Hizo una mueca de recuerdo. "No antes de que prácticamente me despellejara por no utilizar un deseo para hacerla hablar".

"Sí, me habló un poco de esa parte... del niño que no habla", dijo Zahra, pareciendo meditar las cosas. Una sonrisa felina curvó sus labios. "Bueno, bueno, bueno".

"¡Eh, papá!" Benny entró corriendo en la habitación y se detuvo sorprendido al ver al visitante.

"Tú debes de ser Benny". Zahra sonrió al chico, y él la miró fascinado. "Soy la madre de Jacinto. He venido a conocer a tu familia".

Benny frunció rápidamente el ceño y miró hacia la puerta. "No he oído el timbre".

"Estaba en la cocina y la vi subir por el pasillo", balbuceó Jacinth rápidamente, ante la total admiración de Douglas. Realmente iban a tener que tener más cuidado. Benny era muy listo y, a este paso, con Kieran apareciendo dos veces y ahora la madre de Jacinth de la nada, no tardaría mucho en descubrir la verdad.

Molly entró en la habitación justo en ese momento y fue presentada. Con lo obsesionada que

estaba con Kieran, Douglas casi había esperado que se lanzara también sobre aquel Djinn. Pero Molly se mostró tímida ante la elegante desconocida, y echó un vistazo a la madre de Jacinth desde la seguridad del lado de Douglas. Douglas observó cómo Zahra engatusaba suavemente a Molly, sacando a la niña de su timidez. La madre, pensó Douglas, podía encantar a los pájaros de los árboles. Era casi injusto que ella también tuviera la ventaja de ser djinn.

Zahra le lanzó una mirada de reojo, llena de diversión, y él miró alarmado a Jacinto. Su expresión era igual de divertida, por lo que dedujo que su madre podía leerle el pensamiento. Gimió en voz alta y Jacinto soltó una risita.

"Kieran también", le confió mucho más tarde, después de que hubieran metido a los niños en la cama. "Sólo los Djinn más fuertes tienen esa capacidad. Y no todos la desean. Sé que yo no. Creo que sería muy inquietante oír los pensamientos de la gente".

Una vez dormidos los niños, los tres se habían instalado en el salón con tazas de café recién hecho, cuando el aire brilló y un apuesto joven... ¿Djinn? ...apareció ante ellos. Era esbelto y moreno, con una abundante cabellera negra ondulante y ojos negros chasqueantes. No pareció reparar en Douglas ni en Zahra, y se dirigió a Jacinth.

"Salaam, Jacinth. ¿Cómo te van las cosas? Me alegro de volver a verte".

Douglas se erizó, pero se calmó ante la sonrisa irónica que le dirigió Jacinth, cuyos dedos apretaron los suyos con una ligera presión.

"Yo también me alegro de verte, Samir. Qué bien que hayas venido sólo a verme".

El djinn sonrió con complacencia y deslizó una mirada de reojo en dirección a Zahra. De repente, Douglas comprendió. Se trataba de uno de los pretendientes de la madre. No era de extrañar que Zahra no hubiera elegido marido, si este espécimen era representativo.

El djinn mostró sorpresa. "¡Zahra! No te había visto aquí".

Jacinto puso los ojos en blanco, pero Zahra le saludó con una amable inclinación de cabeza.

"Salaam, Samir. ¿Qué te trae a visitar a mi hija?"

"Oh, bueno...", titubeó un poco, y se recompuso, volviendo la mirada de suficiencia. "Hacía décadas que Jacinto no se manifestaba en este mundo, y quería darle la bienvenida y renovar nuestra amistad".

"Qué amable", murmuró Jacinto secamente.

Impermeable al sarcasmo, el Djinn se acicaló, alisándose la corta y puntiaguda barba. La mirada que lanzó a Zahra, Douglas estaba seguro, era para asegurarse de que ella admiraba su fina figura y su apuesto rostro. Con dificultad, Douglas ahogó una carcajada.

"Puesto que mi madre acaba de llegar para visitarme y conocer a mi *Sahib*", sugirió Jacinth con voz suave, "¿quizá podrías volver para reanudar nuestra relación en otro momento?".

El Djinn se tomó bien su despido, limitándose a lanzar una mirada anhelante en dirección a Zahra antes de desvanecerse.

Apenas transcurrieron dos latidos antes de que apareciera otro djinn más viejo. Anciano y canoso, vestía con pulcritud un traje gris a medida, y se desenvolvía con elegancia y una tranquila seguridad que a Douglas le recordaba mucho a un aristócrata europeo.

"Buenas noches, Zahra, Jacinth". Observó a Douglas con ojos brillantes e inteligentes. "Ah. ¿Eres el *Sahib* del joven Jacinth?".

"¡Arthur!" Zahra pareció mirar a aquel Djinn con mucho afecto, levantándose del sillón y tendiéndole la mano para que se inclinara sobre ella, lo que él hizo con una gracia que hizo que el anticuado gesto fuera más eficaz de lo que Douglas hubiera creído jamás.

Incluso Jacinth sonrió en señal de bienvenida, preparó una taza de café para su visitante y le indicó que se sentara en el sofá junto a ella.

"No me quedará mucho tiempo", les aseguró Arturo, sorbiendo su café con un gesto de agradecimiento a Jacinto. "No he podido resistir la oportunidad de visitarlos a ambos, aunque Zahra y yo charlamos con frecuencia. Tu madre me ha dicho que cuidas de dos jóvenes mortales, Jacinth".

"Sí, Ben y Molly", aceptó Jacinth. "Sólo hasta que Douglas encuentre una niñera. Les he cogido mucho cariño. A ti también te gustarían, Arthur. De hecho, me gustaría que volvieras durante el día y los conocieras. Benny es bastante brillante... sólo tiene seis años, y creo que lee por encima de su nivel. Valoraría tu opinión".

"Mi querida Jacinth, será un honor". Terminando su café, el Djinn dejó la taza y se levantó. "Llámame cuando sea conveniente. Estaré a tu disposición en cualquier momento. Hasta entonces".

Con una reverencia a Jacinth y Zahra, y otra inclinación de cabeza para Douglas, Arturo desapareció.

"¡Vaya, qué suerte!" exclamó Zahra. Dirigió una mirada inquisitiva a su hija. "¿Crees que el joven Benny está tan avanzado?".

"Lo suficiente como para haber estado deseando que alguien me preguntara al respecto", admitió Jacinth. Miró a Douglas, compungida. "Tenía intención de hablar contigo sobre Benny antes de hacer nada, pero Arturo se retira con frecuencia de la sociedad Djinn, y ya que estaba aquí, quise pedirle ayuda mientras tuviera la oportunidad de hacerlo".

"Arturo es un erudito", explicó Zahra. "Como muchos de nuestros mayores, siente fuertemente el peso de los siglos. Algunos, como Kieran, se retraen emocionalmente. Otros se apartan físicamente del mundo, en un estado bastante parecido a lo que tú llamarías hibernación, hasta que su fuego se renueva y pueden seguir adelante una vez más."

"Y a algunos no los hemos visto en siglos", admitió Jacinto, con cara de desdicha. "Temo por Arturo. Hay una sombra sobre él que no he visto antes".

Douglas frunció el ceño. "¿Sombra?"

"Está cansado. Supongo que podrías llamarlo enfermo del alma. A veces los Djinn... bueno, no importa. ¿Estás segura de que no puedes aceptarle, mamá?".

Una oscura ceja castaña se levantó, y los ojos verdes de Zahra brillaron con diversión. "¿Casamentera, hija mía?"

Antes de que pudiera responder, otros dos machos Djinn aparecieron en la sala de estar de Douglas. Estaba claro que su llegada simultánea no había sido intencionada, ya que ambos se miraron con odio.

Esta vez, sin embargo, Jacinto se deshizo rápidamente de sus visitantes no invitados, pidiéndoles con firmeza y no muy educadamente que se marcharan. Ambos obedecieron cabizbajos.

"¡Arrrgh!" se quejó Jacinto. "Mamá, ¿cómo puedes soportarlo?"

"Son buenas para reírse", respondió su madre, con los ojos verde oscuro centelleando.

"¡Bueno, creo que es suficiente!"

Jacinth se puso en pie. Levantó los brazos por encima de la cabeza y juntó las manos. El estruendoso aplauso reverberó por toda la casa, y Douglas pudo sentir cómo temblaba literalmente el suelo bajo sus pies.

"¡Kieran!"

El resplandor en el aire, ya familiar para Douglas, anunciaba la llegada del gran Djinn.

"¿Has llamado?", preguntó en tono sonoro.

¿El imperioso Djinn había hecho realmente una broma? Douglas habría jurado que oía

matices del fúnebre mayordomo de la Familia Addams.

Kieran lanzó a Douglas una mirada penetrante desde aquellos ojos azul plateado, al parecer habiendo "escuchado" los pensamientos de Douglas.

"Nadie podría existir tanto tiempo como yo sin sentido del humor, te lo aseguro", le dijo el Djinn. Volvió su atención hacia Jacinto.

"Te arriesgas a despertar a los niños llamándome así". Su voz estaba cargada de censura.

Los ojos oscuros de Jacinto brillaron con fastidio.

"He protegido sus habitaciones. Pero tal vez prefieras que se lleven otro tipo de sorpresa", dijo secamente. "Del tipo en el que están despiertos y presentes cuando un Djinn aparece en la habitación que tienen delante".

Kieran se quedó mirándola un largo rato, con los ojos entrecerrados mientras reflexionaba. Luego miró a Zahra, que se encogió de hombros con indiferencia, arqueando una ceja en señal de inocencia.

"No les voy a llamar", dijo. "Y no puedo detenerlos. Vaya donde vaya, me encontrarán. Ya lo sabes".

"Tienes que hacer algo", le dijo Jacinth con voz feroz. "No quiero que mi madre tenga que alejarse porque los machos Djinn no dejan de seguirla".

Zahra se levantó y se deslizó hasta el lado de Kieran, poniéndole una mano en el brazo. Era casi tan alta como él, y sus ojos se encontraron, los de ella de un verde cálido, los de él azules y fríos como una cueva de hielo.

"Y no quiero alejarme. Me gustaría poder visitar a mi hija en paz, y conocer también a Douglas y a los niños. He soportado esto durante siglos sin decir una palabra, Kieran. Sabes lo desagradable que me resulta su constante acoso, pero nunca te he pedido que intervengas. Te lo pido ahora. Al menos por el bien de los niños".

Al cabo de un momento, Kieran asintió lentamente.

"Me parece justo. Me ocuparé de que no te molesten mientras estés aquí".

"¿Qué tal, o en cualquier otro momento?", murmuró Jacinto con rebeldía.

Douglas observó con interés que la expresión del Djinn mayor se suavizaba cuando su mirada se posaba en el rostro pequeño y sonrojado de ella.

"Sabes que no puedo hacerlo", le dijo. "En este caso, es imprescindible proteger a los niños, pero eso es todo lo que puedo hacer. Tu madre debe luchar sus propias batallas".

"Te lo agradezco, Kieran", intervino rápidamente Zahra. Douglas la vio darle un codazo subrepticamente a Jacinth. "Gracias.

Asintió, pero se dirigió a Jacinto. "¿Los niños están bien?"

"Están bien", les tranquilizó. "Douglas les ha traído un gatito esta mañana, lo que creo que ha evitado que se preocupen demasiado por la visita de su madre".

"Ten cuidado". El Djinn giró la cabeza para mirar a Douglas, su mirada severa contenía una advertencia. "No tuve ninguna dificultad en leerla esta tarde. Se enfadó al encontrarme aquí, pero descuenta a Jacinto. Está decidida y volverá a intentar recuperar a los niños. No encontré afecto por ellos en su mente, ni preocupación por su bienestar. Necesita ayuda, y hasta que la reciba será un peligro para ti y para los niños".

Los labios de Jacinto se apretaron. "Yo también lo pensé. No los dejaré solos ni un momento. Aunque sabes, Kieran, que de todos modos no lo haría. No cuando me he hecho responsable de ellos".

"Lo sé". Había afecto en la débil sonrisa del Djinn. "Llámame si lo necesitas".

Les hizo un gesto con la cabeza y desapareció.

CAPÍTULO 16



UNA CITA. Douglas dejaba a sus hijos con ella mientras salía a cenar con una mujer. Por supuesto, a ella no le importaba con quién saliera. Al fin y al cabo, era un humano. Un mortal, y ella no estaba interesada en él. Era de mal gusto. Por no decir grosero, dejarla en casa mientras él tenía una cita. Frunció el ceño ante su taza de té. Fuera quien fuera, la mujer era bienvenida. De todos modos, todo el mundo sabía que los hombres humanos eran notoriamente volubles.

Vale, eso no era del todo cierto. Su propio padre nunca había mirado a otra mujer el resto de su larga vida después de haber perdido a su madre... pero Omar había sido un hombre excepcional en todos los sentidos. No como Douglas, que al parecer era más susceptible que excepcional. Llevaría a esta mujer a cenar y luego volvería a su casa, donde ella le invitaría a tomar una copa. Quizá le daría un beso de buenas noches. Incluso... Jacinth dio una patada a la mesita mientras se lo imaginaba quedándose a dormir y despidiéndose de la mujer con un beso por la mañana.

Dejó la taza y se levantó del sofá, llamando a los niños para que vinieran a ayudarla con la cena. Con un esfuerzo, apartó de su mente a Douglas y su cita. Al fin y al cabo, sólo era la niñera. No le importaba lo que hiciera Douglas. Nada de nada.



DOUGLAS ENTRÓ EN el aparcamiento de la casa de piedra rojiza reformada que habían convertido en apartamentos individuales, y se obligó a reprimir un vago sentimiento de culpa. ¿De qué tenía que sentirse culpable? Estaba soltero, sin compromiso. Libre para salir con quien quisiera.

Para demostrarlo, aparcó el coche, salió de él, cerró la puerta de un portazo y subió decidido por el camino de entrada. Beatrice abrió la puerta de su apartamento del primer piso en cuanto llamó.

"Douglas". Su sonrisa era amplia e invitadora mientras se apartaba para que entrara. "Ya casi estoy lista, deja que me ponga los zapatos".

Hacía mucho tiempo que no salía con nadie -él y Lilian se habían casado cuando él aún estaba en la universidad-, pero reconoció la estratagema. Se suponía que debía admirar sus delicados tobillos, la suave curva de sus pantorrillas mientras ella metía los pies en unos tacones altos. Ella se inclinó para abrocharse las correas, dándole la oportunidad de admirar más sus largas piernas a medida que la falda corta que llevaba se elevaba. Se comportó

despreocupadamente, sin miradas de reojo, y se enderezó en cuanto se abrochó los tirantes, pero Douglas tiró de su corbata, sintiéndose repentinamente incómodo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Acababa de recuperar a sus hijos, y lo último que quería era liarse con alguien. No estaba preparado.

Beatrice se puso a su lado con una sonrisa. Su aspecto era muy distinto al de la clínica, donde llevaba bata. Nunca se había fijado en lo elegante que era, alta y esbelta. Tenía el pelo largo y de un rojo dorado pálido, y la cara era un óvalo estrecho. Los ojos verde claro resaltaban con el vestido ceñido y ceñido de jade pálido. Se le ocurrió que sería ideal para el papel protagonista de una película sobre la joven reina Isabel I.

Hizo lo posible por no retroceder cuando ella se inclinó hacia delante, invadiendo su espacio personal. Seguro que no esperaba que la besara. ¿Lo esperaba?

Carraspeó y se volvió hacia la puerta como si no se hubiera dado cuenta de su proximidad. "Será mejor que nos vayamos. Las reservas son para las siete".

Ella lo aceptó de buen grado, sonriendo mientras lo precedía por la puerta. Él cerró la puerta y esperó a que ella echara el cerrojo. Frunció ligeramente el ceño y tiró de la puerta.

"No consigo sacar la llave", le dijo.

"Toma, déjame intentarlo". Ella se apartó y él cogió la llave. Giró fácilmente en la cerradura, pero cuando intentó sacarla, la cosa no se movió. La movió experimentalmente. Desbloqueó la puerta y la abrió, y la llave salió suavemente.

"Vale, creo que se habrá atascado", le dijo a Beatriz. "Ya lo tengo".

Cerró la puerta y echó el cerrojo, y de nuevo la llave se negó a salir de la cerradura. La miró con frustración.

"Supongo que he hablado demasiado pronto. ¿Ocurre a menudo?"

Beatrice sacudió la cabeza, haciendo volar los pálidos rizos rojos. "Esto no me había pasado nunca. No puedo imaginar qué tiene de malo".

Tardó otros cinco minutos, pero cuando Douglas estaba a punto de darse por vencido y pedirle que llamara a un cerrajero, de repente la llave se deslizó de la cerradura como si la hubieran engrasado.

"Bueno, eso ha sido demasiado raro". Beatrice metió el llavero en el bolso. "Me pregunto qué habrá pasado. Gracias por hacerlo funcionar, Douglas".

"De nada". Volvió a mirar la puerta con el ceño fruncido, preguntándose qué había hecho diferente en el último intento. "Si vuelve a hacerlo, quizá quieras ponerle una cerradura nueva".

"En eso tienes razón". Su acuerdo era sincero.

Douglas le sujetó la puerta del coche y se acercó al lado del conductor. "He pensado que podríamos ir a comer un filete, si te parece bien".

"Por supuesto". La sonrisa de Beatrice era cegadora, y Douglas sintió de nuevo la sensación de incomodidad. Esta sensación aumentó durante el corto trayecto hasta el restaurante, ya que ella seguía encontrando excusas para tocarle, acercándose para acariciarle la mano cuando se inclinaba hacia delante para enfatizar algún punto. Una vez, cuando él retiró la mano con el pretexto de que la necesitaba en el volante para girar, ella incluso le puso la mano en el muslo. Douglas mantuvo el rostro inmóvil, esforzándose por ocultar su sorpresa... y su desagrado. Nunca había sido tan descaradamente atrevida en la clínica. De lo contrario, nunca la habría invitado a salir.

Ni siquiera para demostrar algo.

Vale, se sentía un poco culpable por ello, casi como si la estuviera utilizando. Aun así, su invitación había sido para cenar, maldita sea, no para una seducción. Beatrice era una profesional

enrollada en el trabajo, y él había esperado una velada informal para hablar de... bueno... cosas. De la clínica. De animales. De lo que fuera.

Se consoló pensando que, cuando llegaran al restaurante, se sentarían en una mesa y habría algo de espacio entre ellos.

Cinco minutos después, en la entrada del restaurante, Douglas se dio cuenta de que su alivio había sido prematuro. Luchó contra el mal genio mientras miraba fijamente a la camarera.

"¿Has perdido mi reserva?"

"Eso parece, señor. Lo siento mucho. Si quieres sentarte en el bar, te acomodaremos lo antes posible".

Como la joven, compungida, recordaba haberle cogido la reserva el día anterior, supuso que realmente le darían prioridad. Con un suspiro interior, se inclinó ante lo inevitable y condujo a Beatrice al ambiente pequeño, oscuro y muy íntimo del bar. Aquella velada estaba adquiriendo rápidamente las proporciones de una pesadilla.

Eligió una mesa pequeña como la mejor de las malas ofertas. Estarían muy cerca, pero no era tan malo como sentarse en los taburetes de la barra, donde Beatrice estaría lo bastante cerca como para meterse en su regazo. De algún modo, tenía la impresión de que ella no dudaría mucho en hacerlo, al menor estímulo... o incluso en absoluto, si se presentaba la oportunidad.

"Entonces". Beatrice se inclinó invitadoramente sobre la mesa después de que hubieran pedido bebidas a una camarera. "Dime qué haces cuando no trabajas".

Los niños. Los niños. Una devoradora de hombres como estaba resultando ser Beatrice no iba a interesarse por un padre soltero cuyo único interés eran sus hijos. La aburriría hasta la muerte hablando de Benny y Molly. Tampoco sería una dificultad. Estaba loco por sus hijos. Le sonrió.

"Bueno, ya sabes que tengo dos hijos a los que acabo de recuperar hace unas semanas, después de que su madre se fuera con ellos y desapareciera".

No funcionó. Douglas se mordió un gemido mientras seguía a Beatrice y a la anfitriona hasta su mesa unos quince minutos más tarde. Beatrice había estado pendiente de cada una de sus palabras, mostrando un interés total por sus hijos. Afirmaba estar fascinada por el hecho de que tuviera una niñera de verdad (él no pudo evitar poner los ojos en blanco), se reía de sus historias (muy editadas) sobre el gato del parque que se paseaba por la casa con regularidad para unirse a ellos en la cena. Por el amor de Dios, incluso había expresado su interés en venir a conocer a Benny y Molly, arrastrando una larga uña roja y cuidada por su brazo, casi ronroneando seductoramente mientras hacía la sugerencia. Se estremeció al pensar en traerla a casa. Ben y Molly pensarían que iba a ser su próxima mamá y huirían al instante. No podía culparles. Él también estaba dispuesto a huir.

En lugar de eso, sentó a Beatrice en una mesa grande y bien decorada, con una vela. Al menos no era un reservado, pensó agradecido, y procuró sentarse frente a ella. Parte de su tensión se alivió a medida que la rutina familiar de comer fuera le tranquilizaba: acomodarse, mirar el menú, discutir las opciones disponibles. Sin embargo, demasiado pronto la camarera vino a tomarles nota y los dejó solos.

"Ahora te toca a ti. Háblame de ti", se apresuró a decir Douglas, adelantándose a las preguntas y sugerencias de Beatrice. La estrategia funcionó, pues ella se reclinó en su silla, con los dedos de uñas rojas jugando con el tallo de su copa de vino.

"Bueno, estoy soltera, como sabes", le dijo ella, la mirada socarrona de su rostro le decía más claro que las palabras que suponía que había conseguido interesarle. "Me crié en Filadelfia. El año pasado murió mi tío y me dejó su casa aquí. Acababa de obtener el título de técnico veterinario y me pareció que lo más inteligente era mudarme aquí y establecerme. Casi como si

estuviera predestinado".

¡Ay, demonios! Le estaba lanzando otra de aquellas miradas largas y significativas. Douglas empezó a calcular mentalmente cuánto tardarían en cenar, comer y largarse de allí. Tenía toda la intención de dejarla en su puerta y huir hacia la seguridad de su hogar en cuanto terminara la cena.

Douglas levantó la vista, agradecido, cuando la camarera se acercó con sus ensaladas. Medio paso detrás de ella venía el ayudante de camarero, con una jarra de agua helada en la mano. No sabía exactamente cómo había ocurrido, pero de algún modo la camarera y el ayudante de camarero se las habían arreglado para chocar mientras realizaban sus tareas por separado, y Beatrice soltó un grito poco gentil cuando el agua helada cayó en cascada sobre su regazo.

"¡Oh! ¡Oh, lo siento!" La camarera casi lloró de angustia cuando Beatrice saltó de la silla, esparciendo cubitos de hielo aquí y allá bajo la mesa. Con una sonrisa quebradiza que le costó mucho invocar, Beatrice se excusó ante Douglas y se dirigió al servicio, dejando a la camarera y al ayudante de camarero secando el mantel y recogiendo los cubitos de hielo.

"Lo siento mucho". La camarera, Nona por su nombre, volvió a disculparse.

"No te preocupes", la tranquilizó Douglas a ella y al ayudante de camarero, que parecía ansioso. "Los accidentes ocurren".

A decir verdad, casi podría haberla besado. El destello de los ojos de Beatrice la había delatado; estaba absolutamente furiosa. Si aquello servía para distraerla de sus intentos de seducción durante la siguiente hora, él sería un hombre feliz. Quizá debería dejar una propina extra a la camarera.

Beatrice seguía enfadada cuando volvió, con el vestido casi seco.

"Nuestras cenas deberían ser gratuitas", le dijo, con los ojos brillando rencorosamente. "Primero pierden nuestras reservas, y luego esto".

"Fue un accidente", tranquilizó Douglas. "Ocurren. Podría haber sido peor. Al fin y al cabo, sólo era agua".

Ella luchó visiblemente por controlarse, respiró hondo e invocó una sonrisa para él.

"Es verdad. Al menos no era mi copa de vino".

Ouch. "Podemos estar agradecidos", concedió. "El vino tinto nunca habría salido".

"No, y este vestido es de seda". Se acarició el suave material por los muslos, deslizándole una mirada de reojo a través de las pestañas. *Oh, no.* Consiguió evitar gemir en voz alta.

Un fuerte chisporroteo anunció la llegada de las fajitas de filete que habían pedido para cenar. Se mordió una sonrisa cuando la camarera puso con sumo cuidado la sartén de Beatrice delante de ella. Dejó la sartén de Douglas en su lado de la mesa y retrocedió con un suspiro de alivio. Douglas se inclinó hacia delante, olfateando con aprecio.

Sin previo aviso, la sartén estalló en llamas. Se puso en pie de un salto, volcando la silla, y Beatrice gritó. Agarrando la servilleta, Douglas empezó a golpear las llamas. Los empleados del restaurante convergieron en su mesa. La camarera se había desatado el delantal y le estaba ayudando, pues las llamas habían salpicado el mantel. Alguien se apresuró a arrojar una jarra de agua sobre la mesa, y el fuego se extinguió tan rápidamente como había empezado.

La conmoción que había causado tardó un poco más en calmarse.

"No debería haberse incendiado", insistía la camarera al gerente del restaurante, respaldada por el chef, que había salido a sumar su apoyo. "Sólo eran fajitas. No había nada en ellas que hiciera que se incendiara así".

Douglas entrecerró los ojos, dejando que la discusión le rondara la cabeza mientras sus pensamientos tomaban otra dirección. El agua derramada podía haber sido un accidente, pero no

había ninguna razón para que las fajitas se hubieran incendiado. Ni para que la llave de Beatriz se clavara en la puerta de su casa. Ninguna razón en absoluto. Excepto, quizá...

"¡Maldita sea! Kieran, si me estás escuchando, dile a Jacinth que se calle o voy a... a...", murmuró en voz baja.

"Um... ¿Douglas?" Beatrice había vuelto del baño, donde se había retirado una vez más para secarse el vestido, ya que parte del agua arrojada sobre la mesa la había salpicado a ella.

"Lo siento. Sólo estaba... um... tomando algunas notas mentales".

El gerente, distraído de regañar a la camarera, se volvió hacia ellos, sugiriéndoles una nueva mesa y una nueva cena... a cuenta de la casa, por supuesto. Dada su firme sospecha de que nadie en el restaurante era responsable de los accidentes ocurridos (y posiblemente también de su reserva perdida), Douglas insistió en mantener a Nona como camarera. Ella estaba visiblemente angustiada, y él esperaba conservar su trabajo con una muestra de apoyo. A pesar de las enérgicas y bastante estridentes objeciones de Beatrice, también insistió en pagarles la cena: Dos filetes de Nueva York preparados rápidamente, servidos con humeantes patatas asadas y tiernos tallos de espárragos con mantequilla. Douglas pensó que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a pedir fajitas.

"Basta", le dijo, cuando Beatrice no dio muestras de cejar en su argumentación contra el restaurante. "Fue un accidente, nada más".

Beatrice se calmó, aunque un poco enfurruñada, y terminaron de cenar en relativa paz. Durante el postre, ella mostró cierta tendencia a reanudar su actitud seductora, pero él apuró su mousse de chocolate -ninguno de los dos se había sentido tentado por el postre estrella del restaurante, el Jubileo de Cerezas- y la sacó del local prácticamente antes de que ella hubiera dejado la cuchara.

Ahora sólo tenía que llevarla a casa... y luego ir a estrangular a Jacinto. No es que ella no le hubiera hecho un favor, salvándole el culo de la devoradora de hombres la mayor parte de la noche, pero era el principio del asunto.

Dicha devoradora de hombres volvía a estar en modo seductor, habiendo dejado de lloriquear y quejarse cuando salieron del restaurante. Se recordó a sí mismo que no la culpaba por ello. No había sido la más agradable de las veladas, por lo que pensaba darle una buena paliza al genio cuando llegara a casa.

Beatrice parecía compartir su opinión sobre la velada y, al parecer, tenía un plan para mejorar las cosas. Se inclinó hacia él, todo lo que le permitieron el asiento y el cinturón de seguridad.

"¿Por qué no entras un rato?", le sugirió mientras aparcaba delante de su casa. "Prepararé café y podremos relajarnos".

¡Dios mío! ¡Ni siquiera se había planteado la posibilidad de que ella le invitara a entrar! Se devanó los sesos buscando una razón convincente por la que tuviera que volver corriendo a casa, y no se le ocurrió ninguna.

"Estaría bien", consiguió decir, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta al ahogar las palabras.

Vale, se replantearía lo de patear traseros de genios si Jacinth hacía algo que le sacara de ésta. Maldita sea, ¿por qué no podía ser vidente como Kieran? ¿Y por qué no le había llamado para informarle de cómo estaban los niños? Había pensado que al menos debería hacerlo, para que él no se preocupara por ellos. Así podría fingir ante Beatriz la Vampiresa que tenía que ir corriendo a casa. O podría haber una emergencia en la clínica, o una de las yeguas del viejo granjero Higgins podría parir.

Pero su móvil permanecía en un silencio enloquecedor, y todos los semáforos se ponían en

verde cuando llegaba a cada uno de ellos en el trayecto desde el restaurante. Resignado a su destino al menos durante la siguiente media hora, apagó el motor y se bajó para acompañar a Beatrice hasta la puerta de su casa.

Excepto que el suelo parecía blando bajo los pies. Ambos miraron hacia abajo y encontraron la alfombra de bienvenida empapada, con un lento y constante chorro de agua que se deslizaba por debajo de la puerta principal.

Douglas no necesitó oír el horrorizado "¡Dios mío!" de Beatrice al abrir la puerta de un empujón para saber lo que había ocurrido. Se había roto una tubería de agua y todo el piso estaba inundado.

Se quedó, apoyándola incondicionalmente, mientras Beatrice llamaba a un fontanero y la ayudaba a sacar al césped los objetos más importantes que estaban en peligro. Los vecinos, al ver lo que ocurría, se acercaron también para ofrecer su ayuda, y cuando llegó el fontanero y empezó a extraer el agua, Douglas pudo escapar por fin.

"Gracias por la cena", dijo Beatrice, con aire distraído. "Siento todo esto. En otra ocasión".

Se limitó a hacer un gesto con la mano mientras se dirigía a su coche.

No en esta vida.



JACINTH ESTABA ACURRUCADA en el sofá con una revista. Levantó la vista cuando él se asomó a la puerta.

"Hola, ¿qué tal la velada?"

Entró en la casa, cerró la puerta tras de sí y se acercó a ella. Ella le miró inquisitivamente con ojos grandes e inocentes, sin un ápice de astucia en sus profundidades caoba.

"No sé", pronunció entre dientes apretados, "si besarte o estrangularte".

"Ya sé que quieres besarme". Tuvo el descaro de sonar petulante. "¿Por qué demonios querrías estrangularme? ¿No te lo has pasado bien?"

Douglas cerró los ojos, contando hasta diez y rezando para tener paciencia.

"No, *no me lo he pasado bien*. Como si no lo supieras".

"¿Cómo voy a saberlo? Yo no estaba allí. Estuve aquí, todo el tiempo", señaló con un tono de voz muy razonable. "Con los niños. Con tus hijos. Cuidando de ellos. Como se supone que debo hacer".

Ut-oh. Ya veía en qué dirección iba esto. Era hora de adelantarse.

"Prender fuego a mi cena podría haber sido peligroso", le dijo tan severamente como pudo. "Se extendió al mantel antes de que pudiéramos apagarlo. Podrías haber quemado todo el local, o alguien podría haber resultado herido".

Sus ojos se abrieron de par en par y Jacinth se tapó la boca con las manos, claramente dividida entre la preocupación y la risa.

"¡Oh, no!", jadeó. "¿Es eso lo que ha pasado?"

"Ajá", convino él, acomodándose en el sofá junto a ella. "¿No vigilas tu propia magia? ¿Y cómo podías saber que había pedido fajitas y que se incendiaran justo cuando llegaron a la mesa? Me dijiste que no eras vidente, y sé que no estabas allí".

Jacynth parecía escarmentado. "Lo siento, Douglas. De verdad. Nunca quise que pasara nada malo. No hice ninguna magia en concreto, sólo... bueno... gafé tu cita. Eso es todo".

No pudo evitarlo. Se echó a reír. "¡Gafe! Eso es lo que era!"

Ella pareció relajarse, recostándose en los cojines y cruzando las piernas bajo ella,

sonriéndole.

"¿Y qué más ha pasado?", preguntó ella, con impaciencia en la voz.

"Veamos. Primero la llave de Beatrice se atascó en la cerradura de la puerta principal y no pudimos sacarla. Cuando llegamos al restaurante, habían perdido mi reserva. Después, el camarero derramó una jarra entera de agua helada en el regazo de Beatrice. Acababa de volver de secarse el vestido cuando llegaron nuestras cenas. Mis fajitas se incendiaron, y Beatrice volvió a ser rociada con agua mientras apagaban el fuego. Luego, cuando llegamos a su casa, se había roto una tubería de agua y todo el primer piso estaba sumergido en uno o dos centímetros de agua."

"Oh". Jacinto lo digirió pensativo, con cara de ansiedad. "Espero que no se haya estropeado nada valioso. ¿Lo había?"

"No demasiado. Tenía el suelo de baldosas, así que no había alfombra que destrozar, pero hubo algunos daños, ciertamente".

Se mordisqueó el labio inferior, con contricción en los ojos marrones. "Lo siento, Douglas. Haré lo que pueda para revertir cualquier daño grave, especialmente cualquier cosa valiosa para ella. No pretendía causarle ningún daño".

"Lo sé", la tranquilizó. "Lo peor que ha pasado es que nuestra camarera del restaurante podría haber sido despedida de su trabajo, así que insistí al encargado en que el incidente de las fajitas fue un accidente fortuito. Pero para ser sincero, me has ahorrado una velada difícil y posiblemente una escena desagradable al final, así que me resulta difícil estar tan enfadado como debería. "

Jacinto parecía un poco molesto. "¿Quieres decir que de todas formas no estabas disfrutando? ¿Que lo hice todo para nada?"

"Eso es exactamente lo que quiero decir".

Observó con placer cómo la generosa boca rosada formaba un mohín y ella parecía enfurruñarse.

"¿Por qué no estabas disfrutando?", preguntó ella.

Como si, Douglas se mordió una sonrisa, él no tuviera derecho a no pasárselo bien en una cita que ella se empeñaba en gafar.

"Porque nuestra eficiente y profesional asistente veterinaria se convierte en un tigre devorador de hombres cuando se quita la bata de laboratorio". Douglas hizo una mueca de recuerdo. "Y por lo visto estaba en el menú de esta noche".

El mohín se borró como por arte de magia y su rostro se iluminó.

"Creía que se trataba de demostrar que necesitabas estar más con otras mujeres".

Douglas la miró atónito.

"¿Cómo lo sabes? Nunca te he dicho ni una palabra".

Sacudió la cabeza y se acercó para acariciarle la mano. Era extraño que no le importara cuando lo hacía Jacinto.

"Douglas, no he vivido novecientos años sin aprender algo sobre cómo piensan los hombres".

Contuvo una llamarada de enfado. "¿Qué me parece?"

Inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándolo un momento. "¿Estás enfadado?"

Se recostó contra los cojines del sofá con un suspiro. ¿Cómo podía enfadarse con ella?

"No", admitió. "Pero quiero saber cómo decidiste que eso era lo que estaba pensando".

"Bueno". Se retorció para sentarse de lado frente a él, con la espalda apoyada en el brazo del sofá y las piernas recogidas debajo de ella. Empezó a marcar puntos con los dedos. "Uno, te sientes atraído por mí, y no percibes que yo también me sienta atraída. Luego te enfadaste

contigo mismo por sentirte atraído por mí. Después decidiste que no era realmente por mí por quien te sentías atraído -es decir, no por mí como persona, sino porque era mujer y vivía cerca-, que la atracción que sentías era una mera cuestión de... ¿cuál es la palabra? ...propincuidad. Lo que te llevó a concluir que necesitabas conocer a más mujeres, y que te sentirías igualmente atraído por una de ellas".

Hizo una pausa, con las finas cejas negras levantadas en señal de pregunta. "¿Cómo voy hasta ahora?"

"Simplemente estupendo", murmuró. Apartó la mirada, sintiéndose inexplicablemente expuesto. La pequeña mano de Jacinth se deslizó entre las suyas, apretándolas suavemente, y él levantó la vista.

"No es que no me sienta igualmente atraída por ti, Douglas", dijo ella, con los ojos oscuros sosteniendo una expresión preocupada. "Lo estoy, pero me esfuerzo mucho por no estarlo. No es posible... tú y yo".

Douglas cerró los dedos sobre los de ella, apretándolos con fuerza. "¿Por qué no lo es?", preguntó sin rodeos.

Sus ojos se abrieron de par en par, como si le hubiera hecho una pregunta sorprendente.

"Porque yo soy Djinn y tú eres humano".

Douglas sacudió la cabeza. ¿De verdad creía que era tan sencillo? O tal vez...

"¿Hay alguna ley en el mundo Djinn que lo prohíba?"

"No. Oh, no. Conozco a muchos Djinn...".

Jacinth se interrumpió, royéndose el labio inferior con los dientes mientras le miraba consternada.

"No lo creía". Deslizó la mano que tenía libre para acariciarle la cara, acariciando con los dedos la piel sedosa de la mejilla. "Entonces, ¿por qué no tú y yo, Jacinth?"

Inesperadamente, los grandes ojos se llenaron de lágrimas. "Tú eres humano, Douglas, y yo soy Djinn".

Se rió entre dientes. "Creo que ya lo hemos establecido, sí".

"No, eso no es... Douglas, los humanos mueren. Los djinn son inmortales".

Le acarició la mejilla con el pulgar y le secó la débil humedad que dejaba una lágrima. "No estoy ciega ante los hechos. Claro que lo sé, y he pasado mucho tiempo pensando en ello".

Ella lo miró fijamente, parpadeando sorprendida. "¿Ah, sí?"

"Mmhmm". Le deslizó la mano por el cuello, por la curva del hombro y luego por la mano, entrelazando los dedos con los de ella. Se llevó la mano a los labios y le besó los dedos. "No hay nada que pueda desear más que pasar el resto de mi vida contigo, Jacinth. Y cuando llegue mi hora... Sé que seguirás aquí para velar por Ben y Molly y por los hijos que tú y yo podamos tener, y por sus hijos, y por los hijos de sus hijos. Se convertiría en una especie de legado, nuestro amor".

Observó las emociones... demasiadas y demasiado fugaces para que pudiera interpretarlas, pero que se trataba de una lucha interna estaba claro.

"¡Pero estarás muerto!", estalló finalmente. "Y yo... ¡soy la única que tendrá que llorarte eternamente!"

Con un sollozo, apartó la mano y saltó del sofá, casi huyendo de la habitación. Oyó sus ligeros pasos alejarse, y luego el suave cierre de la puerta.

Se pasó los dedos por el pelo, preguntándose qué demonios iba a hacer ahora.

CAPÍTULO 17



LOS DOMINGOS POR la mañana no eran los favoritos de Douglas. Al menos, no hasta que Benny tuviera edad suficiente para empujar el cortacésped. Douglas se pasó el brazo por la cara, dejando que la fresca manga de algodón de la camiseta empapara el sudor que le corría por la cara. Joder, ¡qué calor! Al oír la voz de Jacinth, apagó el cortacésped, agradecido por el respiro.

"¿Qué?", gritó. "No te oía".

La cortina amarilla de la ventana del cuarto de baño se apartó, y el rostro de Jacinto quedó enmarcado en la abertura.

"Hay alguien en la puerta. ¿Puedes atender? Voy a bañar a Molly".

"Por supuesto".

Cualquier cosa con tal de descansar. Incluso con la piscina ocupando gran parte del patio trasero, quedaba mucha hierba por cortar. ¿En qué había estado pensando al comprar una casa con un jardín de este tamaño? Quizá lo desenterraría y lo convertiría en un gran arenero para los niños. Con agradables pensamientos sobre gimnasios en la selva, fue a abrir la puerta principal.

"Buenos días. Pareces de buen humor".

Allí, con un aspecto brillante y alegre y una sonrisa decidida, estaba Beatrice. ¡Ay, Dios! Fue todo lo que pudo hacer para sofocar el gemido instintivo que se abrió paso en su garganta.

"¡Beatrice! Esto es una sorpresa". Dio un paso atrás para dejarla pasar, que era la única opción que tenía, ya que ella había avanzado con una confianza que no se había visto afectada por los acontecimientos de la noche anterior. "¿Cómo está tu apartamento?"

Sin esperar invitación, la pelirroja entró en el salón, mirando a su alrededor con interés. Había una especie de ávida posesividad en su mirada que no le gustó, como si ya estuviera imaginando que se sentía como en casa.

Benny entró rebotando en la habitación como disparado por una catapulta.

"¡Eh, papá! ¿Quién estaba en la puerta?"

Se detuvo al ver al visitante, con los ojos muy abiertos.

"Éste es mi hijo, Ben", le presentó Douglas a su visitante no deseado. "Benny, ésta es Beatrice. Trabaja en la clínica con el doctor Anderson".

"Se ocupa de los perros, ¿verdad?". Benny había mostrado interés por las prácticas de la clínica estas últimas semanas, y había empezado a comprender lo esencial; Douglas trabajaba con caballos, el Dr. Shelton con gatos y la Dra. Anderson con perros.

"Así es". Beatrice dirigió una amplia sonrisa a Benny con aquella falsa alegría que algunas personas parecían reservar especialmente para los niños pequeños y los discapacitados mentales.

"Entonces, ¿en qué curso estás, Ben?"

Douglas se encogió interiormente, esperando la respuesta de su hijo. Había descubierto que Benny tenía un nivel de tolerancia hacia los idiotas especialmente bajo. Aunque le lanzó una mirada de asco, el chico se comportó.

"El mes que viene empiezo el primer curso", le dijo a Beatrice con su voz más educada de "modales de empresa".

Molly hizo su entrada, sonrosada por el baño, con los rizos rubios húmedos apretados en torno a la cabeza y Brandywine colgado de un brazo. Aparentemente dormida, la gatita colgaba flácida como un trapo. Douglas sacudió la cabeza, asombrado. Nunca había visto un animal tan tranquilo en toda su vida.

Beatrice avanzó hacia Molly, con la sonrisa bien puesta.

"Y ésta debe de ser tu hija, Molly. Qué peluche tan mono. Parece tan real!"

Cuando se acercó, el gatito levantó la cabeza. Los ojos dorados se abrieron de par en par y las enormes orejas se echaron hacia atrás. La pequeña espalda de Brandy se arqueó y siseó a Beatrice, luchando por liberarse y escapar. Molly, alarmada por el comportamiento del gatito, lo sujetó con más fuerza.

"¡Molly, suéltalo!"

Douglas se echó hacia delante, temiendo que Brandy arañara al niño en su pánico. Beatrice, intentando ayudar, trató de quitarle el gatito a Molly. Escupiendo con furia, Brandy atacó los dedos lacados de rojo y se retorció en el agarre de Molly para lanzarse al suelo, dejando profundos arañazos en la piel clara de Beatrice. Se alejó corriendo, por el pasillo, siseando y escupiendo a su paso.

"Douglas, qué demonios... ¡Oh!" Todavía secándose las manos en una toalla, Jacinth apareció en la puerta y miró a su visitante.

Douglas estaba cogiendo las manos de Beatrice, examinando las marcas rojas con las pequeñas gotas de sangre que rezumaban. "Tengo que limpiarlas. Jacinth, ¿podrías traer unas vendas?"

Jacinth echó un vistazo a los arañazos y puso cara de horror. "Por supuesto, enseguida".

Se apresuró por el pasillo hacia el armario del fondo, donde estaba el botiquín, y Douglas se dio cuenta de que Beatrice apretaba con fuerza sus largos dedos. Levantó la vista, curioso, y se encontró a Beatrice mirando fijamente a Jacinth, con la boca apretada y los ojos verdes brillando con una especie de furia desconcertada. Emitió un extraño sonido, extrañamente parecido al siseo del gatito, y retrocedió un paso, separando las manos de él.

"No es para tanto. Escucha, tengo que irme. Te... veré en la oficina, ¿vale?"

Douglas la siguió hasta la puerta. "¿Estás segura? Hay que curar esos arañazos. Lo siento, no puedo imaginar qué hizo que el gatito se comportara así, ha sido muy manso desde que lo traje a casa para los niños hace unos días."

La sonrisa de Beatrice era tensa mientras abría la puerta principal. "No es para tanto. Tengo agua oxigenada en casa. Bueno, ha sido un placer conocer a tu familia".

Y se había ido. Todavía desconcertado por su abrupta marcha y por el comportamiento de Brandy, Douglas se volvió para ver que Benny y Molly seguían en sus puestos, mirándole con ojos redondos. Al menos Molly estaba ilesa, pensó con un suspiro de alivio.

"No me gusta esa señora", soltó Benny.

Molly se acercó a su hermano y se aferró a su mano, con los ojos muy abiertos. No sabía si era por la visita de Beatrice o por el inusual comportamiento de Brandy, pero parecía al borde de las lágrimas y más que asustada.

"No pasa nada", les dijo, cogiendo a los dos niños en brazos. "Creo que a Brandy tampoco le gustaba".

Benny resopló de risa, pero Molly se limitó a mirarle con ojos enormes, y él le dio un abrazo muy fuerte.

"No te preocupes, cariño. No creo que vuelva".

En privado, se sintió un poco turbado por la rabia que había vislumbrado en el rostro de Beatrice, pero de algún modo estaba muy, muy seguro de que ella no volvería nunca más a esta casa. Sólo sentía alivio.

"¿Se ha ido?" Jacinth había vuelto, cargada de desinfectante y gasas. Cuando Douglas asintió, empezó a hablar, pero luego se mordió lo que iba a decir, con los ojos fijos en los niños.

"Qué triste", dijo alegremente, con los ojos brillantes de picardía. "Estaba deseando echarle yodo en las heridas".

Benny soltó una carcajada, mientras Douglas lanzaba una mirada admonitoria a su niñera.

Ella le devolvió la mirada con inocencia, los grandes ojos marrones límpidos. "¿Qué?"

Suspiró y sacudió la cabeza. "No importa. ¿Sabes adónde ha ido Brandy?"

"Debajo de la cama de Molly, creo".

Se hizo a un lado para permitir que Benny y Molly pasaran corriendo junto a ella mientras corrían hacia su mascota, dejando a Douglas y Jacinth mirándose fijamente.

"¿Qué demonios ha sido todo eso?" preguntó Jacinto.

Douglas no fingió haber entendido mal. "¿Beatrice? Créeme, no tengo ni idea. Entró aquí como si fuera la dueña del lugar... o como si lo hubiera planeado. Estaba absolutamente furiosa cuando se marchó, y era algo más que el gatito arañándola. No volverá, eso lo sé".

Se miraron durante un largo momento, y luego Jacinto avanzó hacia sus brazos, y él la abrazó con fuerza.

"Jacinth", gimió él, enterrando la cara contra su pelo suave y espeso, la dulce fragancia del jazmín envolviéndole. "No la quería a ella. No quiero a nadie más que a ti. ¿Qué vamos a hacer?"

Ella se revolvió entre sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho. "No lo sé", susurró. "No lo sé."

"¿Qué ocurre? ¿Por qué no puede funcionar entre nosotros, Jacinto? Háblame".

La sintió respirar y, por un momento, pensó que iba a responderle.

Ha sonado el teléfono. ¡Maldita sea!

"¡Papá!" berreó su hijo desde el fondo de la casa. "¡Es para ti!"

¿Para quién si no? Se puso en pie y se quedó mirando a Jacinto un momento.

"Aguanta ese pensamiento, ¿quieres? Tenemos que hablar, Jacinto, tú y yo".

Se volvió hacia la cocina y el teléfono, consolándose por el hecho de que, aunque ella no dijera que le diría qué era lo que la mantenía alejada de él, al menos no se negaba a considerar la posibilidad. Estaba progresando.

"¿Diga?"

"Hola, Doug-man. ¿Cómo ha ido la cita?"

Douglas hizo una mueca, apoyándose en la pared. Si Troy se enteraba de todo lo que había pasado anoche, nunca lo superaría.

"Digamos que no es bueno y dejémoslo así", sugirió.

"Así de mal, ¿eh?" La voz de su amigo era comprensiva.

"Sí". En la universidad, Troy y él siempre habían comparado notas sobre las citas, pero Douglas era consciente de que Beatrice era una empleada, casi una colega, y la discreción era necesaria. "Además... bueno, no habría funcionado".

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea.

"Ya me lo imaginaba. Es esa escandalosa niñera tuya, ¿eh?".

Confía en que Troy dará en el clavo a la primera.

"Más o menos", admitió Douglas. "La cosa es que hay... razones por las que no funcionaría entre nosotros".

"Eso está crudo, tío".

Douglas no podía estar más de acuerdo y agradeció a Troy que cambiara de tema.

"Bueno, oye, el motivo de mi llamada es que esta gata tuya está muy bien. Ha querido salir fuera, así que pensé en ver si querías venir a recogerla".

Era una buena idea. A los niños les gustaría ver los caballos, y el collie de Troy acababa de tener una camada de cachorros para que se divirtieran. Llevaría a todos a comer y harían una excursión.

CAPÍTULO 18



GATO SE ALEGRÓ DE VERLOS. Saltó a los brazos de Jacinto en el instante en que el Djinn puso un pie en casa de Troy y se aferró a ella, ronroneando como una loca lancha motora. Los niños se arremolinaron a su alrededor, acercándose para acariciar el grueso pelaje de Gata, mientras Troy seguía con la puerta abierta, con las cejas un poco levantadas mientras la observaba.

"Siempre es así de amistosa conmigo -le dijo a Douglas en voz baja-, pero ha hecho todo lo posible por ahuyentar o ignorar a todas las demás personas que he traído a casa. Cherie, mi collie, le tiene un miedo atroz y no se le acerca".

Douglas se preguntó si eso se debía a que el perro intuía que Cat era una metamorfa, o si Cat había conseguido advertirle de alguna manera, ya fuera en su forma gatuna o femenina. ¿Reconocían los animales a los metamorfos? ¿Les tenían miedo o sentían algún tipo de afinidad? Tendría que preguntárselo a Jacinto; quizá ella lo supiera, o pudiera averiguarlo a través de Gata.

Molly se había apartado del lado de Jacinto y tiraba de su manga, mirándole con ojos suplicantes. "¿Podemos ver a los cachorros?"

"¡Ah, sí!" Benny rebotó con impaciencia. "¡Cachorros!"

"Claro que sí", dijo Troy con su voz cascajosa. Tendió una mano a cada niño. "Vamos, están en el sótano".

"No son muy viejos", explicó a los niños mientras bajaban las escaleras. "Ni siquiera tienen los ojos abiertos. Podéis coger uno si prometéis tener mucho cuidado".

Douglas y Jacinth, que iban detrás, intercambiaron sonrisas mientras ambos niños prometían a Troy en voz muy alta lo cuidadosos que serían.

Los cachorros eran adorables, seis bultos regordetes con narices húmedas y ojos grandes. La gata saltó de los brazos de Jacinth y se acercó trotando para inspeccionarlos también. La madre de los cachorros, una hermosa collie de pelaje áspero, gimoteó ansiosamente cuando vio al gato y se apoyó en Troy como para protegerse.

Perro tonto, comentó Cat a Jacinth, su voz mental goteaba una mezcla de desprecio y tolerancia divertida. *Le he dicho que no les haría daño. Qué tonta.*

Jacinth apretó los labios con fuerza para no reírse en voz alta.

"Cat dice que Cherie es una tonta", le susurró a Douglas, resistiendo el impulso de apoyarse en él. Estaba lo bastante cerca como para oler el aroma masculino de su aftershave y sentir el calor que irradiaba su cuerpo en los estrechos límites de la pequeña habitación del sótano. Su risita de respuesta le acarició las terminaciones nerviosas como una caricia.

"El pobre perro no es rival para una combinación de hembra y felino".

Gritó cuando ella contraatacó pellizcándole el brazo, y luego le dio un codazo.

"Mira cómo sujeta Molly a ese cachorro", dijo, manteniendo la voz baja. "Y balbucea como un arroyuelo. Quizá debería decirle a Troy que quiero uno de ellos cuando sean lo bastante mayores".

Jacinth lo consideró. "Acabas de regalarles el gatito", dijo, pensando en voz alta. "Molly aún es muy joven, y no querrás sobrecargar a Benny con responsabilidades. Por otro lado... oh, Douglas, si tuviéramos un cachorro, él y Brandy crecerían juntos. ¿Qué podría haber mejor?"

"Aunque", le guiñó un ojo con picardía, "vas a tener la casa llena, con dos niños, un gato, un perro y una niñera".

"Un poni también", respondió Douglas. "Siempre quise comprarles uno cuando fueran mayores. Mi propiedad se extiende por detrás, más allá del patio, hasta el campo que hay más allá. No se ve más allá de los árboles, pero está cercada con un muro de piedra. Lo único que tendría que hacer es poner una valla detrás de la casa y un guadarnés".

"Entonces, claro, tendrás que tener un caballo para ti", bromeó.

Le sonrió y le guiñó un ojo. "Quédate por aquí y te conseguiré uno a ti también".

El anhelo surgió de la nada, golpeándola como un puñetazo en las tripas. Quedarse, estar con Douglas y los niños, formar parte de sus vidas. Podría ser una madre de verdad para Molly y Benny. Y sería la esposa de Douglas. Sólo de pensarlo se quedaba sin aliento. Si tan sólo... ¡NO! Alejó aquel tentador pensamiento y se puso en pie.

"Los niños están ocupados con los cachorros", le dijo a Douglas. "Vamos a ver los caballos".

Fuera, caminando hacia el granero, Douglas parecía callado, un poco retraído. Una pequeña arruga entre sus cejas indicaba que tenía pensamientos preocupados. Ansiaba tomarle la cara entre las manos y besar sus preocupaciones. Era un buen hombre y un buen padre, y merecía todo lo bueno que la vida podía ofrecerle. Si confiara en ella, tal vez podría ayudarle. Claro que, al ser hombre, probablemente no lo haría. No podía evitarlo, supuso... parecía parte intrínseca de la naturaleza del hombre.

Sin embargo, al ser mujer, no tenía ese problema. Le bastaba con pedirlo. Y aún le quedaban los dos deseos, aunque parecía haberse olvidado de ellos. Nunca mencionó los deseos, nunca dio ninguna indicación de que estuviera pensando en cómo podría utilizarlos mejor.

Estaba a punto de hablar cuando el propio Douglas rompió el silencio.

"¿Crees que estoy siendo demasiado indulgente con ellos?"

¿Qué? Jacinth se detuvo bruscamente y miró fijamente a Douglas.

"¿De dónde ha salido eso?", preguntó ella.

Encogió los anchos hombros, con aspecto incómodo, y metió las manos en los bolsillos de los pantalones caqui que llevaba.

"No lo sé. Sólo me lo preguntaba, eso es todo".

Jacinto miró a su alrededor. A un lado del granero, delante de ellos, había un viejo roble extendido, cuyas anchas ramas daban sombra al rústico banco que había en su base. Cogió el brazo de Douglas y lo guió con firmeza hacia el banco.

Incluso en un banco de madera, Jacinth podía sentirse como en casa, pensó Douglas, observando cómo enroscaba las piernas bajo ella. Le dedicó una de sus sonrisas brillantes y alegres, de las que iluminan el mismo cielo, y palmeó el banco con una sonrisa.

"Ven, siéntate", invitó.

Se sentó a su lado, con el muslo rozando su rodilla. Juntando las manos, miró al suelo, intentando poner orden en los pensamientos nebulosos que le rondaban por la cabeza. Jacinth le puso la mano en el brazo, con suavidad.

"Háblame, Douglas".

"No se ocupaba de ellos", soltó, yendo directamente al meollo de la cuestión. "Lilian no les compraba ropa decente, ni juguetes. No los llevaba al centro comercial ni al parque infantil. Nunca habían ido al zoo ni al circo ni habían estado en una piscina. No se preocupaba de que comieran bien. Molly dejó de *hablar*, por el amor de Dios, y ella no hizo nada. Siento que tengo que compensarles. Quiero que sean felices, que sepan que las quiero".

"Lo saben, Douglas", le apretó los dedos en el brazo, dándole una pequeña sacudida. "No hace falta que les compres cosas para que sepan que les quieres. No tengo mucha experiencia con niños, pero estoy segura de que mimarlos demasiado sería tan malo para ellos, a su manera, como la negligencia de su madre."

"Tienes razón", admitió Douglas. "Pero cada vez que pienso en lo que pasaron, en cómo era su vida... quiero salir corriendo y comprarles todo lo que puedan necesitar, darles todo lo que quieran. Sé que está mal, pero cuando Molly me mira con esos grandes ojos azules, o Benny suplica de esa manera que lo ha hecho, me convierto en masilla."

A su lado, Jacinto reía, un sonido alegre y contagioso.

"Lo sé. Y, debo señalar, ellos también lo saben. Pero debes resistir, Douglas. Los niños necesitan límites, ¿y quién los pondrá si tú no lo haces?"

"Para alguien que afirma no saber mucho de niños, tienes un montón de consejos excelentes", dijo Douglas con ironía.

"No es tanto conocer a los niños, como el sentido común", respondió Jacinth. "Eso, y ver a madres en las tiendas con niños gritones y quejicas a cuestas, que me dan ganas de gritar a mí también. No querrás que Benny y Molly sean como ellos, ¿verdad?"

"Dios, no". Douglas recordó algunos de aquellos incidentes y se estremeció. A menudo se había preguntado por qué aquellos padres no se esforzaban en disciplinar a sus hijos, en ponerles firme e insistir en que se portaran bien. No, no quería que sus hijos fueran así, ni quería ser ese tipo de padre.

"Vale, tienes razón", reconoció. Y sin embargo... ¿el cachorro? "Me siento como si estuviera cediendo por lo del cachorro... excepto que siempre había tenido la intención de tener un cachorro en cuanto tuvieran edad suficiente. Forma parte de la infancia normal que quería que tuvieran".

"Ahh". Jacinth asintió, con una mirada sabia en sus ojos castaños. "Eso de la 'infancia normal'. ¿Eras tan infeliz, Douglas?"

"¡No!" La negación se elevó instintivamente hasta sus labios. Sonrió, recordando los momentos divertidos con Blue y Skye. "No, claro que no. Era salvaje y loco, y también divertido. Pero... no es lo que quiero para mis hijos, y no es el tipo de vida que quiero para mí como adulta, ¿sabes?"

"¿Qué clase de vida quieres para ti?" preguntó Jacinto, con voz dulce y mirada suave, invitándole a confiar en ella.

"Un hogar". La respuesta de Douglas llegó sin vacilar. No tuvo que pararse a pensarlo. "Un lugar que sea mío, un lugar al que, por muy lejos que viajemos, siempre volvamos. Quiero que los niños tengan estabilidad, se sientan seguros y queridos".

"Supongo que es lo que llaman el Sueño Americano". Se encogió de hombros, sintiéndose tonto al decir aquellas palabras. "Ya sabes... Una casa con una valla, dos coches, un gato, un perro y dos hijos y medio".

La risa de Jacinto sonó en la brisa como campanas. Su mano se deslizó por el brazo de él y enrolló sus dedos entre los de él, su mano suave y cálida. "Bueno, no sé cómo conseguirás ser

medio niño, pero ya estás ahí, Douglas. Si eso es lo que quieres, lo has conseguido. En cuanto a Benny y Molly, no los estás malcriando demasiado, al menos todavía. Ni siquiera ha pasado un mes, Douglas. Dales algo de tiempo. Los tres aún os estáis adaptando, aún estáis aprendiendo a conoceros. Estás aprendiendo a confiar en tus instintos con ellos, y ellos están aprendiendo a confiar en ti. Y tienes buenos instintos, Douglas. Síguelos".

Él asintió, muy consciente de la mano de ella en la suya. Sintió un hormigueo en la palma de la mano, que se extendió por su brazo, calentando la esencia misma de su ser. ¿Era ella consciente de ello? ¿Podía sentir ella también la chispa que había entre ellos? Tenían algo juntos, los dos, y él no iba a dejar que se alejara de ello, de ellos.

"Es tu turno", le dijo. No tenía sentido andarse con rodeos, ya había esperado bastante.

Jacinto se sobresaltó, sus ojos caoba se abrieron de par en par mientras le miraba fijamente.

"¿Me toca a mí?"

"Sí. Te toca contarme qué te preocupa. Por qué no admites esta atracción que hay entre nosotros. No puede ser sólo porque yo sea humana y tú un Djinn. Tiene que haber algo más, Jacinto. Lo sé".

Suspirando, Jacinth apartó la mano de la suya y levantó la cara hacia la ligera brisa que se levantaba, respirando hondo. Unos rizos diminutos se le pegaban a la frente con el calor húmedo del día. Douglas alargó un dedo para apartárselos de la cara y se colocó un largo y sedoso mechón de pelo de ébano detrás de una oreja de color rosa concha. Ella le dio las gracias con una sonrisa y, con cierta dificultad, él resistió la necesidad de inclinarse y probar su tentadora boca.

"Mi padre era un mortal". Jacinto le observaba fijamente, con una expresión repentinamente seria que desterraba la chispa de diversión que era su cualidad definitoria, que siempre parecía hacerla más grande que la vida.

"¿Un mortal?"

Jacinto asintió. "Uno muy famoso. Madre lo llora, incluso ahora".

Sorprendido, Douglas levantó las cejas. "¿Novecientos años después?"

Con una risita que disipó su inusual seriedad, Jacinth le cogió la mano y le dio un rápido apretón, sus mejillas se sonrosaron encantadoramente.

"El tiempo no es el mismo que para vosotros. Para nosotros no es tanto tiempo. Una de las cosas que más lamenta mamá es haber pasado tan poco tiempo con él... no más de unos pocos años. Tuvimos que dejarle cuando yo era muy joven, cuando ella ya no podía ocultar que yo era... diferente. No sabía, ya ves, que era Djinn".

Douglas frunció el ceño, intentando comprenderlo. "¿Quieres decir que no acudió a él para pedirle tres deseos?"

"¡Oh, no! Mamá nunca fue Portadora de Deseos. Se enamoró de él cuando lo vio paseando una noche, cuando era muy joven -explicó Jacinto. Sus ojos se suavizaron al recordarlo con cariño. "Le observó durante muchos años, mientras crecía, antes de acercarse a él. Eran tiempos muy duros entonces, debes comprenderlo, Douglas. Los turcos y los persas estaban en guerra, y la vida era azarosa, incluso si uno era favorecido en la corte, como mi padre. Si los que te favorecían caían del poder, quizá te encontraras con la enemistad de los que asumían el poder. Los musulmanes eran tolerantes con los cristianos y los judíos, pero si se hubiera sabido que mi padre... un eminente erudito, astrónomo en la Corte... se había casado con un Djinn... no, no, ¿qué problemas habría habido! Habría puesto su vida en peligro".

"Así que nunca se lo dijo", reflexionó Douglas. "¿Pero se casó con él, aun sabiendo que no podía quedarse con él?"

Jacinto asintió. "Durante algunos años pudo ocultar quién era. Pudo aparentar que envejecía

según los estándares humanos. Pero entonces nací yo... y una vez que pude andar y hablar, ella ya no pudo utilizar esos medios".

Su risa onduló sobre él como la seda.

"Los niños djinn pueden ser... difíciles", dijo, y su sonrisa le invitó a compartir su diversión.

"¡Me lo imagino!" Su asentimiento fue sincero. "Pero entonces eres medio Djinn".

Aquellos brillantes ojos marrones le guiñaron un ojo. "No. Yo soy Djinn. No somos de la misma especie, Douglas. Los Djinn son seres mágicos. No somos humanos con habilidades especiales. Nadie sabe cómo es que los Djinn y los humanos pueden tener hijos, pero un niño así nace humano o Djinn. No a medias. Todo humano y mortal, o todo Djinn e inmortal". Hizo una pausa y su mirada se volvió solemne. "Soy una Djinn desde hace casi mil años, Douglas, y espero seguir siéndolo durante varios miles más".

Mil años. Él sería sólo un recuerdo... una mota de un momento Kodak contra eones sin edad. Aquel pensamiento era inquietante.

Jacinth trazó un dibujo en su muslo vestido de vaqueros con la punta de un dedo.

"Me acuerdo de él. A mi padre".

Douglas frunció el ceño, pensativo. "Creía que habías dicho que tu madre le abandonó cuando eras joven".

Ella asintió enérgicamente con la cabeza, mientras los rizos de ébano rebotaban.

"Sí. Tenía cuatro años cuando dejamos Bagdad y fuimos a la aldea de los Djinn. Pero los Djinn no olvidamos", le dijo. "Recordamos cada momento de nuestro nacimiento, no como los humanos. Una vez que aprendemos algo... como el lenguaje, por ejemplo... nunca lo olvidamos. Jamás".

Su expresivo rostro se suavizó, sus ojos se calentaron de afecto. "Me llevaba al hombro y me llamaba su *katkuuta*... linda. A veces íbamos a sentarnos en el desierto toda la noche, los tres, bien envueltos en mantas, mientras él observaba las estrellas y hacía sus cálculos. Más tarde, cuando me creían dormida, él le recitaba poesías, y se amaban".

"Escribió un poema sólo para mí, no mucho antes de irnos". Jacinth sonrió, pero le temblaban las comisuras de los labios y tenía los ojos empañados. Un poco desconcertado, Douglas la observó mientras conjuraba un diente de león de la nada y soplaba sobre sus diminutas pelusas, viendo cómo los trocitos blancos flotaban en la brisa.

Espera un momento. Douglas se incorporó bruscamente. Jacinto... el nombre era una antigua variación de jacinto. Seguro que no... no podía ser.

"*Si de tus bienes mortales estás desprovisto*", citó en voz baja. "*Y de tus escasos bienes sólo te quedan dos panes... compra uno, y con la dote, compra jacintos para alimentar el alma*".

Jacinto le miró complacido. "¡Lo sabes!"

"¡El mundo lo sabe!" Apenas podía creerlo. "Omar Khayyam. Matemático, astrónomo y poeta... nació en algún momento del primer milenio, creo".

"1048", Jacinto asintió afirmativamente.

"Y ese otro poema famoso, el de la hogaza de pan y la jarra de vino y tú... ¿lo escribió para tu madre?".

"Sí".

Permaneció en silencio un largo momento, al parecer recordando aquellos días, hace tanto tiempo que bien podría haber sido otro mundo, pensó Douglas. Cuando volvió a hablar, su voz era grave, llena de un profundo dolor que él nunca había oído de ella, nunca había sospechado que la alegre y divertida Jacinth llevara dentro de su corazón.

"Ella le quería mucho. La destrozaba dejarle. Durante décadas estuvo tan triste, observándole

desde lejos, incapaz de acercarse a él, y cuando murió..."

Jacinto se interrumpió, con la mirada fija en los árboles lejanos. "Mi madre es muy, muy hermosa, como has podido comprobar. Nunca ha elegido otra pareja, ni siquiera después de tanto tiempo, aunque hay Djinn guapos y poderosos que la cortejarían en un instante si ella lo permitiera. Pero ella los rehúye a todos".

Ella le miró, con ojos oscuros e insondables. "No quiero eso, Douglas. No deseo perder toda la alegría de vivir, anhelar lo que nunca podrá ser. Vivir todos mis años, pasar siglos, lamentando lo que no puede cambiarse".

Sabía que ya no hablaban de su madre.

"A veces -dijo, oyendo su voz áspera por la emoción reprimida-, a veces no tenemos elección. Tampoco es lo que yo habría elegido, pero... Jacinth, estoy enamorado de ti".

Palideció visiblemente.

"Douglas..." su susurro fue un mero soplo de sonido. "No..."

"Sí", insistió. Extendió la mano y le cogió una mejilla suave, acariciando su piel sedosa con el pulgar. "Y tú también te preocupas por mí. No puedes negarlo, Jacinth. Te preocupas por mí, y por los niños, más de lo que sabes... o aceptas".

Sus ojos oscuros se abrieron de par en par, presa del pánico, mientras le miraba fijamente, congelada. "Yo no".

"Sí, lo sabes". Él sabía que sí. "Tú perteneces a mí. Con nosotros".

"¡Yo no!" Jacinth se puso en pie de un salto, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de mal genio. "¡No lo haré!"

Dio un pisotón y desapareció.

"Eso no es justo", gritó Douglas furioso al aire. "¡No puedes desaparecer cada vez que tenemos un desacuerdo!".

"¡Acéptalo!", le gritó una voz incorpórea. Y luego se hizo el silencio.

¡Maldita sea! echó humo Douglas, mirando al cielo vacío. ¿Qué demonios iba a hacer con ella? Peor aún, ¿qué iba a hacer sin ella?

Se levantó pesadamente y se dirigió hacia la casa. La puerta trasera se abrió de golpe y sus hijos salieron disparados.

"¡Papá! ¡Papá!" Benny estaba casi incoherente de excitación. El niño corrió hacia Douglas, tirando de su mano. "El tío Troy dijo que nos dejaría tener uno de los cachorros cuando fueran lo bastante mayores, si tú dices que te parece bien. ¿De verdad, papá? ¿Podemos tener uno?"

"¿Por favor? Molly pronunció la palabra como si tuviera una docena de sílabas. Se aferró a su otro brazo, con sus grandes ojos suplicantes. "¿Por favor, papá?"

Se derritió. En el mes que llevaba en casa, aunque llevaba hablando desde aquella primera semana, nunca le había llamado papá. Ni una sola vez. Se arrodilló en el suelo y abrazó a sus dos hijos. Dios, ¡los quería! Eran tan preciosos para él. No podía borrar los dos últimos años, la negligencia de Lilian hacia ellos, pero por Dios que podía asegurarse de hacer lo correcto con ellos de ahora en adelante.

"Claro que podéis tener un cachorro", les dijo, con la voz inexplicablemente ronca. "Iremos a elegir uno ahora, y Troy nos avisará cuando tenga edad suficiente para venir a casa con nosotros".

Un cachorro era poca cosa, apenas pesaba en la balanza en comparación con los abrazos y besos que le daban sus alborozados hijos antes de volver corriendo a la vieja granja, gritando y riendo mientras desaparecían en la cocina.

Douglas se detuvo mientras seguía su estela, con un pie en la escalera, y miró hacia el

granero. ¿Volvería Jacinth? Seguro que sí. ¿Cómo se lo explicaría a los niños, a Troya, si no lo hacía?

Respiró aliviado cuando la encontró en el salón esperándole, junto con Troy y los niños.

"He oído que vas a añadir un cachorro a tu colección", le saludó Troy con una amplia sonrisa. "Lo sabía, tío. Te encantan estos niños".

Douglas no pudo evitar asentir, lo que le valió una sonrisa pícaro de su hijo. Entonces fue arrastrado, a su antojo, de vuelta al sótano para ver a la cachorra hembra dormida que sus hijos habían elegido. Gato olisqueó el pequeño bulto de pelo y estornudó en una muestra de asco felino. Douglas soltó una risita. Se lo imaginaba. Vio cómo Gata trotaba hasta los pies de Troy y lo miraba imperiosamente, pidiendo... no, exigiendo... que la cogiera en brazos. Troy la obligó, rascándole distraídamente detrás de las orejas mientras daba un codazo a Douglas.

"Entonces, cuando estés lista para el cachorro, ¿la envío con Beatrice?"

Benny y Molly debían de estar contándole el fiasco de esta mañana. Estaba a punto de responder cuando, de repente, Troy chilló y dejó caer a Cat.

"¡Me ha arañado!"

Troy miró al gato a sus pies, que le devolvió la mirada con unos acusadores ojos dorados. Douglas se apartó, ahogando una carcajada.

"Vamos". Extendió las manos para que sus hijos las cogieran. "Es hora de volver a casa".

Subieron las escaleras hasta donde Jacinth esperaba en el salón. No le miró a los ojos mientras se inclinaba para recibir el exuberante abrazo de Molly.

Douglas miró a Cat, que les había seguido escaleras arriba y estaba sentada a los pies de Troy, observándoles como si fuera la dueña del lugar.

"La gata tiene buen aspecto", comentó Douglas a Troy. "¿Nos la llevamos con nosotros?"

Cat echó las orejas hacia atrás y arrugó el hocico mientras le siseaba. En un destello de pelaje rojo y marrón, corrió junto a él hacia el vestíbulo y subió las escaleras.

"Eh... supongo que no".

Troy parpadeó tras su invitado felino, y luego se volvió hacia ellos con una sonrisa irónica. "Creo que te ha entendido, tío. Oye, no me importa quedármela. Es una gata genial. Pensé que alguien podría estar buscándola, porque ha estado muy bien cuidada. Por otra parte, nadie ha contestado a los anuncios que puse en el periódico".

"Parece que te has buscado un gato". Douglas se mordió el interior de la mejilla para no sonreír. Mejor Troy que él.

Ya lo he oído.

Una risa ahogada cerca, apresuradamente sofocada, le dijo que Jacinto también había oído el comentario cáustico del gato.

"De acuerdo, tropa". Douglas miró a sus hijos y a la niñera e hizo un gesto hacia la puerta. "Es hora de volver a casa y empezar a cenar, así que pongámonos en marcha".

"¡Adiós, tío Troy! Y gracias!" Benny seguía saltando de emoción.

Douglas se rió entre dientes. "Había olvidado que así solía llamarte", le dijo a su amigo.

Molly no estaba menos emocionada, pero seguía siendo tímida. "Gracias", le dijo a Troy. Era adorable, con sus grandes ojos azules serios. Era una muñeca diminuta al lado del gigantesco veterinario, la parte superior de su rizada cabeza apenas le llegaba a las rodillas. Troy se agachó frente a ella y ella desapareció en su enorme abrazo.

"De nada, cariño". Le plantó un beso en la mejilla y luego la soltó con una palmada en la espalda. "Ahora id vosotros. Cuidaré bien de tu cachorro por ti".

"¡Vale!" Molly asintió con un chirrido y salió corriendo por la puerta que Douglas le

mantenía abierta.

Douglas esperó mientras Jacinth estrechaba la mano de Troy y se despedía. Pasó junto a él y bajó las escaleras y cruzó el patio hasta el coche, todo ello sin una palabra ni una mirada. Escuchó el parloteo de los niños, uniéndose a ellos para decidir la comida de la cena y hacer planes para ir al parque infantil al día siguiente. No miró a Douglas ni le dirigió la palabra. Ni una sola vez.

CAPÍTULO 19



JACINTH EVITÓ SALIR de su dormitorio a la mañana siguiente hasta que ambos niños se hubieron levantado. Fue infantil por su parte desaparecer anoche como lo había hecho, y no mucho mejor evitar quedarse a solas con él ahora. Aun así, eso era mejor que enfrentarse a él, que tener que responder a sus preguntas, mirarle a los ojos y ver el mismo dolor que ella sentía. De todas formas, ¿de qué servía hablar de ello, pensó, sintiéndose beligerante? No había nada que pudiera hacerse al respecto. Ella era djinn y él mortal. Eso debería haber sido todo. Entonces, ¿por qué se sentía tan... inquieta?

Sin entusiasmo por el día que tenía por delante, se vistió y se dirigió a la cocina, donde las voces de los niños se alzaban alborozadas. Observó que Douglas tampoco estaba de muy buen humor. Parecía desarreglado y malhumorado, y tras servirse una taza de café se despidió de sus hijos con un beso y se marchó a trabajar. Bien, si él quería estar así. De todos modos, ella no quería hablar con él.

A media mañana ya se había recuperado de su mal humor, limpiando la casa de arriba abajo a la manera humana. Después de comer, cedió a las súplicas de los niños para llevarlos al parque. Sería agradable salir de casa y oler el aire fresco, retozar con Ben y Molly en la hierba.

Mientras conducía a los niños hacia el parque infantil, una mujer se levantó de un banco cercano y se acercó a ellos vacilante. Sintiendo verdadero temor, Jacinth reconoció a la ex mujer de Douglas. Benny y Molly se callaron cuando su madre se acercó, Benny se agarró a la mano de Jacinth y Molly se aferró a la pierna de Jacinth con ambos brazos.

Lilian se detuvo a unos metros, con los ojos puestos en los niños, pero no se acercó. Se aclaró la garganta, encontrándose fugazmente con los ojos de Jacinto.

"No pretendo causar problemas", tartamudeó la mujer mayor. "Pensé que tal vez me permitirías visitar a mis hijos y jugar con ellos aquí. ¿Sólo... sólo un ratito?"

Jacinth se roía el labio inferior, sin saber qué hacer. No había nada que objetar al comportamiento de Lilian, que se mostraba compungida y vacilante, lejos del histrionismo de la semana pasada. De algún modo, Jacinth estaba segura de que a Douglas no le gustaría, pero, por desgracia, Douglas *no estaba aquí*. La decisión dependía de ella. Lilian parecía sincera y la observaba esperanzada. Jacinth volvió su atención hacia los niños. Benny parecía igual de inseguro que Molly, pero ninguno de los dos parecía oponerse a que su madre jugara con ellos. Quizá se sentían seguros en aquel lugar público. Después de todo, Lilian no podía hacer nada... no aquí, a plena luz del día y con gente alrededor.

Pero aun así, dudó. Había... algo... acechando en los ojos ligeramente inyectados en sangre,

un cambio en la mirada desvaída. Lilian tramaba algo. Por un momento, Jacinth deseó tener la capacidad de Kieran para leer la mente. Pero, ¿qué podía hacer aquella mujer? Sintiendo aún reticencia, Jacinth asintió con la cabeza.

Lilian sonrió aliviada, casi radiante de gratitud.

"Muchísimas gracias. No sabéis lo que significa para mí poder pasar un rato con ellos". Tendió unos dedos largos y cuidados a Benny y Molly, dedicándoles una sonrisa brillante. "¿Vamos a los columpios y os empujo?"

Los tres se dirigieron al parque infantil, mientras Jacinth los observaba atentamente desde el banco del parque, a poca distancia. Hablaría con Douglas en cuanto llegaran a casa. No le iba a gustar, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No era como si la mujer hubiera intentado secuestrarlos de nuevo. Sólo deseaba no tener la sensación de que algo estaba pasando.

Permaneció alerta, atenta a cualquier señal de un compinche, alguien cuya tarea sería distraerla mientras Lilian se marchaba con los niños. Aunque el parque estaba concurrido por otras madres con niños pequeños, corredores, parejas que paseaban de la mano, nadie se acercó a ella. Lilian parecía contenta de jugar con los niños, empujándolos en los columpios, ayudando a Molly a subir los escalones del alto tobogán, para arrodillarse en la arena y atrapar a la niña en la parte inferior. Tanto Molly como Benny reían, hablaban con ella sin reservas, disfrutando de la novedad de jugar con la mujer que se hacía llamar su madre. Si hubiera sido así antes, si se hubiera comportado como una madre de verdad, pensó Jacinth, Douglas nunca le habría quitado a los niños.

Hola, Djinn.

Apartó los ojos del pequeño grupo del patio cuando Cat saltó con elegancia al banco que había a su lado.

"¿Qué haces aquí?", preguntó, y su mano se dirigió automáticamente a acariciar el espeso y sedoso pelaje. Gato ronroneó en señal de agradecimiento, apoyando la cabeza contra la mano de Jacinto. "Creía que eras feliz en casa de Troy".

Tuvo que salir de la ciudad. Gato sonaba contrariado, y Jacinto se mordió una sonrisa. Una conferencia de veterinarios. Es aburrido estar ahí fuera sólo con ese estúpido perro como compañía. Llamé a un taxi y me fui a casa, luego vine aquí para tener un poco de compañía. Pensé que hoy te encontraría aquí.

La gata entrecerró los ojos hacia la mujer con los niños.

¿Quién es el de tus kits?

"¡No son míos!" La respuesta fue automática, pero la mirada de Jacinto se dirigió a los niños. De algún modo, los consideraba suyos. ¿Y eran celos lo que había sentido al ver a los niños jugar con su madre? Ahuyentó esos pensamientos y respondió a la pregunta de Cat. "Es la madre de los niños, la ex mujer de Douglas, Lilian".

Cat resopló su opinión. En general, Jacinth estaba de acuerdo.

¿Quieres que le destroce las medias?

Jacinto se rió en voz alta. "No, pero gracias".

Con un amplio bostezo que mostraba una dentadura afilada de la que Jacinto imaginaba que un tiburón blanco se sentiría orgulloso, Gata se tendió en el extremo del banco cubierto de sol y sombra, disponiéndose a dormir.

Como quieras. Avísame si necesitas ayuda. Los ojos dorados le brillaron un instante. *Nadie se venga como un felino.*

Jacinto se rió. ¡Se lo podía creer!

Al cabo de otra media hora, Lilian se inclinó para abrazar a los niños, preparándose

obviamente para marcharse, y Jacinth lanzó un silencioso suspiro de agradecimiento por que no se produjera ninguna escena desagradable. Lilian le llamó la atención y sonrió, inclinando ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento. En realidad no era tan mala, pensó Jacinth, viendo a la mujer cruzar la hierba hacia una fuente de agua cerca del aparcamiento más lejano. Quizá por fin se había dado cuenta de lo que le había hecho perder la bebida, y ahora estaba en el buen camino. Eso no podía ser malo.

Jacinth dio una última palmadita al Gato que dormitaba y se levantó del banco yendo hacia los niños y tendiéndoles la mano.

"Es hora de ir a casa y empezar a preparar la cena".

Los niños la cogieron de la mano, uno a cada lado, rebotando de emoción mientras le contaban todos sus juegos. Estaban casi en la calle cuando un chillido estridente rompió el aire. Horrorizada, Jacinth miró por encima del hombro para ver a Lilian corriendo hacia ellos, gritando, desde el otro lado del parque.

Agarró a los niños con fuerza y echó a correr, empujándolos más deprisa por la hierba, lejos de la mujer. ¿Se había vuelto loca?

¡No! gritó una voz urgente en su mente. Gato. *No corras. Eso es lo que quiere que hagas. ¡Te hace parecer culpable!*

¿De qué? ¿Culpable? ¿Culpable de qué?

"¡Detenedla!" Oyó gritar a Lilian. "¡Tiene a mis hijos! ¡Esa mujer me está robando a mis hijos!"

Jacinth patinó hasta detenerse, aumentando su furia al girarse. La gente empezó a correr hacia ellos desde todas direcciones... los corredores y los que iban de picnic, las madres que sujetaban con fuerza a sus hijos. Una multitud los rodeó rápidamente, los hombres parecían furiosos y violentos, las mujeres no menos hostiles. Molly sollozaba, y Benny volvió hacia ella un rostro blanco y asustado. Jacinth se arrodilló, sujetando con fuerza a los dos niños mientras Lilian se abría paso entre la multitud.

"¡Cómo te atreves!" Jacinto dirigió su mirada furiosa hacia la mujer. "¿Cómo te atreves a hacer esto?"

"¡Molly! Ben!" Con el rímel corrido en gruesas manchas bajo los ojos, Lilian soltó un sollozo convulso en beneficio de su público, y cogió a los niños. Se apartaron de Lilian, y Jacinth tiró de ellos hacia atrás, detrás de ella, mientras se ponía en pie.

chilló dramáticamente Lilian. "¿Ves? Intenta quitarme a mis hijos. Dame a mis hijos!"

"No te pertenecen", le dijo Jacinto desafiante. "No tienes derecho a llevártelos. No tienes derecho a hacer esto".

"Sí que se parecen a ella, nena", se dirigió a Jacinto un hombre corpulento y mayor.

"Vi a los tres jugando en el parque durante mucho tiempo", dijo una mujer. "Esta chica de aquí no dejaba de vigilarlos desde un banco. Debía de estar esperando su oportunidad para coger a los niños cuando la madre fue a tomar algo".

Se oyeron murmullos airados y el hombre mayor miró a Benny, señalando a Lilian. "Sonny, ¿es ésta tu madre?"

Benny asintió y rodeó a Jacinth con miedo mientras un murmullo recorría la multitud, que se acercaba cada vez más. A Jacinth le agarraron los brazos con fuerza y Lilian se lanzó hacia delante para coger a Molly.

"¡No!"

"Sujétala", suplicó Lilian a la gente, con lágrimas artificiales en sus ojos descoloridos. "No quiero problemas, sólo a mis hijos".

Molly gritó cuando Lilian la apartó de Jacinth. Otras manos estaban sobre Benny, intentando apartarlo también. Luchó contra ellas, pataleando y mordiendo como un pequeño tigre.

"¡No! ¡No quiero ir con ella! No quiero!"

Jacinth se encontraba en un dilema. Utilizar la magia ahora... no, era imposible. Podría ocuparse de esto fácilmente si dejaba que Lilian se llevara a los niños; se pondría al día a su manera, una vez que toda esta gente no estuviera cerca. Pero no podía hacerlo, no podía dejarlos marchar. No podía permitir que Ben y Molly pensarán que los entregaría a su madre, aunque estuvieran a salvo. *Ellos* no lo sabían, y su confianza se haría añicos al pensar que ella les había defraudado. Sería una traición. No podía hacerlo.

"¡Soy la niñera!" Intentó hacer comprender a los que tenía cerca, a los que la sujetaban. "¡Su madre no tiene la custodia, es ella la que intenta secuestrarlos!"

Nadie me escuchó.

"Suelta al chico", ordenó una voz de hombre, áspera de ira. "¡Ya!"

Unos dedos se enredaron en su pelo, tirando cruelmente, y un puño la golpeó en la mejilla con fuerza suficiente para hacerla caer al suelo. Se aferró desesperadamente a Benny, acurrucándose en torno a él para protegerla mientras caía.



DOUGLAS SE PASÓ el cubo de pollo frito al brazo izquierdo, equilibrándolo con la gran bolsa de guarniciones para poder abrir la puerta. Jacinth y los niños debían de estar aún en el parque. Perfecto. Tendría la cena preparada en la mesa cuando volvieran. Se le había olvidado decirle a Jacinto esta mañana que sólo tenía media jornada en la clínica y, en lugar de llamar, decidió que sería divertido sorprenderles presentándose temprano. Esto fue incluso mejor de lo que había planeado, y silbó mientras empezaba a deshacer las bolsas en la encimera de la cocina.

Un ruido sordo y extraño sonó en la parte delantera de la casa, como si algo pesado aterrizara contra la puerta. Rápidamente le siguió otro. Douglas se acercó a la puerta y la abrió con cautela. Algo grande y peludo atravesó la puerta, rozándole las piernas.

"¡Eh!" Se volvió, para ver a una gata roja familiar que desaparecía por el pasillo. Entró corriendo en el cuarto de baño y la puerta se cerró de golpe tras ella. ¡Gata! ¿Qué hacía aquí? ¿Habría olido el pollo y había venido a cenar?

"¿Gato?" Esperó ante la puerta del baño. Un momento después, la abrieron de un tirón y salió una joven menuda, de pelo negro corto y despeinado y enormes ojos dorados, con una toalla de baño bien envuelta. Le agarró el brazo con la mano libre.

"Tienes que ir al parque". Respiraba con dificultad por la carrera y tenía la voz tensa por la ansiedad. "Tu ex mujer está allí, intentando llevarse a los niños. Afirma que Jacinto intentaba secuestrarlos, y ha reunido a una multitud".

"¡Diablos!" Echó a correr por el pasillo, pero recordó que Gato estaba envuelto en la toalla. Volvió, entrando en su habitación.

"Toma, coge una camiseta. Tendremos que buscar unos pantalones en la habitación de Jacinto".

Agarró la camisa. "No hay tiempo, no hay tiempo. ¿Tienes pantalones de chándal, de los que tienen cordones?"

"Sí, aquí".

Se las lanzó. Ella ya se estaba deslizando dentro de la camiseta. Asomó un brazo y cogió los pantalones.

"Ve", me instó. "Iré detrás de ti".
Se fue.

"¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?"

La multitud retrocedió al reconocer la voz de la autoridad, y Jacinth jadeó aliviada cuando un policía uniformado avanzó a grandes zancadas. Se había visto abrumada por la cantidad de gente, y le habían arrancado a Benny de los brazos. El policía se abrió paso entre la multitud e inclinó una mano para ayudarla a levantarse.

"¿Se encuentra bien, señorita? ¿Qué es todo esto?"

Se alzaron voces indignadas contra Jacinth, pero viendo su oportunidad, Benny se zafó de las manos que lo sujetaban y, como un disparo, estaba a su lado. Sus brazos se aferraron a su cintura, aferrándose con todas sus fuerzas. Ella se inclinó sobre él de forma protectora, observando que Lilian también estaba rodeada por la multitud, incapaz de escapar con Molly, a la que aún sujetaba. "Todo va a ir bien, ahora ha llegado un policía", le susurró al chico.

Jacinth esperó, controlándose con esfuerzo, hasta que se hizo el silencio y la atención del policía se centró en ella. En voz baja, le explicó la situación... el caso de la custodia, cómo Lilian había secuestrado a los niños hacía dos años y cómo los habían encontrado en California. Brevemente, le habló de la anterior visita de Lilian a la casa, y de que Douglas había presentado una denuncia ante la policía.

"Está mintiendo". La voz de Lilian era despiadada. "Mírala. No tiene edad para ser la niñera de nadie. Estaba aquí con mis hijos en el patio, todo el mundo nos vio. Fui a por un vaso de agua y ella los cogió y empezó a correr".

Una docena de personas empezaron a gritar que la apoyaban, que habían visto a Lilian jugar con los niños y a Jacinth irse con ellos mientras Lilian estaba en la fuente.

"Llevé a los niños al parque". Aunque Jacinth se cuidó de mantener la voz tranquila y uniforme, en marcado contraste con el histrionismo y el llanto convulsivo de Lilian, por dentro temblaba de indignación y de los restos del miedo paralizante que la había atenazado cuando las habían rodeado y le habían arrancado a los niños. "Lilian me preguntó si podía jugar con ellos aquí, y yo se lo permití porque es su madre".

se burló Lilian. "Eso es ridículo".

Jacinth concentró su energía en el policía. Sólo tenía que decidirse a investigar sin dejar escapar a ninguno de los dos, y todo iría bien, porque averiguaría la verdad en cuanto se pusiera en contacto con la comisaría.

"¡Para!"

El sonoro grito hizo que todos se giraran. Jacinth podría haber llorado de alivio al ver a Douglas corriendo hacia ellos, con una extraña mujer en sudadera holgada pisándole los talones a pesar de una evidente cojera. Él se encargaría del policía, y Lilian también. Abrazó a Benny, con fuerza, consciente de que se aferraba al chico casi tanto como él a ella, pero incapaz de relajar su fuerte agarre sobre él.

"¡Señorita Jas, se lleva a Molly!" Benny señaló detrás de ella.

Al moverse la multitud, Lilian había visto su oportunidad y empezó a correr, agarrando con fuerza la mano de Molly mientras arrastraba a la niña con ella.

A Jacinth le resultó bastante fácil hacer tropezar a la mujer. Sin embargo, se estremeció cuando Molly cayó también, desollándose la rodilla. El policía ya corría tras ellas, alcanzando a Lilian antes que Jacinth.

"Supongo que eso lo arregla todo", le dijo a Jacinth, entregándole a Molly. Jacinth abrazó a la niña, acunándola con fuerza y acallando sus profundos sollozos.

"Ya te tengo, cariño. No pasa nada. No pasa nada".

A su lado, Benny observó con ojos muy abiertos y cautelosos cómo el policía ponía en pie a Lilian. Douglas llegó hasta ellos, sin aliento.

"Son mis hijos", jadeó. "Yo tengo la custodia, y ésta es su niñera. Mi ex mujer era la que intentaba secuestrarlos".

Rápidamente relató la historia al atento agente de policía. Detrás de ellos, Jacinth se dio cuenta de que los espectadores se alejaban, silenciosos ahora y disgustados por haber sido manipulados para ayudar a Lilian a secuestrar a los niños. Así deberían estar, pensó con rabia. Ni siquiera habían intentado escucharla. No habían dudado en condenarla sin escucharla.

De repente, Jacinth había tenido suficiente. Simplemente... harta. Suficiente de los patéticos juegos de Lilian, de su total falta de preocupación por los niños cuyo bienestar debería haber sido su primera prioridad. Apretando los dientes, dirigió sus pensamientos hacia un grupo de arbustos en la distancia.

Un súbito chillido rasgó el aire, y Lilian saltó hacia atrás, gritando con todas sus fuerzas. El policía, que había empezado a leerle sus derechos, le agarró el brazo con más fuerza, suspirando de impaciencia.

"Mire, señora..."

Lilian volvió a gritar, señalando con el dedo. "¡Dios mío! ¡Que no se acerquen! Mantenedlos alejados de mí!"

El policía miró en la dirección que ella señalaba. También lo hicieron Benny y Molly. También Douglas.

"Ahí no hay nada", dijo Benny, desconcertado.

"¡Los elefantes!" La cara de Lilian se había vuelto blanca como la sábana, sus ojos se abrieron de par en par por el terror, y retrocedió unos pasos a trompicones. "¿No los ves? ¡Todos esos elefantitos que vienen hacia nosotros! Elefantes rosas".

La expresión del policía cambió. Se inclinó hacia delante, olfateando experimentalmente. Su mirada se deslizó hasta encontrarse con la de Douglas. "¿Alcohólico?"

Douglas asintió, y el fornido oficial suspiró. "Estupendo".

"Vamos", le dijo a Lilian, que había empezado a chillar porque los elefantes se acercaban. Parecía histérica. Al menos esta vez, pensó Jacinth con sombría satisfacción, era de verdad, no una actuación.

Douglas entregó su tarjeta al policía.

"Necesito que los niños vuelvan a casa y se tranquilicen. Tengo la orden de custodia que querrás ver. Definitivamente quiero presentar cargos y pediré una orden de alejamiento. ¿Puedes venir después de llevar a Lilian y hacer allí nuestro informe?"

El agente asintió y se llevó la mano al cinturón. Estaba buscando sus esposas, se dio cuenta Jacinth. Le hizo un gesto urgente con la cabeza, señalando a los niños. Por muy mal que se hubiera portado Lilian, Jacinth no quería que Benny y Molly vieran cómo esposaban a su madre. El policía comprendió y les hizo un gesto para que se marcharan.

Jacinth se volvió, aún con Molly en brazos, para ver que la joven que había seguido a Douglas se acercaba a ella, evidentemente cojeando. Jacinth contempló el rostro en forma de corazón enmarcado por el pelo negro corto y rizado, la barbilla puntiaguda y los grandes ojos dorados, y sonrió.

"¿Gato?", dijo en silencio. Douglas se unió a ellos en ese momento y le tendió la mano.

"Gracias por venir a buscarme tan rápido".

"Katerina", dijo en voz alta.

Molly seguía llorando, tendiendo los brazos a su padre, y él la cogió de Jacinth, y se dirigieron fuera del parque, con Benny aferrado al costado de su padre como una enredadera.

Las dos mujeres se quedaron unos pasos atrás, hablando en voz baja.

"Siento no haberla leído a tiempo para saber lo que planeaba", susurró Katerina a Jacinto. "Vi que los niños eran felices y eso me bastó. No fue hasta que os alejasteis y ella empezó a perseguiros cuando me di cuenta de su intención".

Jacinto estrechó a la joven en un fuerte abrazo.

"Fue suficiente. Y trajiste a Douglas. No puedo agradecértelo lo suficiente".

Katerina devolvió el abrazo rápidamente, y luego dio un paso atrás, como si le incomodara el contacto personal.

"Tienes que llevar a los ki... a los jóvenes a casa. Volveré a verte pronto".

Se dio la vuelta y se alejó por la hierba, grácil a pesar de la desfigurante cojera.

"¿Quién era?" quiso saber Benny. Agarraba con fuerza la mano de su padre, sin que la ansiedad desapareciera del todo de su rostro. Jacinth le sonrió, enviándole ondas tranquilizadoras.

"Un amigo".

"¿Por qué llevaba la ropa de papá?"

Eh... Jacinth miró salvajemente en dirección a Douglas. Él acudió en su ayuda.

"Estaba nadando en la piscina -Douglas señaló con la cabeza la piscina pública, no muy lejos de allí- cuando vio lo que pasaba, y corrió hasta nuestra casa en bañador. No quería quedarse atrás, así que le lancé un par de cosas y corrimos hacia aquí".

"De acuerdo".

Pero Jacinth notó que Benny lanzaba una mirada extraña detrás de ellos, hacia la figura de Cat que desaparecía. ¿Cuánto tiempo pasaría, se preguntó, antes de que empezara a atar cabos?



MUCHO MÁS TARDE, tras la visita del agente de policía y una larga consulta telefónica con su abogado, Douglas entró en el salón. Una vez que Ben y Molly se habían echado la siesta, Jacinth estaba sentada en su rincón favorito del sofá, leyendo una revista. Levantó la vista cuando él entró en la habitación. Se detuvo en la puerta y ella le dirigió una mirada interrogante.

"¿Elefantes rosas?", preguntó, con voz engañosamente tranquila.

Jacinto se puso inmediatamente a la defensiva. "Bueno..."

"¿Elefantes *rosas*?"

Él se acercó y ella intentó hacerse más pequeña en el sofá, mordiéndose el labio nerviosamente mientras él se alzaba sobre ella. Le miró con aprensión durante un largo rato. Douglas se sentó bruscamente, hundió la cabeza entre las manos y sus hombros temblaron ligeramente.

"¡Elefantes rosas!" Levantó la cabeza y Jacinto vio con inmenso alivio que se estaba riendo. Se rió hasta que le faltó el aire, sujetándose los costados. "No me lo puedo creer".

"Ut-oh".

Douglas sólo tuvo tiempo de parpadear confundido ante el extraño comentario, cuando se manifestó una figura familiar. Kieran. Y no parecía un genio feliz.

"¡Jacinth!" El estampido sacudió el techo, los ojos plateados del Djinn severos.

Jacinto comprimió su suave boca en una línea obstinada.

"Intentaba secuestrar a Ben y Molly", se defendió, impenitente.

Con un gesto impaciente de la mano, Kieran descartó su explicación.

"Ya te habías ocupado de eso. Ya no era una amenaza".

"Habría seguido intentándolo", replicó Jacinth acaloradamente. "Los niños estaban asustados. No... estaban *aterrorizados*. Lilian reunió a su alrededor una turba de linchamiento y me arrancó a Molly de los brazos por la fuerza. Si un policía no hubiera pasado por el parque en ese momento, habría cogido a las dos niñas y se habría largado".

A Douglas le pareció que la furia glacial del Djinn retrocedía un poco, y que la mirada severa se suavizaba un poco.

"¿Molly está bien?"

Jacinth asintió, con la coleta oscura balanceándose. "Está bien... ahora. No gracias a su madre".

"Mi hija apenas perdió de vista a Jacinth en toda la tarde", añadió Douglas. "Ni siquiera para ir a echarse la siesta. Jacinth tuvo que sentarse con ella y cogerla de la mano hasta que se durmió".

La ira brilló brevemente en sus ojos plateados antes de que Kieran se acercara a la chimenea, mirando fijamente la rejilla vacía. Hubo un largo silencio mientras parecía luchar consigo mismo. Con un suspiro, se volvió.

"No puede ser, Jacinto. Conoces la ley... sin interferencias".

"¡Mírale la cara!" gritó Douglas, enfadado por la actitud intransigente del Djinn.

Eso llamó su atención. Kieran se acercó al sofá, mirando a Jacinth con los ojos entrecerrados. Se había olvidado del moratón donde la había golpeado el hombre de la multitud, y sintió que el color subía a sus mejillas. Se llevó la mano a la cara, apartando la cabeza de los hombres, pero Kieran apartó los largos mechones de ébano para revelar el moratón morado oscuro de la sien.

"¿Quién ha hecho esto?"

"Intentaban quitarle a Benny y ella no lo soltaba", le dijo Douglas. "Jacinth dijo que puedes leer la mente. Pues lee la mía y verás lo que vi cuando llegué al parque esta tarde".

Kieran le miró fijamente durante un largo momento.

"No es precisamente lectura de la mente", admitió lentamente, como si se resistiera a impartir conocimientos. "Son destellos de pensamientos que están por encima de la mente. Sin embargo, hay una manera".

Ahuecando las manos ante sí, apareció una diminuta llama azul, muy parecida a la que Douglas había visto que Jacinth le llamaba aquel día en casa de Troy. Pero esta llama azul creció, expandiéndose hasta convertirse en un orbe parpadeante que flotaba sobre las manos del príncipe Djinn.

"Coloca las manos a ambos lados del orbe", le indicó Kieran. "No te quemará. Luego, simplemente recuerda qué es lo que deseas que vea".

Douglas miró a Jacinth, que le asintió con una sonrisa tranquilizadora. Levantó las manos y las acercó al orbe azul. Esperaba sentir algún tipo de fuego, no este curioso calor que iba y venía, casi como si las llamas le lamieran los dedos.

"Ahora recuerda". Alentó la profunda voz del príncipe.

La puerta de su casa apareció en el orbe, vacilante, y luego se estabilizó cuando respiró hondo, concentrándose. El gato corriendo junto a él en la puerta, luego Katerina saliendo del cuarto de baño, con la toalla sobre él mientras le daba el mensaje urgente. Su carrera hacia el parque, la multitud furiosa que se congregó a su alrededor cuando llegó el policía, tomando el

control. Jacinth levantándose con dificultad del suelo, con los brazos apretados alrededor de Benny. Lilian corriendo, los gritos de Molly, su carita aterrorizada mientras su madre se la llevaba.

"Basta".

El orbe azul se encogió, y las llamas emitieron una última ráfaga de luz antes de desvanecerse. La furia brilló en los ojos glaciales del Djinn. Se dio la vuelta y se inclinó sobre Jacinth, apartándole la mano del moratón con más delicadeza de la que Douglas le había visto mostrar hasta entonces, incluso con Molly. El djinn le cogió la cara y le pasó los dedos por la furiosa marca morada. Cuando la soltó, el hematoma había desaparecido.

"¿Así está mejor?"

Ella asintió. "Sí, gracias".

Asintió y dio un paso atrás.

"Sobre lo otro", Jacinto le miró. "Invoco el derecho de Tormenta de Fuego".

El Djinn lo consideró, y luego asintió lentamente. "Muy bien, pequeña. Puedo aceptarlo. Aunque, habiendo visto los recuerdos de Douglas, no necesitas defenderte. Es vergonzoso que esa mujer haya hecho algo así".

Sin previo aviso, desapareció tan rápidamente como había llegado. Douglas miró inquisitivamente a Jacinth.

"¿De qué iba eso? ¿Lo de invocar?"

"Una defensa antigua". Jacinto vaciló, eligiendo sus palabras con cuidado. "Los djinn son criaturas de fuego, con todo lo que ello conlleva... tempestuosos y apasionados. Emocionales. Tenemos nuestras propias leyes de gobierno, distintas de las de los hombres. Ya sabes que una de nuestras reglas principales es no interferir en los asuntos de la humanidad, aparte de la concesión de deseos. Pero a veces ocurre que alguno de nosotros puede interferir debido a algo que le ha ocurrido y que le causa una fuerte emoción, de modo que no puede abstenerse de responder. No podemos negar aquello que es nuestra propia naturaleza".

"Y lo aceptó", reflexionó Douglas.

Jacinth hizo un hoyuelo. "Bueno, después de todo, utilicé la magia de forma positiva... Lilian recibirá ahora la ayuda que necesita. No es como si la hubiera asesinado o dañado de algún modo".

"¿O la enviaste a Tombuctú?"

Sobria, asintió. "No fue porque no quisiera enviarla lejos. Estaba muy furiosa, Douglas. Y asustada. Si hubieras podido ver a esa gente rodeándonos... fue horrible".

"Hola". Su angustia era más de lo que él podía soportar. Douglas se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. Ella se aferró a él y sus brazos lo rodearon convulsivamente.

"Si hubiera sido sólo Lilian, podría haberme ocupado de ella". Su voz se apagó contra el pecho de él. "Pero con toda esa gente como testigo, no había nada que pudiera hacer... no mágicamente. Y estaban tan enfadados y violentos, pensando que yo era un secuestrador. Es difícil culparles... después de todo, ésa es la peor pesadilla de un padre. Pero... querían hacerme daño. Era realmente aterrador. Molly y Ben lloraban, asustados por toda la confusión y temiendo que Lilian volviera a llevárselos. Confiaban en mí, Douglas, para que no dejara que se los llevara, pero durante aquellos pocos minutos antes de que llegara el policía, no veía cómo podría detenerla. No sin magia, y no podía hacerlo con toda esa gente alrededor".

Douglas la abrazó con fuerza, odiando que estuviera temblando, que la alegría que parecía intrínseca a ella se hubiera atenuado, su optimismo inquebrantable destrozado por las acciones de su maliciosa ex mujer.

"Lo siento", susurró. "Lo siento mucho".

Rozarle la mejilla con los labios, donde había estado el feo moratón, le pareció lo más natural del mundo. Le deslizó un dedo bajo la barbilla y le levantó la cara.

Jacinth no se resistió, levantando los labios para encontrarse con los suyos. La sensación la embargó. Sus labios eran suaves y cálidos, su aroma la envolvía. Nunca se había sentido así antes, nunca había sentido esta... esta sensación de fusión, como si fueran dos mitades, fundidas en un todo completo. Lo correcto de aquello la asustó, pero incluso cuando se puso rígida en su abrazo, y sus manos subieron al pecho de él en señal de protesta, Douglas retrocedió. Le besó la comisura de los labios, deslizó las manos por su pelo y le acarició con un pulgar la piel donde la había golpeado.

"Lo siento", repitió.

Jacinth se relajó, pero permaneció entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho.

"No pasa nada. Una vez que vino la policía y controló la situación, estaba decidida a que nunca jamás volviera a hacer algo así. Que sus intentos de llevarse a los niños acabarían, de un modo u otro. Por eso lo hice, Douglas. No para... ser mala, ni para vengarme de ella. Fue lo único que se me ocurrió".

Se rió entre dientes, frotando la mejilla contra su suave pelo, aspirando su aroma.

"Fue brillante".

Jacinth se echó un poco hacia atrás para mirarle, y su rostro élfico se iluminó.

"¿De verdad?"

Douglas pensó en la bebida de Lilian, en todas las veces que le había rogado que buscara ayuda. Cómo se había negado incluso a admitir que tenía un problema. Se imaginó, no sin diversión, un desfile de elefantes rosas en el parque, y el posterior y, por los comentarios del policía aquella noche, voluntario ingreso de Lilian en un centro de tratamiento y rehabilitación para pacientes internos... aunque seguía insistiendo en que realmente había visto elefantes.

"Sí", afirmó. "Es perfecto".

CAPÍTULO 20



JACINTH SE DESPERTÓ SOBRESALTADA, alarmada. ¡Alguien había cogido su tetera! Se levantó de la cama, dispuesta a salir corriendo por el pasillo, pero se obligó a detenerse, respirando hondo. Era una reacción muy humana, se reprendió con firmeza. Puedo hacerlo mejor.

Con una firme orden mental, se envió a sí misma a su nave Djinn y se asomó a través de la plata. ¡Benny! ¿Qué demonios? Volvió a su dormitorio, se puso una bata y caminó por el pasillo.

"¿Benny?" Parpadeó un poco al entrar en el luminoso salón. "¿Qué haces?"

El chico dio un respingo y se volvió hacia ella. Había abierto la tapa y miraba atentamente dentro.

"¡Señorita Jas!" Parecía asombrosamente culpable cuando la mirada de Jacinto se posó en la tetera que tenía en las manos. "Yo... sólo estaba mirando esto".

"¿En mitad de la noche?" Ella se acercó y le cogió la tetera. Le dio la vuelta, como si la admirara. "Es bonita, ¿verdad? Tu padre la compró en una tienda de antigüedades el mes pasado. Pero, ¿por qué te has levantado en mitad de la noche para mirarla?"

Benny se encogió de hombros, claramente incómodo. "No sé. No podía dormir".

Jacinto volvió a colocar la tetera en la repisa de la chimenea.

"Bueno, vuelve a la cama y hazlo lo mejor que puedas", sugirió ella.

"De acuerdo". Se apresuró a marcharse, como si estuviera contento de alejarse de las preguntas incómodas.

Por la mañana, Jacinth le contó a Douglas lo que había ocurrido durante la noche.

"Lo sabe", dijo cabizbaja, rompiendo varios huevos en un cuenco para revolverlos. "Me estaba buscando ahí dentro".

objetó Douglas. "Es imposible que lo supiera. A lo mejor no podía dormir y estaba dando vueltas por la casa recogiendo cosas".

Jacinth le dirigió su mejor mirada de "¿crees que soy estúpida o qué?"

"Sé realista", sugirió ella. "Se escabulló de la cama en mitad de la noche y arrastró una silla desde el comedor sólo para coger la tetera de encima de la chimenea y poder mirar dentro".

La preocupación se enfrentó al orgullo en el rostro de Douglas. Ganó el orgullo.

"Es un chico listo, ¿verdad?"

Se pasó los dedos por el pelo con un suspiro. "Sí, lo es. El problema es qué vamos a hacer al respecto".

Se encogió de hombros. "Nada, supongo. Diablos, ¡no lo sé, Jacinth! Nunca había tenido que explicarle a nadie que había un genio en mi casa. Mucho menos a un niño de seis años".

"Pero si no hablamos con él, podría contárselo a alguien", se preocupó.

Douglas resopló. "No crees que nadie le creería, ¿verdad?".

"Por supuesto que no. Aunque -dijo con franqueza- casi sería mejor que lo hicieran. Le ridiculizarán y se burlarán de él. Ya sabes cómo son los niños. E incluso cuando lo sepa, no podrá defenderse de las burlas, porque tendrá que entender que no puede decir la verdad a nadie. No quiero eso para él, Douglas".

"¿Crees que lo sabe? Quiero decir, ¿lo sabes seguro?" preguntó Douglas.

Era una buena pregunta. "No lo sé. Ojalá Kieran estuviera aquí. Hay momentos en los que leer la mente puede ser útil, y creo que éste es uno de ellos".

Douglas la atrajo hacia sí, rodeándola con los brazos para estrecharla. Ella levantó la cara como si fuera la cosa más natural del mundo, y sus labios se encontraron, demorándose. Él levantó la cabeza con un suspiro, apoyando la frente en la de ella.

"No sé qué hacer", admitió. "Esperemos un poco, a ver si podemos averiguar cuánto sabe, o sospecha, y entonces decidiremos".

"Quizá Kieran entre y podamos preguntarle qué piensa", sugirió Jacinth.

"Justo lo que necesitaba", murmuró Douglas en voz baja. "Tu perro guardián leyendo mis pensamientos lujuriosos".

Ella soltó una risita y se puso de puntillas para apretarle la barbilla con los labios.

"¿Tienes pensamientos lujuriosos?"

Su boca descendió sobre la de ella.

"Por supuesto", susurró él, antes de capturar sus labios en un beso duro y ardiente que abrasó el aire que los rodeaba.

Hubo una oleada de chasquidos crepitantes y Jacinth se apartó de sus brazos a regañadientes para ocuparse del tocino que había estado friendo. Sabía que tenía las mejillas sonrojadas y sentía un hormigueo que le llegaba hasta los dedos de los pies. ¡Aquel hombre sabía besar!

Jacinth cogió una pila de platos del armario y se los dio a Douglas para que los pusiera sobre la mesa, con los pensamientos caóticos. Ya la habían besado antes. No por un humano, por supuesto, pero había habido hombres djinn a los que había amado. Bueno, tal vez "amar" fuera un poco fuerte... pero se había preocupado por ellos, se había acostado con algunos. Después de todo, tenía novecientos años, no era como si se hubiera perdido algo por el camino. Excepto que... esto era diferente, lo que sentía por Douglas. Y lo único que había hecho era besarla. Y eso, sólo dos veces. Tres veces, si contaba aquel beso dulce y espontáneo en Disneylandia.

Jacinth sonrió al recordarlo. Supuso que era porque había una especie de seducción en sentirse parte de una familia. Tenía pocos recuerdos de su padre, lo habían abandonado cuando ella era muy pequeña. Aunque su madre la había llevado a una de las aldeas Djinn para que la criaran, Zahra había sido triste y retraída, y Jacinth siempre se había sentido un poco aislada, diferente de los demás niños felices y despreocupados. Le encantaba formar parte de la familia de Douglas, quería a la querida Molly y al brillante y precoz Benny. Quizá por eso se sentía tan atraída por Douglas.

Se llevó los dedos a los labios, aún palpitantes por la abrasadora presión de aquel beso rápido y apasionado. Por otra parte, cuando Douglas la tocó, todos los pensamientos sobre Benny y Molly volaron de su mente, y sólo estaban ellos dos, Douglas y ella.

¡No puede ser! se reprendió a sí misma, sacando el tocino de la sartén y echando los huevos revueltos en la sartén caliente. Debía de sentir algún tipo de necesidad de anidar... por muy inusual que eso fuera para una Djinn. Eso era todo... todo lo *que podía* ser, porque de ninguna manera, jamás, sentiría nada especial por un mortal.

"¡Eh, papá! Señorita Jas!" Benny estaba en el salón viendo la televisión y parecía entusiasmado con algo. "¡Ven a ver! Es esa señora que estaba en el parque con papá!".

¿Cómo?

Intercambió una mirada sorprendida con Douglas, y ambos se apresuraron a entrar en la sala de estar, donde la forma menuda y elegantemente vestida de Katerina llenaba la pantalla, con los ojos dorados de un rostro triangular que miraban con desprecio la fotografía que se estaba emitiendo.

"...la desaparecida Katerina Kazakis", decía el solemne presentador. "Aunque se sabe que es reclusiva, la excéntrica diseñadora de moda nunca se ha perdido una presentación de su propia colección. Los empleados no dicen nada sobre la desaparición de la diseñadora, pero admiten que no saben nada de su paradero."

El humo llegó hasta el salón, junto con un fuerte olor a huevos, y Jacinth corrió de vuelta a la cocina para rescatar los huevos, ahora tan marrones como el tocino y gomosos. Suspiró. También era el último cartón de huevos. ¿Y ahora qué? Mirando a su alrededor para asegurarse de que estaba sola, los devolvió a un estado comestible, con la cara soleada hacia arriba, como a todo el mundo le gustaba. Puso los huevos bien hechos en un plato justo cuando Douglas y los niños entraron en tropel.

"Les pillé justo a tiempo", explicó, evitando la mirada escéptica de Douglas. "¿Había algo más sobre Cat... Katerina?"

"No, pero había un número al que llamar". Benny la miró, con una expresión solemne en su joven rostro. "¿Llamamos y decimos que la hemos visto en el parque?"

Douglas soltó un "uf" sorprendido y miró a Jacinth, con una mirada suplicante que la hizo sonreír en respuesta.

"No, Benny. No creo que debamos".

No creía que Cat lo apreciara lo más mínimo. Aunque la razón por la que se habría perdido su espectáculo, cuando estaba a salvo y bien en casa de Troy, y obviamente era capaz de desplazarse por sí misma, estaba más allá de la capacidad de Jacinth para determinarlo.

"Si no ha ido a trabajar, es que hay una razón por la que no quiere estar allí", le dijo al chico. "Aunque no sepamos cuál es esa razón".

"Pero es *su* empresa", argumentó Benny. "Mostraron un montón de ropa bonita, vestidos y cosas así, que ella hacía. Y había mucha gente mirando. Debería estar allí".

"Estaba bien cuando la vimos en el parque", intervino Douglas con voz firme. "Cuando quiera que sepan dónde está, se lo hará saber. Ahora vamos a sentarnos a desayunar y no hagamos más preguntas sobre Katerina, ¿vale?"

"De acuerdo". Benny pareció aceptar el decreto, pero rebotó rápidamente. "¿Qué vamos a hacer hoy?"

"He estado rastreando la rosa que pedimos por Internet, y se supone que la entrega UPS esta mañana", intervino Douglas. "¿Por qué no buscas un sitio para hacer un arriate y lo preparas? Luego vendré a casa a mediodía e iremos a un vivero a comprar más flores para hacerle compañía".

Molly chilló de alegría cuando su padre la subió a su asiento elevador, y Jacinth intercambió una sonrisa con Douglas. A la niña le apasionaban las flores de cualquier tipo.

Benny, sin embargo, formó un mohín.

"Eso es aburrido. ¿No podemos nadar? La señorita Jas puede vigilarnos".

"Oh, no, la señorita Jas no puede", le dijo Jacinth al chico con firmeza. "No sé nadar, y eso significa que si os pasara algo a alguno de los dos, no podría salvaros. De hecho, si lo intentara,

¡podría ahogarme yo también!".

Benny le lanzó una mirada escéptica. Sí, el chico era definitivamente desconfiado.

"Esta tarde, cuando vuelva del trabajo, nadaremos", prometió Douglas a los niños, y Benny se calmó, satisfecho.

El día prometía ser abrasador, y ya estaba incómodamente húmedo. Después de desayunar, Jacinth se puso unos pantalones cortos y una camiseta suelta de algodón sin mangas, y se recogió el pelo en una coleta. Douglas se rió cuando salió por el pasillo, con el maletín en la mano mientras se dirigía a la puerta.

"No pareces mucho mayor que Benny".

Jacynth le sacó la lengua y él se rió. "Eso me enseñará".

Con un guiño, se dio la vuelta y se marchó.

"¡Muy bien, niños!" Jacinto dio una palmada. "¿Todos listos? Benny, tú saca los guantes; he visto algunos en el garaje, en el armario que hay debajo del banco de trabajo. Molly, cariño, tú trae bolsas de basura y yo traeré las herramientas".

A media mañana ya habían limpiado no uno, sino dos parterres, habían removido la tierra y la habían mezclado cuidadosamente con tierra para macetas, una bolsa que Jacinth había encontrado en el garaje con las herramientas. Ante la insistencia de la niña, habían hecho un pequeño arriate bajo la ventana de la habitación de Molly, y el otro estaba contra la pared, al otro lado de la piscina.

Acababan de terminar de cavar el profundo agujero que necesitarían para la rosa cuando sonó el timbre de la puerta. Jacinth se levantó, quitándose la suciedad de las piernas desnudas.

"Debe de ser el hombre de UPS. Qué oportuno, ¿eh, niños? Quitaos la suciedad de encima y entrad directamente. Haremos un descanso y nos limpiaremos un poco antes de empezar a comer, ¿vale?".

Al abrir la puerta principal, efectivamente era el repartidor de UPS con su rosa. Jacinth firmó el albarán y sonrió al mensajero uniformado mientras le entregaba la planta cuidadosamente empaquetada.

"Gracias".

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Benny la llamó a gritos.

"¡Señorita Jas!"

"Ya voy", llamó.

Con sólo pensarlo, la envoltura protectora se desprendió y acunó la pequeña planta entre sus brazos, tocando los tallos lisos y desnudos que un día serían ásperos de espinas y florecerían de follaje.

"¡Señorita Jas!" Benny entró derrapando en la casa, con pánico en su joven rostro. "¡Molly se ha caído a la piscina!"

El miedo la atenazó por la garganta, dificultándole la respiración mientras corría por el comedor hacia la puerta corredera de cristal que daba al patio, incluso mientras lanzaba un grito mental pidiendo ayuda. ¡Kieran!

Irrumpió en el patio trasero y sus ojos encontraron a la pequeña luchando débilmente, sumergida en el extremo más profundo de la piscina. Jacinth no dudó y se lanzó al agua. En un momento tenía a Molly en brazos. No perdió el tiempo intentando nadar con la niña, sino que las condujo a la cubierta junto a la piscina. Molly balbuceaba, lloraba y tosía agua. Su cuerpecito temblaba, atormentado por los sollozos. Jacinth invocó una manta, envolvió a la niña en sus suaves pliegues y la abrazó.

Al momento siguiente, apareció Kieran, cuya gélida fachada se derritió al arrodillarse junto a

ellos. Tocó suavemente los rizos rubios y rizados.

"¿Está bien?"

Jacinth asintió. "Asustada, sobre todo. Y mojada".

La carita se levantó y los empapados ojos azules de Molly se asomaron.

"¿Kayr?" Se contoneó en el regazo de Jacinto, intentando liberarse de la manta.

"Estoy aquí, cariño". Kieran cogió a la niña de Jacinth, acunándola contra su pecho y arropándola más con la manta.

Una respiración entrecortada atrajo la atención de Jacinto hacia Benny. Estaba de pie observándoles con ojos muy abiertos y excitados.

"Realmente eres un genio", le dijo. "¡Lo sabía! ¡Y Kieran también! Genial!"

Ahora seguro que la grasa estaba en el fuego. Miró instintivamente a Kieran, que se encogió de hombros y le devolvió el problema al regazo.

"Sí, así es". Cogió la mano del chico y lo acercó a ella. "Pero no puedes decírselo a nadie, Benny".

"Ni tú, Molly", advirtió, abarcando con la mirada a la niña. "Podéis hablar de ello entre vosotras, y con tu padre, por supuesto. Pero con nadie más".

Molly asintió, aceptando, pero el cerebro de Benny ya estaba desbocado.

"¿Por qué no?", quiso saber. "Ayudas a la gente, ¿no? Y les concedes deseos".

Soltó un suspiro. ¿Cómo explicar esto para que lo entendiera un niño?

"¿Conoces tu película favorita, El jorobado de Notre Dam?", preguntó ella. Benny asintió solemnemente. "¿Recuerdas cómo se comportó la gente cuando Quasimodo bajó para la fiesta? Algunos se rieron de él, otros querían hacerle daño. Y el malo, Frolo. ¿Por qué odiaba tanto a los gitanos?".

"Porque..." No pudo responder. Un niño de seis años aún no había aprendido lo que era el odio.

"Porque eran diferentes", le dijo Jacinto. "Algunas personas no entienden a los que son diferentes. A veces se burlan de ellos. A veces los odian y quieren hacerles daño".

"Nadie podría odiarte, señorita Jas", dijo el chico con lealtad. "Y mi padre no permitiría que nadie te hiciera daño".

El corazón de Jacinto dio un vuelco en su pecho y le abrazó con fuerza.

"Sé que no lo haría. Pero aun así, no podemos permitir que la gente nos conozca. Sólo se nos permite ayudar a los que encuentran nuestros recipientes... como mi tetera y la lámpara de Aladino", aclaró ante su mirada de perplejidad. "Piensa si todo el mundo anduviera por ahí intentando encontrar un genio, en vez de intentar resolver sus problemas por sí mismos. Algunas personas pasarían tanto tiempo intentando que un genio les concediera deseos, que dejarían que sus propias vidas se desmoronaran".

Vio cómo Benny le daba vueltas a aquello en la cabeza. Era mucho para un niño de seis años, pero un momento después descubrió que lo había subestimado.

"Quieres decir como mamá", afirmó. "Siempre bebía porque quería sentirse mejor, pero no se sentía mejor al día siguiente y todo empeoraba porque la bebida le hacía perder el trabajo, y no teníamos dinero para comer ni para pagar el alquiler, y teníamos que volver a mudarnos".

Jacinth levantó los ojos para encontrarse con la mirada apagada de Kieran. ¿Qué podría decir? Se aclaró la garganta.

"Algo así, Benny. Ahora". Miró a los dos niños con severidad. "Vayamos a la embarazosa cuestión de cómo se metió Molly en la piscina en primer lugar. Os he dicho, niños, que me sigáis directamente a la casa".

"Molly quería montar en su bici nueva hasta la puerta", dijo Benny. "Yo la vigilaba para que no se cayera, pero entonces se acercó al borde de la piscina. Intenté agarrarla y apartarla, pero se volcó y se metió dentro".

Los rizos húmedos de Molly se agitaron mientras la niña asentía. Benny miró a Jacinth suplicante.

"Fue un accidente. De verdad. No tenemos que decírselo a papá, ¿verdad?".

"Por supuesto que tenemos que decírselo". Jacinto no podía imaginarse ocultárselo al padre de los niños.

"Oh, tío". La prolongada queja de Benny era casi un quejido. "Probablemente nos pondrá en restricción durante una semana".

Jacinto levantó las cejas. "¿Qué te hace pensar que tu padre es quien debe establecer el castigo? Es a mí a quien has desobedecido".

Benny se encogió de hombros. "Cuando mamá estaba aquí con nosotros, antes, siempre decía que se lo diría a papá y le obligaba a castigarnos".

Con los labios apretados, Jacinth intercambió otra mirada con Kieran.

La madre no es digna de ese nombre. Le dijo el príncipe djinn.

"Pues yo no soy ella", dijo a los niños. "Y fue a mí a quien desobedecisteis, así que voy a fijar vuestro castigo. Ninguno de los dos nadará durante una semana".

Levantó una mano, acallando sus protestas. "Es más, no iréis al circo este fin de semana".

Molly empezó a llorar, y Benny parecía como si quisiera hacerlo. Kieran bajó las cejas.

No te preocupes. pensó Jacinth tan alto como pudo. No era telepática, pero si él la leía de todos modos, oiría sus pensamientos. *El circo seguirá aquí el próximo fin de semana, y tu preciosa Molly podrá ir.*

Un destello de humor asomó a sus penetrantes ojos azules, y una comisura de su firme boca se crispó, demostrando que su suposición era correcta. Jacinth volvió su atención hacia los niños cabizbajos.

"Molly podría haber muerto", les dijo. "Podría haberse ahogado, o podría haberse golpeado la cabeza con el borde al caer. Esto es muy grave, y quiero que los dos escuchéis atentamente. Si alguno de vosotros vuelve a acercarse a esa piscina sin que le acompañe un adulto, vuestro padre mandará rellenarla de tierra y no tendréis piscina. ¿Lo habéis entendido?"

Y nunca, jamás, volvería a dejarlos desatendidos en el patio ni un momento, se juró en silencio. Ni aunque la casa estuviera ardiendo.

Benny pateó el suelo con la puntera de las zapatillas. "Pero eres un genio. Aunque se hubiera ahogado, la habrías salvado, ¿no?".

Jacinth negó con la cabeza. "No si estaba muerta antes de que yo llegara a ella, Benny. Mi magia no habría sido capaz de devolverla a la vida".

"¿Ni aunque papá lo deseara?"

"No, cariño, ni siquiera entonces", dijo ella con pesar. "Incluso los genios tienen límites".

"Oh". Lo digirió. Con el típico estilo de Benny, rebotó. "Entonces, si papá tenía tres deseos, ¿qué deseaba?".

Jacinto le alborotó el pelo despeinado. "Deseaba que volvierais".

"¿Lo hizo?" Los ojos de Benny brillaron de orgullo. "¿Lo has oído, Molly? Papá deseó que volviéramos. Pero la señorita Jas dijo que fue suerte que la niñera entrara en Internet y nos viera".

"A veces la suerte es sólo cuestión de que la preparación se encuentre con la oportunidad", le dijo Jacinto.

"¿Eh?" Eso estaba claramente por encima de sus posibilidades.

"Lo que quiere decir -intervino Kieran- es que tu padre hizo los preparativos denunciando tu desaparición y buscándote activamente, de modo que tus fotos ya estaban en Internet. La oportunidad fue que la mujer que te vigilaba tenía un ordenador y navegaba por Internet. Jacinth hizo posible que ambos hechos se conectaran".

Jacinto asintió. "Así es. No habría sido tan fácil si tu padre no hubiera tenido ya a todo el mundo buscándote. Así que gran parte del mérito es suyo".

"¿Y qué más deseaba?"

Tuvo que reírse. Benny rebotaba de impaciencia.

"Nada".

Benny se quedó inmóvil, mirándola con incredulidad, e incluso Molly se giró en brazos de Kieran para mirarla.

"Nada de nada", les dijo Jacinto en tono solemne. "No se le ocurrió otra cosa que volver a teneros con él".

"¿Puede pedir más deseos?" preguntó Benny.

"Dos más. Como en el cuento de hadas".

"Tendréis que ayudar a vuestro padre", dijo Kieran a los niños, no sin una chispa malvada en sus fríos ojos azules. "Podéis sugerirle cosas que pueda querer".

"¡Genial!" explotó Benny. "¡Quizá podamos conseguir un camión monstruo alucinante!".

Molly estiró la mano, tirando de la manga de Jacinto.

"Sé lo que desearía", dijo, con una expresión de seriedad adorable mientras miraba a Jacinto. "Desearía que fueras mi mamá".

Por un momento, Jacinth no pudo respirar más allá del nudo que tenía en la garganta.

"¡Oh!" Dio un paso adelante, abrazando con fuerza a la niña en brazos de Kieran. "Oh, cariño".

"Yo también lo deseo", declaró Benny, uniéndose a ellos.

Riendo, Jacinth se agachó para abrazarle con el otro brazo.

"¡Abrazo en grupo!", declaró.

Kieran no parecía muy contento de participar en algo tan plebeyo y humano como un abrazo de grupo, pero envolvió en su abrazo a Benny y Jacinth, que seguían sujetando a Molly con un brazo.

"¿Qué está pasando?"

Douglas estaba de pie en la puerta del patio, con cara de poco agrado al ver a Jacinth en lo que parecían ser los brazos de otro hombre. Ella se separó y fue hacia él.

"Estábamos dándonos un abrazo en grupo", explicó, enjugándose los ojos que, de algún modo, estaban húmedos.

Había preocupación en el rostro de Douglas, y le tocó el pelo con dedos suaves.

"Estás mojada".

Asintió con la cabeza, señalando a los niños. "Molly se cayó a la piscina".

"¿Entraste tras ella?"

Su brazo la rodeó y ella no pudo resistir la necesidad de inclinarse hacia él, a pesar de saber que Kieran los observaba con desaprobación. Ahora que el peligro había pasado, se sentía definitivamente temblorosa.

"Lo saben", le dijo en voz baja cuando Benny se acercó bailando.

"Tendrías que haberla visto, papá", dijo emocionado. "En un momento estaba en la parte profunda bajo el agua con Molly, y luego estaba allí en la cubierta, como, ¡puf!".

El rostro de Douglas palideció y prácticamente recorrió de un salto la corta distancia que lo separaba de Kieran. Molly se acercó a él de buena gana, sus brazos regordetes se deslizaron alrededor de su cuello.

"¡Molly!" Le enterró la cara en el pelo, abrazándola tan fuerte que ella chilló.

"Lo siento, Douglas", se disculpó Jacinth. Nunca debería haber dejado solos a los niños. "Sonó el timbre y fui a abrir. Les dije que me siguieran, pero la bici de Molly volcó".

"Estábamos entrando. No se acercó a la piscina a propósito".

Jacinth no estaba segura de si Benny la defendía a ella, a sí mismo o a Molly.

"La señorita Jas nos castigó a no nadar durante una semana entera", confesó Benny con desgana.

"Y el circo este fin de semana", le dijo a Douglas.

Su brazo libre serpenteó y la agarró por la cintura, y la arrastró hacia él.

"Gracias", se atragantó. "Gracias por rescatarla. Sé lo que sientes por el agua".

"Tuve que sacarnos con mi magia", confesó. "Como en realidad no sé nadar, una vez que la tuve no tuve muchas opciones".

Douglas miró a sus hijos, evidentemente perdido.

"Prometimos no contarle", le dijo Benny, Molly asintió solemnemente.

Kieran dio un paso atrás, con su gélida máscara de nuevo en su sitio.

"Ya que no me necesitan aquí, me iré".

Jacinth le tocó el hombro. "Gracias por venir tan rápido cuando te llamé, Kieran".

Asintió distraídamente y, rozando la mejilla de Molly con un dedo, desapareció.

Douglas exhaló un suspiro. "Nunca me acostumbraré a la forma en que ese tipo hace eso".

Jacinth le miró con picardía. "Yo también puedo hacerlo, ¿sabes?".

Le pellizcó la nariz. "Sé que puedes. Sólo te agradezco que no lo hagas. Ahora, entremos y poneros a ti y a Molly ropa seca".

CAPÍTULO 21



"¿SEÑORITA JAS?"

Jacynth levantó la vista y vio a Benny ante su puerta. Sonrió en señal de bienvenida y le tendió la mano. "Pasa".

Vino a colocarse ante ella, con los ojos grandes e inseguros.

"Quería decirte algo".

Por sus modales, el chico quería hablar de los acontecimientos del día. Era casi medianoche y debería estar dormido desde hacía mucho tiempo, por lo que era evidente que sus pensamientos le habían mantenido despierto.

"Bueno, pues sentémonos y pongámonos cómodos".

Desenroscó las piernas, se levantó de la tumbona, donde había estado leyendo una novela, y lo condujo al sofá bajo pegado a la pared. Se sentó, tiró de él hacia abajo a su lado y se puso una manta de seda sobre los pies descalzos de ambos para protegerse del aire acondicionado que refrescaba la habitación.

"Cuéntame", invitó ella.

Se inquietó un poco y luego estalló: "¿Cuántos años tienes en realidad?".

La sinceridad era lo mejor, incluso con los niños pequeños. "Novecientos años, más o menos".

En lugar de reaccionar con la sorpresa que ella esperaba, Benny asintió sabiamente.

"Creía que eras viejo. El cucurucho de helado se inventó en la Feria Mundial de 1904".

A veces, reflexionó Jacinto, era difícil recordar que Benny sólo tenía seis años. En el mes que llevaba con ellos, el niño ya había aprendido a leer, aunque aún no había ido a la escuela, y sabía a ciencia cierta que su madre no había hecho ningún intento por enseñar nada a los niños. Tomó nota mentalmente de hablar con Arthur y recordarle su promesa de visitar a Benny.

Benny se inquietó un poco más. Ella intuyó que él quería decirle algo más y esperó pacientemente. Esas otras cosas sólo conducían a la verdadera razón por la que había venido a hablar con ella.

"Dijiste que papá deseaba que nos encontraras por él", dijo bruscamente, sin mirarla, aparentemente fascinado con la trama de la alfombra bajo sus pies.

"Sí, lo hizo. De hecho -dijo Jacinto, percibiendo la necesidad de tranquilidad del chico-, puedo decirte sus palabras exactas. Le pregunté si no había algo que deseara más que nada en el mundo entero, y tu padre dijo: 'Mis hijos. Sólo quiero a mis hijos'".

Benny no respondió inmediatamente. Estaba claro que había algo más que le preocupaba. Se

removió un poco más, antes de mirarla con una ansiedad que ningún niño de seis años debería sentir.

"No estaba seguro de que nos quisiera", soltó. "Mamá dijo que él le había dicho que nos llevara a Molly y a mí, pero luego le oí decir a una amiga que creía que nos estaba buscando y que por eso nos movíamos todo el tiempo. Pero no estaba segura... ya sabes... de si realmente nos estaba buscando. Si quizá se alegraba de que mamá nos llevara, aunque no se lo dijera".

"Oh, cariño". Con el corazón desbocado, Jacinth tiró del niño hacia sus brazos, abrazándolo tan fuerte como pudo. "Tu padre se sentía miserable sin ti. Nunca se habría alegrado de que te llevara, y te echaba de menos cada día. Os quiere tanto a ti y a Molly que recuperarte era lo único en lo que pensaba, lo único que se le ocurría desear".

"Por supuesto", añadió con picardía, "tardé un poco en convencerle de que realmente era un genio".

Benny soltó una risita, y su carita le sonrió.

"Seguro que sí", le dijo.

Se retorció un poco, pareciendo satisfecho de sí mismo. "Yo... también sé lo de la señorita Katerina".

Uy. Miró a Benny, que le devolvió la mirada.

"¿Qué sabes de la señorita Katerina?", preguntó con cautela.

"Sé que es la gata del parque".

Bueno, ella sabía que era brillante. Aun así...

"¿Cómo lo has averiguado?"

Benny resopló.

"Su nombre. Katerina. Gata". No dijo "duh" en voz alta, pero la palabra se oía claramente en su tono. "Y no la conocíamos, pero trajo a papá aquel día en el parque".

Por supuesto. No había forma de seguirle el ritmo al chico, y ella le sonrió, sintiendo una oleada de afecto.

"Además, sus ojos son los mismos y cojeaba". Benny continuó, como si eso zanjara el asunto, y así era. "El gato también cojeaba".

Sí, el niño era brillante.

"Tienes razón", admitió.

"¿Cómo se llama a alguien como la señorita Katerina?", quiso saber. "No es un genio, ¿verdad?"

"No. Es una metamorfa, capaz de cambiar entre formas felinas y humanas".

Su carita estaba encendida de emoción, y ella prácticamente podía ver cómo giraban las ruedas en su cabeza.

"¿Puede transformarse en lo que quiera?"

"No lo creo. En realidad no sé mucho sobre los cambiaformas, Benny. No hay muchos, y Cat es la única que he conocido".

"Entonces, ¿de verdad existen también los vampiros y los hombres lobo?". quiso saber Benny, con los ojos brillantes de emoción.

Jacinth se rió, alborotándole el pelo. Lo atrajo hacia sí para darle un fuerte abrazo.

"Seguro que eres como tu padre. No, Benny, lo siento, no los hay.

Parecía tan decepcionado que ella casi lamentó que no los hubiera. Aunque estaba segura de que al mundo le vendría muy bien prescindir de hombres lobo, vampiros y similares.

"Mamá nos dijo que sí", dijo el niño inesperadamente. "Dijo que había cosas malas que nos pillarían si no nos portábamos bien. Al principio, Molly no paraba de llorar por papá y su

muñeca, y no paraba de preguntar cuándo nos íbamos a casa. Entonces mamá la encerró en el armario y le dijo que el boogie la atraparía si no dejaba de lloriquear. Molly gritaba porque estaba muy asustada, y mamá se enfadaba y la dejaba allí más tiempo. Así fue como Molly dejó de hablar".

Jacinth se quedó sin habla. La sola idea de encerrar a una niña de cualquier edad en un armario era horrible, y Molly sólo tendría entonces unos dos años. De repente, deseó ferozmente que Lilian siguiera viendo elefantes rosas. Esperaba que los elefantes rosas estuvieran arrastrándose por su piel.

"Dejé salir a Molly una vez, cuando mamá salió", confesó Benny, sin encontrarse con los ojos de Jacinth. "Pero volvió y se enfadó, y también me encerró en el armario. Así que no volví a hacerlo".

A Jacinth se le rompió el corazón y tiró del niño hacia su regazo, meciéndose hacia delante y hacia atrás, abrazándolo con fiereza.

"No es culpa tuya", le dijo ella, esforzándose por encontrar palabras para atenuar el sentimiento de culpa del chico. Se dio cuenta de que apenas podía hablar. "No, Benny. Eras tan pequeño. Su hijo. Ella debería... debería quererte. Quererte a ti y a Molly".

Descubrió que sus mejillas estaban mojadas por lágrimas que no se detenían ante su orden. Se echó hacia atrás y, sujetando con fuerza el rostro de Benny entre sus manos, le besó en una mejilla y luego en la otra.

"Eres un buen chico, Benny. Tan brillante, tan bueno. No lles esta carga, ni tengas miedo de hablar de ello conmigo, o con tu padre. Ninguna culpa es tuya. Hiciste lo que pudiste, y quieres a tu hermana. Es suficiente. Y ahora estáis a salvo, tú y Molly".

Benny levantó la vista hacia ella, con la curiosidad sustituyendo a la expresión preocupada. "¿Por qué hablas un poco raro, señorita Jas?"

"¡Oh! El inglés no es mi primera lengua. A veces lo olvido cuando me emociono...". Ella le sonrió, disipando la tristeza con un movimiento de cabeza. Se levantó y le puso en pie. "Vamos", le dijo. "Es hora de que te vayas a dormir. Te arroparé, ¿vale?"

"De acuerdo".

Metió a Benny en la cama y le dio un beso en la frente, y se dirigía a su propia habitación cuando oyó el débil sonido del teléfono de Douglas sonando a través de la puerta de su dormitorio. Unos minutos más tarde, Douglas salió corriendo de su dormitorio, apenas vestido con unos vaqueros a medio cerrar, luchando aún por abrocharse una camisa suelta de algodón. Se detuvo, sorprendido al verla en el pasillo. Jacinth asintió ante la puerta de Benny.

"Estuvimos hablando hasta tarde. ¿Qué pasa, Douglas?"

"Troy llamó desde la clínica". Terminó de abrocharse la camisa y se metió los extremos en los vaqueros. "Ha estado allí con un par de pacientes a los que ha operado hoy temprano y, por casualidad, ha echado un vistazo rápido al granero y se ha encontrado a Luciérnaga de parto. Dice que lleva un rato así. Quiero ir enseguida, por si acaso".

"No, no queremos que nada salga mal", convino ella.

Sin saber muy bien por qué lo hizo, se acercó a Douglas y, poniéndose de puntillas, le besó la mejilla.

"Sé que cuidarás bien de ella. Podemos llevar a los niños a ver al potro por la mañana, ¡estarán encantados!"

Douglas rodeó su delgada cintura con un brazo, estrechándola un momento. Inhaló profundamente, saboreando el aroma a lilas que tanto caracterizaba a Jacinth. Deseó no tener que salir corriendo y pasar la noche en un granero. Preferiría tanto llevar a Jacinth por el pasillo y

pasar la noche haciéndole el hermoso amor.

Y probablemente le echaría un maleficio en sus partes íntimas si tuviera la menor idea de lo que estaba pensando. Con un suspiro, se apartó.

"Cuídate".

"¡Oh! Espera". Levantó una mano torneada y en la palma apareció una cámara digital. Con mirada severa, se la entregó.

"Trae fotos", ordenó.

Conocía ese tono de voz.

"Sí, señora".



"NO PODEMOS HACER NADA MÁS".

Se acercaba el amanecer, la luz temprana entraba en el establo por las ventanas situadas en lo alto del pasillo central. La cabeza de la yegua yacía desganada sobre la paja, con los ojos apagados por el dolor y la respiración agitada.

Troy se secó el sudor de la cara con el antebrazo, dejando tras de sí vetas sanguinolentas.

"Sí, ya lo sé. No le queda nada que dar. Aunque finalmente consigamos convertir al potro, Doug, no estoy seguro de que pueda sacarlo adelante".

Douglas jadeaba por el esfuerzo de intentar girar el enrevesado cuerpo del potro en el vientre de su madre, el sudor le corría sin control por la cara, escociéndole los ojos. Apretó los puños mientras observaba a la yegua exhausta. Sabía que no lo conseguiría. Iba a morir aquí, y el potro con ella. Tal vez podría salvar al potro, pero...

"¡Maldita sea!" Rugió, el sonido resonó en el cubículo de madera. "Maldita sea, ni siquiera ha tenido una oportunidad. Acabábamos de conseguir que se diera la vuelta. Nos estaba aceptando... demonios, seguía a Jacinth como un cachorro, incluso dejaba que los niños se acercaran, que la acariciaran".

"Lo sé, tío. Lo sé". La voz de Troy estaba áspera de simpatía. "Lo siento, Doug".

Douglas acarició el flanco empapado y sudoroso de la yegua. "Lo siento, muchacha. Ojalá... Ojalá..."

Por un momento apenas pudo respirar mientras levantaba la vista para mirar a Troy a través del vientre rotundo de la yegua. "¡Dios mío, eso es!"

"¿Qué pasa? ¿De qué estás hablando?"

"Un deseo. Puedo pedir un deseo". Douglas se levantó, quitándose los guantes ensangrentados de las manos.

"¡Jacinth!" Gritó en el oscuro granero. "¡Jacinth! Quiero pedir un deseo... ¡ahora mismo!"

Troy se quedó boquiabierto mirándole como si hubiera perdido la cabeza. "Doug..."

"¿Qué pasa, Douglas?"

Jacinto estaba de pie en la paja profunda, junto a la puerta del establo, con su menuda figura envuelta en un largo caftán de seda de vibrantes colores joya. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Troy, y el color subió a sus mejillas. Luego miró más allá de él, hacia la yegua, que trabajaba de lado sobre la paja, y su expresión cambió.

"¡Oh, no!"

Un momento después estaba vestida con vaqueros y una camiseta con un Snoopy bailando en la parte delantera. Se acercó a Luciérnaga, ignorando la mirada incrédula de Troy, y se arrodilló junto a la cabeza de la yegua.

"¿Qué pasa, Douglas?"

"El potro está retorcido en el útero. No sólo de nalgas, sino de lado. No puedo girarlo y, aunque pudiera, a Luciérnaga no le queda energía ni voluntad para empujarlo hacia fuera. Vamos a perderlos a los dos, a menos que puedas salvarlos. ¿Puedes hacerlo?"

"Sí". Su respuesta fue firme, segura.

"Entonces deseo que salves a esta yegua y a su potro".

"Muy bien". Jacinth se sentó en la paja profunda, levantando la cabeza de la yegua sobre su regazo. "Adelante, dale la vuelta al potro, Douglas".

Dudó. "¿Benny y Molly?"

"He puesto un hechizo de seguridad en la casa y he enviado un mensaje a mi madre". Cerró los ojos un momento y luego los abrió con un movimiento de cabeza tranquilizador. "Ahora está con ellos".

"Vale, estupendo. Troy, lánzame otro par de guantes de mi bolsa".

Troy se recompuso visiblemente, apartando la mirada de Jacinto con evidente dificultad.

"Eh... sí, claro".

Con los guantes puestos, Douglas volvió a introducir la mano en el canal del parto. El potro se deslizó con facilidad, como si estuviera engrasado, mientras él maniobraba para colocarlo en posición.

"¡Ya está! ¡Ya lo tengo! A ver si consigues que empuje".

Jacinth acarició la cabeza sudorosa de Luciérnaga, murmurando suavemente. Los ojos de la yegua estaban más brillantes, notó Douglas, volvía la chispa de la vida.

"Vamos, Luciérnaga", canturreó Jacinto. "Ayúdanos a sacar a tu bebé al mundo. Ya casi lo tienes, y entonces todo habrá terminado".

La yegua emitió un suave gemido y los músculos de su abdomen se contrajeron.

"Aquí vienen las patas delanteras", anunció Douglas. "¡Y la nariz!"

Limpió el diminuto hocico de membranas en cuanto la cabeza quedó libre, y el resto del cuerpo del potro se deslizó con facilidad un momento después.

"¡Sí!", vitoreó. "¡Lo has conseguido! Es una potra y es perfecta".

Troy empezó a aplaudir, aún un poco conmocionado, y Jacinth se rió desde su asiento en la paja, inclinándose para abrazar a Firefly. Al cabo de un momento, la yegua se puso en pie, con las esbeltas patas temblando un poco, pero ya estaba en pie, volviéndose hacia su cría y lavándola con una lengua ancha.

Douglas se agachó y agarró la mano de Jacinth, poniéndola en pie y en sus brazos.

"¡Lo has conseguido!" La besó fuerte y rápido, y luego la abrazó con fuerza. "¡Lo has conseguido, lo has conseguido!"

"Oye, yo también puedo abrazarla". Troy intervino, apartando a Jacinth de él. Le dio un beso en la mejilla y un fuerte abrazo. Miró a Douglas por encima de su cabeza. "Yo también le daría un beso como es debido, pero no estoy seguro de querer tomarme tantas libertades con un... ¿genio?".

Douglas se aclaró la garganta. "Bueno... Jacinth, lo siento".

Jacinth se desenredó del abrazo de Troy, haciendo un hoyuelo ante el amigo de Douglas. "Preferimos que nos llamen Djinn. No pasa nada, Douglas, pero alegrémonos todos de que esto haya ocurrido en mitad de la noche, y no de día con un granero lleno de gente".

"Creo que podemos alegrarnos por ello", afirmó Troy. Estaba escrutando atentamente a Jacinto. "Te juro que si no lo hubiera visto con mis propios ojos, nunca lo habría creído".

"Acostúmbrate", murmuró Jacinth de forma un tanto críptica. Antes de que Douglas pudiera

preguntar qué quería decir, miró más allá de ellos y una sonrisa brillante iluminó su rostro. "¡Oh, mira!"

Luciérnaga tenía a su bebé en pie, encontrando su primera comida.

"¡Sí!" vitoreó Douglas, y levantó la mano para que Troy chocara los cinco. "Es un potro sano y feliz. Y palomino, como su mamá".

CAPÍTULO 22



DOUGLAS SE DETUVO en el camino de entrada con un suspiro de alivio al ver que la semana, que había parecido horriblemente larga con todo lo que había pasado, había terminado. Tenía el fin de semana libre, gracias a sus compañeros. Bendijo en silencio a Troy, Suzanne y Mac, que hacían turnos extra el sábado y el domingo para que pudiera pasar el fin de semana con Benny y Molly. Había intentado oponerse, pero Suzanne se lo impidió.

"Acabas de recuperar a tus hijos después de dos años. Necesitas este tiempo para estar con ellos. Déjanos hacer esto por ti durante unos fines de semana, Douglas. Más adelante, podrás devolvernos el favor cuando alguno de nosotros lo necesite". Sonrió, sus ojos bailaban. "Mac y yo vamos a intentar tener hijos pronto. Tendrás tu oportunidad, créeme".

Douglas se rió, cediendo de buena gana. Estaba impaciente por contárselo a Jacinth y a los niños. Al entrar por la puerta principal, se detuvo. Parecía inquietantemente silencioso.

"¿Jacinth? ¿Ben? ¿Molly?"

Bueno, quizá habían ido al parque, aunque normalmente ya estaban en casa. Se dirigió al comedor justo cuando se abrió la puerta del patio y entró Jacinth, seguida de cerca por su madre. A Jacinth se le iluminó la cara y le brillaron los ojos oscuros.

"¡Douglas! Has llegado pronto a casa!"

"No pasa nada", dijo, tendiendo la mano para estrechársela a Zahra. Aún no sabía muy bien cómo debía saludarla, una djinn milenaria. Sin embargo, Zahra se acercó a él y le ofreció una mejilla perfumada para que la besara. Él lo hizo, sintiéndose un poco incómodo, y ella se rió de él.

"Eres de la familia", le dijo. "Nada de esos apretones de manos formales".

Jacinth le miró con expresión de disculpa. "Lo siento, no me había dado cuenta de que era tan tarde. Ni siquiera he empezado a cenar".

"En realidad, quizá sea algo bueno. Suzanne y Troy pensaron que debía pasar más tiempo con mi familia y me echaron de la clínica el fin de semana. Quizá podríamos salir a cenar para celebrarlo. Y tú también, por supuesto, Zahra".

Jacinto le lanzó una mirada divertida.

"Mamá se queja porque no se me ocurrió decirle que los niños sabían que yo era Djinn", explicó.

"Ah". Douglas no pudo evitar reírse al pensarlo. "¿Te lo hicieron pasar mal?"

"Bueno, la verdad es que tenían preguntas muy creativas", le dijo Zahra, haciendo un hoyuelo que le recordó mucho al de su hija. "Sobre todo Benny. Espero que no te importe, pero Arthur

está aquí. Está en el patio trasero con los niños, leyéndoles. Debo decir, Douglas, que está bastante impresionado con el joven Ben".

Douglas observó que Jacinth parecía casi tan orgullosa como él se sentía. Maldita sea, ella ya formaba parte de su familia. ¿Por qué no se daba cuenta? De repente, deseó ferozmente que pudieran pasar un rato a solas, los dos solos. Sin niños, ni cambiaformas, ni padres, ni Djinn entrando y saliendo.

Como para burlarse de sus pensamientos, sonó el timbre de la puerta. ¿Por qué de repente su casa era la Gran Estación Central?

Fue a abrir la puerta, luego gimió y retrocedió.

"Bueno, no te caigas de alegría al vernos", aconsejó Azul.

"Además, no hemos venido a verte a *ti* -intervino su madre al pasar junto a él hacia el pasillo-. Hemos venido por nuestros queridos nietos".

Douglas puso los ojos en blanco. "Oh, señor".

"¿He oído a alguien decir nietos?"

Le invadió el pánico, y el tiempo pareció ralentizarse mientras se daba la vuelta. ¿Cómo iba a explicar lo de Zahra a sus padres? Zahra, que no parecía más que unos pocos años mayor que su hija. Sintió que se le formaban gotas de sudor en la frente. Entonces la madre de Jacinto apareció en su campo de visión, parpadeó y volvió a mirar. De algún modo, parecía más vieja; seguía siendo tan hermosa como siempre, pero con leves arrugas en las comisuras de los ojos, el pelo rojo un tono menos vibrante. Una mujer aún en la flor de la vida, pero lo bastante mayor para ser la madre de una hija adulta. Douglas suspiró aliviado, ignorando la mirada divertida que le lanzó desde aquellos ojos verdes y claros.

"Mamá, papá, ésta es la madre de Jacinth. Zahra, ésta es mi madre, Skye, y Blue, mi padre".

"Encantada de conocerte", se entusiasmó Zahra, con una nube de aroma exótico flotando junto a él cuando se adelantó para tenderle la mano a Skye. "Los niños están en el patio trasero con un viejo amigo mío, leyendo".

Skye parecía encantada, con los ojos brillantes de curiosidad. Douglas observó, perplejo, cómo las dos mujeres estrechaban lazos ante sus ojos antes de alejarse hacia la cocina, cogidas del brazo, charlando a millones de palabras por minuto.

"Ahora tienes problemas, muchacho". Azul le dio una palmada en el hombro. "Esos dos son casamenteros, créeme".

"Como si yo no lo supiera", murmuró Douglas, algo resentido. No *necesitaba* la ayuda de sus padres ni de nadie para encontrar pareja. Lo que necesitaba era un rato a solas con Jacinth. Si ella no fuera tan testaruda y se negara a hablar siquiera de la posibilidad de una relación. Seguro que las cosas podrían solucionarse. Otros djinn se habían casado antes con mortales, no sólo su madre. Era lógico que alguna de esas relaciones hubiera sido feliz. Pero no iba a llegar a ninguna parte con ella si no se dedicaban algo de tiempo a sí mismos.

El dúo de la cocina se había ampliado a trío con la incorporación de Jacinth, y cuando Douglas y Blue se unieron a las mujeres, todos se dirigieron en grupo al patio trasero.

"¡Papá!" llamó Benny, y entonces se fijó en los nuevos visitantes. "¡Abuela! ¡Abuelo! Mira, estamos leyendo *Las mil y una noches* con la amiga de la señorita Jases".

Recordando antes los comentarios de Jacinth sobre Arthur, Douglas estudió detenidamente al Djinn mayor. En realidad, pensó que Arthur tenía mejor aspecto que la única vez que se habían visto, hacía un par de semanas. Tenía el pelo blanco un poco despeinado, los ojos más brillantes y parecía más animado. Por otra parte, estar cerca de Benny y Molly animaría a cualquiera, pensó Douglas con una risita.

"Son unos jóvenes encantadores, Douglas", le dijo Arthur, poniéndose en pie cuando el grupo de adultos llegó a la mesita donde había estado sentado con los niños. Se hicieron presentaciones por todas partes.

"¡Papá! ¡Papá! ¿Adivina qué?" Benny le tiró de la mano, rebosante de orgullosa emoción. "¿Sabías que Shah... Shahar... esa señora que le dijo las Mil y una noches al chico, sabías que en realidad era una..."

Douglas tapó la boca de Benny con la mano, por suerte anticipándose a lo que iba a decir a tiempo para detenerlo.

"¡Secreto!", siseó al oído del chico, señalando con la cabeza a sus padres.

"Uy". Benny levantó la mirada disculpándose. "Lo siento, papá. Se me ha olvidado".

Douglas despeinó a Benny en señal de afecto. "Está bien. Hablaremos de ello más tarde".

Decidió que tendrían que tener charlas periódicas con ambos chicos para insistir en la importancia del secreto.

"Buen partido". No había oído acercarse a Jacinth, pero estaba a su lado, con los ojos encendidos de diversión. Era todo lo que podía hacer para no atraparla y darle un beso en su boca ancha y tentadora, pero con toda la gente que había allí, pensó que sería una mala idea. Aunque la única que lo desaprobaba sería la propia Jacinth. Resistió el impulso.

Aprovechando que los visitantes... Djinn y humanos... que se entretenían con los niños, aprovechó para preguntarle sobre lo que Benny había empezado a decir.

"¿Qué es eso de Sheherezade?"

"Era una Djinn", respondió Jacinth, moviéndose ligeramente para que Douglas se situara entre ella y los demás y evitar que la oyeran. "El mundo era mucho más pequeño en aquella época, Douglas, y había muchas historias de Djinn y magia. Era sólo cuestión de tiempo que nuestra existencia dejara de ser historias para convertirse en una creencia generalizada. Sheherezade no corría peligro con el rey, por supuesto, y me han dicho que llegó a amarle como él a ella. Pero ella creó los cuentos como una tapadera... los cuentos de las Mil y Una Noches para ser contados y repetidos a lo largo de los siglos, cuentos mágicos y fantásticos de cosas que nunca podrían ser realmente. Así que los informes sobre los djinn pasaron al mito, y seguimos siendo un secreto para todos menos para unos pocos, como debe ser".

Douglas sonrió ante el estilo narrativo con que lo explicaba, como si fuera un texto que hubiera memorizado para recitarlo.

¿"Historia de los djinn 101"?, sugirió.

Su risa ondulante llenó el aire y ella asintió, luego se alejó en respuesta a Arturo, que le hacía señas.

Al parecer, Skye había estado esperando su oportunidad de tenerlo a solas, y se acercó a él.

"Sé que hay algo que no me estás contando".

Douglas miró alarmado a su madre, y ella se rió, sacudiendo la cabeza.

"No pongas esa cara de horror. No he descubierto su secreto, Douglas. Pero nosotros... tu padre y yo... lo hemos hablado, y queremos que sepas que, sea lo que sea, no nos importa. Jacinth es una joven perfectamente maravillosa, y la aprobamos totalmente... Secretos o no. Es fácil darse cuenta de que los dos estáis enamorados, y en cuanto a Benny y Molly, bueno, no podrían tener una madre mejor para criarlos".

"Yo... eh..." Douglas luchaba por encontrar las palabras. ¿Qué podía decir? *Oye, mamá, para que lo sepas, Jacinth es un genio y tiene novecientos años y es inmortal, pero pienso pedirle que se case conmigo de todos modos.* Ajá. Eso iría muy bien.

Skye le sonrió en lo que claramente consideraba comprensión... ¡no tenía ni idea!... y le dio

unas palmaditas en el brazo.

"Está bien, querida. Para que os conozcáis mejor, tu padre y yo hemos decidido escaparnos con los niños durante el fin de semana. Además, hemos pensado que estaría bien hacer algo con ellos, ya sabes, abuelos y nietos juntos, antes de que Benny tenga que empezar el colegio. Os dará a ti y a Jacinth algo de tiempo a solas, lo cual es muy importante".

"Muy importante", repitió Douglas automáticamente. Una docena de escenarios surgieron en su mente... la mayoría de ellos implicaban a Jacinth y a él a solas. Durante todo un fin de semana. Sin niños ni otras personas. Sólo ellos dos. Se aclaró la garganta, intentando concentrarse en las palabras de su madre.

"Nueva York... Estatua de la Libertad... Rockefeller Center..."

No entendía muy bien lo que decía, pero asintió con la cabeza, distraído por una visión de Jacinth arrodillada en medio de su cama, riendo, con su gloriosa cabellera cayéndole sobre los hombros...

"¿Douglas?"

"¿Qué?"

Una mano le sacudía el hombro y el rostro de su madre le miraba atentamente. "Querido, ¿estás bien?"

"Sí... Estoy bien", consiguió asegurarle Douglas. ¿Era sudor lo que notaba humedeciéndole la frente?

"Así que tendremos a los niños de vuelta el domingo por la tarde", continuó alegremente su madre, afortunadamente ajena a la dirección que habían tomado sus pensamientos.

"Está bien, mamá", consiguió decir Douglas, aclarándose la garganta. "A Benny y Molly les encantará".

Al menos, esperaba que lo hicieran. Nunca le había hecho tanta ilusión que le arrastraran por una ciudad extraña, que le hicieran sufrir horas de aburrimiento en museos atestados y esperar largas colas para acercarse a alguna exposición que hiciera que los adultos que le rodeaban hicieran "oh" y "ah" de placer. Reprimió un escalofrío al recordarlo, y envió un silencioso pésame a sus desprevenidos hijos, que iban a estar tan contentos ante la perspectiva de irse un fin de semana con sus abuelos. Pero ellos no lo sabían.

"...viene con nosotros".

Eso atrajo su atención rápidamente. "¿Qué?"

"He dicho que Zahra vendrá con nosotros -repitió su madre con voz paciente. Su rostro se iluminó de animación. "Es encantadora. Congeniamos enseguida y es evidente que adora a los niños. Lo pasaremos de maravilla, y hay sitio de sobra en la caravana".

Era la peor idea que Douglas había oído jamás. Zahra era una Djinn, por el amor de Dios, y Benny y Molly lo sabían. ¿Cómo iban a ocultar los tres la verdad a Skye y Blue... que tampoco se andaban con chiquitas en el departamento mental... durante todo un fin de semana en tan poco espacio?

"Es estupendo, mamá". Intentó inyectar entusiasmo en su voz y empezó a alejarse. Sería mejor que hablara con Zahra.

Lo vio venir a kilómetros de distancia. Esperaba junto a la piscina, con un brillo en sus ojos verdes que no era del todo malicioso, pero que distaba mucho de ser angelical. Estaba completamente seguro de que le había leído el pensamiento.

"¿En qué estás pensando?", siseó en cuanto estuvo lo bastante cerca para que ella lo oyera. "Los niños tienen montones de preguntas, sobre todo Benny. ¿Cómo vas a mantenerlo callado durante todo un fin de semana, con mi madre y mi padre allí mismo, cuando se muere por

preguntarte todo sobre ser un Djinn y todo eso?".

Zahra levantó una elegante ceja. "¿Crees que no puedo mantener la situación bajo control durante dos poquitos días?".

Bueno, tal vez podría hacerlo. Aún así...

Le dio una palmada en el brazo.

"Desde luego, puedo evitar que el joven Benjamin se lleve el gato al agua, por así decirlo. No te preocupes por nada, y que paséis un buen fin de semana. Cuento contigo, Douglas. Todos contamos contigo".

Se alejó, dejándole con la mirada perdida. ¿Quería decir lo que él pensaba?

CAPÍTULO 23



LA TARDE ESTABA muy avanzada antes de que la autocaravana estuviera llena de comida y los niños recogidos y dentro, pero finalmente salió rodando calle abajo. De pie, codo con codo, Douglas y Jacinth se despidieron de niños y padres.

"¡Uf! Creía que no saldrían de aquí antes de medianoche", admitió, dejándose caer en el columpio del porche con un gemido. Jacinth se sentó a su lado, con un dedo del pie en el suelo, balanceando suavemente el columpio de un lado a otro. Parecía igualmente aliviada de que el ritmo frenético de las últimas horas hubiera terminado. Tras echar un rápido vistazo a la calle para asegurarse de que nadie la observaba, conjuró dos latas de refresco y le pasó una.

"¿A qué hora has quedado con Troy?", preguntó ella, destapando la lata y dando un trago.

Douglas siguió su ejemplo y disfrutó de la dulce efervescencia de la cola, una bebida fría que contrastaba agradablemente con el calor de la tarde. "Dije que llamaría cuando se fueran. Le avisaré cuando haya podido recuperar el aliento".

"Quizá quieras guardarte esa idea", comentó Jacinth, con los ojos puestos en un todoterreno rojo brillante que doblaba la esquina de su calle. "Creo que estamos a punto de tener más compañía".

Observó cómo se acercaba el vehículo. "No conozco ese coche".

"Estoy bastante segura de que es el nuevo de Alessandra. Julian insistió en comprárselo después de que su viejo Volkswagen escarabajo se estropeará en una zona mala de la ciudad y casi la matara un atracador".

Douglas silbó. "¡Uf, qué mal!"

"Así fue. La salvó un policía que disparó al atracador, pero él mismo resultó herido. Estaba a punto de morir cuando Alessandra llamó a Julian y utilizó su tercer deseo para salvar al policía". Hizo una pausa y sonrió. "Eso rompió el hechizo que ataba a Julian a la botella de Djinn, porque ella había utilizado sus tres deseos para los demás".

El todoterreno se detuvo en el bordillo de la acera, delante de la casa, y un momento después salieron Alessandra y Julian.

"Hemos pensado en seguir el ejemplo de Jacinth", dijo Julian cuando llegaron al porche, tendiendo la mano a Douglas para estrechársela mientras se sometía al abrazo de Jacinth. "Y venir a verte sin avisar".

"Además, queremos conocer a los niños", añadió Alessandra, abrazando a Jacinto.

"Acaban de irse con sus abuelos", les dijo Jacinto. Sus ojos tenían un brillo inquisitivo. "¿Qué es eso de 'mi libro'?"

Julian se rió. "Un americanismo. Al menos, creo que es americano..."

Miró a Alessandra, que se encogió de hombros y les sonrió. "No tengo ni idea. Pero significa hacer como tú. Venías a visitarnos cuando no te esperábamos, así que ahora hacemos lo mismo".

Jacynth se rió y pasó su brazo por el de Alessandra. "¡Nos alegramos de que lo hayas hecho! Entra y te lo enseñaremos todo".

Douglas vaciló. "He quedado con mi amigo Troy. Me ha llamado antes para quedar".

"Acaba de descubrir que los Djinn son reales", dijo Jacinto con un brillo travieso. "Está traumatizado".

Alessandra hizo una mueca expresiva. "¡Me identifico con eso!"

Sonriendo, Julian deslizó el brazo por la cintura de su mujer. "Pero mira cómo ha salido".

Ella le sonrió, con el amor reflejado en sus ojos. "Sí, así fue".

Douglas había pensado con rapidez. "Le dije a Troy que nos reuniríamos con él en el Rudy's Grill, a unos kilómetros de aquí. ¿Por qué no vienes con nosotros? Seguro que Troy apreciará todo el apoyo que pueda recibir".

"Sobre todo porque Katerina vive con él como Cat", dijo Jacinto con picardía, "y aún no sabe que existen los metamorfos. Cuanto más se acostumbre ahora a la idea de los Otros, más fácil le resultará cuando descubra a Cat".

"Esto suena fascinante", dijo Alessandra, con los ojos brillantes de interés. "Quiero saber más".

Deslizando una mirada hacia los hombres, Jacinto se inclinó cerca de Alessandra. "¡Oh, las cosas que tengo que contarte!"

Alessandra sonrió. "¿A qué esperamos? Vamos a deshacernos de los hombres".

"¡Eh!" objetó Douglas, mientras Julian se reía, pero a Jacynth se le ocurrió una idea.

"¡Espera!" ordenó. Se quedó pensativa mientras todos la observaban. Al cabo de un momento, levantó la vista. "¡Ya lo tengo! Vosotros dos, Douglas y Julian, id a reunirlos con Troya. Alessandra y yo llamaremos a Katerina para que venga y tendremos aquí una noche de chicas".

"¡Sí! ¡Fiesta de pijamas!" animó Alessandra.

Jacynth tenía el móvil fuera y estaba buscando a Katerina. Levantó la vista. "¡Oh! Sí, le diré que traiga pijamas. Ven, te enseñaré mi habitación".

Desconcertados, Douglas y Julian observaron cómo las dos mujeres se alejaban por el pasillo. Julian se echó a reír y le dio una palmada en el hombro a Douglas.

"Bueno, llama a tu amigo Troy. Parece que nos han soltado por la noche".



UNA HORA MÁS TARDE, Douglas estaba instalado en un reservado rincón de la abarrotada parrilla deportiva con sus amigos más antiguos y los más recientes.

"Y ella estaba allí", relataba Troy a Julian su experiencia en el granero. "Llevaba el pelo recogido en unas trenzas muy elaboradas, ¡y sus joyas! ¡Vaya! Estaba cargada de joyas que brillaban incluso en la penumbra del establo... rubíes, esmeraldas, zafiros, ópalos. Parecía sacada de un sueño, de Las mil y una noches o algo así. Apenas tuve tiempo de pestañear y, de repente, estaba vestida con unos vaqueros rotos, una camiseta y zapatillas de deporte, con el pelo recogido en coletas, como una adolescente que hubiera entrado en el local".

Julian sonrió. "Siempre supo cómo hacer una entrada".

"Me habría caído de culo si no hubiera estado ya sentado". Troy dio un profundo trago a su

cerveza y luego se detuvo, mirando el vaso que sostenía. "Es la tercera. Será mejor que me vaya por esta noche".

"Adelante", le dijo Julian. "Yo seré el conductor designado. Probablemente vosotros dos lo necesitéis más que yo. Después de todo, he tenido seiscientos años para acostumbrarme".

Troy, que acababa de levantar el vaso para beber otro trago, se atragantó y balbuceó mientras luchaba por no vomitar Sam Adams por toda la mesa.

"¿Qué pasa?", tosió, y Douglas le golpeó la espalda servicialmente. "¿Qué demonios?"

"Supongo que Douglas no ha llegado a decírtelo".

"Joder, tío, todavía estoy luchando con todo eso", se defendió Douglas.

"Soy del siglo XIV", dijo Julián a Troya. "Fui mago... alquimista", especificó en respuesta a la mirada interrogante de Troya. "Estaba en Génova cuando la peste negra llegó por primera vez desde el mar de Crimea. Para abreviar, lancé un hechizo para obtener el poder de ayudar a toda la gente que se estaba muriendo, y acabé hechizado a una nave de Djinn, concediendo deseos durante seiscientos años. Alessandra fue quien me liberó".

Troy arrugó el ceño mientras reflexionaba. "¿Alquimista? ¿Como en la película de Harry Potter?"

"Sí, pero no se lo ha inventado. Los alquimistas existen desde hace siglos, persiguiendo la Piedra Filosofal, que en realidad no es una piedra, sino un elixir. O *al aksir*, en árabe. Incluso hubo un Nicolás Flamel en la Francia del siglo XV; aunque si fue realmente un alquimista es objeto de acalorados debates".

"Magos. Alquimistas. Genios". Troya bebió otro trago.

Douglas asintió con simpatía. "Bienvenido a mi vida. Y si crees que Jacinth era algo en toda su gloria de Djinn, espera a conocer a su madre".

Julian arqueó una ceja. "¿Has conocido a Zahra?"

"¡Oh, sí! Y un flujo interminable de sus pretendientes en mi salón, hasta que ese Kieran le puso fin".

Las dos cejas negras se alzaron. "¡Kieran también! Me sorprende que haya intervenido. No es conocido por hacerlo".

"Por los niños". Douglas se sintió obligado a defender a la Djinn mayor. "Zahra quería poder visitarnos y pasar tiempo con Ben y Molly sin preocuparse de que sus pretendientes entraran y salieran sin invitación. Aunque ahora, por supuesto, los niños saben que es una Djinn después de que Molly se cayera a la piscina y Jacinth la rescatara".

Troy se sentó erguido, con el rostro alarmado. "¿Molly se cayó a la piscina?"

"Sí, pero no pasa nada". Brevemente, Douglas se explicó.

"Quizá deberías poner una valla", sugirió Troy, con cara de preocupación. A su lado, Julian asintió con la cabeza.

"Eso fue lo primero que pensé yo también", le dijo Douglas. "Pero Jacinth ha puesto una barrera a su alrededor... es invisible, pero está ahí. Se activa si yo no estoy presente. O ella, claro".

"Joder. Ya veo que es útil tenerla cerca", aprobó Troy.

Julian sonrió. "Yo también". Sus dedos se movieron siguiendo un discreto e intrincado patrón, y apareció escarcha en sus jarras de cerveza. Douglas tuvo que reírse cuando Troy se quedó boquiabierto.

"Te acostumbras", le dijo a su amigo, pero dirigió una mirada interrogante a Julian. "Creía que ya no tenías magia".

"No la magia Djinn", convino Julián. "Pero sigo siendo un mago. Además, creo que parte de

la magia de los djinn se me ha pegado, después de tanto tiempo. Antes no habría sido capaz de hacer algo así". Señaló las cervezas frías.

"Magia de mago", murmuró Troy, levantando el vaso y dando un trago.

Julian se echó a reír. "¿Cómo van las cosas con Jacinth?"

Douglas bajó la mirada, estudiando atentamente su vaso de cerveza aún helado, como si buscara la respuesta en el líquido dorado.

"Es genial. Es como si la conociera de toda la vida, ¿sabes? Como si formara parte de la familia desde siempre. Es genial con los niños, la adoran. Es lista y divertida, y alegre..."

"¿Pero?" preguntó Julián.

"Pero ella se irá. Cuando pida mi tercer deseo, volverá a Qaf, o a donde sea. Y... no quiero que lo haga".

Julian pareció reflexionar. Troy no dijo nada, pero su mirada contenía simpatía.

"Sabes", dijo Julian lentamente. "Alessandra pidió un cuarto deseo".

Eso llamó su atención. Douglas se incorporó atentamente, con los ojos fijos en Julian. "Nunca oí nada sobre cuatro deseos. Jacinth siempre decía que eran tres, y sólo tres. Como si ésa fuera una de las reglas".

"Es cierto. Pero una noche, poco después de liberarme del hechizo, Alessandra dijo que había un deseo más que lamentaba no haber pedido. Y se oyó un zumbido de magia en el aire, como si se activara un deseo. No podía equivocarme, no después de seiscientos años de utilizar la magia de los Djinn".

"¿Qué deseaba?" preguntó Troy con curiosidad.

"Eso es. Dijo que Jacinth era tan especial que se merecía a alguien que la viera tal como era y la quisiera. Ella deseaba eso".

"Y aquí estamos", dijo Douglas lentamente.

"Y aquí estamos", convino Julián.

"Salvo que no soy yo quien retrasa el programa", señaló Douglas. "Está tan decidida a no enamorarse de un mortal que se niega a aceptar que somos el uno para el otro. Me quiere, sé que me quiere. Está... está en sus ojos, ¿sabes?".

Julian parecía pensativo. "Sólo la vi unos minutos en tu casa. Me pareció que estaba diferente. Había una especie de satisfacción en ella, no sé cómo explicarlo. Feliz, pero era más que eso. Lo mejor que puedo decirte es que le des tiempo. Jacinth siempre ha sido testaruda". Sonrió. "Escandalosamente. Y cuando quiere algo, lo persigue con todas sus fuerzas. Sólo tienes que esperar a que se dé cuenta de que lo que quiere eres tú".

Douglas se lo pensó. "Parece razonable", admitió. "Pero... ¿y si no se da cuenta?".

"Es testaruda, no estúpida. Al final se dará cuenta".

"Así que paciencia es el nombre del juego".

"Brindemos". Levantó su copa, chocándola contra la de Julian y luego contra la de Troy. "Por la paciencia".

Troy sacudió la cabeza, sonriendo. "Tío, esto es una locura. ¿Quién lo iba a decir?".



JACINTH SE LEVANTÓ de un salto del sofá cuando sonó el timbre de la puerta. "¡Es Katerina!"

"A menos que sea la pizza", dijo Alessandra.

Al abrir la puerta, Katerina entró como un rayo, pasando junto a ella hasta el salón con paso alegre.

"¡Ya estoy aquí!", anunció.

Jacinto parpadeó y luego se echó a reír, al igual que Alessandra.

"¿Pijama del gato de Cheshire?"

Katerina sonrió, levantó un pie y lo movió para que lo inspeccionaran. Un gran gato de felpa rosa y morado les devolvió la sonrisa. "Con zapatillas a juego".

Alessandra hizo un mohín. "No sabía que íbamos a celebrar una fiesta de pijamas, o yo también habría traído".

"Eso no es problema". Jacinto sonrió feliz. "¿Qué quieres?"

"Hmmm". Se lo pensó mejor. "Pantalones de estar por casa y un top".

"¿Color?"

"Verde".

Un momento después, un conjunto de ropa, pulcramente doblado, con un par de zapatillas satinadas tipo ballet encima, estaba sobre la mesita de café, ante ella. Riéndose, se levantó y se dirigió al pasillo.

"Los djinn son muy útiles de tener cerca", comentó Katerina.

Jacynth se limitó a sonreír.

Alessandra regresó al cabo de unos minutos, vestida con unos pantalones de raso de color verde esmeralda brillante y una blusa de un tono más claro. Llevaba el pelo largo suelto, que le caía por la espalda en ondas. Se tumbó en el sofá junto a Katerina.

"Eh, ¿y tú?", preguntó mirando a Jacynth, aún vestida con vaqueros y camiseta.

Con aire travieso, Jacynth hizo el famoso movimiento de nariz con el sonido tink-a-tink-a-tink del viejo programa de televisión, y un momento después se puso el pijama. Sus dos amigas echaron un vistazo y se echaron a reír.

"¿Monos? ¿En serio?"

Alessandra estaba doblada. "¡Franela azul con ovejas! Jacynth, ¡estás loca!"

Jacynth parecía satisfecha de sí misma y, con un chasquido de dedos, se encendió el fuego de la chimenea.

"¡Es julio!" protestó Katerina. "¡Hay 90 grados ahí fuera!"

"Con un 90% de humedad", convino Alessandra. "Nos derretiremos".

"¡Climatización Djinn!" anunció Jacinto alegremente. De repente el aire era más fresco, incluso con un ligero pellizco, lo suficiente para que el fuego fuera bienvenido.

"Impresionante", dijo Katerina, y Alessandra asintió, riendo.

"Hemos pedido pizza", dijo Alessandra a Katerina. "No tardarán en llegar".

La metamorfa puso los pies cubiertos de gato de Cheshire sobre la mesita. "¿Has pedido anchoas?"

Alessandra puso los ojos en blanco. "¡Sí, sólo para ti!"

"También tenemos una de pepperoni con doble queso, una con jamón y piña, y una suprema, con todo", añadió Jacynth.

"¿Cuatro pizzas?"

"Bueno, no podíamos decidirnos", sonrió Jacynth. "Así que lo tenemos todo. Los hombres pueden pulirse lo que quede cuando lleguen a casa".

"Uf, pizza fría". Katerina arrugó la nariz. "Eso es asqueroso. Pero los chicos comen de todo. ¿Sabes que cuando hizo una barbacoa en su casa, Troy puso alubias cocidas a calentar en la olla de barro? Y nada más. Quiero decir que sólo abrió una lata; sin cebolla, sin azúcar moreno, sin nada".

"Tengo suerte", le dijo Alessandra. "Julian es un chef fantástico".

Jacinth soltó una risita y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas frente a sus amigos. "Douglas es más como Troy. Se le da muy bien asar carne, pero eso es todo".

"A no ser que cuentes verter cereales de una caja". preguntó Katerina con una sonrisa, y Jacinto se echó a reír.

"¡Exacto!"

Volvió a sonar el timbre y Alessandra se levantó de un salto. "Voy yo".

Volvió un minuto después con una pila de cajas de pizza, y Katerina se incorporó, quitando los pies de la mesita mientras aparecían milagrosamente platos de papel y servilletas.

"Hay refrescos en la nevera", dijo Jacinth, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta de la cocina. Volvió con tres botellas de dos litros de diferentes refrescos, vasos y un cubo de hielo.

"Oh, sí, esto es genial", dijo entusiasmada Katerina, deslizando un trozo de pizza en un plato y dando un mordisco con claro disfrute. "Tenemos que repetirlo".

Jacinth le sonrió. Apenas hemos empezado con esto".

"¿Vamos a ver películas o qué?", preguntó Alessandra.

"Creo que deberíamos jugar a juegos de mesa", dijo Katerina, sirviéndose un vaso de refresco. "No lo he hecho desde que me fui de casa a la universidad".

"¡Me gusta!" aplaudió Alessandra. "¿Jacinth?"

"Douglas compró un montón para los niños cuando fuimos al centro comercial -dijo, poniéndose en pie y desapareciendo por el pasillo. Regresó un minuto después con una pila de juegos en cajas. "Se volvió un poco loco, a algunos de éstos los niños no tendrán edad para jugar hasta dentro de una década".

"¡Vaya!" Katerina se quedó mirando los juegos. "¡No me digas! ¿Obra maestra? ¿Pista? ¿Monopoly?"

"Julian y yo jugamos al Monopoly", añadió Alessandra. "Es un asesino en eso".

"Scrabble, Vida y Parchís", Katerina echó un vistazo a las cajas. "También Yahtzee y Boggle".

"¡Oh, el parchís!" Jacinto sonrió con un grato recuerdo. "Teníamos un juego muy parecido cuando yo era niña, en Persia. Se originó en la India, ya sabes".

"¡Pues vamos a jugar al parchís!". Katerina miró a Alessandra, que asintió y abrió la caja mientras Jacinth apartaba las otras.

Tres partidos después, votaron a favor de un descanso.

"No puedo creer que siempre ganes", refunfuñó Jacinth a Katerina, que parecía satisfecha de sí misma.

Alessandra se levantó y cogió una manta del sofá. "Creo que necesitamos otro leño en el fuego".

"Y necesitamos chocolate caliente", dijo Jacinto, añadiendo un tronco al fuego sin moverse de su sitio.

"Deberíamos hacer malvaviscos", dijo Katerina.

gritó Alessandra. "¡S'mores!"

Jacinth parecía interesada. "¿Qué son los s'mores?"

"Dios mío, ¿nunca has comido malvaviscos?", preguntó Katerina.

Ella y Alessandra compartieron Una mirada.

"Iremos a buscar lo que necesitamos", dijo Alessandra a Jacinto. "Tú quédate aquí".

Fueron a la cocina, rebuscaron en los armarios.

"¡Galletas Graham!" anunció Alessandra.

Katerina salió victoriosa con una bolsa de malvaviscos blancos. "Tengo los malvaviscos,

pero no veo barritas Hershey". Asomó la cabeza por la puerta de la cocina. "Jacinth, ¿tenéis barritas Hershey?".

"Sí, están encima del frigorífico", fue la respuesta. "Tuvimos que ponerlas donde los niños no pudieran llegar a ellas".

Alessandra abrió y cerraba los cajones de la cocina. "¡Ajá! He encontrado los pinchos!"

Volvieron al salón y, unos minutos después, los tres estaban asando malvaviscos en el fuego. Jacinth mordió la golosina pegajosa, zumbando de placer mientras los sabores combinados del chocolate se fundían con el malvavisco caliente, entre galletas graham.

"Ohhh", gimió Jacinto. "¿Por qué nunca supe de esto?"

Alessandra sonrió con satisfacción. "Tenías que haber sido niña exploradora".

Después de muchos s'mores y tazas de cacao caliente, el salón estaba hecho un desastre. Jacinth lo aclaró con un gesto de la mano y sacó sacos de dormir y almohadas.

"¡Vamos a ver películas!"

"De ninguna manera", objetó Alessandra. "Quiero que me hables de ti y de Douglas. Sobre todo toda la historia de lo que pasó aquella noche".

Katerina, que se había metido en un saco de dormir, se incorporó con aire inquisitivo. "¿Qué noche?"

Jacinth sonrió, mullendo una de las almohadas. "Tenía mi tetera... mi vasija de Djinn... en la tienda de antigüedades de Julian, Whimsies. Douglas la compró y se la llevó a casa. Cuando aparecí por primera vez, no creyó que fuera un genio, lo cual, por supuesto, era de esperar. Pensó que me había colado en su casa y me echó".

Los otros dos soltaron una risita y, con los ojos bailando, Jacinth continuó su relato. "Eso no funcionó, porque, por supuesto, me volví a meter dentro antes incluso de que cerrara la puerta. Cuando por fin se convenció, me pidió que volviera a mi tetera y se la llevó a Whimsies".

Katerina dirigió unos grandes ojos dorados hacia Alessandra, que soltó una risita. "Acabábamos de volver de cenar cuando se acercó acechando al mostrador. Ni siquiera sabíamos que lo habían vendido; un empleado a tiempo parcial había estado vigilando la tienda mientras cenábamos. En fin, Douglas dice algo sobre la divulgación total. Cuando Julian le dijo que no hacíamos devoluciones, nos gruñó que no quería dinero y se marchó".

Jacinth asintió enérgicamente. "Recorrió unas tres manzanas antes de ver mi tetera en el asiento del copiloto".

"Así que volvió", dijo Alessandra. "No nos dijo ni una palabra a Julián y a mí, se limitó a dejar la tetera sobre la encimera y a decir "¡Quedaos!" y se marchó".

Jacinth se agarraba la almohada al estómago, riendo tan fuerte que las lágrimas le corrían por las mejillas. "Pero cuando volvió al coche, mi tetera estaba allí otra vez".

"A estas alturas ya me estaba medio muriendo", contó Alessandra a Katerina, que se revolcaba por el suelo de risa. "Julian me estaba haciendo callar cuando vuelve a entrar Douglas y nos dice que no quiere en absoluto ver la tetera en su coche cuando se vaya. Luego se la da a Julian y se marcha, y eso es lo último que vimos de él. Me muero por saber qué pasó cuando llegó a casa".

"Le estaba esperando, por supuesto", dijo Jacinth, con los ojos brillantes de picardía. "Se dio la vuelta para salir, diciendo que iba a un motel, pero le agarré de la mano y volví a meterlo dentro. Le pregunté si había algo que deseara más que nada en el mundo, y me dijo: 'Mis hijos. Sólo quiero a mis hijos'".

Katerina soltó un silbido bajo. "¿Qué ha pasado? ¿Esa ex mujer?"

"Exacto". Se volvió hacia Alessandra, que parecía perdida. "Douglas tenía la custodia de los

niños, pero su ex mujer los había secuestrado, y él no los había visto, ni siquiera sabía dónde estaban, desde hacía dos años".

Alessandra parecía horrorizada. "¡Oh, no! ¡Qué horror!"

Jacinto asintió. "Sí, ése fue su primer deseo. Hice lo mío con la magia, y mientras Douglas se preparaba para echarme de nuevo, sonó su teléfono con su investigador privado llamando para decir que los habían encontrado". Sonrió como el gato que se comió al canario. "El caso es que estaban en Los Ángeles. Los niños sólo tenían dos y cuatro años la última vez que los vio, así que Douglas se asustó y me preguntó si podía acompañarle a buscarlos. Por supuesto, dije que sí, y acordamos que yo sería la niñera. Aquella noche cogimos un vuelo tardío -un redeye- a California y recogimos a los niños, ¡y aquí estamos!"

Después de que todos rieran a carcajadas, Alessandra preguntó con curiosidad: "¿Qué más ha deseado?"

"Bueno, estaba Firefly". Rápidamente, Jacinto relató la historia de la yegua maltratada y el difícil parto.

Katerina soltó una risita. "Tendrías que haber visto a Troy cuando llegó a casa. El pobre hombre no sabía qué le había golpeado. Se lió una buena con una botella de whisky escocés... de los caros de verdad... mientras se lo contaba todo a Cat".

Los ojos de Jacinto bailaron. "¿De verdad?"

"Mmhmm". Deslizó una mirada de reojo hacia Jacinth. "¿Así que sólo te quedas hasta que Douglas encuentre una nueva niñera para los niños?"

Jugueteando con la cremallera del saco de dormir en el que estaba sentada, Jacinth no podía mirar a sus amigos a los ojos. "Bueno, sí. Pero no hay prisa. Claro que Douglas quiere encontrar a la persona adecuada, y eso lleva tiempo".

Levantó la vista a tiempo para ver cómo Alessandra y Katerina intercambiaban miradas.

"¿Qué?", preguntó ella, casi enfadada.

"Eres diferente", dijo Alessandra con suavidad. Extendió la mano para coger la de Jacinto. "En todo el tiempo que te conozco, has estado inquieta, aburrida. Pasabas rápidamente de una cosa a otra. Como si buscaras algo pero no supieras qué. Sólo en este par de horas de esta noche puedo ver el cambio en ti. Estás contenta y feliz, completamente cómoda aquí en esta casa, formando parte de esta familia. Aún no te he visto mucho con Douglas, pero..."

"Lo he hecho", interrumpió Katerina. "Está claro que le aprecias profundamente. Viéndoos interactuar, es como si sintonizarais el uno con el otro, como si os conocierais desde hace años. Y luego están los niños. Eres tan ferozmente protectora con ellos como una leona con sus cachorros. ¿De verdad puedes alejarte?"

"YO... YO..." balbuceó Jacinth, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos. "No quiero hacerlo. Pero sé que tengo que hacerlo".

"¿Por qué? preguntó Alessandra sin rodeos.

"Porque es un mortal, claro", respondió Jacinto, sorprendido. "Y yo soy Djinn".

Katerina se encorvó. "¿Hay alguna ley que lo prohíba?"

"Creía que tu padre era humano", añadió Alessandra. "Eso me lo dijiste tú, o Julian".

Jacinth levantó las piernas y las rodeó con los brazos. Incluso ahora podía recordar la sensación de pérdida que tenía de niña, la soledad cuando su madre se encerraba en sí misma. Siendo diferentes, ella y su madre apartadas de las familias felices y risueñas de su pueblo.

"Lo era", dijo ella, aunque las palabras eran difíciles de pronunciar a través del nudo que parecía subirle a la garganta. "Sí, era humano. Mi madre le abandonó y me llevó a Qaf cuando sólo tenía cuatro años. No sabía que éramos Djinn, ya ves, y mi magia empezaba a manifestarse.

Y desde entonces se afligió por él. Aún llora, no elegirá otra pareja".

Miró a sus amigos, sintiendo que la humedad resbalaba por sus mejillas. "No deseo esto. No deseo pasar la eternidad llorando a mi amor perdido".

Claramente comprensiva, Alessandra alargó la mano para apretarla, pero Katerina parecía pensativa.

"Novecientos años es muchísimo tiempo para llorar a alguien", observó. "¿Has considerado que tal vez ocurriera algo más, algo que desconoces de la situación?"

"Pues no", admitió Jacinth, sintiéndose ligeramente a la defensiva. "Nunca ha hablado de ello, nunca ha hablado de él".

sugirió Alessandra, con voz suave: "Tal vez deberías hablar con ella, entonces".

Jacinth miró a sus amigos con impaciencia. "Diga lo que diga, eso no cambia el hecho de que Douglas envejecerá y morirá".

"No vas a conseguir que te compadezcamos", observó Katerina en tono irónico. "Nosotras también envejeceremos y moriremos. ¿No queréis ser amigos nuestros ahora, porque nos echaréis de menos cuando estemos muertos y nos hayamos ido?"

"¡Claro que no!" Jacinto se quedó mirando a Katerina, horrorizado.

Alessandra frunció el ceño. "Eso ha sido duro", le dijo con tono de reprimenda a Katerina, que se encogió de hombros.

"Para los humanos y los cambiaformas, así son las cosas. Vivimos y morimos, y los seres queridos se quedan atrás. Es un hecho".

"YO..." balbuceó Jacinth, mirando a sus amigos.

"No pasa nada", le aseguró Alessandra. "Katerina sólo te estaba dando perspectiva. Y piensa en el viejo dicho de que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca. ¿Es eso lo que realmente quieres, vivir una eternidad sin haber amado nunca a nadie por miedo a perderlo?"

"Podría enamorarme de un Djinn", dijo Jacinth, sintiéndose obstinada. "Nada dice que tenga que enamorarme de un humano".

"Pero te has enamorado de él", dijo Alessandra con dulzura.

Jacinth la miró fijamente durante un largo momento, dejando que la verdad de aquello se hundiera en su interior. Amaba a Douglas, lo quisiera o no.

"¿Cómo he podido dejar que pasara esto?", se lamentaba.

Alessandra rió suavemente y alargó la mano para acariciarla. "El amor no es algo que puedas elegir, ni que puedas encender o apagar como un interruptor de la luz. Y sí, Douglas envejecerá y morirá, pero ¿no lo ves? Lo hará de todos modos, Jacinth. ¿No preferirías pasar esos años con él, a su lado, que sola en Qaf?"

"No te estamos diciendo lo que tienes que hacer", añadió Katerina. "Te sugerimos que estés abierta a la posibilidad, eso es todo".

Alessandra asintió con la cabeza.

Jacinth exhaló un largo y tembloroso suspiro. "Vale", dijo. "Vale, lo pensaré".

CAPÍTULO 24



AQUELLA NOCHE, cuando sus amigos se habían ido a casa, Jacinth se sentó con Douglas en el columpio del porche. Aunque aún hacía bastante calor, el feroz calor y la sofocante humedad del día habían remitido, y el aire nocturno se agitaba con una suave brisa. Estaban lo bastante lejos de la ciudad como para que las estrellas centellearan con fuerza. Jacinth levantó la cara hacia la brisa, inhalando profundamente.

"Es precioso al atardecer. Puedo oler la madreselva desde la valla, ¿y tú?".

Douglas se rió entre dientes. "Recuerdo cuando era niño, arrancando la flor y lamiendo las gotitas de néctar de los extremos".

"¡Oh! ¡Yo también lo hice!" Jacinto le sonrió. "Lo había olvidado. Cuando los niños vuelvan a casa, vamos a enseñárselo".

"¿También cómo hacer s'mores?". Douglas le lanzó una mirada burlona, y ella se echó a reír, con los ojos brillantes de placer.

"¡No conocía los s'mores! Ha sido muy divertido".

"Comeré restos de pizza durante una semana", se quejó.

Ella sólo le sonrió y le tendió uno de los vasos altos que había traído de la cocina, rebosante de una bebida helada del color del Kool-Aid rojo. Douglas dio un sorbo tentativo y enarcó las cejas ante el rico sabor afrutado.

"*Kerkade*", respondió ella a su pregunta no formulada. "Hojas secas de hibisco remojadas en agua caliente, como se hace con el té, endulzadas, enfriadas y servidas con hielo. Es la bebida favorita donde yo crecí".

Douglas recordó sus recientes búsquedas en Internet sobre los Djinn. "¿Sería... ¿Qaf?".

Jacynth le sonrió, con evidente placer. "¡Has estado investigando!".

Se encogió de hombros, incómodo. "Sólo un poco, en Internet. Al principio parecía que había mucha información, pero en realidad no había mucha. Mucha repetición, variaciones de la misma información una y otra vez".

"Bueno, la mayor parte de lo que hay son tonterías", dijo con franqueza. "Y muchas de ellas están muy mal informadas. Como eso de que los Djinn malvados son feos. Qué tontería!"

Eh... "¿De verdad hay Djinn malvados?", preguntó con cautela.

Jacinto le miró con divertida tolerancia. "Por supuesto. No somos perfectos, Douglas. Hay Djinn malos y Djinn buenos, igual que hay humanos malos y buenos, o animales o... o cualquier cosa".

"Sin embargo -prosiguió-, los Djinn no estamos incapacitados como los humanos para

distinguir el bien del mal. Podemos mirar en el corazón del hombre y del Djinn".

Lo que le recordó. "La mayor parte de la información en Internet sobre los Djinn parece proceder de los musulmanes... del Corán".

"Sí, y bastante exacta en lo que a ella se refiere", asintió Jacinth, con sus rizos de ébano rebotando sobre sus hombros. "Pero no es toda la historia, Douglas. Se nos menciona, aunque brevemente, en muchos pasajes, sí, de los que los eruditos islámicos a lo largo de los siglos han deducido mucho sobre los Djinn. No es el Corán el que está equivocado, pues es la Palabra de Dios, sino las deducciones hechas por el hombre. Y sólo una parte de lo que conoce la humanidad sobre los genios se relata en el Corán. Por ejemplo, los Djinn buenos. El Corán afirma que los genios fueron creados, como el hombre, con libre albedrío. Tienen la capacidad de elegir el camino correcto o el equivocado; el bien frente al mal. Pero luego sigue y habla largo y tendido casi exclusivamente de los Djinn malvados, como si la mayoría de los Djinn fueran malvados. En realidad, hay muchos más Djinn buenos que malos, igual que ocurre con los hombres".

"Recuerdo eso, lo del libre albedrío. También había cuentos populares sobre los Qaf y los pueblos. ¿De verdad tenéis príncipes Djinn?".

"Por supuesto". Hizo un hoyuelo encantador, con ojos traviosos. "Incluso has conocido a uno".

"Kieran", dedujo Douglas infaliblemente, conteniendo un gemido. Ya me lo imaginaba.

Jacinto soltó una risita. "Sí. Es el príncipe de nuestra tierra. No sólo de mi aldea, sino de muchos kilómetros a la redonda".

Douglas levantó las manos. "Espera... retrocede un momento. ¿Tu pueblo? Creía que vivías en tu tetera".

"Sólo cuando estoy concediendo deseos activamente. Madre y yo tenemos una casa en nuestra aldea. Ahora no pasamos mucho tiempo allí, pues sólo viven familias de Djinn con niños. Pero existe un... un apego. Es difícil de explicar, Douglas. Piensa en ello como una especie de afiliación tribal, aunque es un poco más complicado. Pertenezco a mi pueblo, aunque quizá no haya estado allí en un siglo. Es mi hogar, y cuando vuelvo es como si no hubiera estado fuera en absoluto. Ya te he dicho que nuestro tiempo no es como el de los humanos".

Dio un sorbo a su bebida, estudiándolo por encima del borde del vaso, como si estuviera dándole vueltas a una idea. Dejó el vaso sobre la mesa, a su lado, y se volvió para mirarle con una extraña vacilación.

"¿Te gustaría visitar Qaf?"

"¿Podría? ¿No les importará que lleves a un humano?".

"Oh, no. Los humanos vienen de vez en cuando. Por supuesto -añadió, con los ojos brillantes de diversión-, no saben que somos djinn. Sólo creen que han encontrado una antigua tribu beduina tradicional, que vive la vida de nuestros antepasados".

"Pero yo lo sabría", señaló Douglas.

"Sí. Eres más que *Sahib*, Douglas. Eres lo que llamamos *Sahib karim*... uno que es amigo, no mero maestro". Ella arrugó la nariz. "Odio ese término, Maestro. No describe realmente la relación entre el Portador de Deseos y el Hacedor de Deseos, pero es el más fácil de entender para un humano. Oh, estoy divagando. Aunque inusual, aún así un *Sahib karim* sería bienvenido en la aldea de un Djinn".

"Toma". Le quitó el vaso y lo dejó a un lado, luego le cogió la mano con la suya. "Cierra los ojos.



CALOR. Abrasador, el aire seco le envolvía, como si estuviera envuelto en un panecillo caliente recién salido del horno. Casi sofocante, el calor no era realmente agobiante... muy distinto de la pesada humedad de Nueva York, que a veces le hacía sentir como si le costara respirar. Aquí no costaba respirar. De hecho, era vigorizante. Los olores le envolvían... ricos aromas florales y olores de cocina y hogueras, de cabras, ovejas y caballos.

"Ahora mira", le animó la voz de Jacinth. "Abre los ojos, Douglas".

Estaban de pie en un camino de tierra en medio de una multitud de sencillas tiendas de lana negra. El cielo era de un azul tan intenso que resultaba casi irreal. La vegetación, exuberante y exótica, crecía en abundancia a su alrededor, y las palmeras datileras se mecían perezosamente en lo alto con la ligera brisa. Muy por encima, un halcón planeaba, su silueta oscura contra el cielo azul. Entre dos tiendas cercanas, Douglas vislumbró el azul... un pequeño lago, a juzgar por la distribución de las palmeras, que supuso rodearían el agua. Aquello era un oasis. Se sintió como si de algún modo se hubiera metido en un especial de Discovery Channel.

"¡Jacinth! Jacinth!"

Con gritos de alegría, una horda de niños de todos los tamaños convergió sobre ellos, rodeándolos para parlotear en lo que debía de ser árabe. Los más pequeños se colgaron de Jacinto, casi trepando por su costado, aferrándose a sus piernas y brazos. Debía de haber cambiado cuando los trajo aquí, pues ahora llevaba un vestido largo y sencillo de algodón crema, bellamente bordado con flores. Se rió al saludarlas, inclinándose para levantar a la más pequeña en brazos, con su bonito rostro lleno de alegre afecto.

"Sí, sí, he venido a visitarte", dijo en inglés. "He traído a un invitado que no habla nuestra lengua, así que debes ser educado".

A Douglas le pareció interesante que ninguno de los niños pareciese en absoluto tímido ante un extraño... y además extranjero... entre ellos. Los niños mayores le sonreían y empezaron a hacer preguntas a Jacinth. Una niña de pelo oscuro le tiró de los pantalones, suplicando claramente que la levantara.

"Es Lilah", le dijo Jacinto mientras se inclinaba para coger a la niña. "Es demasiado pequeña para haber aprendido inglés todavía".

Eso no pareció molestar a la niña, que parecía perfectamente feliz en sus brazos, y empezó a hablarle en árabe con gran animación. No pudo evitar reírse, pues le vino a la mente una imagen de Molly hablando a Kieran exactamente de esta manera.

"Es una monada", comentó, examinando el pelo negro y rizado de la niña y sus ojos negros, más oscuros que los de Jacinto. El pelo y los ojos de ébano contrastaban notablemente con la piel del mismo dorado oscuro que Jacinto. Llevaba un vestido largo de color rosa y muchos brazaletes de oro en un brazo. Todas las niñas llevaban esos brazaletes, vio, mirando a su alrededor.

"¡Ya 'awlad!" Una mujer se acercó a ellos desde la dirección del lago. Su rostro oscuro y cosido bajo una brillante bufanda negra y roja se iluminó al ver a Jacinto. "¡Jacinth! Ya *habibtī, kayf hallik?*"

"Es Khadija, una anciana de la aldea. Me pregunta cómo estoy", susurró Jacinth a Douglas, y respondió a la anciana.

Observó con interés que el inglés de Jacinth se había acentuado de repente y agachó la cabeza hacia Lilah para ocultar una sonrisa.

La mujer mayor, Khadija, escuchó a Jacinto un momento y luego se volvió hacia él, envuelta

en sonrisas.

"Eres bienvenido a nuestra aldea, joven. Nos complace recibir a cualquier *Sahib* de Jacinto". Dio una palmada. "¡Niños! Venid, dejad que Jacinto enseñe la aldea a su invitado. Luego podréis hablar con ella".

Otros adultos, presumiblemente al oír el jaleo, empezaron a salir de las tiendas. La mayoría de las mujeres iban vestidas como Jacinto, con largos y vaporosos vestidos bordados, y los hombres con largos vestidos camiseros blancos como los que se ven en los hombres árabes en la televisión y en National Geographic. Unos pocos vestían ropas occidentales, mientras que otros llevaban pantalones holgados y túnicas que Douglas pensó vagamente que podían ser indias.

Se agolpaban a su alrededor, tan ansiosos, al parecer, como los niños por saludar a Jacinth y conocer a su *Sahib*. La voz de Jacinth haciendo las presentaciones se perdió en el barullo, pero los hombres le dieron un cálido apretón de manos de bienvenida. Las mujeres se mostraban más abiertamente curiosas. Douglas se dio cuenta poco a poco de que había cierta especulación en las miradas dirigidas a él y a Jacinth y, consternado, recordó que Jacinth le había dicho que algunos de los Djinn podían leer la mente.

Una risita seca a su lado le hizo volverse. Unas manos firmes sacaron a Lilah de donde se había acurrucado en el pliegue de su brazo izquierdo, y una mujer alta le sonrió, con unos dientes blancos que brillaban sobre una piel del color de la noche más oscura.

"Nadie sería tan grosero como para 'leer' a un visitante, a un estimado invitado", le aseguró. Levantó un dedo. "Y no, no he leído tus pensamientos. Sin embargo, los djinn podemos ver las emociones fuertes, y capté tu destello de pánico. No tienes nada que temer entre los Djinn".

La niña redirigió su balbuceo cantarín hacia el recién llegado, que dejó que la niña se deslizara hasta el suelo con una cariñosa palmada.

"Incluso a nuestra Lilah le gustas".

Douglas no tenía ni idea de por qué eso debía importar, pero le pareció que la mujer le miraba ahora con más respeto que curiosidad. Con un majestuoso movimiento de cabeza, se dio la vuelta, balanceándose graciosamente por el sendero detrás de él.

Volviendo su atención hacia Jacinth, vio que la multitud había empezado a dispersarse. La mano de Jacinth encontró la suya, y dirigió una mirada hacia él.

"Mi gente", dijo sencillamente, con sus grandes ojos brillantes de evidente afecto.

"Son maravillosos", admitió. "Esperaba al menos un poco de suspicacia, en plan "*¿qué hace aquí?*".

Se rió alegremente.

"¡Te dije que serías bienvenido! Los Djinn somos muy hospitalarios. Han ido a prepararte un banquete de bienvenida".

"No me digas. ¿Un banquete de bienvenida? ¿Para mí?" Douglas apenas podía imaginárselo. No era más que un visitante que había aparecido con Jacinth, ¡y le estaban preparando un banquete de bienvenida! Espera un momento. "¿Cocinando? ¿Están cocinando de verdad?"

Ella le dirigió otra de aquellas miradas, la de la tolerancia divertida. "Sí, Douglas. No se puede vivir conjurando todo lo que queramos todo el tiempo. Es agradable cocinar, hacer cosas con las manos y aprender habilidades".

Sus ojos brillaron divertidos. "Y, por supuesto, es muy fácil corregir cuando nos equivocamos".

Se rió. Jacinth tiró de su mano y él la siguió a través del laberinto de tiendas hasta una zona de la aldea donde las tiendas no estaban tan juntas. Aquella zona parecía más tranquila y menos habitada.

No tenía ni idea de cómo Jacinto sabía cuál era la tienda de cada uno, ya que todas se parecían básicamente. Pero en el extremo de la aldea, ligeramente separada de las demás, había una tienda pequeña. No era tan pequeña en sí misma, quizá, sólo en relación con las demás de la aldea. Jacinto le condujo hasta allí.

Ella le abrió la trampilla y él tuvo que agachar la cabeza para entrar. El aire fresco le llegó como un golpe tras el calor extremo del exterior, y respiró hondo agradecido, deleitándose con el ligero frío contra su piel. Tardó un momento en asimilar todo lo que le rodeaba.

Sintió que se le caía la mandíbula, y su aliento le abandonó en un "whoosh" sobresaltado. ¿Esto... era una tienda? Más bien una mini mansión, pensó, mirando con asombro a su alrededor. ¿Dónde estaban el suelo de tierra, los laterales de tela y la parte superior? Había alfombras cubriendo el suelo, ciertamente; alfombras brillantes, ricas en color, pero el suelo que cubrían era de mármol. Montones de almohadas de todos los colores conocidos por el hombre... y algunos aún desconocidos, sospechaba... estaban esparcidos de forma tentadora por la periferia de la habitación. Las paredes también parecían de mármol, aunque colgadas con tapices tejidos y espejos. Velas en apliques de pared y una enorme lámpara de araña que colgaba del techo iluminaban la estancia.

Tardó un minuto entero en darse cuenta de que la habitación era al menos tres veces más grande que la tienda tal como la había visto desde fuera. Douglas sacudió la cabeza, intentando que a su confuso cerebro se le ocurriera una explicación para las discrepancias.

Una risa grave llamó su atención, y giró la cabeza para mirar a Jacinto mientras ella le palmeaba el brazo.

"No pasa nada, Douglas. El interior de una tienda de Djinn refleja el recipiente del Djinn. Es una de las propiedades mágicas de Qaf. Las aldeas de Djinn existen en el mundo real, humano, y también en Qaf, que es místico, al mismo tiempo. Así parecemos mundanos desde fuera, pero el interior es puro Qaf".

Aunque todavía se sentía un poco aturdido, su cerebro empezaba a girar de nuevo.

"Creía que habías dicho que los humanos atraviesan la aldea sin darse cuenta", le recordó. "¿Y si alguien mirara dentro de las tiendas?".

Ella asintió solemnemente. "Buena pregunta. Pero esto es Qaf, Douglas. Un humano no podría entrar en ella sin que el Djinn lo supiera. Cada aldea tiene ancianos... un *majlis*, o consejo, si lo prefieres... encargados de recibir a los visitantes extraviados, alertar a los Djinn que viven en la aldea y mantener en secreto nuestra verdadera naturaleza."

Quitándose las sandalias de cuero que llevaba, Jacinth se recostó con gracia sobre un montón de almohadas, y luego alargó la mano para que él se tumbara a su lado. A Douglas le sorprendió lo cómoda que era. Había visto este tipo de... muebles, a falta de una palabra mejor... en el dormitorio de Jacinth en su casa, pero nunca se había sentado en ellos.

Apartó una almohada de su camino y rodeó los hombros de Jacinth con un brazo, acercándola a él. Ella se acercó a él de buena gana, acurrucándose en la curva de su brazo, apoyando la cabeza en su hombro con un suspiro de placer.

Aspiró profundamente el aroma que la envolvía, una ligera nube de lilas que le hizo pensar en la primavera. Su cuerpo era suave y flexible contra él, su pelo sedoso bajo su mejilla.

"¿Es aquí donde te trajo tu madre? ¿Cuando eras joven?"

"Mmhmm. La mayoría de los Djinn crían a sus hijos en una aldea. Todos ayudan con los niños. Tenemos maestros que viven aquí, y ancianos. Algunos se quedan siempre, otros vienen que tienen áreas especiales de conocimiento, para enseñar a los que desean aprender. Tenemos Djinn muy hábiles en las artes, así como en otros campos como la medicina".

¿Medicina de djinn? Antes de que pudiera continuar, un ligero repique sonó en la tienda, como si las cuerdas de un arpa se rasgaran en una ondulante ola de sonido.

"¡Ven!" llamó Jacinth. Douglas ahogó una sonrisa. ¿El genio de las campanillas?

Entró la mujer mayor que había conocido cuando llegaron por primera vez, equilibrando una bandeja de plata con tazas de cristal mientras mantenía abierta la solapa tapizada para la pequeña Lilah, que sostenía cuidadosamente con ambas manos una cafetera humeante, bien envuelta en gruesos paños.

"Hemos traído café para ti y tu invitado", dijo Khadija a Jacinto. Apareció ante ellos una pequeña mesa con incrustaciones de nácar, y la bandeja y la cafetera fueron colocadas cuidadosamente sobre su pulida superficie. La bandeja también contenía un plato de dátiles y finas rebanadas de lo que parecía ser una especie de bizcocho.

"*Alf ash-shukr*. Mil gracias", le dijo Jacinto, radiante de placer. Miró a Douglas. "Nadie hace *qahwa*, café, como Khadija".

"¡A-ana! Ana!" Lilah corrió al lado de Jacinto, acercándose para acariciarle la mejilla con insistencia. Jacinto se rió y levantó a la niña a su regazo, escuchando su parloteo.

"Sí, y tú, cariño. Douglas, Lilah quiere que sepas que ha estado aprendiendo a hacer el café turco".

"¿Ya?" Se sobresaltó. "No parece tener más de tres o cuatro años".

Khadija se acercó para acariciar el pelo rizado de Lilah, con una sonrisa en los ojos. "Todos los niños árabes, incluso los niños djinn, aprenden a hacer café y té desde pequeños. Forma parte de nuestra cultura y es un motivo especial de orgullo saber hacer un buen café".

Con una inclinación de cabeza hacia Douglas, Khadija levantó al niño del regazo de Jacinto y se marchó. Él la siguió con la mirada, asombrado.

"¿Cómo pueden aceptarme tan fácilmente?", preguntó a Jacinto. "Por lo que saben, podría volver y contarle a todo el mundo lo del Djinn, o vender mi historia al National Enquirer o algo así".

Le tocó fugazmente la mejilla, con dedos suaves y fríos.

"Claro que no, Douglas. Si pensara por un momento que harías algo así, no estaríamos aquí. Los Djinn sabemos en quién se puede confiar y en quién no. Aunque no estuviera aquí contigo, cualquier Djinn sabría que eres un hombre honorable, Douglas".

Sus elogios le calentaron tanto como el afecto de sus ojos castaños. Por un momento, deseó que las cosas siguieran como estaban ahora, para siempre. Los dos viviendo solos en aquella tienda que no era una tienda, en aquel paraíso de otro mundo, mientras vivieran.

Apartó la tentadora visión. Era padre, con dos hijos a los que adoraba. No podría estar eternamente con Jacinto, pero esta vida le esperaría cuando su tiempo con ella hubiera terminado. Si ella se preocupaba por él, si podía amarle y formar parte de su vida mientras viviera, eso sería todo lo que él podría desear.

Una voz joven, la de Lilah, se alzó desde fuera.

"¡Jacinth, *yela! Yela bina!*"

A su lado, Jacinth rió suavemente, poniéndose en pie. "Traducido a grandes rasgos, eso significa, venga, vamos".

"¿Ir adónde?" preguntó, poniéndose también en pie.

Ella deslizó su suave mano en la de él, sonriéndole. "El banquete. Ya está listo".

Apenas salieron de la tienda, media docena de niños se arremolinaron junto a ellos, parloteando en árabe. Les guiaron a través de los grupos de tiendas, con Lilah agarrada a la mano de Jacinto durante todo el camino. Las tiendas dieron paso a una amplia zona abierta que se

extendía entre la aldea y la brillante superficie del lago. Había una serie de mesas largas y bajas a la sombra de altas palmeras, con cojines a ambos lados. Las mesas estaban repletas de comida suficiente para que Douglas abriera los ojos. Enormes fuentes de arroz, de color marrón brillante por las especias, y trozos de carne se alternaban con fuentes de arroz y pollos enteros asados. En medio había cuencos de dátiles y otras frutas, así como platos de dulces, la mayoría de los cuales le resultaban desconocidos. Incongruentes en este entorno eran las jarras de presumible té o café, con tazas diminutas dispuestas alrededor.

Jacinth eligió un cojín y se tumbó en él, tirando de Douglas a su lado. A su alrededor, los demás Djinn hacían lo mismo. Levantó una jarra y llenó dos de las pequeñas tazas, entregándole una a él. Él miró con desconfianza el espeso líquido de color verdoso.

"¿Qué pasa?"

"Café, pero al estilo beduino, añadimos cardamomo".

Sorbió con cautela y se atragantó con el sabor amargo, a pesar de que estaba muy endulzado. Sentada a su otro lado, Khadija se rió.

"Es lo que se llama un gusto adquirido", le dijo.

Frente a ellos, un hombre mayor, de barba cuidada y puntiaguda, vestido con una túnica larga y vaporosa sobre unos pantalones holgados, se dirigió a Douglas.

"*Marhabban*, bienvenido. Soy Ahmed. Me han dicho que eres el *Sahib karim* de la joven Jacinto, aquí presente".

¿Joven? se preguntó Douglas, aunque reconoció su condición con un movimiento de cabeza. A los novecientos años, ¿Jacinth se consideraba joven?

"¿Un *Sahib*?" Un chico que estaba al final de la mesa miró hacia ellos, con expresión ansiosa. Parecía estar en la preadolescencia, juzgaba Douglas, tenía el pelo y los ojos oscuros. "¿Eres un *Sahib*?"

Un poco sorprendido por la urgencia de la pregunta, Douglas asintió. El chico tenía los ojos muy abiertos por la emoción.

"Algún día seré un Portador de Deseos", anunció con importancia. "Y tendré un *Sahib* y concederé deseos".

"Desde luego, Boutros", sonrió Khadija al muchacho, pero le sacudió un dedo. "Una vez que has aprendido, hay un momento y un lugar para hacer travesuras".

Jacinto se acercó para susurrar: "Boutros siempre está haciendo travesuras. Es difícil de manejar".

Douglas se rió entre dientes. "Me lo imagino. Entonces, ¿qué es este... Portador de Deseos? Recuerdo que lo habías mencionado antes. Quería preguntarte más sobre ello, pero lo olvidé".

"Ah. El Portador de Deseos".

Dio un sorbo a su café. Douglas tomó otro sorbo del suyo, preparado ahora para su amargura. Para su sorpresa, no le pareció tan desagradable, y el sabor exótico permaneció en su lengua.

"No todos los Djinn son Portadores de Deseos", explicó mientras apilaba arroz y cordero en dos platos, colocando uno ante él. "Sólo los que lo desean, y para ellos es un... un...".

Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada.

"Una vocación", dijo Ahmed desde el otro lado de la mesa.

"¡Sí, exactamente!" Sonrió al hombre mayor, asintiendo con la cabeza. "Normalmente sentimos la llamada a ser Portadores de Deseos a una edad temprana. Yo tenía más o menos la edad de Boutros cuando lo supe. Luego, cuando somos mayores, recibimos una formación especial y trabajamos con un artesano para que nos cree un recipiente a medida".

"Así que no es como en Aladino... la película", especificó Douglas. "¿Dónde estás atado

hasta que alguien desea liberarte?".

En toda la mesa, las cabezas se agitaban y vio muchas sonrisas.

"¡Esa película!" exclamó Khadija, con tolerante diversión.

"Tiene su utilidad", añadió Jacinto. "Ha hecho que sea mucho más fácil convencer a un nuevo *Sahib* de que somos reales cuando aparecemos por primera vez".

"Cierto", replicaron otros desde el fondo de la mesa.

"Un Djinn no puede ser atado contra su voluntad", dijo Ahmed a Douglas. "Incluso los Portadores de Deseos pueden retirar su recipiente del mundo humano en cualquier momento, hasta que estén preparados para conceder deseos una vez más".

De nuevo, hubo un acuerdo general sobre esto en la mesa.

"Por supuesto, podemos ser invocados por hechiceros", añadió Jacinth, observando a Douglas con un brillo travieso en los ojos.

"¿Hechiceros?" Douglas se esforzó por no atragantarse con el bocado de aromático arroz especiado que acababa de tomar. Vale, eso no sonaba bien de ninguna de las maneras. "Como... er..."

"Magia negra". A su lado, Khadija asintió, con el rostro marcado por líneas severas. "Somos difíciles de invocar; para esos magos es mucho más fácil llamar a un demonio que a un djinn, pero puede hacerse".

Ahmed tomó la palabra. "También somos mucho más difíciles de controlar y de mandar. Los djinn son traviesos; esa parte de nuestra naturaleza está bien establecida; el lado oscuro de eso es que también podemos ser tramposos, engañosos. Un mago así tendría que ser sumamente hábil en su control para tener éxito en sus objetivos, porque un Djinn retenido contra su voluntad va a hacer todo lo que esté en su mano para volver el hechizo contra su creador".

"Además, somos familia", añadió Jacinth, con los ojos brillantes de ira. "Ningún Djinn, convocado a regañadientes, lucha solo. Esta es la otra razón por la que esos magos nos dejan en paz y se concentran en los demonios. Los demonios son solitarios por naturaleza. No ocurre lo mismo con los Djinn. Si luchas contra un Djinn, luchas contra toda su familia".

Los labios de Khadija se curvaron en una sonrisa de satisfacción. "No suele acabar bien para quienes pretenden invocar a un Djinn contra su voluntad".

Bueno, eso tenía sentido, y era consciente del alivio. La idea de que Jacinth fuera convocada, retenida contra su voluntad y utilizada para la magia negra, le resultaba claramente incómoda. Se alegró cuando la conversación se volvió general. Jacinth cogió una jarra cercana y rellenó su taza de té. Dejó la jarra en el suelo y deslizó su mano por la de él.

"No te preocupes tanto, Douglas". Se inclinó hacia él y apoyó la mejilla en su hombro. Su sonrisa al mirarle era cálida y comprensiva. "Nunca podría ocurrirme a mí. Además, esas cosas son muy raras".

"Hay mucho más", dijo, lleno de asombro. Señaló con una mano a la animada gente que se alineaba en las mesas, las palmeras en lo alto, las cercanas hileras de tiendas negras. "Mucho más de lo que insinúan los breves artículos de Internet que he leído".

Sus ojos bailaban con humor. "Un mundo completamente nuevo", estuvo de acuerdo. "Igual que la canción".

Douglas tuvo que reírse. "Muy cierto".

Cuando todo el mundo parecía haber terminado de comer, trajeron a la mesa más jarras de café caliente de estilo árabe y las repartieron. Douglas estuvo a punto de caerse de espaldas de su cojín cuando, sin previo aviso, desaparecieron todas las fuentes y platos de carne y arroz, aunque permanecieron los cuencos de fruta.

Jacinth soltó una risita y se inclinó para susurrar: "Alguien lo ha enviado todo a la tienda-cocina central. Más tarde, recogerán lo que sobre y lo dejarán para los que vengan después".

"Es un truco muy útil", admitió Douglas. "¿Dónde estabais Djinn cuando yo era niño y tenía que fregar los platos todas las noches?"

Se rió alegremente. "Bueno, eso también ocurre aquí, cuando no celebramos un gran festín como éste. La mayoría de las tareas mundanas se hacen a mano. Y eso enseña a los niños responsabilidad y rendición de cuentas".

Observó que nadie parecía tener prisa por marcharse. Hombres y mujeres descansaban en sus cojines, charlando ociosamente, mientras los niños correteaban.

"¡Oh!" Jacinth se enderezó sobre su cojín y su sonrisa se ensanchó. "Vienen Atif y Farhan".

Miró a su alrededor y vio a dos chicos jóvenes, quizá un par de años mayores que Benny, que llevaban con bastante torpeza un pequeño camello bebé de color crema entre los dos. Cuando se acercaron a la mesa, los chicos pusieron a la criatura en pie, sujetándola con mucho cuidado mientras las largas patas se tambaleaban un poco, y luego encontraban el equilibrio.

"Qué pestañas tan largas", canturreó Jacinto, acariciando la desgredada cabecita.

Douglas alargó la mano para recorrer el cuello largo y curvado. "Es suave", dijo, sorprendido.

"Porque es bebé", le dijo uno de los chicos. "Sólo tiene un día".

"Un bebé, Atif", corrigió Jacinto.

El niño asintió. "Es un bebé", repitió obedientemente.

"Éste es mi *Sahib karim*", les dijo. "Es veterinario... como un médico, pero de animales".

"Sobre todo caballos", añadió Douglas.

Los chicos parecían convenientemente impresionados, aunque Douglas no sabía si era por su condición de veterinario o de *Sahib karim*. Una mujer mayor descendió sobre ellos, regañándoles en árabe. A su lado, Jacinth parecía esforzarse por divertirse.

"Dice que no deberían haberle quitado el camello a su madre", le susurró al oído.

Escarmentados, los muchachos se alejaron con el bebé camello hacia las tiendas, sosteniéndolo tiernamente a ambos lados. Al verlos, Douglas se echó a reír de repente.

"Acabo de tener una visión de Benny con esos chicos", explicó en respuesta a la mirada inquisitiva de Jacinto. "Los tres revoloteaban sobre aquel camello como tres gallinas con un polluelo".

Ella también se rió. "¡Oh, sí! Puedo verlos juntos. Les gustaría Benny".

"Y Lilah y Molly". Sonrió. "También se volvería loca por el bebé camello".

Jacinth tuvo que reprimir una punzada de arrepentimiento. También podía ver a Benny y Molly correteando por allí, riendo y jugando con los niños, los animales, siendo mimados por los adultos. Si formara parte de verdad de su familia, podrían venir todos a visitarla con regularidad... los fines de semana y las vacaciones. Podrían traer a Julian y a Alessandra como invitados, quizá incluso a Katerina. Los niños podrían corretear y jugar, con todo el pueblo para cuidarlos. Podrían... Detuvo sus pensamientos. No era posible. No era justo para los niños, ni para Benny y Molly, ni para Lilah, ni para Atif y Farhan ni para los demás de la aldea, traerlos y dejar que se hicieran amigos. Ella se marcharía cuando Douglas pidiera su tercer deseo, y los niños no volverían a ver a sus amigos.

"¿Jacinth?"

La voz de Douglas, cálida y preocupada, la sacó de su ensueño. Él la observaba, con preocupación en los ojos.

"¿Qué te pasa? Parecías tan triste de repente".

Descubrió que tenía los ojos desorbitados y parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban.

"Nada. No es nada". Ella deslizó la mano entre las suyas y se puso en pie. "Ven. Volvamos a mi tienda".

CAPÍTULO 25



LOS DEMÁS COMENSALES también se levantaron y acudieron a despedirse de ellos. Observó divertida la expresión perpleja de Douglas mientras las despedidas duraban casi media hora.

"¿Cómo consigues hacer algo?", preguntó cuando por fin se separaron de la multitud y se abrieron paso a través del laberinto de tiendas.

Ella sonrió, enviándole una mirada chispeante. "Afortunadamente, no nos molestan los plazos ni ningún sentido de urgencia en particular".

Douglas sacudió la cabeza con divertida perplejidad. "¡Ya lo veo!"

Llegaron a su tienda y ella sonrió cuando Douglas le apartó la solapa.

"Todo un caballero, incluso cuando se las arregla en una tienda de campaña", se burló ella.

"A las bravas", dijo Douglas con un resoplido de incredulidad. Miró a su alrededor, las suntuosas alfombras y cortinas, el latón y el cristal. "Claro".

Con una carcajada, Jacinth se hundió en un sofá, atrayéndolo a su lado.

"No voy a preguntarte si quieres comer o beber algo".

"Dios, no", gimió, dándose palmaditas en el estómago. "Podría explotar. ¿Siempre comen así?"

"Oh, no", le tranquilizó ella, metiendo los pies debajo. "Sólo en las fiestas para celebrar ocasiones especiales. Por supuesto -añadió, haciéndole un hoyuelo-, siempre buscamos una excusa para celebrar".

Su risa fue un profundo estruendo en su pecho, y su brazo la rodeó, atrayéndola contra él. Apoyó la cabeza en su hombro, que estaba perfectamente colocado para ella. Sus cálidos labios se posaron en su frente y ella tarareó de placer.

"¿Estás cansada?", preguntó. "Ha sido un día muy largo".

Jacinth tuvo que reírse, mirándole a través de las pestañas. "¡Incluso más, puesto que en Nueva York ya había anochecido cuando nos fuimos y aquí era por la mañana!".

"¡Así fue! Menos mal que mañana tengo libre, y con los niños fuera podremos dormir los dos".

"Mhmm". Se acurrucó más cerca, disfrutando de cómo encajaba contra él, su hombro fuerte y musculoso bajo su mejilla, su brazo sosteniéndola cerca. Se sintió satisfecha y en su sitio. Como si perteneciera a este lugar, a este hombre, a sus brazos. Encajaban como si estuvieran hechos el uno para el otro. Sintió que él le acariciaba el pelo, que sus dedos recorrían las largas hebras, y suspiró de felicidad. Cuando su mano se deslizó bajo su barbilla, levantándole la cara, no se resistió. Su pulso empezó a latir con fuerza cuando sus labios se

cernieron sobre los suyos, y luego descendieron lentamente para reclamarla con un beso abrasador.

Le rodeó el cuello con un brazo y sus párpados se cerraron mientras se perdía en su abrazo, en su beso. Nunca nadie la había hecho sentir así. Era como si una parte de ella, en lo más profundo de su ser, hubiera estado ausente y nunca lo hubiera sabido... hasta Douglas. La sensación de frustración, de impaciencia, de algo que siempre estaba fuera de su alcance y que la hacía ir de un sitio a otro, incapaz de asentarse... todo eso se desvanecía cuando Douglas estaba cerca.

Lo había sentido desde el principio, aquella primera noche, preparando las habitaciones de los niños antes de partir hacia California. Estar con él se sentía tan bien, tan natural, que se había convertido en una lucha diaria por mantenerse a distancia cuando lo único que deseaba era fundirse en su abrazo. Estaba harta de luchar contra ello, de negar lo que su corazón ya sabía: Douglas era su compañero, su Elegido. Y lo deseaba como nunca había deseado a ningún otro.

Se echó hacia atrás y le cogió la cara con las manos. Trazó con los dedos la marcada línea de sus pómulos, rozando con el pulgar el pliegue de la comisura de su boca ancha y bien formada. Levantó la mirada hacia él y vio el anhelo en su rostro, el deseo. El amor.

"¿No lo sientes?" Douglas giró la cabeza y buscó la palma de la mano de ella con los labios, deteniéndose en la sensible piel. Podía sentir su temblor sensible, la aceleración de su respiración. Era el paraíso tenerla entre sus brazos, suave y flexible.

"Hay algo entre nosotros, Jacinth. La conexión es tan fuerte que sé que tú también la sientes".

"Sí", admitió ella, con voz suave. "Me siento bien estando aquí juntos".

Douglas cerró los ojos, dejando escapar un largo suspiro. Por fin, lo admitió.

"Jacinth", susurró contra su mejilla. Las oscuras pestañas se cerraron cuando ella levantó el rostro, la boca exuberante y curvada buscando la suya. Sus brazos se aferraron a él, su cuerpo flexible mientras él la bajaba hasta las almohadas, el cabello de ébano extendiéndose como una llama oscura a su alrededor.

Las lámparas de araña y los candelabros parpadeaban y se atenuaban hasta que sólo se veían luces y sombras, el brillo satinado de su piel, el destello oscuro de sus ojos a la escasa luz de las velas.

"Douglas". Pronunció su nombre en un murmullo bajo, con una voz ronca, seductora y llena de anhelo. Su mano se deslizó por detrás de la cabeza de él, atrayéndolo hacia ella. "Ámame".

DOUGLAS SE DESPERTÓ por la noche a la luz de la luna que entraba por la ventana de su habitación. Se levantó sobre un brazo y parpadeó, mirando a su alrededor, y se dio cuenta de que estaban de nuevo en casa, en su propia habitación. En su cama. Jacinth dormía a su lado, con sus largas y delgadas piernas entrelazadas con las de él. Su rostro apacible a la luz de la luna, sus pestañas negras contra la piel cremosa de su mejilla.

Le apartó un mechón de pelo de la cara, dejando que sus dedos se detuvieran, disfrutando de la sedosa suavidad de su piel. Era tan hermosa, tan perfecta para él. Verla en su cama, acurrucada confiadamente contra él, le produjo una sensación de opresión en el pecho. Tenía que haber una forma de solucionarlo. Tenía que haberla. No aceptaría ninguna otra opción.

Ella se agitó y sus ojos se abrieron soñolientamente. Sus labios se curvaron en una sonrisa cuando su mirada se encontró con la de él, y ella trazó la línea de su mandíbula con un suave toque.

Douglas bajó la cabeza para atrapar su boca. Se quedó saboreando su dulzura.

"Te quiero", susurró contra sus labios. "Ámame".
Su respuesta llegó en un suave suspiro mientras se acercaba a él.
"Sí, quiero".



EL SOL QUE le daba en la cara despertó a Douglas. El otro lado de la cama estaba vacío, las sábanas frías. Jacinth debía de haberse levantado con los pájaros. *Jacinth*. Una oleada de calor le invadió al pensar en la noche que habían pasado juntos. Era increíble... todo lo que siempre había deseado en una mujer y no había pensado en buscar. Divertida, mona, alegre... y muy sexy. Aunque buscara por todo el mundo, no encontraría otra mujer como ella.

Estirándose, Douglas quitó las sábanas de un puntapié y se levantó. Llevaría a Jacinth a desayunar, y luego planearían un día juntos, mientras aún pudieran estar solos. Sus padres volverían mañana con los niños, pero aún tenían el día de hoy... y esta noche. No podía esperar más, tenía que saberlo. La llevaría a cenar a un lugar tranquilo, romántico, y le pediría que se casara con él. Le diría que la amaba y le pediría que se quedara con él toda la vida.

La casa parecía terriblemente silenciosa cuando se dirigió a la cocina. No estaba Jacinth. La cocina también estaba fría; normalmente, quien primero se levantaba por la mañana, ponía el té o el café.

"¿Jacinth?"

No hubo respuesta. Douglas empezó a tener un presentimiento muy, muy malo. Retrocedió por el pasillo. La puerta del dormitorio de Jacinth estaba cerrada. Olfateando experimentalmente, no había olor a incienso en el pasillo, lo cual era extraño. Siempre podía oler su incienso en el pasillo. Golpeó la puerta.

"¿Jacinth?"

De nuevo no hubo respuesta. Con una sensación de hundimiento en el estómago, Douglas giró el pomo y abrió la puerta. La habitación estaba desnuda, salvo por la moqueta apagada de pared a pared. No había cama ni colgaduras, ni sofá ni cojines. Ni linterna de latón ni brasero de incienso. Douglas corrió hacia el salón, en busca de la estantería donde estaba su tetera de plata. La estantería estaba vacía.

Se había ido.

CAPÍTULO 26



BOSTEZANDO, Troy se dirigía a su habitación, Cherie su fiel sombra y Cat subiendo las escaleras delante de él. Sonó su móvil y, al llegar al rellano, se lo llevó al bolsillo. Sentado en el extremo de la cama, deslizó el dedo por la pantalla para contestar. "Sí".

"¿Troy?"

La voz al otro lado de la línea era de mujer, mayor. Me resultaba vagamente familiar.

"Sí, soy Troy".

"Troy, soy Skye, la madre de Douglas".

Se incorporó, con todos los nervios en alerta. "¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?"

"Blue y yo nos llevamos a los niños a D.C. unos días, volvimos a casa esta tarde. Douglas y Jacinth no estaban. Al principio no pensamos nada, porque no nos esperaban hasta mañana, pero han pasado horas. Y la habitación de Jacinth está vacía. Los niños están disgustados, y mi marido ha salido a buscar a Douglas por todas partes. Pensamos que tú podrías saber algo... o tener una idea de dónde podría estar".

"Ah, demonios". Se pasó una mano por el pelo. "Agárrate fuerte. Creo que sé dónde puedo encontrarlo. Si no, vendré y decidiremos qué hacer a continuación".

"Gracias". Le tembló la voz. "No hemos sabido qué hacer".

"No hay problema. Tú espera".

Colgó el teléfono y sacudió la cabeza.

"Ah, demonios. Tío, esto es una mierda".

Subió las escaleras de dos en dos y se puso rápidamente unos vaqueros y un jersey. Sabía exactamente adónde habría ido Douglas. En su época universitaria, había un bar no muy lejos del campus donde habían ido a jugar al billar, a perseguir chicas y a hacer planes sobre lo que harían cuando acabaran la facultad de veterinaria. Por aquel entonces, sólo había sido un sueño, la facultad de veterinaria en sí misma sólo una esperanza de futuro. Pero si Douglas y Jacinth habían discutido, si ella había vuelto a aquella lámpara, o tetera o lo que fuera, Troya sabía exactamente dónde encontrarlo.

Se detuvo justo en la puerta del bar. Hacía años que no venía por aquí. Parecía más pequeño de lo que recordaba, más oscuro y sucio. Dio un paso adelante, sus zapatillas crujieron en las cáscaras de cacahuete esparcidas por el suelo, y sonrió. Sí, éste era el lugar. No había cambiado, después de todo.

En la barra, encorvado sobre un vaso medio lleno, encontró a su amigo.

"Eh, tío". Agarró el hombro de Douglas y lo sacudió suavemente. "Eh, tío, así no se hace".

Douglas miró a su viejo amigo. "Se ha ido", murmuró sombríamente, con los dedos enroscados en torno al vaso que sostenía. "Me abandonó. Volvió a Qaf. La hermosa y amistosa Qaf".

"Eso es duro. Pero no puedes hacer esto, tío. Tienes hijos".

"Ellos también la quieren". Se quedó mirando su bebida. "¿Cómo voy a decírselo a Molly y a Ben? ¿Qué les digo?"

"Diles que les quiere, que os quiere a todos, pero que las cosas no funcionaron".

Douglas negó con la cabeza. "Lo saben. Troy, lo saben".

Sintió que le apretaba el hombro cuando Troya se dio cuenta de lo que quería decir.

"¿Lo saben? Los chicos saben que es una...". Troy se aclaró la garganta. "...un genio. Djinn. Lo que sea".

Asintiendo morosamente, Douglas dio otro trago a su bebida. "La semana pasada Molly se cayó a la piscina y Jacinth tuvo que rescatarla. Jacinth no sabe nadar, así que tuvo que... ya sabes".

"Eeeeyah. ¿Y Ben también estaba allí?"

"Sí". Douglas levantó la cabeza, mirando directamente al mayor, a su mejor amigo. "Ella le salvó la vida. Jacinth le salvó la vida a Molly. Y ahora se ha ido. Nunca lo entenderán".

"Entonces puedes decirles la verdad", le dijo Troya. "Diles que no puede quedarse porque es una Djinn. Tuvo que ir a hacer cosas de Djinn. Lo que sea. ¿Hay leyes que prohíban que un Djinn y un ser humano estén juntos?"

Douglas negó con la cabeza. "No. Ella no quería amar a un humano... no quería estar triste cuando yo muriera". Levantó el vaso y bebió profundamente. "Me llevó a su aldea. A Qaf".

"¿Qaf?"

"Los djinn viven en aldeas, en el desierto, más allá del horizonte".

"¿Más allá del horizonte?" ¿Eh?

Douglas eructó. "Es complicado. Créeme".

"Pero ella te llevó allí".

"Sí. El pueblo donde creció. Tío, un pueblo entero lleno de Djinn... hombres, mujeres, niños. Era increíble. Como una familia enorme y unida. Tan amistosos, acogedores, aunque sabían que yo no era uno de ellos. Tenía una casa allí. Bueno, era una tienda de campaña, pero era su casa. Me llevó allí. Y nosotros..."

Parecía incapaz de continuar. La mano de Troy estaba firme sobre su hombro.

"Ya me hago una idea".

"A la mañana siguiente estaba en casa y ella se había ido". Douglas miró su vaso. "La quería, ¿sabes?"

"Lo sé, tío. Sé que lo hiciste. Hazlo. Pero tienes que volver a casa ahora".

"¿Por qué?" Douglas cogió su vaso y lo vació sin pestañear. "Está vacío. No podía quedarme allí. Demasiado tranquilo".

Troy le cogió el vaso y lo deslizó por la barra. "Ya no lo es. Tus padres están en casa con los niños".

"¿Los niños?" Douglas se enderezó en el taburete de la barra y miró a Troy. "¿Los niños están en casa?"

"Volvieron esta tarde, y tu padre lleva buscándote desde entonces".

"Mis hijos están en casa y yo no estaba allí para recibirlos". Douglas parecía a punto de recaer en la tristeza, y Troya lo sacudió.

"Tío, mírate. No te has afeitado, ni lavado, y hueles como el interior de una botella. Tienes

que recomponerte. Ven a mi casa y límpiame antes de que te lleve a casa".

La niebla de su cerebro pareció retroceder, empujada por la súbita alarma. "Dios, sí. No puedo acudir a ellos así. No después de lo de Lillian".

Troy le agarró el brazo con fuerza. "Vamos, entonces".

El trayecto se hizo en silencio, Douglas luchando por recomponerse. Tenía que pensar qué iba a decirles a Ben y Molly, pero de algún modo no le salían las palabras adecuadas. En casa de Troy, salió del camión y se quedó parado un momento. El aire fresco le ayudó a despejarse un poco. Siguió a Troy al interior de la casa y se detuvo bruscamente al ver que Cat se dirigía hacia ellos por el suelo de madera.

"Gato", pronunció. Se inclinó para acariciarle la ancha cabeza con mano pesada. "Jacinto me dejó, ¿sabes?".

"Um... ¿qué estás haciendo?" quiso saber Troy.

"Le estoy contando a Cat lo de Jacinth".

Cat prowled en voz baja de gato, se acarició contra la pierna de Douglas. Él la acarició un poco más.

"Gracias, Cat".

Troy cogió del brazo a Douglas y tiró de él hacia la escalera. "Arriba. Hora de ducharse".

Media hora más tarde, duchado, afeitado y vestido algo holgadamente con ropa de Troy, que le quedaba un par de tallas más grande, Douglas estaba listo. Cuando bajó, con mucho mejor aspecto, Troy le tenía preparada una taza de café humeante.

"He llamado a Skye. Pensé que debían saber enseguida que estabas bien y que volverías en un rato".

"Gracias, Troy", dijo Douglas. "Te lo agradezco".

Cat se enroscó en sus piernas y sus ojos dorados se clavaron en su rostro. Oyó su inconfundible voz en su cabeza.

"Llévame contigo. Mi presencia ayudará a los kits".

Le tendió los brazos y él se tambaleó un poco cuando ella saltó hacia ellos. Le rodeó el cuello con sus grandes zarpas, empujando la cabeza contra su mandíbula de esa forma tan peculiar que sólo tienen los gatos.

"¿Podemos llevárnosla con nosotros?" Se dirigió a Troya. "Ella lo entiende".

Al ver la preocupación en el rostro de su amigo, recordó tardíamente que Troy no conocía a los cambiaformas, y se apresuró a añadir: "Ayudará a suavizar el golpe; Ben y Molly adoran a Cat, y si ella está allí podría... bueno... ayudar".

La respuesta de Troy fue inmediata. "Por supuesto".

La mayor parte del trayecto transcurrió en silencio. Cuando pasaron por delante del parque donde Jacinth llevaba a Ben y Molly a jugar, Douglas habló por fin.

"¿Cómo voy a decírselo? Lleva tan poco tiempo con nosotros y, sin embargo, estuvo ahí desde el momento en que recuperé a Ben y a Molly. Éramos una familia. Me quería, y también quería a Ben y Molly, y ellos la quieren. Para ellos, será como si les hubiera abandonado".

"Has dicho que saben que es Djinn, así que puedes ser sincero con ellos", aconsejó Troy. "Sólo asegúrate de que sepan que tú también les quieres; que no les quieres menos, ahora que ella se ha ido".

"¡Dios, no!" estalló Douglas. "¡Claro que no! Ben y Molly son toda mi vida".

"Pues que lo sepan".

"¡Claro que sí! Yo sólo..." Pareció arrancarle un gemido. "¿Qué vamos a hacer sin ella?".

"Vas a hacer lo que tengas que hacer", dijo Troy, con firmeza.

"Sí", dijo Douglas, sonando derrotado.

Sin embargo, cuando entraron en la casa, descubrieron que Ben y Molly ya se habían acostado y dormían profundamente.

"Me pareció mejor", les dijo Skye, cogiendo a su hijo en un fuerte abrazo. "Les dijimos que llegarías tarde a casa. Cerramos la puerta de la habitación de Jacinth para que no vieran que no estaba allí. Como no sabíamos por qué se había ido, pensamos que era mejor dejarlo así hasta que llegaras a casa.

Douglas asintió, contento de no tener que enfrentarse a sus hijos esta noche. "Mañana será bastante pronto".

Miró a su alrededor, donde Cat estaba encaramada al respaldo del sofá, observándoles con sus ojos grandes e inteligentes.

"¿Podemos quedarnos con Cat esta noche, Troy? Así podrá estar aquí por la mañana cuando los niños se despierten, y les servirá de consuelo cuando les hable de Jacinto".

Cat ronroneó a Troy, frotando el hocico contra su mano. Se sentó en el sofá y aceptó una taza de café de Skye, que había ido a la cocina y había vuelto con dos tazas humeantes. "Claro que puedes quedártela. Cualquier cosa que pueda hacer, tío".

"Y nosotros también estaremos aquí", le dijo Azul a su hijo. "Nos quedaremos todo el tiempo que se nos necesite".

Dejando el café donde su madre lo había puesto sobre la mesa, Douglas bajó al pasillo para ver cómo estaban los niños. Molly estaba dormida, sus rizos dorados se desparramaban sobre la almohada. Salió de la habitación en silencio y se dirigió a la de Ben. Al principio pensó que Ben también dormía, hasta que vio el tenue brillo de las lágrimas en las mejillas del chico.

"¿Estás despierta?" preguntó en voz baja.

Esperó, dejando que Ben decidiera si quería hablar o fingir que dormía. Un sollozo ahogado llegó a sus oídos. Se sentó en el borde de la cama, sin estar seguro de cuánto sabía o adivinaba su hijo. A la tenue luz que entraba desde el pasillo, vio los ojos de Ben abiertos, fijos en su cara. Abrió los brazos y Ben se incorporó, acercándose a él. Abrazó a su hijo, sin palabras.

Al cabo de un rato, Benny se echó hacia atrás, lloriqueando. "Se ha ido, ¿verdad?".

"Ben..." Se le entrecortó la voz mientras intentaba pensar qué decir.

"Su tetera ha desaparecido. Y las cosas de su habitación". Ben se aferró a él, metiéndose en su camisa, y Douglas abrazó al chico con más fuerza. "¿Acaso ya no nos quiere?".

"¡Claro que sí!" La negación se produjo al instante. Empujó a Ben hacia atrás, agarrando los hombros del chico. "Claro que nos quiere... a ti, a Molly y a mí. Es sólo que... es difícil, Ben".

"¿Es porque no somos Djinn, quieres decir?"

"¡Sí... no! No exactamente". ¿Cómo iba a explicárselo a una niña de seis años? Se acercó para encender la lámpara de la mesilla. Ben se echó hacia atrás para sentarse con las piernas cruzadas en la cama, frente a él. Llevaba un pijama de Aladino, con grandes caras azules de genios risueños esparcidas por él, pero tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

"El caso es que es una Djinn", empezó Douglas. "Para un Djinn comprometerse con una familia humana es algo muy importante. Y para ella, quizá también sea un poco aterrador. Vino a conceder deseos, no a enamorarse. Necesita tiempo para pensar".

Benny se lo pensó un momento y luego lo miró, con los ojos brillantes de esperanza. "Entonces, ¿crees que volverá?".

Douglas miró a su hijo, viendo allí el amor, la necesidad. Su mente repasó las últimas semanas, de Jacinth abrazando a los niños, jugando con ellos. Luchando contra su terror al agua para salvar a Molly de ahogarse. Su última noche en Qaf. De repente lo supo. No sabía cómo lo

supo, simplemente lo supo. Una sonrisa curvó sus labios y el peso que había sido como una piedra en su pecho se disipó. Extendió la mano para despeinar a su hijo.

"Claro que volverá", dijo con absoluta certeza. "Nos quiere. Tenemos que darle un poco de tiempo para que reflexione, para que lo resuelva por sí misma. Ten paciencia, Ben. Volverá con nosotros. Estoy seguro".

CAPÍTULO 27



JACINTH SE ACURRUCÓ en el edredón de seda del salón, llorando suavemente entre los pliegues ondulados. *Douglas*. Odiaba dejarle. Y Ben y Molly... ¿qué pensarían cuando llegaran a casa y la encontraran muerta? Odiaba pensar en ello, en ellos sufriendo, deseándola, y en que ella no estaría allí para ellos. No estaría allí para despedir a Benny en su importantísimo primer día de colegio. Y Molly acababa de empezar a hablar con normalidad.

Pero, ¿cómo podría quedarme? se preguntó por milésima vez, quizá la millonésima. *Douglas* era mortal. Envejecería y moriría, y ella no volvería a verlo. Toda su vida había decidido que nunca amaría a un hombre mortal, que lo lloraría por toda la eternidad. No lo haría. No se quedaría ni se enamoraría de él. *No acabaría* como su madre.

Excepto que ella ya se había enamorado de él. De él y de sus dos maravillosos hijos. Y de la pequeña Brandy y el cachorro que *Douglas* aún no había traído a casa. Le encantaba la casa grande y cómoda, y sí, ¡incluso la detestada piscina! ¿Qué iba a hacer?

Buscó un Kleenex y descubrió que no tenía. Sintiendo repentinamente enfadada, conjuró una caja y se sonó la nariz.

Un resplandor en el aire anunció la llegada de un Djinn. Zahra, por supuesto. Nadie excepto su madre podía entrar en su tetera sin invitación. Jacinth se enderezó cuando apareció su madre y se secó los ojos subrepticamente. No es que sirviera de nada.

"Oh, Jacinth". Zahra suspiró, mirándola con el ceño fruncido. "¿Qué has hecho?"

"Nunca quise enamorarme de él", se defendió Jacinth. "Nunca quise, simplemente... ocurrió".

"Claro que te enamoraste de él. Es un hombre maravilloso".

Jacynth la miró fijamente, y el Kleenex se le cayó de los dedos.

"¿Qué?"

"*Ya helwa*". Zahra se sentó a su lado, los ojos verdes comprensivos. "Dulce mía, ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué has dejado a *Douglas* para venir aquí? Parecías tan feliz".

"¡*Era* feliz! Pero... ¡me enamoré de él!". gimió Jacinth, enterrando la cara en el hombro de Zahra mientras los brazos de su madre la rodeaban. "No quería, pero lo hice. No pude evitarlo".

"Entonces, ¿cuál es el problema?" preguntó Zahra, como desconcertada. "Está perfectamente claro que *Douglas* también te quiere, y los niños simplemente te adoran. Es casi como si estuvierais hechos el uno para el otro".

Jacinto levantó la cabeza para mirarla fijamente.

"¿Cuál es el problema? Es *mortal*!", casi gritó. "¡No quiero amar a un mortal, ni pasarme la vida afligida por él!".

"Pero tú le quieres", protestó su madre. "¿Qué tiene eso de malo?"

Por primera vez en todos los siglos de su vida, Jacinto sintió un destello de impaciencia hacia su madre.

"Tú sabes lo que hay de malo en eso. Nadie lo sabe mejor que tú".

Zahra frunció el ceño, las cejas de color rojo oscuro se juntaron en un ceño fruncido, con los ojos fijos en el rostro de Jacinth.

"Quizá sea mejor que me expliques lo que quieres decir, porque *no* lo entiendo".

Con un suspiro, Jacinth se sentó de nuevo contra la tumbona.

"Vi lo que te hizo cuando dejamos a mi padre. Durante años y años, no pude hacerte sonreír, por mucho que lo intentara. Desaparecías dentro de tu recipiente y te quedabas tanto tiempo... Sabía que vigilabas a Omar, ayudándole en secreto, asegurándote de que estuviera a salvo y de que le fuera bien. Siempre temí que alguien del Consejo lo descubriera, que te enviaran lejos como castigo y nos separaran. Luego, cuando Omar murió... Madre, te perdí durante tanto tiempo".

La alarma la invadió cuando los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. Se inclinó hacia delante y tomó las manos frías y delgadas de Zahra entre las suyas, apretándolas con suavidad.

"Lo siento, madre. No pretendía hacerte recordar. Simplemente te explicaba que lo sabía, aunque nunca me dijiste nada al respecto. Pero vi lo que te hizo. Nunca has sido feliz desde entonces... no realmente feliz. Y nunca has amado a nadie más en todos estos siglos. I... No quería eso para mí. No quería amar a alguien que moriría, y luego pasarme el resto de mi vida llorándolo".

"Oh, cariño mío". Zahra cerró los ojos y respiró largamente. Sus dedos devolvieron la firme presión del agarre de Jacinth. "Lo siento. Lo siento mucho. Deberíamos haber hablado de esto, hace mucho tiempo. No tenía ni idea de que pensaras..."

Se interrumpió, como si no supiera cómo continuar. Desconcertado, Jacinto esperó. Finalmente, con un suspiro, Zahra volvió a empezar.

"No tenía ni idea de que pensaras que lloré a Omar todos estos años. ¡Claro que lloré su muerte! Pero no fue tanto su muerte lo que lloré como mi propia falta de fe, mi propia cobardía. Era tan joven, Jacinth, cuando empecé a tener poderes, y sabía tan poco del mundo. Nunca me arrepentí de haber amado a Omar. Ni por un minuto. Lo que me entristecía... desesperadamente... era que no tenía fe en nuestro amor. Tenía demasiado miedo de decirle que era un Djinn, demasiado miedo de cuál podría ser su reacción. Temía su ira, que nos desechara. Pero también temía igual su aceptación, porque eso habría significado enfrentarme al mundo a su lado, siempre temiendo ser descubierta".

Suspiró, recostándose contra los cojines. "Pasaron años antes de que me diera cuenta de que Omar nunca me habría vilipendiado, ni a mí ni a ti. Ése no era el tipo de hombre que era. Juntos podríamos haber encontrado un camino. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para volver atrás. Lo que lamenté... lo que sigo lamentando a día de hoy... es el tiempo perdido. Podríamos haber pasado tantos años maravillosos juntos, si hubiera tenido el valor de acudir a él, de confesarle lo que éramos."

Zahra apretó con fuerza las manos de Jacinth. "Si amas a Douglas, vive esos años con él. Saborea cada momento. Estate ahí para Benny y Molly... esos niños tan queridos... mientras crecen. Estarás ahí y cuidarás de sus hijos, y de los hijos de sus hijos. Y tú y Douglas también tendréis hijos. No hagas lo que yo hice", instó Zahra. "Si lo dejas ahora, pasarás toda una vida lamentándote, como he pasado yo".

Jacinto parpadeó para contener sus propias lágrimas. "Nunca lo supe, madre. Nunca me lo

dijiste..."

"No, no lo hice. Intentaba protegerte, supongo".

"¿De qué?" preguntó Jacinto, indignado.

Zahra soltó las manos, haciendo un gesto de impotencia.

"No lo sé. Mirando hacia atrás, me parece una tontería por mi parte. Al principio, por supuesto, era demasiado joven para hablar contigo de estas cosas. Y después... bueno, confieso que era difícil admitir mi propia cobardía. También te había robado a tu padre. Luego, cuando tuviste edad suficiente para que te lo explicara, me dije que era agua pasada, que te habías convertido en una joven tan maravillosa que no había necesidad de sacar a relucir viejos asuntos dolorosos que, al fin y al cabo, no tenían nada que ver con tu vida. Pero no sabía que pensabas que me había pasado la vida lamentando haber amado a tu padre. Eso nunca, querida. Jamás, jamás eso".

"¡Oh, madre, qué lío he montado!" se lamentó Jacinto. "¡Me fui sin decir una sola palabra! ¿Y si no puede perdonarme? ¡Ni siquiera me despedí de los niños! Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde que me fui".

Le secaron las mejillas con un pañuelo suave y unos labios fríos le tocaron la mejilla.

"Han pasado cinco días en el mundo humano desde que te encerraste aquí y, por supuesto, Douglas te perdonará, niña tonta. Te quiere".

"Pero... ¿qué le diré? ¿Cómo se lo explico? Jacinth moqueó y cogió otro Kleenex.

"Le dirás la verdad, por supuesto", respondió Zahra enérgicamente. "Recuerda que esto también ha sido difícil para él. Después de todo, no puede haber imaginado enamorarse de un djinn. Seguro que también tiene ciertas reservas. Pero eso es algo que él y tú podéis resolver. Juntos".

Miró fijamente a Jacinto. "No puedes solucionarlo si estás aquí escondiéndote como una niña".

"¡No me estaba escondiendo!" se defendió enérgicamente Jacinth. "Estaba... estaba..."

"¿Enfurrugada?"

"¡No! Estaba... bueno... echándole de menos", confesó Jacinto. "Y a los niños. Y sintiendo un poco de lástima de mí misma, supongo".

"¡Jacinth!" Ambos dieron un respingo cuando una voz atronadora resonó desde el exterior, la ira reverberando a través de las receptivas paredes plateadas de la tetera. "¡Invítame a entrar!"

No era una petición.

"Kieran". Por alguna razón, Zahra parecía satisfecha. "Me preguntaba cuánto tardaría".

"Entrad", llamó Jacinto, y la alta figura de Kieran resplandeció ante ellos. Aparentemente dispuesto a soltar su reprimenda, se detuvo al ver a Zahra.

"Así que tú también estás aquí, ¿no?"

"Sí". Zahra levantó la barbilla en señal de desafío. "Y no me iré".

"Bien", espetó. "Supongo que entonces eres consciente de lo que ha hecho tu hija".

Jacinto se erizó, indignado. "¡No va contra las normas enamorarse de un mortal!"

"Claro que no". Kieran lo rechazó con un gesto de la mano. "No tengo ningún argumento en contra".

"¿No?" Jacinth se distrajo momentáneamente, al igual que Zahra, que se quedó mirando a Kieran con la boca abierta. "¡Creía que no lo aprobabas!"

Kieran frunció el ceño, impaciente.

"Claro que no lo apruebo. Pero entonces -añadió, los fríos ojos azules brillando con un humor repentino e inesperado-, no tengo por qué aprobarlo. No es mi vida. Sin embargo, es la tuya, y

está destrozada, por lo que te sugiero que la recompongas rápidamente. Muy deprisa".

Fue Zahra la primera en captar su significado, con cara de preocupación, y entonces Jacinto comprendió el significado de sus palabras. Se incorporó alarmada.

"¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?"

"Quiero decir que el joven Benny se ha escapado. A *buscarte*".

"¡Oh, no!" Jacinth se quitó el edredón de una patada y se puso en pie. "¡Benny!"

"No te preocupes", la tranquilizó el príncipe djinn. "Está lo bastante a salvo; no le quito ojo de encima. Está en ese lugar al que Douglas y tú sois tan aficionados a llevar a los niños de compras... el centro comercial, creo que se llama".

"¿El centro comercial?" preguntó Jacinto, incrédulo.

"¿El centro comercial?" se hizo eco Zahra. "¿Qué demonios hace allí?"

Jacinth miró perpleja a Kieran. "Creía que habías dicho que me estaba buscando".

"Lo es". Una expresión de desconcertada aversión cruzó los rasgos habitualmente impasibles del Djinn. "Creo que se dedica a mirar dentro de las teteras".

Jacinto jadeó, al igual que Zahra.

"¡Teteras!" gritaron al unísono, y luego estallaron en carcajadas.

Jacinth se inclinó para abrazar con fuerza a su madre. "Será mejor que vaya enseguida. Gracias, madre".

"De nada, cariño. Y lo siento. Por... todo".

Jacinth asintió y desapareció. Zahra y Kieran se quedaron mirándose.

"¿Te importaría explicarme de qué iba todo eso?" preguntó Kieran, con un tono inusualmente educado.

"En realidad, no", admitió Zahra. "He cometido algunos... errores... al no mantener algunas conversaciones madre-hija con Jacinth. Un error que ya está rectificado".

Kieran suspiró. "¿Qué les pasa a estos mortales, que tantos Djinn tienen que ir a enamorarse de ellos?"

Zahra pasó su brazo por el de él.

"Si no lo sabes, no puedo explicártelo -dijo ella, mirándole con un brillo en los ojos. Arqueó una ceja. "¿Y cómo llegó al centro comercial el joven Benjamin, un niño de su edad?"

Una leve sonrisa tocó la comisura de su boca, rápidamente desterrada.

"¿Cómo voy a saberlo? Respondió con indiferencia.

Zahra se rió. "Pues bien. ¿Vamos a asegurarnos de que Jacinth y Douglas lo hacen bien esta vez?"

"Más nos vale", dijo Kieran con un suspiro. "Al menos, a partir de ahora, Douglas se encargará de cuidarla".



JACINTH SE MATERIALIZÓ cuidadosamente en un probador vacío de unos grandes almacenes. Se dio cuenta de que temblaba ligeramente, la ansiedad le atenazaba el pecho. Kieran dijo que cuidaba de Benny, y por supuesto ella confiaba en él, pero no podía estar tranquila hasta que supiera que el chico estaba a salvo.

No tuvo problemas para salir de los probadores, ya que la tienda estaba llena de compradores. El instinto guió sus pies hacia donde, de algún modo, sabía que encontraría a Benny. Se detuvo frente a la Compañía Bombay y miró a través de los amplios escaparates de cristal. Dos dependientes de aspecto ansioso revoloteaban cerca de la parte trasera de la tienda, y

ella tenía una idea bastante aproximada de lo que les inquietaba.

Las campanas sonaron cuando entró en la tienda y uno de los hombres se volvió hacia ella. Ella le dedicó su sonrisa más encantadora.

"Creo que aquí hay alguien que me busca", le dijo al hombre, mientras su mirada se dirigía a un chico con cabeza de remolque que discutía seriamente con el otro vendedor.

Al oír su voz, Benny se dio la vuelta, con los ojos azules brillantes de esperanza.

"¡Señorita Jas! Has vuelto!"

Se lanzó a través de la tienda, para arrojarle sobre ella. Riendo, ella se agachó para abrazarlo.

"Sí, he vuelto. Pero, ¿qué haces aquí, Benny? Sabes que no estoy aquí".

"Tu tetera había desaparecido", le dijo con voz apagada, sus ojos azules solemnes. "Pensé que si la encontraba, la compraría y volverías".

"Ay, cariño". Le entraron ganas de llorar, pero volvió a abrazarlo.

"Ejem". Uno de los vendedores se aclaró la garganta. "Señorita, ¿conoces a este chico?".

Benny miró al hombre, con una mano agarrando firmemente la de Jacinth. "Es mi niñera. Estaba perdida, pero la encontré".

El otro dependiente soltó una risita ahogada, pero el primero asintió sabiamente. "Ya veo.

Jacinto se levantó, envolviéndolos a ambos en su sonrisa.

"Gracias por cuidar de él".

Una vez fuera de la tienda, Jacinth miró a Benny con severidad.

"Debería darte vergüenza huir así de casa. Seguro que tu padre está muy preocupado. Podrían haber ocurrido cosas horribles, Benny".

"Pero nada lo hizo. Y te encontré", señaló el chico. "Además, sabía que no dejarías que me ocurriera nada malo".

Jacinto pensó que tal vez sería mejor no entrar en eso ahora mismo.

"Será mejor que busquemos un teléfono y llamemos a tu padre", decidió. "Querrá saber que estás a salvo y podrá venir a recogernos".

Al menos, esperaba que los recogiera a los dos. Esperaba que Douglas aún la quisiera, que no hubiera cambiado de opinión desde que ella lo había dejado. Tal vez se enfadaría... ¿Y si se negaba a hablar con ella, o...?

"¡Jacinth!"

Se le cortó la respiración y miró a su alrededor en busca del origen del grito masculino.

"¡Jacinth! Benny!"

"¡Es papá!" gritó Benny, señalando. "¡Allí arriba!"

Siguió la dirección del dedo del chico y vio a Douglas, con Molly en brazos, en el suelo, encima de ellos, inclinado sobre el muro bajo. Consiguió parecer aliviado y contento y ferozmente enfadado al mismo tiempo.

"¡No te muevas!", gritó, ignorando la atención interesada de la multitud de compradores que los rodeaban. "Bajaremos enseguida".

Se dirigió a las escaleras mecánicas. Mirando a su alrededor, Jacinth se apartó de la corriente de tráfico peatonal hacia el centro del centro comercial, para esperar al borde de la fuente de hormigón que creaba una atmósfera de descanso para los cansados compradores.

Douglas bajó a toda velocidad por las escaleras mecánicas, apartando a la gente en su prisa por alcanzar a su hijo... y a Jacinth. Entonces ella estaba allí, delante de él. La cogió en brazos, sin detenerse siquiera a bajar a Molly en su prisa, pero consiguió atraer también a Benny a su abrazo, el valiente Benny que les había devuelto a Jacinth.

La besó ferozmente, dejándole saborear su desesperación, su miedo. Su amor por ella. Molly

empezó a retorcerse, atrapada entre los dos, y Benny soltó una risita. A regañadientes, Douglas retrocedió y se inclinó para poner a Molly en pie, luego cogió la cara de Jacinth con ambas manos.

"Has vuelto", consiguió decir, con la voz ronca. "Has vuelto a mí".

"Tenía que volver". La hermosa sonrisa de Jacinto era trémula, insegura, pero la verdad estaba allí, en sus preciosos ojos. Le amaba y había vuelto con él. "No cumpliste tu tercer deseo".

"No lo hice, ¿verdad?"

Ella negó con la cabeza, con los ojos marrones muy abiertos y gemelos, como charcos de chocolate oscuro.

"Ojalá..." Douglas acercó a sus hijos, abrazándolos con fuerza. "*Deseamos... que te quedes. Que seas mi esposa, y la madre de Ben y Molly. Pero sólo si tú también lo deseas*".

"Sí, quiero", susurró ella. Las lágrimas amenazaban. "Lo deseo tanto, Douglas".

Con un grito triunfal, la cogió en brazos y la hizo girar en círculo mientras ella se agarraba a sus hombros para mantener el equilibrio. Ben y Molly saltaban de emoción. Los rasgos de la amada de Douglas se desdibujaron un poco y ella parpadeó para ahuyentar las lágrimas de felicidad.

"Di que te casarás conmigo", exigió Douglas, y la besó.

Se separó, riendo y sin aliento. "Sí".

Un fuerte estruendo se elevó a su alrededor, y Douglas se volvió sorprendido al ver que estaban rodeados de gente... compradores... todos vitoreando y aplaudiendo. Debe de estar aquí medio centro comercial, pensó, y rompió a reír. Jacinth, a su lado, también se reía, y sus hijos bailaban de alegría. Levantó las manos entrelazadas.

"¡Oído y presenciado!", gritó a la multitud.

"¡Oído y presenciado!" Cien voces se hicieron eco del grito, y el sonido resonó en el alto techo abovedado.

Los vítores se convirtieron en risas y abucheos cuando Douglas volvió a estrechar a Jacinth entre sus brazos y la besó profundamente. Se separaron cuando los niños tiraron de sus manos y Jacinth se inclinó con una sonrisa para levantar a Molly.

"¡Abrazo en grupo!", declaró.

Los dos niños se aferraron a ella y ella los abrazó con fuerza, deleitándose con sus suaves brazos aferrados a su cuello, los besos ligeramente húmedos posándose en sus mejillas. Douglas se unió a ella y los abrazó a todos.

"¿Cómo sabías que estaba aquí?" le preguntó Jacinto.

"Tu madre vino a avisarme de que Benny había llegado aquí y de que Kieran lo vigilaba para asegurarse de que estaba a salvo".

"¡La he encontrado!" anunció Benny con orgullo, y Douglas sonrió a su hijo, pellizcándole la nariz respingona.

"Esto merece una celebración", anunció. "¿Adónde vamos?"

Jacynth parecía emocionada. "¿De verdad? ¿Ahora mismo? ¿Todos nosotros?"

Cuando él asintió, su rostro se iluminó de entusiasmo.

"¡Vamos a Baskin Robbins!"

Ben y Molly gritaron su aprobación, y Douglas gritó de risa. Nadie más, pensó. Nadie más elegiría celebrar su compromiso en una heladería.

Sólo Jacinto.

LIBROS DE ALLIE MCCORMACK

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

Deseos en una Botella

Un Regalo de Jacinth

Una Gata para Troy

Compañera Codiciada

Pícara Reacia

Una Bruja en el Tiempo

SOBRE LA AUTORA

Allie McCormack es una veterana militar discapacitada que ahora persigue el sueño de su vida: ser escritora. Allie ha viajado bastante y ha vivido en muchos lugares de Estados Unidos, además de un año en El Cairo (Egipto) como estudiante de intercambio y un año en Arabia Saudí contratada por un hospital de Riad. Allie vive ahora en la región vinícola del hermoso sur de California con su familia y dos gatos rescatados.

Allie dice: "Una escritora es quien soy y lo que soy... una escritora romántica. Escribo lo que sé, y lo que sé es romance. Docenas de líneas argumentales y literalmente cientos de personajes viven y respiran dentro de los no tan estrechos confines de mi imaginación, y es mi alegría y privilegio darles vida, compartirlos con los demás escribiendo sus historias."